EL TERCER OJO

TUESDAY LOBSANG RAMPA

Este libro fue pasado a formato Word para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN

Para descargar de Internet: Biblioteca Nueva Era
Rosario – Argentina
Adherida al Directorio Promineo
FWD: www.promineo.gq.nu

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO: PRIMEROS AÑOS EN CASA
CAPÍTULO SEGUNDO: FIN DE MI INFANCIA
CAPÍTULO TERCERO: ÚLTIMOS DÍAS EN MI CASA
CAPÍTULO CUARTO: A LAS PUERTAS DEL TEMPLO
CAPÍTULO QUINTO: MI VIDA DE CHELA
CAPÍTULO SEXTO: VIDA EN LA LAMASERÍA
CAPÍTULO SÉPTIMO: LA APERTURA DEL TERCER OJO
CAPÍTULO OCTAVO: EL POTALA
CAPÍTULO NOVENO: EN LA VALLA DE LA ROSA SILVESTRE
CAPÍTULO DÉCIMO: CREENCIAS TIBETANAS
CAPÍTULO DECIMOPRIMERO: TRAPPA
CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO: HIERBAS Y COMETAS
CAPÍTULO DECIMOTERCERO: PRIMERA VISITA A CASA
CAPÍTULO DECIMOCUARTO: USANDO EL TERCER OJO
CAPÍTULO DECIMOQUINTO: EL NORTE SECRETO... Y LOS YETIS
CAPÍTULO DECIMOSEXTO: LAMA
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO: ÚLTIMA INICIACIÓN
CAPÍTULO DECIMOCTAVO: ¡ADIÓS, TIBET!

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Soy tibetano; uno de los pocos que han llegado a este extraño mundo occidental. La construcción y la gramática de este libro dejan mucho que desear, pero nunca me han enseñado el inglés de un modo sistemático. Para aprenderlo no tuve más academia que un campo de prisioneros japonés, donde me sirvieron de maestras unas prisioneras británicas y norteamericanas pacientes mías. Aprendí a escribir en inglés por el procedimiento de probar y equivocarme.
Ahora está invadido mi querido país -como se había predicho- por las hordas comunistas. Sólo por esta razón he disfrazado mi verdadero nombre y el de mis amigos. Por haber hecho yo tanto contra el comunismo, sé que mis amigos residentes en países comunistas sufrirían si se descubriese mi identidad. Como quiera que he estado en manos comunistas y en poder de los japoneses, sé por experiencia personal lo que puede lograrse mediante la tortura, pero este libro no lo he escrito sobre la tortura, sino sobre un país amante de la paz que ha sido muy mal interpretado y del que durante mucho tiempo se ha tenido una idea falsa.
Me aseguran que algunas de mis afirmaciones es muy posible que no sean creídas. Están ustedes en su pleno derecho de creer y no creer, pero no olviden que el Tíbet es un país desconocido para el resto del mundo. Del hombre que escribió, refiriéndose a otro país, que "la gente navegaba por el mar en tortugas", se rió todo el mundo. Y lo mismo le sucedió al que afirmó haber visto unos peces que eran “fósiles vivos". Sin embargo, es innegable que estos últimos han sido descubiertos recientemente y que llevaron a los Estados Unidos un ejemplar para ser estudiado allí. Nadie creyó a los hombres. Pero llegó el momento en que se demostró que habían dicho la verdad. Esto me ocurrirá a mí.

T. LOBSANG RAMPA.
Escrito en el Año del Cordero de la Madera.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS AÑOS EN CASA.

— ¡Oéh! ¡Con cuatro años ya, no es capaz de sostenerse sobre un caballo!
¡Nunca serás un hombre! ¿Qué dirá tu noble padre?
Con estas palabras, el viejo Tzu atizó al pony -y al desdichado jinete- un buen trancazo en las ancas y escupió en el polvo.
Los dorados tejados y cúpulas del Potala relucían deslumbrantes con el sol. Más cerca, las aguas azules del lago del Templo de la Serpiente se rizaban al paso de las aves acuáticas. A lo lejos, en el camino de piedra, sonaban los gritos de los que daban prisa a los pesados y lentos yaks que salían de Lhasa. Y también sonaban por allí los bmmm, bmmm, bmmm de las trompetas, de un bajo profundo, con las que ensayaban los monjes-músicos en las afueras, apartados de los curiosos.
Pero yo no podía prestar atención a estos detalles de la vida cotidiana.
Todo mi cuidado era poco para poder mantenerme en equilibrio sobre mi rebelde caballito. Nakkim pensaba en otras cosas. Por lo pronto, en librarse de su jinete y poder así pastar, correr y patalear a sus anchas por los prados.
El viejo Tzu era un ayo duro e inabordable. Toda su vida había sido inflexible y áspero, y ahora, como custodio y maestro de equitación de un chico de cuatro años, perdía muchas veces la paciencia. Tanto él como otros

hombres de Kham habían sido elegidos por su estatura y fuerza. Medía sus buenos dos metros y era muy ancho. Las abultadas hombreras le acentuaban esa anchura. En el Tíbet oriental hay una región en la que los hombres son de enorme estatura y corpulencia. Muchos de ellos sobrepasan los dos metros en diez y hasta quince centímetros. Y éstos eran elegidos para actuar de monjes-policías en los monasterios.
Se ponían aquellas hombreras abultadas para hacer aún más imponente su aspecto, se ennegrecían el rostro para resultar más feroces y llevaban largos garrotes que no vacilaban en utilizar en cuanto algún malhechor se les ponía a mano.
Tzu había sido monje-policía, ¡y se veía reducido a la condición de nurse de un pequeño príncipe! Inválido ya para andar demasiado, tenía que montar a caballo cada vez que se desplazaba un poco lejos. En 1904 los ingleses, bajo el mando del coronel Younghusband, invadieron el Tíbet y causaron grandes daños. Por lo visto, pensaban que la manera más adecuada de granjearse nuestra amistad era bombardeando nuestras casas y matando a nuestra gente. Tzu había sido uno de nuestros defensores y en una de las batallas le partieron una cadera.
Mi padre era una de las principales figuras del Gobierno tibetano. Su familia y la de mi madre estaban entre las diez familias más ilustres del país, de modo que, entre los dos, mis padres ejercían una considerable influencia en los asuntos del país. Más adelante daré algunos detalles sobre nuestra forma de Gobierno Mi padre era corpulento y medía más de 1,80 metros de estatura. Poseía una fuerza enorme. En su juventud podía levantar del suelo un caballo pequeño y era uno de los pocos capaces de vencer a los Hombres de Kham.
La mayoría de los tibetanos tienen el cabello negro y los ojos de color castaño oscuro. Mi padre era en esto una excepción, pues tenía el cabello castaño y los ojos grises. A menudo se irritaba terriblemente sin que pudiéramos adivinar la causa.
No veíamos mucho a papá. El Tíbet había pasado por tiempos muy revueltos. Los ingleses nos habían invadido en 1904 y el Dalai Lama había huido a Mogolia, dejando encargados del Gobierno a mi padre y a otros ministros. En 1910, los chinos, animados por el buen éxito de la invasión inglesa, cayeron sobre Lhasa. El Dalai Lama volvió a ausentarse. Esta vez se refugió en la India. Los chinos tuvieron que retirarse de Lhasa durante la Revolución china, pero antes cometieron espantosos crímenes contra nuestro pueblo.
En 1912 el Dalai Lama regresó a Lhasa. Durante todo el tiempo que duró su ausencia, en aquellos días tan difíciles, mi querido padre y los demás ministros cargaron con la pesada carga de gobernar al Tíbet. Mi madre solía decir que el carácter de mi padre nunca volvió a ser el mismo. Por supuesto no le quedaba tiempo para atender a sus hijos, y por ello hemos carecido del afecto paterno. Yo, muy especialmente, despertaba sus iras y por eso me dejaba a merced del intratable Tzu, a quien le había dado plenos poderes para mi educación.
Tzu tomaba como un insulto personal mi fracaso en la equitación.
En el Tíbet, los niños de las clases altas aprenden a montar casi antes de saber andar. Dominar la equitación es imprescindible en un país como el Tíbet, donde todos los viajes se hacen a pie o a caballo. Los nobles tibetanos practican la equitación continuamente. Se mantienen fácilmente en pie sobre una estrecha silla de madera mientras el caballo galopa y, en plena carrera, disparan con fusil contra un blanco movedizo para cambiar luego de arma y tirar flechas con el arco. Y todo esto a galope tendido y yendo de pie sobre la silla. A veces, los mejores jinetes recorren al galope las llanuras, en formación, y cambian de caballo saltando de silla a silla. ¡Figúrense ustedes qué concepto tendría Tzu de mí, un niño de cuatro años que ni siquiera se sostenía aún sentado en la silla!
Mi pony, Nakkim, era peludo y con una larga cola. Su estrecha cabeza tenía una expresión inteligente. Sabía un asombroso número de procedimientos para sacudirse de encima al jinete... si era un jinete tan inseguro como yo. Uno de sus trucos favoritos era dar una carrerilla, pararse en seco y agachar la cabeza. Luego, cuando ya me había resbalado hasta su cuello, lo levantaba de pronto y esta sacudida me hacía dar una vuelta de campana antes de caer en el suelo. Después se me quedaba mirando con maliciosa complacencia. Los tibetanos nunca cabalgan al trote; los ponies son pequeños y un jinete resulta ridículo sobre un pony que trote.
El Tíbet era un país organizado teocráticamente. Nada nos interesaba el “progreso” del mundo exterior. Sólo queríamos poder meditar y vencer las limitaciones que impone la carne. Nuestros sabios habían comprendido, desde hacía mucho tiempo, que el Oeste codiciaba las riquezas del Tíbet, y sabían por experiencia cuando llegaban los extranjeros se acababa la paz.
Ahora, la llegada de los comunistas lo ha confirmado.
Teníamos la casa en la ciudad de Lhasa, en el barrio distinguido, el de Lingkhor, junto a la carretera circular que rodea a Lhasa y a la sombra del Pico. Hay tres círculos de caminos, y el exterior, Lingkhor, lo utilizan muchos peregrinos. Como todas las casas de Lhasa, la nuestra -cuando yo nací- era de dos pisos por la parte que daba a la carretera. Nadie ha de mirar hacia abajo al Dalai Lama y por eso se establece un límite de dos pisos para todas las casas. Ahora bien, como esta prohibición sólo se aplica en realidad a una procesión al año, muchas casas llevan durante once meses al año un piso de madera, que es fácilmente desmontable, encima de sus tejados planos.
Nuestra casa era de piedra y había sido construida hacía muchos años.
Tenía forma cuadrada con un gran patio interior. Nuestros animales estaban en la planta baja y nosotros habitábamos en el piso de arriba. Por suerte, disfrutábamos de una escalera de piedra. La mayoría de los tibetanos utilizan una escalera de mano y, los campesinos, un largo palo con hendiduras con el que hay el peligro de romperse la cabeza. Estas pértigas se ponen tan resbaladizas con el uso a fuerza de agarrarse a

ellas las manos manchadas con manteca de yak que, cuando los campesinos lo olvidan, se caen con suma facilidad.
En 1910, durante la invasión de los chinos, nuestra casa quedó derruida en parte. El muro trasero se había venido abajo. Mi padre reconstruyó la casa, haciéndola de cuatro pisos. No dominaba al Anillo, de modo que no podíamos mirar hacia abajo a la cabeza del Dalai Lama cuando pasaba en la procesión anual. De manera que no hubo quejas.
La puerta por donde se entraba al patio central era de dos hojas muy pesadas y se habían ennegrecido con los años. Los invasores chinos no habían podido con ella. Al ver que no conseguían partirla, la emprendieron con los muros interiores. Encima de esa entrada estaba el "despacho" del mayordomo. Podía ver a todos los que entraban y salían. El mayordomo estaba encargado de tomar y despedir a la servidumbre, y de cuidar de que la casa estuviese atendida como era debido. Debajo de su balcón, cuando sonaban las trompetas de los monasterios, se situaban los mendigos de Lhasa para pedir la comida que les sostendría durante las tinieblas de la noche.
Todos los nobles más ilustres atendían a la alimentación de los pobres de su distrito. A veces acudían incluso presos encadenados, ya que en el Tíbet hay pocas cárceles y los condenados vagaban por las calles arrastrando sus cadenas y mendigando comida.
En el Tíbet no se considera a los condenados como seres despreciables.
Comprendemos que la mayoría de nosotros podríamos ser condenados si se nos descubrieran nuestros delitos; así que tratamos razonablemente a los que han sido menos afortunados.
En dos habitaciones situadas a la derecha de la del mayordomo vivían dos monjes. Estos eran nuestros monjes domésticos, que rezaban diariamente para que la divinidad aprobase nuestras actividades. Los nobles de menos importancia disponían de un solo monje, pero nuestra posición requería dos. Antes de cualquier acontecimiento notable, estos sacerdotes eran consultados y se les pedía que impetrasen el favor de los dioses con sus plegarias. Cada tres años regresaban los monjes a sus lamaserías y eran sustituidos por otros.
En cada ala de nuestra casa había una capilla. Las lámparas, alimentadas con manteca, ardían sin cesar ante el altar de madera labrada. Los siete cuencos de agua sagrada eran limpiados y vueltos a llenar varias veces al día. Tenían que estar limpios, pues pudiera apetecérseles a los dioses ir a beber en ellos. Los sacerdotes estaban bien alimentados, ya que comían lo mismo que la familia, para poder rezar mejor y decirles a los dioses que nuestra comida era buena.
A la izquierda del mayordomo vivía el jurisconsulto, cuya tarea consistía en cuidar de que la vida de la casa marchase dentro de la ley. Los tibetanos se atienen estrictamente a las leyes en todas sus actividades y mi padre debía dar ejemplo como buen cumplidor de lo que estaba legislado.
Nosotros, los niños, mi hermano Paljór, mi hermana Yasodhara y yo, habitábamos en la parte nueva de la casa, en el lado del cuadrado más distante de la carretera. A la izquierda teníamos una capilla y a la derecha la escuela, a la que también asistían los hijos de los criados. Nuestras lecciones eran largas y variadas. Paljór no vivió mucho tiempo con nosotros. Era débil y no estaba dotado para resistir la vida tan dura que ambos teníamos que llevar. Antes de cumplir los siete años nos abandonó y regresó a la Tierra de Muchos Templos.
Yaso tenía seis años cuando desapareció Paljór, y yo cuatro. Aún recuerdo cuando fueron a buscarlo. Estaba allí, tendido, como una vaina vacía, y los Hombres de la Muerte se lo llevaron para descuartizarlo y darlo a las aves de rapiña para que lo devorasen. Esta era la costumbre.
Al convertirme en Heredero de la Familia, se intensificó mi entrenamiento.
Ya he dicho que a los cuatro años no había conseguido aún ser un buen jinete. Mi padre era muy severo y exigente en todo. Como Príncipe de la Iglesia se esforzaba para lograr que su hijo fuese muy disciplinado y constituyera un ejemplo vivo de cómo debían ser educados los niños.
En mi país, la educación infantil es más severa a medida que el niño es de mejor familia. Algunos nobles empezaban a pensar que los chicos debían de llevar una vida más agradable, pero mi padre era de la vieja escuela.
Razonaba de este modo: un niño pobre no puede esperar una compensación en su vida de adulto así que hemos de rodearle de afecto y consideración durante su infancia. En cambio, los hijos de las familias pudientes disfrutarán de toda clase de comodidades, por su riqueza, cuando sean mayores, de manera que han de pasar malos ratos y preocuparse por el bienestar de los demás mientras son niños. También era ésta la actitud oficial. Sometidos a una educación tan dura, los débiles no sobrevivían, pero los que salían adelante se hallaban entrenados para resistirlo casi todo.
Tzu ocupaba una habitación en la planta baja, muy cerca de la puerta principal. Durante muchos años había podido conocer a toda clase de personas mientras fue monje-policía, y ahora no podía soportar encontrarse recluido, apartado del bullicio. Su habitación estaba junto a las cuadras, donde tenía mi padre sus veinte caballos, sus ponies y los animales de tiro.
Los mozos de la cuadra detestaban a Tzu por su oficiosidad. Siempre estaba fiscalizándoles el trabajo. Cuando mi padre salía de caza, se llevaba una escolta de seis hombres armados. Estos iban de uniforme y Tzu les pasaba revista para asegurarse de que no les faltaba un detalle en su atavío.
No sé por qué, pero estos seis hombres solían poner a sus caballos de grupas a la pared, y en cuanto aparecía mi padre, cabalgando ya, se lanzaban todos a la vez a su encuentro en una bravísima carga de caballería.
Descubrí que, asomándome por la ventana de un almacén, podía tocar a uno de los jinetes. Un día se me ocurrió pasarle una cuerda por su grueso cinturón de cuero. Lo hice con extremada cautela y no se dio cuenta.

Até los dos cabos a un gancho que había por dentro de la ventana. Apareció mi padre y, como de costumbre, los jinetes se precipitaron a su encuentro. Sólo cinco de ellos. El sexto quedó atado a la ventana. Gritaba que los demonios se habían apoderado de él. Se le soltó el cinturón y, en la algarabía que se formó, logré huir inadvertido. Luego me divertía extraordinariamente diciéndole: "¡Así, que tampoco tú, Ne-tuk, sabes montar!
De las veinticuatro horas del día, nos pasábamos dieciocho despiertos.
Eran unos días de trabajo intensivo. Los tibetanos creen que es una insensatez dormir mientras hay luz natural, pues los demonios del día podrían llevárselo a uno. Incluso los bebés han de estar despiertos para que los demonios no puedan atacarlos. Y ha de cuidarse de que los enfermos no se duerman durante el día. Un monje se encarga de mantenerlos despiertos mientras hay luz natural. Nadie se libra de esto; ni siquiera los moribundos, a los que hay que tener despiertos a partir del alba y hasta bien anochecido.
El caso de los moribundos es especialmente peligroso, pues si se durmiesen de día, poco antes de morirse, no podrían encontrar el camino que, cruzando las tierras fronterizas, les conducirá al otro mundo.
En las escuelas nos hacían estudiar idiomas: tibetano y chino. El tibetano no es únicamente nuestro idioma patrio, sino dos distintos: el ordinario y el honorífico. Empleábamos la lengua vulgar para dirigirnos a la servidumbre y a otras personas de clase baja, y el honorífico para hablar con personas de nuestra misma o superior condición social. Es más: ¡al caballo de un noble había que hablarle en estilo honorífico! Uno de nuestros criados, al encontrar a nuestro aristocrático gato en el patio, debía dirigirse a él de este modo: " Querría dignarse el honorable Minino venir a beber esta indigna leche?" Por supuesto, era inútil emplear el tratamiento si el honorable Minino prefería quedarse donde estaba.
Nuestra escuela era un local muy espacioso. En tiempos había servido de refectorio para los monjes que nos visitaban, pero desde que terminaron la reconstrucción de la casa, convirtieron aquella estancia en escuela del Estado. Asistíamos a las clases por lo menos sesenta niños. Permanecíamos sentados en el suelo con las piernas cruzadas y también en un banco muy largo y muy bajo. Nos sentábamos dando la espalda al maestro para que no pudiéramos saber cuándo nos estaba mirando. Nos hacía trabajar sin perder un minuto. El papel tibetano está hecho a mano y es muy caro, demasiado para dárselo a un niño. Por eso usábamos pizarras. Nuestros "lápices" eran tizas duras que podían encontrarse en los montes Tsu La, que dominaban a Lhasa con sus 3.700 metros. Y Lhasa está a su vez a casi 3.700 metros sobre el nivel del mar. Yo procuraba encontrar tizas de color rojizo, pero a mi hermana Yaso le gustaban muchísimo las de color morado. Podíamos obtener una variada gama de colores: rojos, amarillos, verdes, azules, con gran riqueza de matices. Creo que algunos de los colores se debían a la presencia de unos yacimientos metálicos en la base de tiza suave.
La verdad es que la aritmética me fastidiaba. Si setecientos ochenta y tres monjes bebían cada uno cincuenta y dos copas de tsampa al día, y cada copa contenía cinco octavos de medio litro, ¿qué tamaño debía tener la vasija necesaria para la provisión de una semana? Mi hermana Yaso resolvía estos enigmas con asombrosa facilidad. Yo no era tan listo.
En cambio, me vi en lo mío en cuanto empezamos a tallar en madera.
Esto me gustaba y lo hacía bastante bien. En el Tíbet se hace toda la impresión con planchas de madera grabada. De ahí que el arte de labrar la madera tuviese una buena salida. Pero a los niños no nos permitían gastar madera, que estaba muy cara y había que traerla de la India. La madera tibetana era demasiado basta y carecía de la adecuada granulación. Usábamos una especie de piedra pómez que se podía cortar fácilmente con un cuchilo bien afilado. ¡Y a veces empleábamos queso rancio de yak!
Lo que nunca se dejaba de hacer era recitar las Leyes. Teníamos que decirlas en cuanto entrábamos en la escuela y al terminar la clase, para que nos permitieran marcharnos. Estas leyes eran:

Devuelve bien por bien.
No luches con personas amables.
Lee las Escrituras y entiéndelas.
Ayuda a tus vecinos.
La ley es dura con los ricos para enseñarles comprensión y equidad.
La ley es amable con el pobre para que éste disfrute de la compasión.
Paga tus deudas en seguida.

Para que no hubiera posibilidad de olvidar las leyes, estaban grabadas en unas banderolas fijadas en las cuatro esquinas de nuestra escuela.
Sin embargo, la vida no era sólo estudio y malos ratos; jugábamos con tanta intensidad como estudiábamos. Todos nuestros juegos estaban orientados hacia nuestro fortalecimiento, con el objeto de capacitamos para resistir las extremadas temperaturas del Tíbet. En el verano, a mediodía, la temperatura llega a ser muchas veces de ochenta y cinco grados Fahrenheit, pero en la noche de ese mismo día puede descender a cuarenta grados bajo cero. Y en invierno, naturalmente, aún es más baja.
El manejo del arco resultaba muy divertido y desarrollaba la musculatura.
Usábamos arcos hechos de tejo importado de la India y a veces los hacíamos con madera tibetana. Nuestra religión budista nos prohibía disparar contra blancos vivos. Unos criados escondidos tiraban de una larga cuerda, haciendo así que se moviera un blanco que brincaba y salía en direcciones que no podíamos prever. Muchos de mis compañeros eran capaces de disparar mientras se mantenían en pie sobre un pony en pleno galope.

¡Yo nunca me pude sostener mucho tiempo! Los saltos de longitud eran otra cosa. No me preocupaba por que no había caballo de por medio. Corríamos lo más rápidamente que podíamos llevando en cada mano una pértiga de cuatro metros y medio y, cuando habíamos adquirido el suficiente impulso, saltábamos con ayuda de la pértiga. Yo solía decir que los demás, a fuerza de cabalgar tanto, habían perdido el vigor de sus piernas. En cambio yo, que no era buen jinete, saltaba muy bien. Era un buen sistema para cruzar ríos y me divertía mucho ver cómo mis compañeros caían al agua uno tras otro.

Otra de nuestras diversiones era andar en zancos. Nos disfrazábamos de gigantes y a veces organizábamos luchas en zancos. El que se caía, perdía.

Hacíamos los zancos en casa. Empleábamos toda nuestra persuasión para convencer al encargado del almacén y lograr que nos diese la madera que necesitábamos. Tenía que estar limpia de nudos. Luego, lo más difícil era conseguir unas buenas cuñas para apoyar los pies. Como la madera estaba muy escasa y no podía desperdiciarse, nos veíamos obligados a esperar una buena ocasión.

Las niñas y las mujeres jóvenes jugaban a una especie de lanzadera.

Era un pedazo pequeño de madera con agujeros en la parte superior, y plumas metidas por éstos, y lo lanzaban por el aire con los pies. Para este juego, la jovencita se levantaba la falda hasta una altura que le permitiese una libertad de movimientos sólo usaba los pies. Si se tocaba con la mano el trozo de madera, la jugadora quedaba descalificada. Las que dominaban este juego mantenían en el aire aquel extraño objeto durante diez minutos seguidos sin fallar un golpe.

Pero lo que apasionaba a todos en el Tíbet, o por lo menos en el distrito de Ü, que es a donde pertenece Lhasa, eran las cometas. Podríamos llamarle el deporte nacional. Sólo podíamos permitírnoslo en ciertas épocas del año. Ya hacía muchos años que se había descubierto que si se hacían volar cometas en las montañas, llovía torrencialmente y en aquel tiempo se pensaba que los dioses de la Lluvia estaban irritados. Así que sólo nos permitían jugar con las cometas en el otoño, que en el Tíbet es la época de sequía. Durante ciertos meses del año, no se puede gritar en las montañas porque se teme que la vibración de las voces sea causa de que las nubes supersaturadas de la India descarguen demasiado pronto y caiga lluvia donde sería perjudicial. El primer día de otoño se elevaba una corneta solitaria desde el tejado del Potala. Pocos minutos después, cometas de todos los tamaños, formas y colores se remontaban sobre Lhasa agitándose en la fuerte brisa.

Me gustaba mucho jugar con las cometas, y siempre hacía por que mi corneta fuera una de las primeras en elevarse. Todos nos hacíamos las nuestras, por lo general con una armazón de bambú, cubriéndola casi siempre con fina seda. No nos era difícil conseguir este buen material y constituía un orgullo para mi casa que nuestra corneta fuera de la mejor clase.

Solíamos hacerlas en forma de caja y con frecuencia la adornábamos con una feroz cabeza de dragón y una cola.

Organizábamos batallas en que cada uno trataba de derribar la cometa de sus rivales. Cubríamos parte de la cuerda con cola y la salpicábamos con vidrio machacado que quedaba adherido. Con ello esperábamos cortar las cuerdas de los demás y apoderarnos así de las cometas que se cayeran.

A veces nos deslizábamos sigilosamente fuera de casa por la noche y elevábamos nuestras cometas con lamparitas dentro. Los ojos del dragón relucían rojos y del cuerpo salían diversos colores realzados sobre la negrura de la noche. Sobre todo nos encantaba y hacerlo cuando se esperaban las interminables caravanas de yaks procedentes del distrito de Lho-dzong.

En nuestra infantil inocencia creíamos que los ignorantes nativos de aquella apartada región no conocían inventos tan "modernos" como nuestras cometas y que así les daríamos un susto formidable.

Uno de nuestros trucos era poner tres conchas de diferente tamaño en las cometas de manera que cuando las batía el viento, producían un lúgubre sonido como un largo e impresionante lamento. Decíamos que parecían dragones que lanzaban llamas y se retorcían en la noche y suponíamos que ejercían un saludable influjo sobre los mercaderes. Nos resultaba delicioso figurarnos a aquellos desgraciados encogidos de espanto en sus jergones mientras nuestras cometas se balanceaban allá arriba.

Aunque yo entonces no lo sabía, mi juego de cometas iba a servirme de mucho para cuando, mucho más adelante, me hubiese de subir en ellas.

Entonces era sólo un juego, aunque muy divertido y apasionante. Y en una de sus modalidades pudo haber sido muy peligroso: hacíamos unas cometas muy grandes con alas que les salían de los lados. Las colocábamos en terreno llano cerca de algún barranco en que hubiera una fuerte corriente de aire. Montábamos en nuestros ponies atándonos un extremo de la cuerda a la cintura y luego arrancábamos al galope. La cometa daba un brinco y se elevaba rápidamente hasta que pasábamos por delante del barranco y nos envolvía la corriente. Entonces el tirón de la cuerda era tan fuerte que desmontaba al jinete elevándolo más de tres metros en el aire. Luego descendí amos lentamente sobre la tierra. Algunos infelices casi se quebraban si olvidaban sacar los pies de los estribos. Por mi parte, yo estaba tan acostumbrado a caerme del caballo que me parecía incluso un alivio que me sacaran de él tan suavemente. Mi loco afán de aventuras me hizo descubrir que, tirando de la cuerda en el momento de elevarme, aún subía más y si tiraba de ella unas cuantas veces, podía prolongar mi permanencia en el aire En una ocasión lo hice tan bien que fui a aterrizar en el tejado de la casa de unos campesinos. Allí arriba tenían almacenado el combustible para el invierno.

Los campesinos tibetanos viven en casas de tejados planos con un pequeño parapeto donde se guarda la boñiga de los yaks. Una vez seca se utiliza como combustible. Aquella casa a que me refiero era de barro

cocido en vez de piedra como en lo corriente carecía de chimenea. Una abertura en el tejado hacía sus veces. Mi repentina llegada agarrado a una cuerda arrastró el estiércol hasta el boquete de ventilación haciéndole caer por él al interior de la casa y poner perdidos de porquería a sus habitantes. No me acogieron precisamente con regocijo. Al caer también yo por el boquete, me recibieron con gritos de rabia, y después de darme una buena paliza, el campesino, furioso, me llevó a mi casa para que mi padre me administrase otro serio correctivo, ¡Aquella noche tuve que dormir boca abajo!

Al día siguiente me tenían reservada una tarea molestísima recoger boñiga de yak de nuestras cuadras, llevarla a casa del campesino y subirla al tejado. Este trabajo no es lo más propio para un niño menor de seis años, como era yo entonces. Sin embargo, a todos les producía un gran regocijo, todos estaban muy satisfechos.., excepto yo. Los demás niños se reían de mí, el campesino acabó teniendo doble cantidad de combustible y mi padre se enorgullecía de haber demostrado ser un hombre justo y severo. En cuanto a mí, también hube de pasarme la segunda no .

Quizás piensen ustedes que ésta era una vida insoportable para una criatura, pero no hay que olvidar que en el Tíbet no hay sitio para los enclenques.

Lhasa está situada a casi tres mil setecientos metros de altitud, y su temperatura es extremada. Otros distritos del Tíbet se hallan aún a mayor altitud y en condiciones mucho más duras, de manera que los débiles pueden poner en peligro a los demás. A esto se debía, y no a crueldad, aquella preparación férrea.

En los lugares de mayor altitud la gente metía en corrientes heladas a los recién nacidos para ver si eran lo bastante resistentes. He visto con mucha frecuencia las pequeñas procesiones que se organizaban para ir al río (que a veces fluía a más de cuatro mil metros de altitud). Al llegar a la orilla se detenía la comitiva y la abuela cogía al recién nacido. Junto a ella estaba la familia: el padre, la madre y los parientes más cercanos. Desnudaban al bebé, la abuela se arrodillaba y sumergía a la criatura dejándole fuera sólo la cabeza, hasta la boca, para que respirase. Con aquel frío tan terrible, el niño se ponía rojo, luego azul y por fin dejaba de berrear. Parece que está muerto, pero la abuela tiene gran experiencia en esas cosas y al poco tiempo saca del agua al pequeño y vuelve a vestirlo después de secarlo bien. Si el niño sobrevive a esta prueba, está clara la voluntad de los dioses.

Si muere, es que los dioses han querido evitarle lo mucho que iba a haber sufrido en esta tierra. No cabe duda que esta costumbre es la mayor prueba de compasión y cariño que puedan dar los habitantes de regiones tan inhóspitas.

Preferible es que mueran unos cuantos niños a que sean unos inválidos incurables en un país donde apenas hay servicio médico.

Con la muerte de mi hermano fue necesario que yo intensificase mis estudios, ya que cuando cumpliese los siete años tendría prepararme para la carrera que eligiesen para mí los astrólogos. En el Tíbet todo lo decide la astrología, desde la compra de un yak hasta la profesión de una persona. Se acercaba ese momento en que, al cumplir los siete años, mi madre daría una gran fiesta a la que estarían invitados los de más alta alcurnia del país.

Durante esa fiesta se daría a conocer la decisión de los astrólogos respecto a mi porvenir.

Mamá era regordeta, con una cara redonda y el cabello negro. Las mujeres tibetanas llevan una especie de marco de madera en que se les encuadra la cabeza y sobre él adaptan el cabello para que resulte lo más ornamental posible. Estos marcos son muy complicados. Suelen ser de laca de color carmesí, y en él van engarzadas piedras semipreciosas e incrustaciones de jade y coral. Todo esto, con el cabello bien aceitado, produce un efecto muy brillante.

Las mujeres tibetanas usan vestidos muy alegres, hechos de muchos verdes, rojos y amarillos. En la mayoría de los casos llevan un delantal de un color vivo con una franja horizontal haciendo contraste, pero muy armoniosamente.

En la oreja izquierda se ponen un pendiente, cuyo tamaño depende de la categoría social de la mujer. Mi madre, por ser de una de las primeras familias del país, lucía un pendiente de quince centímetros.

Creíamos que las mujeres debían tener los mismos derechos que los hombres, pero en el manejo de nuestra casa, mi madre iba aún más allá y era una dictadora del hogar, una autócrata que sabía lo que quería y siempre se salía con la suya.

Se encontraba en su elemento cuando se trataba de preparar una fiesta.

Le encantaba dar órdenes e idear nuevos detalles que dejasen asombrados a nuestros vecinos, incapaces de igualar a nuestra casa en brillantez social.

Mamá había viajado mucho con mi padre (estuvieron en la India, en Pekín y en Shanghai) y sabía cómo se hacían las cosas en el extranjero.

Una vez fijada la fecha en que había de celebrarse la gran fiesta en mi honor, se repartieron las invitaciones que habían escrito cuidadosamente los monjes-escribas en un papel grueso, hecho a mano, que siempre usábamos para las comunicaciones de importancia. Cada invitación medía 24x60 centímetros y llevaba el sello de la familia de mi padre, pero como mi madre pertenecía también a una de las diez mejores familias del país, figuraba también su sello en cada tarjetón. Además, mis padres tenían un sello conjunto, de manera que se estampaban en la invitación tres sellos. Resultaban unos documentos de imponente aspecto. A mí me asustaba pensar que todo aquel revuelo era por mi causa. No sabía yo por entonces que mi papel en todo aquello era secundario y que lo primero de todo, en realidad, era el Acontecimiento Social. Mi edad no me permitía entender que la magnificencia de la fiesta servía para aumentar el prestigio de mis padres.

Habíamos contratado a unos mensajeros especiales para repartir las invitaciones; cada uno de estos hombres montaba un caballo pura sangre.
Cada uno llevaba en la mano derecha una especie de bastón hendido en el extremo superior y en esa hendidura iba fijada la invitación para que la vieran todos. El bastón estaba adornado alegremente con cintas donde figuraban impresas algunas plegarias. Ondeaban al viento. Mientras los mensajeros se preparaban en nuestro patio para salir a cumplir su cometido, había gran algazara. Los lacayos gritaban con todas sus fuerzas, los caballos relinchaban y los enormes mastines negros ladraban como locos. A última hora les daban a los mensajeros un buen trago de cerveza tibetana. Luego, los criados ponían todas las jarras a la vez en el suelo, con un gran ruido, y abrían la puerta principal. La tropa de mensajeros salía al galope con un salvaje griterío.
En el Tíbet los mensajeros entregan un mensaje escrito, pero también dan una versión oral que puede ser completamente distinta. Hace muchos años, los bandidos apresaban a los mensajeros y cometían sus fechorías basándose en las noticias que leían.
Así, atacaban una casa mal defendida o una procesión. De ahí la costumbre de escribir un mensaje falso para despistar a los bandidos. Todavía perdura esa antigua costumbre del doble mensaje: oral y escrito, de contenido diferente. Incluso ahora, la versión que se acepta como verdadera es la oral.
Dentro de la casa todo era un puro torbellino. Limpiaban o volvían a pintar las paredes, raspaban los suelos de madera y les sacaban brillo hasta que resultaba peligroso andar por ellos. Los altares de madera labrada que había en las habitaciones principales eran pulidos y se les daban nuevas capas de baca. Se traían muchas lámparas alimentadas con manteca. Algunas de estas lámparas eran de oro y otras de plata, pero les sacaban tanto brillo que no se podía distinguir entre ambas clases. Mamá y el mayordomo corrían sin cesar de un lado a otro, criticando una cosa, ordenando otra y, en general, haciéndoles la vida imposible a los pobres criados. Teníamos más de cincuenta servidores por entonces, pero hubo que aumentar el número para la fiesta. Trabajaban dos ellos afanosamente y con buena voluntad. El patio lo limpiaron tan concienzudamente que las losas de piedra quedaron relucientes y parecían recién puestas. Llenaron los intersticios con una pasta de color y el efecto era muy bonito y alegre. Terminada toda esta labor, los pobres criados, llamados a presencia de mi madre, recibieron la orden de limpiarse los trajes hasta dejarlos como nuevos.
En las cocinas había una tremenda actividad: prepararon enormes cantidades de alimentos. El Tíbet es un refrigerador natural, de modo que es posible preparar la comida y conservarla en excelente estado durante un tiempo indefinido. El clima es extraordinariamente frío y seco. Pero incluso cuando sube la temperatura, la sequedad de la atmósfera conserva muy bien los alimentos. La carne puede guardarse durante un año entero sin que se estropee y los cereales duran siglos.
Los budistas no matan; así que la única carne disponible es de animales muertos de muerte natural, que se han caído por precipicios o a los que han matado accidentalmente. Nuestra despensa estaba bien provista de carne de tal procedencia. Hay carniceros en el Tíbet, pero son de una casta "intocable" y las familias más ortodoxas consideran como una deshonra tratar con ellos.
Mi madre había decidido ofrecerles a los invitados las cosas más raras y costosas. Se propuso darles flores de rododendros en conserva. Con varias semanas de antelación, nuestros criados fueron a las estribaciones del Himalaya donde se encuentran los mejores rododendros. En nuestro país estos árboles crecen a enorme altura y dan una asombrosa variedad de tonos y aromas.
Los capullos que no han florecido del todo son arrancados y lavados cuidadosamente. Este cuidado se debe a que la menor arañadura impide que se conserven. Luego sumergen cada flor en una mezcla de agua y miel en un gran jarro de cristal y lo cierran herméticamente. Los jarros de cristal quedan expuestos al sol durante varias semanas, dándoles vueltas para que todas las partes de la flor reciban la luz por igual. La flor va creciendo lentamente y se impregna del néctar fabricado con el agua y la miel. A alguna gente le gusta exponer las flores al aire durante unos días antes de comérselas para que se sequen y se ricen un poco, pero sin perder su sabor ni su aspecto.
También suelen espolvorear con azúcar los pétalos para imitar la nieve. A mi padre le parecía esto un dispendio inútil. Decía: "Con lo que hemos gastado en esas flores teníamos para comprar diez yaks con sus hembras". La respuesta de mi madre era típicamente femenina: "¡No seas estúpido! Tenemos que quedar bien ante la gente y, además, esto es cuestión mía. Soy yo quien lleva la casa, ¿no?"
Otro bocado exquisito era la aleta de tiburón. Las traían de China y, desmenuzándolas, hacían con ellas una sopa. Alguien ha dicho que "la sopa de aleta de tiburón es el plato más exquisito que pueda concebir el gastrónomo más exigente". A mí me parecía horrible, sobre todo teniendo en cuenta que cuando llegaba de China estaba ya en malas condiciones. Para decirlo delicadamente, estaba un poco "pasado". Pero a mucha gente le gustaba más así.
En el Tíbet son los hombres quienes llevan la cocina. Las mujeres no saben mover la tsampa ni hacer las mezclas adecuadas. Las mujeres toman un puñadito de esto, una cucharada de lo otro, y lo sazonan al buen tuntún con la esperanza de que les salga bien. En cambio, los cocineros son más conscientes, se toman un mayor trabajo y los platos les salen incomparablemente mejor. Las mujeres sirven para barrer, charlar y, naturalmente, para otras cosas, aunque no muy variadas. Pero no sirven para hacer tsampa La tsampa es el alimento nacional del Tíbet. Muchos tibetanos se alimentan toda su vida exclusivamente con tsampa y té. Se hace con cebada que se tuesta hasta darle un tono dorado oscuro. Luego se tritura el grano para sacarle la harina y se vuelve a tostar. La harina se coloca entonces en una escudilla y se le añade té caliente con

manteca. Se remueve esta mezcla hasta que adquiere la consistencia de una pasta. Se añade, a gusto de cada cual, sal, bórax y manteca de yak. De todo ello resulta la tsampa, que puede presentarse en tortas o como pasteles y dársele las formas más decorativas.
La tsampa puede parecer monótona si se toma sola, pero en realidad es un alimento muy compacto y concentrado capaz de sostener a una persona en todos los climas y bajo cualesquiera circunstancias.
Mientras un grupo de nuestros criados hacía la tsampa, otros hacían la manteca. El sistema tibetano para fabricar la manteca no es muy recomendable desde el punto de vista de la higiene. Nuestras mantequerías eran grandes bolsas de piel de macho cabrío con los pelos hacia dentro. Se llenaban de leche de yak o de cabra y se les retorcía el cuello para atarlo luego con fuerza y lograr así que no se saliese ni una gota. Después se les daban grandes golpes y se les zarandeaba violentamente hasta que se formaba la manteca. Disponíamos de un suelo especial para hacerla, con salientes de piedra de unos cincuenta centímetros de altura. Las bolsas llenas de leche eran levantadas para dejarlas caer luego sobre esas protuberancias que servían para batir el líquido. Resultaba monótono ver y oír a unos diez criados levantando y dejando caer continuamente las bolsas hora tras hora. Al levantarlas tomaban aliento con un aaaab unánime y luego sonaba el ruido sordo de la bolsa al caer. A veces estallaba alguna bolsa por estar ya demasiado vieja o porque la manejaban sin cuidado. Recuerdo a un tipo muy forzudo que presumía de sus músculos. Trabajaba con doble rapidez que sus compañeros y se le hinchaban las venas con el esfuerzo. Uno le dijo:
"Te estás volviendo viejo, Timon; trabajas más despacio que antes." Timon lanzó un gruñido, cogió una bolsa por el cuello con sus potentes manos y la lanzó por el aire. Cuando aún tenía Timon las manos en el aire, cayó la bolsa de lleno sobre la protuberancia de piedra. Al instante brotó un chorro de manteca a medio hacer. El chorro fue a parar directamente a la cara de Timon, y se le deslizó luego por el cuerpo empapándole de grasa.
Mi madre, al oír el ruido, acudió presurosa. Es la primera vez que la he visto sin habla. Quizá fuera de rabia por la manteca desperdiciada o quizá porque se figurase que Timon se estaba asfixiando con la manteca que tragaba, pero lo cierto es que, rasgando el pellejo ya roto, azotó al pobre hombre con él. Le daba especialmente en la cabeza. Timon perdió el equilibrio en el suelo tan resbaladizo y se cayó cuan largo era en un charco de grasa.
Los torpes como Timon podían estropear la manteca. Si no cuidaban de que el pellejo cayese bien sobre el saliente de piedra, los pelos del interior se soltaban y se mezclaban con la manteca. Todos estábamos acostumbrados a encontrar en ella unos cuantos pelos, pero a nadie le gustaba tener que quitar verdaderos mechones. La manteca estropeada se dejaba aparte para las lámparas o para darla a los mendigos, que la calentaban y la colaban a través de un pedazo de tela. También se reservaban a los mendigos los "errores" culinarios. Entonces estos afortunados iban a otra casa contando lo bien que habían comido. Estos vecinos respondían a su vez a estas alabanzas dándoles de comer, si podían, mejor que lo habían hecho en la casa anterior. De manera que ser mendigo en el Tíbet es una gran suerte.
Nunca pasan necesidad; si saben emplear "los trucos de su oficio", lo pasan estupendamente. En verdad, la mendicidad no es considerada como una desgracia en la mayoría de los países orientales. Muchos monjes no comen sino lo que sacan de ir pidiendo de lamasería en lamasería. Para que ustedes se den cuenta de lo bien considerado que está, en gran parte de Oriente, ser mendigo, les bastará saber que viene a ser lo mismo que cuando en Occidente unas personas distinguidas hacen una colecta para los necesitados.
La única diferencia es que el mendigo pide para sí mismo, pero esta diferencia no se ve allí. Alimentar a un monje mendicante se considera como una buena acción digna de todo elogio.
Los mendigos se atienen a su código. Si alguien le da algo a un mendigo, éste se apartará de su benefactor durante un cierto tiempo y no volverá a acercársele bajo pretexto alguno.
Los dos monjes agregados a nuestra familia también trabajaron mucho en los preparativos para el gran acontecimiento que se avecinaba. Delante de cada una de las reses muertas conservadas en nuestra despensa, rezaban por las almas que las habían habitado. Creíamos que si un animal era matado -incluso accidentalmente- y comido por seres humanos, éstos se hallaban en deuda respecto a aquel animal. La única manera de pagar esta deuda era que un sacerdote rezase ante el cadáver del animal con objeto de que éste reencarnase en una condición más elevada cuando volviese a vivir sobre la tierra. En las lamaserías y en los templos había monjes dedicados exclusivamente a rezar por animales. En casa, nuestros monjes domésticos tenían que rezar por los caballos cada vez que emprendían un largo viaje para que no se cansaran demasiado. Por eso cuidábamos mucho de no utilizar un mismo caballo más que un sólo día. El que había corrido mucho un día determinado, había de descansar al día siguiente. Y lo mismo se aplicaba a los animales de labranza y de tiro. Lo más curioso es que los propios animales estaban enterados de esta norma. Si por alguna circunstancia se pretendía utilizar un día al caballo que ya había corrido el día anterior, se quedaba inmóvil y no había manera de obligarlo. Cuando por fin se le quitaba la silla, se alejaba moviendo la cabeza como si dijese: "¡Por fin se ha evitado una terrible injusticia!" Los asnos eran aún peores. Esperaban a que los cargasen y entonces se tumbaban y trataban de quitarse de encima los fardos.
Teníamos tres gatos que estaban de servicio continuo. Uno de ellos vivía en las cuadras y ejercía una eficacísima vigilancia sobre los ratones.
Casi ninguno se libraba de sus garras si se atrevía a dar un paseo. Otro gato vivía en la cocina. Era viejo y un poco tonto. Su madre, cuando lo tenía en el vientre, se había asustado con los cañonazos de la expedición Younghusband, en 1904. El gatito nació prematuramente y fue el único de la camada que se salvó. Por eso lo llamaban "Younghusband". El tercer gato era.., una gata, una respetable matrona que vivía con nosotros. Era

un modelo de madre sacrificada a su deber y hacía todo lo posible para que no disminuyese la población gatuna. Cuando no estaba ocupada alimentando a sus mininos, seguía a mi madre por todas las habitaciones. Era pequeña y negra y a pesar de disfrutar de un envidiable apetito, parecía un esqueleto ambulante. Los animales tibetanos no son en ningún caso mimados, pero tampoco son esclavos. Son sencillamente seres con los mismos derechos que los humanos. Según las creencias budistas, todos los animales, todas las criaturas -humanas o no- tienen alma y vuelven a vivir en la tierra encarnados en nuevos seres de condición cada vez más elevada.

Pronto empezaron a llegar las respuestas a nuestras invitaciones. Llegaban jinetes galopando hasta nuestra puerta blandiendo los bastones de los mensajeros. El mayordomo descendía de su habitación para rendir pleitesía al mensajero de los nobles. El hombre, ya descabalgado, arrancaba el papel que traía en lo alto del palo y recitaba la versión oral. Luego hacía un gesto de gran cansancio y fingía que las piernas se le doblaban hasta tenerse que tumbar en el suelo, indicando así con exquisito arte histriónico que había realizado el mayor esfuerzo de que era capaz para entregar su mensaje en la Casa de Rampa. Nuestros criados representaban también su papel rodeando al mensajero y exclamando: "¡Pobrecillo, qué viaje tan rápido ha hecho!

Seguro que le ha estallado el corazón con tanta velocidad. ¡Qué hombre tan admirable!" Una vez se me ocurrió comentar, con gran indignación de los que me oían: "No, no; le he visto descansar poco más allá para poder llegar aquí en el galope más rápido." Será preferible que no describa la penosa escena que se produjo entonces.

Por fin llegó el día grande. Era el día más temido por mí, aquel en que había de decidirse mi carrera sin intervención alguna por mi parte. Los primeros rayos del sol salían ya por encima de las distantes montañas cuando un criado entró en mi habitación. "¿Cómo? ¿Aún no estás levantado, Martes Lobsang Rampa? ¡Eres un dormilón como no hay otro! Son las cuatro de la mañana y tenemos mucho trabajo. ¡Arriba!" En seguida aparté la manta y me levanté. Este día iba a descubrirme el camino que seguiría mi vida.

En el Tíbet cada persona tiene dos nombres. El primero es el día de la semana en que uno ha nacido. Yo nací un martes; así que me llamaba Martes y Lobsang, que era el nombre propio que me habían puesto mis padres.

Pero si un muchacho entraba en una lamasería, le ponían un tercer nombre, su "nombre de monje". ¿Llegaría yo a tenerlo? Aquel mismo día me lo diría.

Yo, a los siete años, quería ser un barquero de los que navegan por el río Tsang-Po, a sesenta y cinco kilómetros de distancia de Lhasa. Pero, pensándolo mejor, llegué en seguida a la conclusión de que en realidad no me gustaba ser barquero, ya que éstos son forzosamente de baja casta porque usan lanchas de cuero de yak con una armazón de madera. ¡Qué horror, pertenecer a una casta baja! ¡No, lo que yo quería era ser un profesional en el deporte de las cometas! Esto era mucho mejor. Así sería un hombre libre como el aire. Un "volador" de cometas, eso sería, y me pasaría toda la vida construyendo cometas con enormes cabezas y ojos relucientes. Pero, en fin, lo que fuese lo decidirían los monjes-astrólogos. Quizás había dejado mi fuga para demasiado tarde, pues ya no me podía escapar por la ventana. Mi padre enviaría a sus hombres en mi busca. No; después de todo, yo era un Rampa y me veía obligado a seguir la tradición. A lo mejor los astrólogos decidían que fuese "volador" de cometas. No tendría que esperar mucho para saberlo.

CAPÍTULO SEGUNDO.

FIN DE MI INFANCIA.

-¡Ay, Yulgye, no me des esos tirones de pelo! ¡Si sigues así, me quedaré más calvo que un monje!

—Estáte quieto, Martes Lobsang. Has de tener la coleta bien tiesa y engrasada. Si no, tu Honorable Madre me ajustará las cuentas.

—Pero, Yulgye, no es preciso que seas tan rudo. Me estás arrancando la cabeza.

—No puedo hacerlo con más suavidad con la prisa que tengo.

Y allí estaba yo, sentado en el suelo, mientras un zafio criado me retorcía la coleta, que estaba ya más tiesa que un yak helado y más brillante que el agua del lago cuando refleja la luz de la luna.

Mamá se movía con tal rapidez y hacía tantas cosas a la vez que me daba la sensación de tener varias madres. A última hora había mucho que hacer; órdenes, preparativos, y, sobre todo, mucho parloteo. Yaso, dos años mayor que yo, se afanaba por la casa como una mujer de cuarenta años. Mi padre se había encerrado en su habitación particular y se libraba así de la fenomenal algarabía. ¡Ojalá me hubiese permitido quedarme con él!

No sé por qué, pero mi madre había dispuesto que fuésemos a la catedral de Lhasa, el Jo-kang. Por lo visto, había que rodear de cierto ambiente religioso el comienzo de la fiesta. A eso de las diez de la mañana (el tiempo es muy elástico en el Tíbet) un gong de tres tonos nos llamaba desde el punto en que habíamos de reunirnos todos. Y todos íbamos montados en ponies: papá, mamá, Yaso, y cinco más, incluyéndome a mí. Cruzamos la carretera de Lingkhor y torcimos a la izquierda hasta el pie del Potala. Éste es un monte de edificios. Mide más de ciento veinte metros de altura y tiene una longitud de unos ciento cincuenta. Seguimos hasta más allá del pueblecito de Shó, a lo largo de la llanura del Kyi Chu, y media hora después estábamos frente al Jo En torno a esta catedral se apiñaban casitas, tiendas y puestos callejeros para tentar a los peregrinos. La catedral llevaba allí unos mil trescientos años para acoger a los devotos. En su interior, su suelo de piedra presentaba el desgaste -varios centímetros- causado por los pies de los peregrinos durante muchos

siglos. Los peregrinos daban vueltas con toda reverencia en torno al Circuito Interior, y a la vez hacían girar los molinillos de las oraciones repitiendo sin cesar el mantra: *Om! Mani padme Hurn!*
Enormes vigas de madera, ennegrecidas por el tiempo, soportaban el techo, y el denso olor del incienso continuamente quemado se elevaba como las nubecillas del verano en la cumbre de la montaña. Adosadas a los muros estaban las doradas estatuas de nuestras deidades. Unas fuertes pantallas de basta tela metálica protegían las sagradas imágenes de aquellos cuya codicia pudiera superar a su devoción. La mayoría de las estatuas más familiares estaban casi enterradas en montones de piedras preciosas acumuladas allí por los fieles que habían pedido algún favor. En candelabros de oro macizo lucían constantemente unas velas cuya luz no se había extinguido ni una sola vez durante los mil trescientos años pasados. De los oscuros rincones nos llegaban los sonidos de las campanas, los gongs y los bajos profundos de las bocinas de concha. Recorrimos el Circuito como lo exigía la tradición.
Una vez cumplido el rito, subimos a la terraza del edificio. Sólo podían hacerlo unos cuantos privilegiados. Mi padre tenía derecho a subir al tejado por ser uno de los Custodios.
Nuestra forma de gobiernos (sí, en plural) puede resultar interesante.
Hela aquí:
A la cabeza del Estado y de la Iglesia, que es el definitivo Tribunal de Apelación, se hallaba el Dalai Lama. Cualquier tibetano podía acudir a él con una petición. Si ésta era justa, o si trataba de reparar una injusticia, el Dalai Lama ordenaba que se atendiera a la petición o que se hiciese justicia.
Bien puede asegurarse que todos los tibetanos, probablemente sin excepción alguna, lo amaban e incluso lo adoraban. Era un autócrata; usaba de su poder y su dominio, pero nunca para obtener una ganancia personal, sino para el bien del país. Sabía que llegaría la invasión comunista. Sí, lo supo muchos años antes de que ocurriese y convencido de que la libertad se eclipsaría durante algún tiempo, dispuso que un pequeño número de entre nosotros fuese preparado especialmente para que el arte y la ciencia del sacerdocio no se olvidasen.
Después del Dalai Lama había dos Consejos y por eso escribí antes "gobiernos" en plural. El primero era el Consejo Eclesiástico. Estaba constituido por cuatro monjes con categoría de lamas. Eran responsables, ante El Más Profundo, de cuanto se refería a las lamaserías y a los conventos de monjas. Dependían de ellos todos los asuntos eclesiásticos.
Le seguía en importancia el Consejo de Ministros, con cuatro miembros -tres seglares y un clérigo- que se ocupaban en los asuntos generales del país y eran responsables de la relación estrecha entre la Iglesia y el Estado.
Dos altos funcionarios, que bien podríamos llamar Primeros Ministros, actuaban como "agentes de enlace" entre los dos Consejos y exponían los puntos de vista de ambos ante el Dalai Lama. Estos enlaces tenían una extraordinaria importancia durante las escasas reuniones de la Asamblea Nacional. Esta se hallaba formada por cincuenta hombres que representaban a las más ilustres familias y lamaserías de Lhasa. Sólo se reunían en casos de gran gravedad para el país. Por ejemplo, en 1904, cuando el Dalai Lama tuvo que huir a Mogolia al invadir los ingleses Lhasa. Y, a propósito, debo decir que muchos occidentales han creído muy erróneamente que El Más Profundo "huyó cobardemente". El Dalai Lama no huyó. Las guerras en el Tíbet pueden compararse a una partida de ajedrez. Si el rey cae, la partida se ha perdido. El Dalai Lama era el "rey" de nuestro ajedrez. Sin él nada habría quedado por qué combatir; era imprescindible que se pusiera a salvo para que el país no se desintegrase. Los que le acusan de cobardía en cualquier sentido no saben lo que dicen.
La Asamblea Nacional podía aumentarse hasta casi cuatrocientos miembros cuando llegaban todos los dirigentes de nuestras provincias. Hay cinco provincias: la Capital -como suele llamársela a Lhasa- se hallaba en la provincia del Centro, Ü-Tsang. Shigatse está en el mismo distrito. Cartok es el Tíbet occidental; Chang, el Tíbet septentrional, mientras que Kham y Lho-dzong son, respectivamente, las provincias del Este y del Sur. Con el transcurso del tiempo aumentó el poder del Dalai Lama y cada vez decidía más cosas sin la intervención de los Consejos ni de la Asamblea. Y nunca estuvo el país mejor gobernado.
La vista desde el tejado del templo era magnífica. Hacia el este se extendía la llanura de Lhasa, de un verde reluciente y con bastantes árboles.
El agua destellaba por entre los árboles. Los ríos de Lhasa van a afluir al Tsang Po, a unos sesenta kilómetros de distancia. Al norte y al sur se elevan las enormes cadenas montañosas que cierran nuestro valle y lo aíslan del resto del mundo.
En las estribaciones abundan las lamaserías. Más arriba, unas pequeñas ermitas se asoman peligrosamente a los precipicios. Hacia el oeste se ven las montañas gemelas de Potala y Chakpori, conocida esta última con el nombre de Templo de la Medicina.
Entre estas montañas, la Puerta Occidental brillaba con la fría luz de la mañana. El cielo estaba amoratado, color que resaltaba contra la blanca pureza de la nieve de las lejanas montañas. Unas nubecillas algodonosas se alejaban. Mucho más cerca, en la ciudad propiamente dicha, veíamos el palacio del Consejo pegado al muro norte de la catedral. El Tesoro quedaba muy cerca y lo rodeaba el Mercado con los tenderetes de los mercaderes, en que se podía comprar casi todo. Más acá, un poco hacia el este, un convento de monjas casi tocaba al edificio de los Eliminadores de los Muertos.
En el recinto de la catedral había un incesante ir y venir de visitantes de este templo, que es uno de los lugares más sagrados del budismo.

Hasta allá arriba nos llegaba el runrún de las charlas de los peregrinos que habían recorrido inmensas distancias y que traían presentes para nuestros dioses con la esperanza de obtener la bendición divina. Algunos traían animales que habían salvado de los carniceros y que compraron sacrificando el escaso dinero que poseían. Salvar una vida, sea de un animal o de un hombre, representa un gran mérito y los dioses lo tienen muy en cuenta.
Mientras contemplábamos estas escenas antiquísimas y siempre nuevas, oímos cómo subían y bajaban las voces de los monjes en una salmodia mezclándose el bajo profundo de los ancianos con la voz trémula y aguda de los acólitos. Sonaban los tambores y las doradas voces de las trompetas.
Se oían sollozos contenidos, murmullos y rezos, formando todo ello una extraña mezcla que nos tenía como hipnotizados.
Los monjes daban muestras de gran actividad y pasaban constantemente de un lado a otro. Algunos vestían hábitos amarillos, y otros, morados, pero la mayoría llevaba una túnica marrón rojizo. Éstos eran los monjes "ordinarios". Los que lucían mucha ornamentación dorada procedían del Potala y lo mismo los que se cubrían con vestiduras color cereza. Los acólitos iban de blanco y los monjes-policías, de rojo oscuro. Todos ellos, o casi todos, tenían algo en común: que por muy nuevas que fueran sus túnicas llevaban en ellas remiendos que eran réplicas de los remiendos de la túnica de Buda. Los extranjeros que han monjes tibetanos o retratos de ellos, suelen hablar de su "ropa remendada". Ignoran que esos remiendos forman parte de la vestimenta por muy lujosa que ésta sea. Los monjes de la lamasería de Ne-Sar, que existe desde hace mil doscientos años, lo hacen tan bien que aplican sobre sus hábitos unos parches más claros para que se vean bien.
Los monjes llevan los hábitos rojos de la Orden; hay muchos tonos de rojo según el sistema que se emplee para teñir el paño de lana. Desde el marrón rojizo hasta el rojo ladrillo, todo ello es "rojo". Ciertos monjes con cargos oficiales, que ejercen sus funciones en Potala, usan unas chaquetas doradas sin mangas encima de sus túnicas rojas. El oro es un color sagrado en el Tíbet -el oro es siempre puro e inalterable- y es el color oficial del Dalai Lama. Algunos monjes o altos lamas del séquito personal del Dalai Lama están autorizados para llevar túnicas de oro sobre las rojas corrientes.
Desde la alta terraza del Jo-kang podíamos ver muchas de estas figuras con chaquetas de oro y apenas alguna de los altos funcionarios del Pico.
Mirábamos hacia arriba y veíamos ondear las banderas donde están inscritas las oraciones, y también admirábamos las relucientes cúpulas de la catedral.
El cielo estaba muy hermoso con sus tintes morados y sus jirones de nubecillas, como si un artista hubiera pasado a la ligera un pincel cargado de blanco por el lienzo del cielo. Mi madre rompió el hechizo: “Bueno, estamos perdiendo el tiempo. Me echo a temblar cada vez que pienso en lo que estarán haciendo los criados. Tenemos que darnos prisa". De modo que emprendimos precipitadamente la retirada y, montados en nuestros pacientes ponies, nos dirigimos por la carretera de Lingkhor hacia lo que yo llamaba la "gran prueba", pero que mi madre había considerado como su Día Grande.
Una vez de regreso en casa, mamá repasó por última vez todo lo que se había preparado y comimos para fortalecernos en vista de los acontecimientos.
De sobra sabíamos que en estas ocasiones los invitados se quedan ahítos, pero que los pobres anfitriones no prueban bocado. Después no tendríamos tiempo para comer.
Por fin llegaron los monjes-músicos con su banda estruendosa. Los hicieron pasar a los jardines. Venían cargados de trompetas, clarinetes, gongs y tambores. Traían colgados sus címbalos del cuello. Entraron en los jardines con gran estrépito, producido por sus instrumentos que entrechocaban a cada instante. Pidieron cerveza para ponerse a tono e inspirarse.
Durante la media hora siguiente se produjo una horrible algarabía de estridencias mientras los monjes afinaban sus instrumentos.
Cuando el primero de los invitados apareció a lo lejos estalló una gran gritería en el patio. El invitado llegaba seguido por una cabalgata de hombres armados y de abanderados. Abrieron de par en par las puertas y dos columnas de criados nuestros se alinearon a cada lado para darles la bienvenida a los recién llegados. El mayordomo se adelantó con sus ayudantes, que llevaban un buen surtido de esos pañuelos de seda que regalamos en el Tíbet a manera de saludo y bienvenida. Hay ocho clases de pañuelos y es de la mayor importancia no confundirse y darle a cada cual el que le corresponde, si no, el invitado se ofenderá para toda la vida. El Dalai Lama da y recibe solamente pañuelos de la primera categoría. A éstos les llamamos *kbata* y la manera de presentarlos es la siguiente: el donante, si es de igual condición social que el que lo recibe, se mantiene bastante apartado y con los brazos completamente extendidos. El destinatario queda también con los brazos extendidos mientras el otro se inclina levemente y, acercándose, coloca el pañuelo sobre las muñecas del destinatario. Éste se inclina a su vez, coge el pañuelo, le da una vuelta con una señal de aprobación y se lo entrega a un criado.
En el caso de que un donante regale un pañuelo a una persona de condición social mucho más elevada, él o ella se arrodilla con la lengua fuera (saludo tibetano equivalente a quitarse el sombrero) y colocan los kbata a los pies del destinatario. Este coloca entonces su pañuelo en torno al cuello del donante. En el Tíbet todo regalo debe ir acompañado siempre por los kbata adecuados y lo mismo las cartas de felicitación. El Gobierno usa pañuelos amarillos en vez de los blancos corrientes. Cuando el Dalai Lama desea manifestar que una persona merece el más alto honor, coloca personalmente un kbata al cuello de la persona en cuestión y le ata un hilo rojo de seda, con un triple nudo, sujetando el kbata.

El colmo del honor, en este caso, es cuando el Dalai Lama levanta después sus manos con las palmas hacia fuera. Los tibetanos creemos firmemente que la historia de cada persona está escrita en la palma de su mano y el Dalai Lama, al mostrar así las suyas, demuestra que tiene la mayor confianza en la persona a la que confiere este honor. Más adelante iba yo a tener este honor.
Nuestro mayordomo permanecía, pues, a la entrada con un ayudante a cada lado. Se inclinaba ante los recién llegados, aceptaba sus kbata y se los pasaba al ayudante que tenía a la izquierda.
El ayudante de la derecha le iba dando mientras la categoría de pañuelo que correspondía a cada invitado para devolver la atención. Se lo ponía sobre las muñecas extendidas o al cuello (según el rango) del invitado. Todos estos pañuelos eran utilizados innumerables veces.
El mayordomo y sus ayudantes apenas podían atender a tantos invitados como llegaban. De las provincias, de la ciudad de Lhasa y de sus alrededores llegaban galopando por la carretera sombra del Potala. Las damas que habían viajado a caballo recorriendo una gran distancia llevaban una careta de cuero para proteger del polvo su piel. Con frecuencia estas caretas presentaban un rudimentario parecido con las auténticas facciones. Llegada a su destino, la dama se quitaba la careta, así como la capa de piel de yak en que se envolvía. Mientras más feas y más viejas eran las mujeres, más hermosos y jóvenes eran los rostros fingidos en las caretas.
En nuestra casa había una gran actividad. Los criados traían continuamente más almohadones. En el Tíbet no usamos sillas, sino que nos sentamos con las piernas cruzadas sobre almohadones con un grosor de casi veinticinco centímetros y bastante amplios. Los mismos almohadones se usan para dormir, pero entonces, naturalmente, hay que poner varios juntos.
Nos resultan mucho más cómodos que las sillas o las camas.
Primero se les ofrecía a los invitados té con manteca y se les conducía a una espaciosa estancia convertida en refectorio. Allí podían tomar unos refrescos, que les entretuvieran hasta que empezase la fiesta propiamente dicha. Habían llegado unas cuarenta mujeres de las primeras familias de Lhasa, cada una con su séquito femenino. Mamá atendía a algunas de estas señoras, mientras que otras recorrían la casa examinando los muebles y ornamentos y calculando su valor. Me asombraba ver juntas tantas mujeres de tan diversa edad, tamaño y tipos. Surgían de todos los rincones de la casa y no vacilaban en preguntarles a los criados dos veces, qué costaba esto, o cuánto podía valer aquello. En fin, se conducían como cualesquiera mujeres de cualquier país del mundo, aunque quizá con mayor espontaneidad.
Mi hermana Yaso iba de un lado a otro con su vestido nuevo y con un peinado que ella consideraba como de última moda, pero a mí me parecía horrible , aunque en todo lo que respecta a la mujer, no había que hacerme mucho caso, pues tenía arraigados prejuicios. Desde luego, aquel era el día grande para las mujeres.
Algunas de ellas complicaban las cosas: me refiero a las damas de alta sociedad del Tíbet, que estaban obligadas a poseer una gran variedad de vestidos y muchas joyas. Tenían que lucir unos y otras y como esto las habría obligado a estarse mudando a cada de Lingkhor para tomar finalmente nuestro camino privado a la momento -cosa difícil en visita- se hacían acompañar por muchachas que actuaban de modelos como en las casas de modas occidentales. Estas eran las chicas *chung*. Desfilaban ataviadas con los vestidos y joyas de mi madre, se sentaban y bebían innumerables tazas de té con manteca y de vez en cuando pasaban a cambiarse de vestido y de joyas. Charlaban con los invitados y actuaban en realidad como anfitrionas ayudantes de mi madre.
Durante el día, estas jóvenes se cambiaban de atavío de cinco a seis veces.
A los hombres les interesaban más las distracciones de los jardines.
Mis padres habían contratado a una Troupe de acróbatas Tres de ellos sostenían una pértiga de casi cinco metros de altura. Otro acróbata trepaba por el palo y se colocaba cabeza abajo sobre el extremo. Luego, sus compañeros retiraban violentamente la pértiga y le dejaban caer dando vueltas hasta aterrizar de pie con felina agilidad. Unos chicos que contemplaban el espectáculo se fueron a un rincón apartado para ejecutar por su cuenta aquella acrobacia. Encontraron una pértiga de unos tres metros de altura, la sostuvieron vertical y el más atrevido trepó por ella e intentó ponerse cabeza abajo. Se dio un gran batacazo, cayendo sobre los demás. Pero como todos tenían la cabeza muy dura no sufrieron con la aventura más que unos chichones del tamaño de un huevo.
Apareció mi madre, que conducía a las señoras para que admirasen el espectáculo y escuchasen la música. Esta fluía sin cesar porque los monjes-músicos estaban ya bien caldeados gracias a las grandes cantidades de cerveza tibetana que habían ingerido.
Para esta ocasión extraordinaria se había vestido mamá con más lujo que nunca. Llevaba una falda rojo oscuro de lana de yak que le llegaba casi a los tobillos. Sus botas de fieltro tibetano -unas botas altas- eran de una extremada blancura, con suelas de un rojo vivo. Su chaqueta, del tipo bolero, era de un amarillo rojizo, un extraño color parecido al del hábito de monje de mi padre. Cuando más adelante me dediqué a la medicina podría haber descrito ese color como "yodo en una venda". Debajo llevaba una blusa de seda morada. Todos esos colores armonizaban y habían sido escogidos para presentar diferentes clases de vestidos monacales.
Cruzándole el hombro derecho, lucía una banda de brocado de seda sujeta en el lado izquierdo de la cintura por un broche de oro macizo. Desde el hombro hasta la cintura era la banda de un rojo-sangre, pero desde este punto iba pasando de un amarillo limón pálido a un azafrán oscuro, cerca ya del borde de la falda.
Le rodeaba el cuello un cordón de oro que sostenía los tres amuletos que siempre llevaba. Se los habían regalado cuando se casó. Uno era de la familia de ella, otro de la familia de mi padre, y el tercero -honor

rarísimo- se lo había dado el propio Dalai Lama. Lucía muchas joyas, porque en las mujeres tibetanas el uso de las joyas y los ornamentos señala la importancia de su condición social. Cada vez que un marido sube de categoría en la escala social está obligado a comprarle a su mujer nuevas joyas y adornos.
Mamá se había pasado varios días preparándose un peinado excepcional de ciento ocho pequeñas trenzas, cada una de ellas no más gruesa que una cuerda de látigo. Ciento ocho es un número sagrado tibetano y las damas con el cabello suficiente para hacérselas todas ellas son envidiadas como las mujeres más afortunadas del mundo. El cabello, dividido a estilo "madonna", quedaba sujeto por un marco llevado sobre la cabeza como un sombrero. En este marco de madera laqueada estaban engarzados diamantes, jade y discos de oro. El cabello se esparcía sobre él como las rosas sobre un enrejado.
Mi madre tenía unos pendientes de coral de un peso tan grande que se veía obligada a usar un hilo rojo para sujetárselos bien a las orejas y evitar el peligro de que se le rasgase el lóbulo. Estos pendientes le llegaban casi a la cintura. Me producía verdadero pasmo verla mover la cabeza.
Los invitados se paseaban admirando los jardines o se sentaban en grupos para hablar de política. Las señoras no dejaban de charlar de sus cosas:
"Sí, querida, la señora Doring está poniendo un suelo nuevo. Ha encontrado unos guijarros muy bien pulimentados que tienen un brillo precioso.
"¿No han oído ustedes hablar de ese joven lama al que han visto tanto con la señora Roakasha?", etc. Pero, en realidad, todos hacían tiempo hasta que llegara el gran acontecimiento del día. Todo aquello no era sino una manera de caldear el ambiente para el gran momento de la fiesta en que los sacerdotes-astrólogos predecirían mi futuro y señalarían el camino que yo habría de tomar en la vida.
A medida que atardecía se aplacaban las actividades de los invitados.
Estaban ya ahítos de bebida y comida y dispuestos a escuchar. Cuando las pilas de alimentos disminuían, los criados volvían a reponerlas; pero todo esto fue parándose. Los acróbatas, cansados ya, se retiraban uno a uno a las cocinas para poder descansar y beber más jarros de cerveza.
Los músicos seguían tocando con todo entusiasmo y formaban un ensordecedor estruendo con sus trompetas, címbalos y tambo res. Los pájaros que solían refugiarse en nuestro jardín habían desaparecido, asustados por aquel insólito estrépito. Y no solamente los pájaros eran los asustados: los gatos se escondieron no sé dónde desde que aparecieron los primeros invitados.
Incluso los gigantescos mastines negros que guardaban nuestra casa se habían dormido. Habían tenido buen cuidado de atiborrarlos de comida para que no estropeasen la fiesta ladrando y mordiendo a la gente.
En nuestros amurallados jardines, a medida que oscurecía surgían chicos jugando como gnomos por entre los árboles, balanceando los farolillos encendidos y quemando incienso. Saltaban de rama en rama como pájaros.
Rodeando la casa habían instalado unos incensarios dorados de los que se elevaban gruesas columnas de humo fragante. Cuidaban de ellos unas viejas que, a la vez, hacían girar los molinillos de plegarias -que hacen un ruido de carraca- y que a cada giro envían al cielo miles de oraciones.
Mi padre se hallaba en un susto continuo. Sus jardines amurallados eran famosos en todo el país por las carísimas plantas importadas que contenía.
En este Día Grande, aquello parecía un parque zoológico sin guardias ni rejas. Papá se paseaba nervioso retorciéndose las manos y lanzaba leves gemidos de angustia cada vez que un invitado se detenía ante una planta y arrancaba tranquilamente una flor. Corrían mayor peligro los perales y albaricoqueros y los manzanos enanos. Los árboles más grandes -álamos, sauces, juníperos, abedules y cipreses estaban festoneados con banderitas que llevaban inscritas las plegarias y que flameaban en la leve brisa de la tarde.
Por fin se puso el sol tras los distantes picos del Himalaya. De las lamaserías nos llegaba el sonido de las trompetas que anunciaban el paso de otro día y por todas partes se encendían centenares de lamparillas. Colgaban de las ramas, se balanceaban en los bordes de los aleros, muy salientes, de las casas y otras flotaban sobre las plácidas aguas del lago ornamental.
Unas parecían sostenidas por las joyas de los lirios acuáticos y eran arrastradas hacia los cisnes que buscaban refugio cerca de la isla.
Sonó un gong de tono muy grave y todos se dispusieron a contemplar el paso de la procesión. En los jardines habían erigido un amplio estrado con un lado completamente abierto. Dentro habían instalado una alta tarima y, sobre ella, cuatro sillas tibetanas. La procesión se acercaba a esta tribuna.
Cuatro criados llevaban verticalmente unos palos con banderas en su extremo superior. Luego aparecieron cuatro trompeteros con trompetas de plata. Siguiéndoles iban mi padre y mi madre. Llegados ante la tribuna subieron al estrado. Detrás, dos ancianos de una edad incalculable, que habían venido de la lamasería del Oráculo del Estado, en Nechung y que eran los astrólogos más sabios del país. Habían acertado en sus predicciones repetidas veces. La semana anterior los habían llamado para que le hicieran un vaticinio al propio Dalai Lama. Ahora se disponían a hacer lo mismo para un chico de siete años. Se habían pasado varios días estudiando sus papeles y haciendo cálculos. Habían discutido interminablemente sobre trinas, eclípticas, sesquicuadrantes y las influencias opuestas de esto o de lo otro. Ya me ocuparé de astrología en otro capítulo.
Dos lamas llevaban las anotaciones y cartas de los astrólogos. Otros dos se adelantaron para ayudar a los ancianos a subir los escalones de la tribuna. Los dos viejos estaban muy juntos, y parecían dos antiguos relieves en marfil. Sus deslumbrantes túnicas de brocado chino amarillo acentuaban su vejez. Sobre la cabeza llevaban altísimo s sombreros sacerdotales, bajo cuyo peso parecían hundirse sus arrugadísimos cuellos.

La gente se apiñó en torno a la tribuna, sentándose sobre los almohadones que llevaron los criados. Cesaron las charlas, ya que todos estaban pendientes, con enorme expectación, de la cascada voz del astrólogo jefe.
Este dijo: "*Lha dre mi cho-nang-chig*" (Dioses, diablos y hombres, todos ellos se conducen de la misma manera), y así podían empezar ya a predecir el futuro. Pero aún tenía que hablar una hora seguida. Luego se concedió a sí mismo diez minutos de descanso, para estarse luego otra hora exponiendo las líneas generales del porvenir "*Ha-le! Ha-le!*" (extraordinario, extraordinario!), exclamaba el público entusiasmado.
Y de aquel prolijo discurso sobre el futuro en general y el de un chico de siete años en particular, se deducía en resumidas cuentas que yo debía entrar en una lamasería después de dar una clara prueba de resistencia y que luego me prepararían para la carrera de sacerdote-cirujano. Esto significaba sufrir grandes penalidades, abandonar la patria y vivir entre gente extranjera, perderlo todo, empezar de nuevo a cero y quizá triunfar a la larga.
Paulatinamente fue dispersándose la multitud. Los que habían venido de muy lejos pasarían la noche en nuestra casa y se marcharían a la mañana siguiente. Otros partían ya con sus séquitos y con antorchas. Con mucho caracoleo de caballos, roncos gritos de los criados, órdenes e imprecaciones, se fueron formando las comitivas en el patio. De nuevo se abrió la inmensa puerta y empezó a salir la gente. Se fueron haciendo más débiles a lo lejos el plop-plop de los caballos y la voz de los jinetes hasta que sólo hubo silencio en la noche.

CAPÍTULO TERCERO.

ÚLTIMOS DÍAS EN MI CASA.

En casa había aún gran actividad. El té se consumía en cantidades increíbles y los alimentos empezaron a desaparecer de nuevo cuando los invitados que se quedaban a pasar la noche creyeron conveniente fortalecerse para el sueño. Todas las habitaciones estaban ocupadas y no había sitio para mí. Así, vagaba yo por mi casa, desconsolado, sin saber qué hacer.
Cuando encontraba algo por el suelo le daba un puntapié, pero ni aun así me venía la inspiración. Nadie se fijaba en mí. Los invitados estaban cansados y felices, y los criados, cansados e irritables. Me dije: "Los caballos son más sensibles. Me iré a dormir con ellos."
En las cuadras había un calorcillo muy agradable. El forraje estaba suave, pero yo no lograba conciliar el sueño. Cada vez que me adormilaba se acercaba algún caballo a olerme o me despertaba un súbito ruido de la casa. Poco a poco se fueron callando todos allá arriba. Me incorporé y vi por la ventana cómo se iban apagando las luces, una tras otra, hasta no quedar más que la fría luz azul de la luna reflejada vivamente por las mo ntañas cubiertas de nieve. Los caballos se habían dormido, unos en pie y otros tumbados de costado.
También yo conseguí dormirme. A la mañana siguiente me despertó una sacudida y una voz que me decía: "Levántate, Martes Lobsang. Tengo que sacar los caballos y me estorbas." Así que me levanté y entré en la casa en busca de comida. Había mucho movimiento.
Los rezagados se preparaban para partir y mamá revoloteaba de un grupo a otro para aprovechar bien la charla de última hora. Mi padre discutía con un amigo sobre las mejoras que quería introducir en la casa y en los jardines.
Le decía que pensaba importar cristal de la India para encristalar las ventanas. En el Tíbet no había cristal, y traerlo de la India costaba muchísimo.
Las ventanas tibetanas tienen marcos sobre los cuales se extiende un papel encerado y translúcido, pero no transparente. Por fuera, las ventanas estaban protegidas por unos gruesos postigos de madera cuya finalidad no era tanto impedir la entrada de los ladrones como evitar la entrada en la casa de la arena arrastrada por los fuertes vientos. Esta arenilla (a veces también arrastraba piedrecillas) rasgaba las ventanas de papel no protegidas por postigos. Y también causaba arañazos y pequeñas heridas en caras y manos; así que en la época de los vendavales, los viajes resultaban muy peligrosos. La gente de Lhasa solía vigilar temerosa el Pico, y cuando se cubría repentinamente con una neblina negra, todos corrían a refugiarse antes de que les azotara este viento cargado de cortante arenilla y grava. Y no sólo estaban alerta los seres humanos, sino también los animales. No era raro ver a los caballos y a los perros adelantarse a hombres, mujeres y niños en la precipitada búsqueda de un refugio. A los gatos nunca los sorprendía el vendaval, y en cuanto a los yaks, estaban completamente inmunizados contra ese azote.
Cuando se hubo marchado el último de los invitados, me llamó mi padre y me dijo:
—Ve a las tiendas y compra todo lo que necesites. Tzu sabe lo que te hace falta.
Pensé en las cosas que necesitaba: una escudilla de madera para la tsampa, una taza y un rosario. La taza se compondría de tres partes: un pie, la tapa propiamente dicha, y el borde, que había de ser de plata. El rosario sería de madera con sus ciento ocho cuentas muy bruñidas. El número sagrado ciento ocho indica también las cosas que un monje ha de recordar.
Partimos, Tzu en su caballo y yo en mi pony. Al salir del patio torc imos a la derecha y luego otra vez a la derecha hasta que salimos del Camino Circular y dejamos atrás el Potala. Miré al rededor como si viese la ciudad por primera vez. ¡Y es que mucho temía estarla viendo por última vez!
Las tiendas estaban atestadas de ruidosos mercaderes que acababan de llegar a Lhasa. Unos traían té de China, y otros telas de la India. Nos abrimos paso por entre la multitud hasta las tiendas que deseábamos visitar. A cada momento saludaba Tzu a algún viejo amigo de sus buenos tiempos.

Tenía que comprarme una túnica de color marrón rojizo. Debía comprármela de un tamaño superior a mi medida y no sólo porque estaba creciendo, sino por otro motivo igualmente práctico. En el Tíbet los hombres llevan una vestidura voluminosa atada estrechamente por la cintura. La parte de arriba se abullona y forma como un bolsón donde el varón tibetano lleva todas las cosas que necesita fuera de casa. Un monje, por ejemplo, lleva la escudilla para la tsampa, una taza, un cuchillo, varios amuletos, un rosario, una bolsita con cebada tostada y, muchas veces, una buena provisión de tsampa. Pero no olviden ustedes que un monje lleva encima todo lo que posee en este mundo. Mis pequeñas y conmovedoras compras fueron supervisadas severamente por Tzu, que sólo me permitió adquirir lo imprescindible y, en todo caso, artículos de mala calidad, como convenía a un "pobre acólito": sandalias con suelas de cuero de yak, una bolsita de cuero para llevar la cebada tostada, una escudilla de madera para la tsampa, una taza de madera -¡nada de plata con que yo había soñado!- y un cuchillo corriente. Estos objetos, más un vulgar rosario que yo mismo tendría que pulimentar, constituirían mis únicas posesiones. Mi padre era varias veces millonario, dueño de inmensas fincas en todo el país, y atesoraba valiosísimas joyas y, desde luego, mucho oro. Yo, mientras me estuviese educando en vida de mi padre, no sería más que un monje pobre. Volví a mirar la calle con sus casas de dos pisos y aleros muy salientes. Y también volví a fijar la atención en las tiendas que exponían sus géneros en tenderetes a la puerta: aletas de tiburón, sillas de montar y demás cosas tan dispares como éstas.

Escuché una vez más la cháchara de los mercaderes y de sus clientes, que regateaban con buen talante los precios. Nunca me había parecido tan atractiva la calle y pensé en los afortunados que la veían a diario y que seguirían viéndola. Unos perros sin dueño vagaban por allí olfateando y saludándose con gruñidos, y los caballos relinchaban bajo, como hablándose unos a otros para entenderse, mientras esperaban a sus amos. Los yaks lanzaban sus profundos gemidos mientras se abrían paso por entre la gente, por en medio de la calle. Y detrás de aquellas ventanas tapadas con papel encerado, ¡cuántos misterios me atraían! ¡Cuántos géneros maravillosos procedentes de todas las partes del mundo habrían entrado por aquellas macizas puertas de madera y qué historias contarían estas casas si pudiesen hablar!

Miraba yo todo esto como se mira a un viejo amigo. No me pasaba por la cabeza que pudiese ver de nuevo estas calles, aunque sólo fuera de tarde en tarde. Pensé en las cosas que me habría gustado haber hecho y en las cosas que habría querido comprar. Pero mi ensoñación fue interrumpida tajantemente. Una mano inmensa y amenazadora cayó sobre mí, me cogió la oreja y me la retorció brutalmente mientras que la voz de Tzu gritaba para que todo el mundo pudiese oírlo: " Martes Lobsang! Acaso te has dormido en pie? No sé que os pasa a los chicos de hoy. No eran así en mi infancia."

A Tzu no parecía preocuparle si me dejaba atrás sin mi oreja o si le seguía al ritmo de sus tirones. Naturalmente, no había más solución que irme tras él. Todo el camino de regreso fue rezongando y protestando entre dientes contra la generación actual, gentecilla inútil que se pasa el tiempo pensando en las musarañas, como atontada. Por lo menos, hubo algo que me salió bien: cuando tomamos la carretera de Lingkhor, se levantó un viento muy desagradable, y Tzu, que iba delante de mí, me protegía con su corpachón.

En casa, mi madre estuvo examinando las cosas que habíamos comprado.

Luego me llevó de visita a las demás casas ilustres de Lhasa para que presentara mis respetos a los notables de la ciudad. Y la verdad es que aquel día no me sentía muy respetuoso.

A mamá le encantaba la vida social y el visiteo y disfrutó mucho en aquella ronda de visitas. Hablaba sin cesar de menudencias y dimes y diretes, mientras yo me aburría inmensamente. A mí todo aquello me era insoportable, pues no estoy hecho de la madera de los que aguantan a los tontos con absoluta resignación. Mi único deseo era divertirme un poco, en los pocos días que me quedaban, yéndome a lanzar cometas, saltar con mi pértiga, y disparar con el arco. En cambio, me veía obligado a dejarme exhibir como un yak premiado para que me dijeran estupideces todas aquellas ancianas que no tenían más que hacer en todo el día que estarse sentadas en sus almohadas de seda y llamar a una criada cada vez que les hacía falta la cosa más insignificante.

Pero no fue sólo mi madre la que me fastidió. Papá tenía que vis itar la lamasería de Drebung y me llevó para que la conociese. Drebung es la mayor lamasería del mundo con sus diez mil monjes, sus enormes templos, sus casitas de piedra y los edificios con terrazas que se elevan escalonadamente.

Esta comunidad era como una ciudad amurallada y, como toda buena ciudad, se mantenía a sí misma. Drebung significa "montón de arroz" y desde lejos parece, efectivamente, un montón de arroz. Sus torres y cúpulas brillan extraordinariamente. En aquella ocasión no me hallaba yo en condiciones de apreciar la belleza arquitectónica: lo único que me preocupaba era estar perdiendo lastimosamente el poco tiempo de que disponía, un tiempo precioso.

Mi padre conversaba con el abad y sus ayudantes mientras yo vagaba desconsolado de un lado a otro. Temblé de espanto cuando vi cómo trataban a algunos novicios de los más pequeños. El Montón de Arroz era, en realidad, no una sola lamasería, sino siete reunidas; siete órdenes distintas, siete colegios independientes que se habían agrupado. Era tan inmensa que no bastaba con un solo hombre para regirla. La gobernaban catorce abades, que por cierto eran de una rigurosísima severidad en cuanto a la disciplina.

Me alegré cuando este "agradable paseíto por la soleada llanura" -y cito palabras de mi padre- se acabó por fin, pero aún más me alegró saber que no me destinarían a Drebung, ni a Sera, que está a cuatro kilómetros y me dio al norte de Lhasa.

Por fin terminó la semana. Me quitaron las cometas y las regalaron a otros niños; mis arcos y mis flechas tan lindamente adornados con plumas fueron partidos en un acto simbólico para indicar con ello que yo había dejado de ser niño y no era propio que perdiera el tiempo con esos juegos.
Sentí que a la vez me partían el corazón, pero a nadie pareció importarle.
Por la noche envió mi padre a buscarme. Acudí a su despacho, una habitación maravillosamente adornada y con muchos libros antiguos y valiosos en las estanterías que llenaban las paredes. Papá se sentó a un lado del altar principal de la casa que, correspondía, estaba en su habitación, y me ordenó que me arrodillase ante él. Así empezaba la ceremonia llamada de la Apertura del Libro. En este descomunal volumen, apaisado (de un metro de anchura por unos veinticinco centímetros de altura) se hallaban consignados todos los detalles de la historia de nuestra familia durante muchos siglos. Allí constaban los nombres de los fundadores de nuestro linaje y los hechos que les ha bían valido ascender a la categoría de nobles. También podían leerse en sus páginas los servicios que había prestado mi familia a nuestro país y a nuestro Guía. En aquellas páginas tan viejas y amarillentas se encerraba una viva lección de historia. Ahora, por segunda vez, se abría el Libro para algo que me concernía directamente. La primera vez fue cuando hubo que inscribir mi concepción y mi nacimiento, al ocurrir este último. Allí estaban todos los detalles de que se habían valido los astrólogos para sus predicciones. Ahora tenía que firmar yo el Libro, ya que mañana empezaba para mí una nueva vida al ingresar en la lamasería.
Las tapas, de madera artísticamente labrada, volvieron a cerrarse. Mi padre cerró solemnemente los broches de oro que aprisionaban las gruesas hojas de papel de junípero hechas mano. El libro era tan pesado que incluso mi padre vaciló un poco al levantarlo para volverlo a colocar en el cofre de oro donde lo guardaba. Con toda reverencia introdujo el cofre en el pequeño foso de piedra que había debajo del altar. Calentó cera en un pequeño brasero de plata, la vertió sobre los bordes de piedra e impuso en ella su sello para tener la seguridad de que el libro no sería tocado por nadie.
Se volvió hacia mí y se instaló cómodamente sobre unos almohadones.
Tocó el gong y al instante apareció un criado que te nía ya preparado el té. Después de un largo silencio, me contó mi padre la historia secreta del Tíbet, la historia que se remonta a miles y miles de años, la historia que ya era muy antigua cuando se produjo la Inundación. Me contó lo que había sucedido cuando todo el Tíbet fue barrido por un mar antiguo y que esto no era una invención sino un hecho real que había sido confirmado por las excavaciones. "Incluso ahora -me dijo-, cualquiera que excave cerca de Lhasa podrá sacar a luz fósiles marinos y extrañas conchas." Además, se han encontrado artefactos de metales desconocidos y de los que no podía saberse para qué sirvieron. A veces los monjes que visitaban ciertas cuevas en estedistrito descubrían objetos y se los llevaban a mi padre. Me en señó algunos. Luego cambió de tono:
—La Ley ordena que a los hijos de familias nobles se les imponga la mayor austeridad, mientras que a los de clase baja se les tendrá compasión.
Pasarás por duras pruebas antes de que se te permita ingresar en la lamasería.
Me insistió en la absoluta necesidad de obedecer todas las órdenes que me dieran. Sus últimas instrucciones no eran precisamente las más apropiadas para tranquilizarme. Dijo:
—Hijo mío, crees que soy duro y que no me preocupa lo que puedas sufrir, pero no olvides que mi primera preocupación es mantener limpio el nombre de nuestra familia. Por eso te digo: si fracasas en esta prueba a que has de someterte para ingresar en la lamasería, no vuelvas a esta casa. Serás un extraño para nosotros.
Y sin pronunciar una palabra más me despidió con un ges to.
A primera hora de la tarde me despedí de mi hermana Yaso. Se emocionó mucho. ¡Habíamos jugado tanto juntos! Y no tenía más que nueve años, mientras que yo cumpliría siete al día siguiente.
A mi madre no pude verla. Se había acostado y ni siquiera pude decirle adiós. Entré en mi habitación por última vez y arreglé los almohadones que formaban mi cama. Me acosté, pero no pude dormir. Me pasé mucho tiempo pensando en las cosas que me había dicho mi padre. Pensé en lo mucho que le molestaban los niños a papá. Me espantaba la idea de que al día siguiente tendría que dormir por primera vez fuera de mi casa. Paulatinamente fue cruzando la luna el cielo. Un pájaro nocturno se posó en el alféizar de la ventana. Desde el tejado me llegaba el flap-flap de los banderines de las preces que el viento batía. Por fin me quedé dormido, pero en cuanto los primeros rayos del sol sustituyeron a la luz de la luna me despertó un criado que me traía una escudilla de tsampa y una taza de té con manteca.
Mientras me tomaba este sobrio des ayuno, Tzu entró en mi cuarto y me dijo:
—Bueno, muchacho; nuestros caminos van a separarse. Estoy muy contento porque por fin podré dedicarme a mis caballos. Espero que te las arreglarás bien. Recuerda todo lo que te he enseñado.
Y, sin más, dio la vuelta y salió de la habitación.
Aunque entonces no podía yo comprenderlo, este sistema es el mejor.
Las despedidas emotivas me habrían hecho mucho más di fícil salir de casa por primera vez y para siempre, como pensaba yo por entonces. Si mamá hubiera salido para despedirme es indudable que habría yo hecho todo lo posible para convencerla para que no me dejara partir de casa. Muchos niños tibetanos llevan vidas muy tranquilas y agradables, mientras que la mía era de lo más dura; y más adelante pude enterarme de que la falta de despedidas la había ordenado mi padre para hacerme inculcar desde muy pe queño la disciplina, el sacrificio y la firmeza.
Terminé el desayuno, me guardé la escudilla de tsampa y la taza en la parte delantera superior de mi túnica e hice un paquete con una túnica de repuesto y un par de botas de fieltro. Cuando salí de mi habitación me

esperaba un criado encargado de advertirme que no debía hacer ruido para no despertar a la gente de la casa. Recorrí el pasillo. Me abrieron la puerta. El falso amanecer había sido sustituido por la oscuridad que precede a la verdadera alba. Ya estaba en la calle. De este modo salí de mi casa, solo, asustado, con el corazón oprimido.

CAPÍTULO CUARTO.

A LAS PUERTAS DEL TEMPLO.

La carretera conducía directamente a la lamasería de Chakpori, el Templo de la Medicina Tibetana. ¡Qué dura escuela había de ser ésta! Anduve aquellos kilómetros mientras la luz del día se hacía más intensa. A la puerta del recinto exterior encontré a otros dos niños que también pedían entrada. Nos miramos con curiosidad y me atrevo a asegurar que a ninguno de nosotros le preocupó mucho lo que vio en los otros dos. Pensábamos que teníamos que ser sociables si queríamos aliviar en algo la dureza del tratamiento a que nos someterían.
Estuvimos algún tiempo llamando a la puerta tímidamente, pero nadie respondió. Entonces uno de los otros dos se agachó, cogió una piedra de buen tamaño y la arrojó con fuerza. Hizo el suficiente ruido para que se presentara en seguida un monje blandiendo un bastón que nuestro espanto veía tan largo como un arbolillo.
— ¿Qué queréis, diablejos? -exclamó -. ¿Acaso creéis que no tengo nada que hacer sino abrir la puerta a unos críos como vosotros?
—Queremos ser monjes -repliqué.
—Más me parecéis unos monos que unos monjes. Bueno, esperad aquí y no osováis. El Maestro de los Acólitos os verá cuando pueda.
Cerró de un portazo y casi deja en el sitio a uno de los chicos que se había acercado imprudentemente. Nos sentamos en el suelo, cansados. La gente entraba y salía del monasterio. Nos llegaba un agradable olor a comida a través de un ventanuco produciéndonos un verdadero suplicio, ya que teníamos un hambre terrible. Por fin se abrió la puerta con violencia y un hombre alto y de extremada delgadez apareció en el umbral.
—¡Vamos a ver —rugió— qué quieren estos miserables vagabundos!
—Queremos ser monjes —dijimos a coro.
—¡Qué pena! —exclamó—. ¡Qué basura nos mandan ahora!
Nos hizo señal de que entrásemos en el recinto amurallado que formaba el perímetro de la lamasería. Nos preguntó quiénes éramos y por qué íbamos allí. Comprendimos sin dificultad que no nos daba la menor importancia.
A uno de mis compañeros, hijo de un pastor, le dijo:
—Entra, y si sales bien de tus pruebas podrás quedarte.
Y al otro:
—Y tú, chico, ¿dijiste que eras hijo de un carnicero? ¿Un cortador de carne? ¿Un transgresor de las leyes de Buda? ¿Y te atreves a pisar este suelo?
Márchate corriendo si no quieres que vaya detrás de ti dándote latigazos por todo el camino.
El desgraciado olvidó su cansancio y salió disparado mientras el mo nje le seguía amenazando. Sus pies apenas tocaban el suelo.
Me quedé solo. Mal empezaba mi séptimo aniversario. El monje me miró feroz y casi estuve a punto de desmayarme de puro miedo. Levantó su bastón como para pegarme.
—Y tú, ¿qué me has dicho que eres...? ¡Ajá, un joven príncipe que quiere entrar en religión! Primero tenemos que ver de qué madera estás hecho. Aquí no hay sitio para los príncipes enclenques y mimados. Ahora mis mo vas a dar cuarenta pasos hacia atrás y te sentarás en actitud contemplativa hasta que yo te avise. Pero, óyeme bien: no moverás ni siquiera los párpados.
Pronunciadas estas sobrecogedoras palabras, se volvió bruscamente y se marchó. Con gran tristeza recogí mi paquetito y anduve cuarenta pasos de espaldas. Me arrodillé y luego me senté con las piernas cruzadas como me habían ordenado. Así me pasé todo el día, absolutamente inmóvil. El viento me azotaba formando montoncitos de tierra en las palmas de mis manos, que mantenía vueltas hacia arriba. La tierra, además, se apilaba sobre mis hombros y se metía entre mis cabellos. Cuando el sol empezó a ponerse, el hambre me torturaba ya de un modo insoportable y la sed me resecaba la garganta. Desde el amanecer no había probado alimento ni bebida.
Con gran frecuencia pasaban monjes que ni siquiera me miraban. Los perros vagabundos se paraban a olisquearme con curiosidad, pero todos se marchaban sin molestarme. Pasó un grupo de niños y uno de ellos me arrojó una piedra que me dio en un lado de la cabeza causándome una herida.
Me brotó la sangre, pero ni siquiera me moví. La idea de un fracaso me espantaba.
Porque si fracasaba en esta prueba mi padre no me dejaría entrar más en casa y no tenía adónde ir ni hubiera sabido qué hacer para ganarme la vida. Así que no tenía más remedio que permanecer inmóvil como una estatua, con todo el cuerpo dolorido y con las articulaciones anquilosadas.
El sol se escondió detrás de las montañas y el cielo se oscureció. Empezaron a brillar estrellas en la negrura del cielo, y a través de las ventanas de la lamasería vi como se encendían miles de lamparillas. Soplaba un

viento helado que silbaba en las hojas de los sauces y empezaron a rodearme todos estos misteriosos sonidos que forman la extraña música de la noche.
Continué inmóvil y no sólo por el miedo que tenía a moverme y a las consecuencias de un fracaso, sino porque estaba ya tan anquilosado que no podía moverme. Por fin oí el suave ruido de las sandalias de los monjes que se acercaban por el sendero enarenado. Luego comprendí que eran los pasos de un solo hombre, de un anciano que avanzaba a tientas por la oscuridad arrastrando los pies. Apareció ante mí una silueta, la de un anciano monje retorcido como un árbol muy viejo. Le temblaban las manos, cosa que me preocupó porque estaba derramando el té que me traía. En la otra mano llevaba una escudilla de tsampa. Me entregó las dos cosas. Al principio no pude moverme para cogerlas. Adivinándome el pensamiento, dijo:
—Tómate esto, hijo mío, porque durante las horas de oscuridad se te permite que te muevas.
Bebí el té y pasé la tsampa a mi propia escudilla. El monje siguió hablándome:
—Ahora duerme, pero en cuanto lance el sol sus primeros rayos vuelve a tomar la misma posición porque es ta es una prueba, hijo mío, y no la caprichosa crueldad que puedes creer. Solamente aquellos que triunfen en esta prueba podrán ingresar en nuestra Orden y aspirar a sus más elevados puestos.
El anciano recogió la taza y la escudilla y se marchó. Me puse en pie y estiré las piernas; luego me eché de lado y acabé de comerme la tsampa.
Estaba cansadísimo. Me apresuré a buscar una depresión del suelo para acomodar en ella la cadera y, colocando debajo de la cabeza como almohada mi túnica de repuesto enrollada, intenté dormirme.
Mis siete años no habían sido fáciles. Ni por un solo momento dejó mi padre de aplicarme las normas más férreas, pero aún así, ésta era la primera noche que pasaba fuera de casa y había permanecido el día entero inmóvil, hambriento, con una sed terrible. Todo había de parecerme forzosamente agradable en contraste con estas penalidades. No tenía idea de lo que pudiera traerme el día siguiente, ni qué más exigirían de mí. Ahora tenía que dormirme solo bajo un cielo frío, aterrorizado por las tinieblas y angustiado por el futuro inmediato.
Me parecía que acababa de cerrar los ojos cuando me despertó el toque de una trompeta. Al abrir los ojos vi que era el falso amanecer con la primera luz del ya cercano día reflejada en el cielo por detrás de las montañas.
Sobresaltado, me incorporé y volví a adoptar la actitud contemplativa sentado con las piernas cruzadas. Poco a poco fue animándose el monasterio.
Poco antes tenía el aspecto de una ciudad dormida, una masa inerte.
Luego empezó a respirar suavemente y a agitarse con pequeños movimientos como cuando una persona se despierta. Minutos después era ya un murmullo que se fue transformando en un fuerte zumbido como el de un enjambre de abejas en el calor del verano. De vez en cuando se oía alguna trompeta, como el chillido de un pájaro distante, o sonaba el bajo ronquido de una caracola que me recordaba a las ranas llamándose unas a otras en el pantano. Al aumentar la claridad vi pasar grupos de cabezas afeitadas, por detrás de las abiertas ventanas, aquellas ventanas que a la luz del crepúsculo matutino parecían las cuencas vacías de una monda calavera.
A medida que el día avanzaba se me iban poniendo rígidas las articulaciones, pero no me atrevía a moverme. Luchaba denodadamente contra el sueño, porque si me movía y fracasaba en mi prueba, no tendría adónde ir ni de qué vivir. Mi padre había dicho bien claro que si no me aceptaban en la lamasería, tampoco me admitiría él en casa. Pequeños grupos de monjes salían de los diversos edificios dirigiéndose a cumplir con sus misteriosas funciones. Pasaban niños que a veces me lanzaban puñados de tierra y piedrecitas o me insultaban groseramente. Pero mi inmovilidad acababa cansándolos y se alejaban. Otra vez, al anochecer, empezaron a encenderse las lámparas y de nuevo vi aparecer las estrellas, ya que la luna se levantaba tarde. Solíamos decir que en esos días la luna era joven y no podía viajar con rapidez.
Un nuevo temor aumentaba mis sufrimientos: ¿me habrían olvidado?
¿Era una nueva prueba, la de que me pasara sin té ni tsampa más de un día?
Hacía más de veinticuatro horas que no había probado alimento alguno y ni una sola gota de líquido. De pronto algo despertó en mí la esperanza y tuve que contenerme para no ponerme de pie de un salto. Sonaba un ruido por el sendero, como de pasos. Pero pronto vi que era un enorme mastín negro que arrastraba algo. Ni siquiera se fijó en mí, sino que continuó con su misión nocturna. Se me hundió la poca esperanza que tenía. Estaba a punto de llorar. Me repetía continuamente a mí mismo que esa debilidad la tenían sólo las niñas y las mujeres.
Por fin oí claramente que se acercaba el anciano monje. Esta vez me trató aún con más benevolencia.
—Aquí tienes comida y bebida, hijo mío, pero todavía no ha llegado el final. Aún te queda mañana y haz todo lo posible por no moverte, pues la mayoría fracasan en el último instante.
Con estas palabras se volvió y se alejó. Mientras me hablaba me bebí el té y comí la tsampa que había pasado a mi escudilla. Después me tumbé tan incómodamente como la noche anterior y dándole vueltas en mi cabeza a todo aquello, en mi insomnio llegué a la conclusión de que era una gran injusticia que me obligasen a sufrir tanto, ya que no deseaba en absoluto ser monje de ninguna secta. Me habían colocado en una situación en que me era tan difícil elegir como un animal de carga al que hacen pasar por una estrecha senda al borde de un precipicio. Por fin me dormí.
Al día siguiente, que era el tercero, y mientras persistía en mi inmovilidad contemplativa, noté que había aumentado mi debilidad hasta el punto de sentir mareos. Los edificios que tenía ante mí flotaban en una neblina en que se mezclaban las ventanas, los colores, las montañas y los monjes. Con un tremendo esfuerzo pude superar este ataque de vértigo. Me aterraba la perspectiva de un fracaso después de lo mucho que había

resistido. El suelo pedregoso en que estaba sentado me parecía lleno de cuchillos que me destrozaban la parte más delicada de mi piel. En uno de los escasos momentos de buen humor (fomentados por mí conscientemente para darme ánimos) pensé en la gran suerte que había tenido de no ser una gallina, incubando huevos, porque entonces tendría que haberme pasado mucho más tiempo sentado de aquel modo.
Me parecía que el sol no se movía; el día era interminable, pero llegó por fin el crepúsculo. El viento de la tarde jugaba con una pluma que cerca de mí había dejado caer un pájaro. Una vez más empezaron a encenderse las lucecitas, una tras otra, en las ventanas. «Ojalá muera esta noche — pensé—; porque esto no podré seguir resistiéndolo.» Y en aquel preciso instante apareció ante mí el Maestro de los Acólitos.
—¡Ven muchacho! —me dijo. Intenté levantarme, pero sólo conseguí caerme de bruces, de cara al suelo—. ¡Muchacho, si quieres descansar, te pasarás ahí otra noche! No puedo esperar más.
Me apresuré a coger mi paquete y conseguí dar unos pasos vacilantes hacia el Maestro de los Acólitos.
—Entra —me dijo—. Atiende al servicio nocturno, y ya me verás por la mañana.
Dentro hacía una temperatura agradable y el olor del incienso me reconfortaba.
Mis sentidos, aguzados por el hambre, me indicaban que había comida cerca; de modo que seguí a un numeroso grupo de monjes que se dirigía hacia la derecha. Así llegué hasta la comida: tsampa y té con manteca.
Me abrí paso hasta la primera fila, como si ya tuviera toda una vida de práctica. Los monjes trataban de agarrarme por la coleta, pero fallaban y no consiguieron impedir que me colase por entre sus piernas. La comida t iraba de mí con una fuerza irresistible.
En cuanto comí un poco me sentí algo mejor y seguí a los monjes, que se dirigían al templo para el servicio nocturno. Me encontraba demasiado cansado para saber lo que hacía, pero nadie se fijó en mí. Cuando se alejaron los monjes me eché detrás de una columna gigantesca y allí, sobre el suelo de piedra y con mi lío debajo dela cabaeza, me quedé profundamente dormido.
Un estampido horroroso, como si me hubiera estallado la cabeza, y un griterío.
—¿Un chico nuevo, es un hijo de nobles! ¡Vamos a colgarlo! Uno de los acólitos agitaba como una bandera la túnica que me había quitado de debajo de la cabeza y otro tenía mis botas de fieltro. Me tiraron a la cara unos puñados de tsampa. No quedó uno de ellos que no me atizara puñetazos y patadas a granel, pero no me resistí, creyendo que aquello sería una nueva prueba para ver si obedecía la decimosexta de las Leyes que ordenaba:
«Soporta los sufrimientos y las desgracias con paciencia y humildad.» De pronto se oyó un potente grito y esta pregunta:
—¿Qué pasa ahí?
Los chicos murmuraron, aterrados:
—¿Es el viejo Sacudehuesos, que está de ronda!
Mientras me quitaban la tsampa de los ojos, se me acercó el Maestro de los Acólitos y me hizo levantar tirándome de la coleta:
— ¡Cobarde! ¿Y tú eres el que quiere ser uno de nuestros futuros dirigentes?
¡Bah, toma, para que aprendas! —Y me atizó una serie de golpes infinitamente más dolorosos que los que acababan de darme los acólitos—.
¡Desgraciado, cobardón; ni siquiera intentas defenderte!
Aquella paliza no tenía trazas de acabarse. Recordé las palabras del viejo Tzu cuando se despidió de mí: “(Recuerda todo lo que te he enseñado”
Inmediatamente y casi sin saber lo que hacía le apliqué al monje una pequeña presión que Tzu me había enseñado. El Maestro, cogido por sorpresa, lanzó un grito de dolor y pasando por encima de mi cabeza cayó de bruces contra el suelo de piedra, despellejándose la nariz mientras se deslizaba, hasta que le inmovilizó el choque de su cabeza con una columna de piedra. Se oyó claramente este ruido: jonk. «Ahora sí que me matan — pensé—; ya se acabaron todas mis preocupaciones.”
Parecía como si todo el mundo se hubiera inmovilizado. Los demás chicos contenían la respiración, horrorizados. El huesudo monje se levantó por fin. Su alta estatura parecía aún más imponente. Le brotaba sangre de la nariz. Pero, con gran asombro por mi parte, sus rugidos eran ahora de risa:
—¿Quién eres tú, jovencito: un gallito de pelea o una rata acorralada?
Eso es lo que vamos a averiguar.
Se volvió hacia el grupo de los chicos y señalando a un muchacho de catorce años, alto y desgarbado, le dijo:
—Tú, Ngawang, que eres el gran matón de esta lamasería, procura demostrar que el hijo de un carretero vale más que el hijo de un príncipe cuando se trata de luchar.
Por primera vez me sentí agradecido a Tzu, el viejo monje- policía. En los días de su juventud había sido campeón de judo de Kham. 1 Me había enseñado, como él decía, “todo lo que sabía”. Había tenido yo que luchar con hombres adultos y puedo asegurar que en esta científica lucha, en que no cuentan la fuerza ni la edad, había llegado a ser uno de los mejores.
Ahora, al saber que todo mi futuro dependía del resultado de esta lucha, me sentía muy seguro de mí mismo.
Ngawang era un muchacho fuerte, pero de movimientos muy desgarbados.
Comprendí en seguida que estaba acostumbrado a luchar de un modo directo para sacarle el mayor partido posible a su fuerza física. Se lanzó contra mí intentando inmovilizarme. Pero gracias a Tzu y al entrenamiento a que me había sometido, sabía muy bien qué hacer. En el momento en que Ngawang llegó a donde yo estaba,

me aparté un poco y le retorcí ligeramente el brazo. Entonces se resbaló, dio media vuelta y acabó cayendo de cabeza. Estuvo unos minutos gimiendo en el suelo, pero en seguida se levantó de un salto y se lanzó de nuevo contra mí. A la vez que él hacía este movimiento, me tiraba yo al suelo y le retorcía una pierna. Esta vez cayó sobre su hombro izquierdo. Pero tampoco esta vez se dio por vencido. Tras unos pasos vacilantes saltó hacia un lado, agarró un pesado incensario y empezó a imprimirle velocidad, agarrándolo por las cadenas. Esta arma es de difícil manejo; demasiado pesada y muy fácil de evitar. Mientras él se disponía a arrojarme el incensario corrí a meterme debajo de sus brazos y le apreté levemente con un dedo en la base del cuello, tal como Tzu me había enseñado. El efecto fue fulminante. Como una roca desde lo alto de una montaña cayó Ngawang después de haber soltado el incensario, que estuvo a punto de matar a algunos de los monjes y chicos que contemplaban la pelea.

Mi rival se pasó casi media hora en absoluta inconsciencia. El “toque”

especial que yo le había aplicado se usa frecuentemente para liberar del cuerpo al espíritu y facilitarle un buen viaje astral y para otros fines semejantes.

1 El sistema tibetano es diferente y más avanzado de loqueen el mundo suele conocerse por ajudo»; pero lo llamo así en este libro porque ci nombre tibetano nada significa para los lectores occidentales.

El Maestro de los Acólitos se me acercó, me dio una palmada en la espalda que casi me tiró al suelo e hizo esta afirmación que casi parecía una contradicción:

—Niño, eres un hombre.

A esto repliqué con unas palabras que podrían haber parecido desvergonzadas:

—Entonces, ¿tengo derecho a comer algo, señor? Apenas he comido en estos últimos días.

—Hijo mío, come y bebe cuanto quieras y luego le dirás a cualquiera de éstos, pues a partir de ahora eres el jefe de ellos, que te lleve adonde yo estoy.

El anciano monje que me había dado de comer y beber durante mi prueba vino a hablarme:

—Hijo mío, has hecho muy bien dándole su merecido a NgaWang, que era el matón de los acólitos. Ahora ocuparás su lugar y dirigirás a tu grupo con amabilidad y compasión. Te han enseñado bien. Procura utilizar bien tus conocimientos y no los pongas al servicio de malos fines. Ven conmigo y te daré comida y bebida.

El Maestro de los Acólitos me acogió con toda amabilidad cuando fui a su habitación:

—Siéntate, muchacho, siéntate. Tengo que ver ahora si tus proezas en la educación están a la altura de tus facultades físicas. Te prevengo que haré todo lo posible para cogerte en falta; así que mucha atención.

Me hizo un gran número de preguntas, orales unas, y otras por escrito.

Durante seis horas estuvimos sentados uno frente a otro en los almohadones hasta que por fin el Maestro se dio por satisfecho. Se puso en pie y me dijo:

—Muchacho, sígueme. Voy a llevarte ante la presencia del Abad. Es una hora impropia, pero ya sabrás por qué vamos ahora.

Le seguí por los anchos corredores. Dejamos atrás las oficinas, los templos interiores y las escuelas. Subimos unas escaleras, recorrimos aún más pasillos, dejamos a un lado los Vestíbulos de los Dioses y los almacenes de hierbas. Aún más escaleras, hasta que por fin salimos a la terraza y nos dirigimos hacia la casa del señor Abad, que estaba edificada sobre ella.

Cruzando la puerta de oro, dejando atrás al Buda de oro y dando la vuelta al Símbolo de la Medicina, entramos por fin en la habitación particular del Abad.

—Inclínate, muchacho, inclínate y haz lo que yo haga —me dijo el Maestro en voz baja; y luego, dirigiéndose al Abad—: Señor, aquí está el muchacho llamado Martes Lobsang Rampa.

Una vez pronunciadas estas palabras, el Maes tro de los Acólitos se inclinó tres veces y luego se postró en el suelo. Yo hice igual, poniendo una atención desesperada para hacerlo todo acertadamente.

El impasible Abad nos miró y dijo:

—Sentaos.

Así lo hicimos. Nos instalamos en los almohadones a la manera tibetana.

El Abad se pasó un gran rato mirándonos fijamente, si hablar. Luego dijo:

—Martes Lobsang Rampa, estoy enterado de todo lo que han predicho sobre ti. Tu prueba de resistencia ha sido dura, pero por un buen motivo.

Este motivo lo conocerás dentro de algunos años. Ahora debe bastarte saber que de cada mil monjes, solamente uno está dotado para las altas empresas, para alcanzar el más completo desarrollo espiritual. Los demás se limitan a desempeñar su tarea diaria. Son obreros manuales, los encargados de hacer girar los molinillos de las preces sin preguntarse el por qué. De ésos no nos faltan; en cambio, escasean los que sean capaces de preservar nuestra sabiduría cuando, dentro de un cierto número de años, se cierna sobre nuestro país una nube extranjera. Tú serás educado especialmente. Te someteremos a una preparación intensiva, y dentro de pocos años habrás adquirido más conocimientos de los que logra tener un lama normalmente en toda su vida. El Camino será muy difícil y con frecuencia doloroso. Forzar la clarividencia cuesta muchos sufrimientos y para viajar por los planos astrales se requieren nervios inalterables y una voluntad tan dura como una roca.

Escuché con todos mis sentidos. Todo aquello me parecía demasiado difícil. Desde luego no me creía capaz de semejante energía. El Abad prosiguió:

—Aprenderás aquí la medicina y la astrología. Te ayudaremos con todos nuestros medios. También serás iniciado en las artes esotéricas. Tu camino figura ya en el mapa que te corresponde, Martes Lobsang Rampa.

Aunque sólo tengas siete años de edad, te hablo como a un hombre, pues como hombre te han educado.
Inclinó la cabeza y el Maestro de los Acólitos se levantó e hizo una profunda reverencia. Yo le imité y salimos juntos. Hasta que no estuvimos de nuevo en su habitación, no rompió el Maestro el silencio.
—Muchacho, tendrás que trabajar agotadoramente y de un modo incesante.
Pero te ayudaremos cuanto podamos. Ahora voy a hacer que te afeiten la cabeza.
En el Tíbet, cuando un muchacho ingresa en la vida monacal le afeitan la cabeza dejándole un solo mechón. Este mechón se lo quitan cuando le imponen su «nombre sacerdotal" y pierde el suyo de familia; pero de todo esto hablaremos más adelante.
El Maestro de los Acólitos me condujo, haciéndome recorrer tortuosos pasillos, a una pequeña habitación: la «peluquería».
Allí me ordenaron sentarme en el suelo.
—Tam-chü —dijo el Maestro—, aféitale la cabeza a este niño. Quítale también el mechón del nombre porque se lo vamos a imponer inmediatamente.
Tam-chó se inclinó, me agarró la coleta con la mano derecha y la levantó verticalmente, diciendo:
—¡Vaya muchacho, qué magnífica coleta tienes! ¡Qué bien engrasada y cuidada! Da gusto cortarla.
Sacó no sé de dónde unas tijeras grandes de las que se emplean para el jardín y gritó:
—Tishe, ven acá y sostén esta coleta.
Tishe, el ayudante del peluquero, llegó corriendo y me sostuvo la coleta tiesa tirando tan fuerte de ella que estuvo a punto de levantarme en vilo.
Con la lengua fuera y emitiendo extraños gruñidos manipuló Tam-chó aquellas enormes tijeras, deplorablemente romas, hasta que logró cortarme la coleta, pero esto no era más que el principio. El ayudante trajo un cacharro con agua caliente, tan caliente que me hizo tirarme al suelo cuando me la echó por la cabeza.
—¿Qué te pasa, chico? ¿Te he quemado?
Le dije que sí, y procuró tranquilizarme:
—Eso no tiene importancia, así me será mucho más fácil afeitarte la cabeza.
Cogió una navaja de afeitar de tres filos, instrumento muy parecido al que teníamos en casa para raspar los suelos de madera. Al cabo de lo que me pareció una eternidad quedó mi cabeza tan lisa como una piedra.
—Ven conmigo —me dijo el Maestro. Me condujo a su habitación y me enseñó un libro—. Vamos a ver, ¿cómo te llamaremos?
—Estuvo murmurando algo entre dientes y de pronto exclamó—:
Ya está, de ahora en adelante te llamarás Yza-mig -dmar-Lah-lu. Sin embargo, en este libro seguiré usando el nombre de Martes Lobsang Rampa, porque es más fácil para el lector occidental. Me sentía tan desnudo como un huevo recién puesto mientras me llevaron a una clase. Con la magnífica educación que me ha bían dado en casa me pusieron en la clase de los acólitos de diecisiete años. Me sentía como un enano entre gigantes.
Mis compa ñeros me habían visto vencer a Ngawang, de manera que no me molestaron. Todo fue muy bien y no hubo más que un incidente con un grandullón estúpido que se puso detrás de mí y me frotó el cuero cabelludo, que aún tenía muy dolorido. Para mí fue un asunto muy sencillo. Le metí los dedos por las junturas de los codos y le hice dar alaridos de dolor. Tzu me había enseñado muchos recursos infalibles como aquél. Todos los instructores de judo a quienes hube de conocer más adelante conocían a Tzu y todos ellos decían que era el mejor luchador de judo de todo el Tíbet. No volvió a molestarme ningún muchacho. Nuestro profesor, que estaba vuelto de espaldas cuando el grandullón me frotó la cabeza, se dio cuenta en seguida de lo que estaba sucediendo. Se rió tanto que no pudo continuar la clase.
Eran casi las ocho y media de la tarde y nos quedaban tres cuartos de hora antes del servicio religioso, que empezaba a las nueve y cuarto. Pero me duró poco la alegría. Cuando salimos de la clase me hizo señas un lama.
Me acerqué a él y me dijo:
—Ven conmigo.
Le seguí, preguntándome qué nuevo fastidio me estaba reservado. Me llevó a una sala de música donde había veinte niños recién ingresados como yo. Tres músicos estaban sentados ante sus instrumentos: uno ante un tambor, el otro con una caracola y el tercero con una trompeta de plata. Dijo el lama:
—Cantaremos para probar vuestras voces y ver los que sirven para el coro.
Los músicos tocaron un aire muy conocido para que todos pudiéramos cantarlo. El maestro de música, en cuanto empezamos a cantar, hizo un gesto de estupefacción que se convirtió en una mueca de pena. Levantó ambos brazos y gritó:
—¡ Ya basta; esto no podrían resistirlo ni los propios dioses! Emp ezad de nuevo, pero ahora cantad en serio.
De nuevo empezamos y otra vez nos interrumpió. Esta vez el maestro de música se dirigió a mí:
—Niño, ¿te quieres burlar de mí? Los músicos van a tocar ahora para que cantes tú solo.
De nuevo empezó a sonar la música y yo a cantar. Pero no tardó en mandarme callar el maestro, que me dijo, frenético:
—Martes Lobsang, entre tus talentos no se incluye la música. En los cincuenta y cinco años que llevo aquí nunca he oído a nadie que cantase tan mal. A la hora en que demos clase de música te dedicarás a estudiar otras cosas. Durante los servicios religiosos no cantarás, porque si no, estropearías los coros mejor conjuntados. ¡Vete de aquí, enemigo de la música!

Me estuve paseando hasta que las trompetas anunciaron que había llegado la hora del último servicio religioso. ¿Era posible que la noche anterior hubiera entrado yo en la lamasería? Me parecía que llevaba allí una eternidad. Tenía la sensación de estar flotando en el vacío o andando en sueños y sentía un hambre horrorosa. Más valía así, pues si hubiera comido me habría dormido al instante. Alguien me agarró por la túnica y me levantó en volandas. Un gigantesco lama, de cara simpática, me levantaba hasta su hombro y me decía:
—Vamos, chico, que llegarás tarde al servicio y te la vas a ganar. Debes saber que si llegas tarde te quedarás sin cenar y te sentirás tan vacío como un tambor. —Entró en el templo llevándome aún en alto y se sentó detrás de los niños. Con todo cuidado me colocó en un almohadón frente a él—: No apartes tu vista de mí y pronuncia las mismas respuestas que yo, pero cuando cante... ¡ja, ja!... estáte calladito.
Le agradecí mucho su ayuda. ¡Había recibido tan pocas muestras de amabilidad! Hasta entonces todo me lo habían en señado a gritos o a golpes.
Debí de adormilarme porque de pronto me di cuenta con un sobresalto de que había terminado el servicio religioso y el gran lama me había llevado dormido al refectorio y me había puesto delante una taza de té, tsampa y unas verduras hervidas.
—Come, muchacho, y vete luego a la cama. Ya te enseñaré dónde dormirás. Esta noche puedes dormir hasta las cinco de la mañana y luego ven a verme.
Estas palabras fueron las últimas que oí hasta que a las cinco de la mañana me despertó con gran dificultad un chico que me había tratado con simpatía el día anterior. Vi que me hallaba en una habitación muy espaciosa echado sobre tres almohadones.
—El lama Mingyar Dondup me ha encargado que te despierte a las cinco —me dijo el muchacho.
Me levanté y apilé los almohadones contra la pared como vi que habían hecho los otros. Mis compañeros salían y el que me había despertado añadió:
—Tenemos que darnos prisa para desayunar y luego he de llevarte ante el lama Mingyar Dondup.
Me estaba acostumbrando a vivir allí, pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que estuviese a gusto ni que deseara continuar en la lamasería. Sin embargo, pensaba que, como no tenía opción, lo mejor que podía hacer era no complicarme aún más la vida.
Durante el desayuno, el Lector estuvo recitando algo de uno de los ciento doce volúmenes del Kan-gyur, o sea, las Escrituras budistas. Debió de comprender que yo estaba distraído porque, interrumpiéndose, me riñó:
—¡A ver, ese chico nuevo! Qué acabo de decir? Dímelo en seguida.
—Señor, dijo usted: «Ese chico no está escuchando, le daré su merecido » —contesté inmediatamente y casi sin saber lo que decía. Todos se rieron y hasta el Lector sonrió, cosa rara, y aclaró que me había preguntado por el texto de las Escrituras, pero que por esta vez me perdonaba.
Durante todas las comidas los Lectores permanecen ante un atril, donde tienen abiertos los libros sagrados y leen en ellos. Los monjes no pueden hablar durante las comidas ni pensar en el alimento que están tomando. Se considera esencial que ingieran los sagrados conocimientos a la vez que la comida. Todos estábamos sentados en los almohadones, y la mesa que teníamos ante nosotros era de medio metro de altura. No se nos permitía hacer ruido alguno a la hora de comer y se nos prohibía rigurosamente apoyar los codos sobre la mesa.
Desde luego, la disciplina era férrea en Chakpori. Este nombre significa Montaña de Hierro. En la mayor parte de las lama serías había poca disciplina, ni siquiera una rutina. Los monjes podían trabajar u holgar, como quisieran. Quizás uno de cada mil deseara progresar, y éstos eran los únicos que llegaban a ser lamas, pues lama significa «superior» y esta palabra no se puede aplicar a todos los monjes. En cambio, en nuestra lamasería la disciplina era ferozmente estricta, íbamos a ser especialistas, dirigentes de nuestra clase, y se consideraba que para nosotros eran esenciales el orden y la disciplina más severos. A los muchachos no se nos permitía usar los hábitos blancos normales en los acólitos, sino que debíamos llevar las ropas rojas oscuras de los monjes admitidos. También teníamos unos monjescriados que se ocupaban en las funciones domésticas de la lamasería. A nosotros mismos se nos obligaba a ocuparnos por turno en las tareas domésticas.
Con ello se procuraba que no nos exaltásemos demasiado. Teníamos que recordar siempre el viejo mandato budista:
“Como tú eres el ejemplo, haz sólo el bien de los demás y no lescauses daño alguno. Ésta es la esencia de la enseñanza de Buda.”
Nuestro Abad, el larna Cham-pa La, era tan severo como mi padre y exigía una obediencia ciega e instantánea. Uno de sus dichos favoritos era:
«La lectura y la escritura son las puertas de todas las buenas cualidades»; de manera que nos hartamos de leer y de escribir.

CAPÍTULO QUINTO.

MI VIDA DE CHELA.

Nuestro «día» comenzaba a medianoche en Chakpori. Cuando sonaba la trompeta de medianoche atronando los corredores débilmente iluminados salíamos rodando, medio dormidos aún, de nuestra cama de almohadones y buscábamos a tientas en la oscuridad nuestros hábitos. Todos dormíamos completamente

desnudos, sistema habitual en el Tíbet, donde no hay falso pudor. Una vez puestas las túnicas y después de guardar nuestras cosas en la abullonada delantera de la parte superior, salíamos corriendo, bastante malhumorados, por los largos pasillos. Uno de nuestros mandamientos era:
«Más vale reposar con la conciencia tranquila que estarse sentado como Buda y rezar cuando se está de mal humor.» Yo esto no lo comprendía muy bien y con frecuencia me permitía pensar esta irreverencia: «¿Entonces, por qué no nos dejan descansar tranquilamente? ¡Esta broma de sacarnos del sueño a medianoche me irrita!» Pero nadie pudo aclararme aquel misterio y no me quedaba más remedio que ir con los otros al Vestíbulo de las Oraciones.
Allí, las innumerables lamparillas luchaban por filtrar sus débiles rayos por entre las movedizas nubes del humo de incienso. En esta vacilante luz llena de sombras temblorosas las gigantescas figuras sagradas parecían cobrar vida, inclinarse y balancearse al compás de nuestra salmodia.
Los centenares de monjes y niños se sentaban con las piernas cruzadas sobre los almohadones esparcidos por el suelo. Formábamos filas a todo lo largo del vestíbulo. En cada par de filas una quedaba frente a la otra, de modo que la primera y la segunda estaban cara a cara, la segunda y la tercera dándose la espalda, y así suces ivamente. Nuestras salmodias y cantos sagrados utilizaban escalas tonales especiales, ya que en Oriente se considera que los sonidos tienen un poder. Lo mismo que una nota musical puede romper un cristal, una combinación de notas puede constituir una energía metafísica. También se leía en el Kangyur. Era un espectáculo impresionante ver a estos centenares de hombres, con sus túnicas rojas y sus estolas doradas, balanceándose y salmodiando al unísono con el tintineo argentino de las campanillas y el latido de los tambores. Unas nubes azules de incienso se enroscaban en las rodillas de los dioses y de vez en cuando nos parecía, en aquella luz incierta, que una u otra de las enormes figuras nos miraban a los ojos.
El servicio religioso duraba aproximadamente una hora y luego regresábamos a nuestro lecho hasta las cuatro de la mañana. A las cuatro y cuarto comenzaba otro servicio. A las cinco desayunábamos tsampa y té con mantequilla. Ya en esta primera comida el Lector ronroneaba las sagradas palabras mientras el Disciplinario vigilaba a su lado para que ninguno de nosotros hablase ni se moviese. A esta hora era cuando nos transmitían las órdenes especiales o la información que tuviesen que darnos. Por ejemplo, podía haber algo que necesitaran en Lhasa y entonces decían durante el desayuno los nombres de los monjes que debían hacer el encargo. Se les daba permiso para ausentarse de la lamasería durante un cierto tiempo y de faltar, por tanto, a un determinado número de servicios religiosos.
A las seis teníamos que estar en nuestras clases dispuestos para la primera sesión de estudio. La segunda de nuestras leyes tibetanas era:
«Cumplirás con tus deberes religiosos y estudiarás.» En la ignorancia de mis siete años no comprendía por qué debía obedecer esta ley cuando la quinta, «Honrarás a tus mayores y a los de elevada condición social», se incumplía con toda tranquilidad. Mi experiencia me había llevado a creer que había algo vergonzoso en ser de «elevada condición».
Desde luego, me habían hecho sufrir mucho por ese motivo. No se me ocurría entonces pensar que no es el linaje lo importante, sino lo que es la persona.
Asistíamos a otro servicio a las nueve de la mañana interrumpiendo nuestros estudios durante cuarenta minutos. Este descanso constituía un alivio para nosotros, pero a las diez menos cuarto teníamos que estar otra vez en clase. Empezábamos entonces con otra materia hasta la una de la tarde. Pero tampoco entonces podíamos comer; venía luego un servicio religioso de media hora y después nos daban por fin la tsampa y el té. Seguía una hora de trabajo manual para que nos ejercitáramos y aprendiésemos a ser humildes. A mí me tocaba siempre el trabajo más desagradable.
A las tres nos obligaban a descansar durante una hora. Era un descanso forzoso en que no podíamos hablar ni movernos. Debíamos permanecer tumbados e inmóviles. A todos nos fastidiaba esta hora porque era demasiado poco para dormir y demasiado para estarse sin hacer nada. ¡Con las cosas que podríamos haber hecho para divertirnos! A las cuatro, después de este reposo, volvíamos a clase. Esto era lo peor del día: cinco horas trabajando sin interrupción, sin poder salir de clase absolutamente para nada bajo la pena de los más terribles castigos. Nuestros profesores nos vapuleaban con sus recios bastones a la menor distracción y algunos de ellos se ensañaban violentamente.
A las nueve nos soltaban para tomar la última comida del día: otra vez té y tsampa. A veces -muy pocas- nos daban verduras, o sea unas rodajas de nabos o unos guisantes muy pequeños. Estaban crudos, pero nuestra hambre lo aceptaba todo. Nunca se me olvidará cuando, teniendo yo ocho años, nos dieron unas nueces. Me gustaban mucho y en casa solía comerlas con frecuencia. Insensatamente quise hacer un cambio con otro chico: yo le daría mi túnica de repuesto a cambio de sus nueces. El Disciplinario se enteró de aquello y me hicieron salir al centro del Vestíbulo y confesar mi pecado.
Como castigo por mi «codicia» me tuvieron sin beber ni comer durante veinticuatro horas. Y me quitaron mi túnica de repuesto basándose en que no me hacía falta, ya que no me había importado cambiarla por algo que no era esencial.
A las nueve y media nos fuimos a dormir en nuestros almohadones.
Nadie se retrasaba en esto. Creí que tantas horas de trabajo y de atención sostenida acabarían matándome o que caería dormido y jamás me volvería a despertar. Al principio los niños recién ingresados solíamos escondernos en algún rincón para dar unas cabezadas. Pero después de mucho tiempo me acostumbré a las muchas largas horas de estudio y rezos y el día no se me hacía tan largo.

Poco antes de las seis de la mañana, como estaba contando antes, me llevó el muchacho que me había despertado a la habitación del lama Mingyar Dondup. Aunque no llamé, me dijo que entrase. Su habitación era muy agradable, con sus magníficas pinturas murales, y otras pintadas en seda y colgadas en las paredes. Unas cuantas estatuillas adornaban unas mesas bajas.
Eran dioses y diosas de jade y oro. También colgaba de la pared una gran Rueda de la Vida. El lama se hallaba sentado en la postura de loto y ante él, en una mesa baja, tenía una pila de libros. Estaba estudiando cuando yo entré.
—Siéntate aquí conmigo, Lobsang —me dijo—, pues tenemos muchas cosas de que hablar, pero primero he de hacerte una pregunta de hombre a hombre: ¿has comido y bebido bastante? —Le aseguré que había comido y bebido muy bien y me encontraba satisfecho—. El señor Abad ha dicho que podemos trabajar juntos. Hemos averiguado cuál fue tu anterior encarnación, y era buena. Ahora queremos desarrollar de nuevo ciertos poderes y habilidades que tuviste en esa otra vida. Queremos que en pocos años poseas más sabiduría que la que pueda atesorar un lama en una larga vida. —Hizo una pausa y se estuvo mirándome un rato con extraordinaria atención. Tenía unos ojos muy penetrantes—. Todos los hombres deben escoger libremente su camino —prosiguió— y el tuyo será áspero y difícil por espacio de cuarenta años si escoges el camino que verdaderamente te corresponde, pero en tu próxima vida cosecharás grandes beneficios que te compensarán del esfuerzo realizado. Si eliges ahora un camino equivocado, tendrás en esta vida toda clase de comodidades y dulzuras, pero no desa rrollarás tu espíritu para el futuro. De ti depende.
Se calló y me miró intensamente.
—Señor —le dije—, mi padre me ha advertido que si fracasaba en esta lamasería no me permitiría volver a casa. ¿Cómo podría, pues, tener comodidades y dulzuras cuando ni siquiera dispondría de un hogar?
El lama, sonriéndose, me dijo:
—¿Has olvidado ya que sabemos cuál fue tu anterior reencarnación?
Si eliges la senda equivocada, la senda de la dulzura, te instalarán en una lamasería como Encarnación Viva y a los pocos años serás Abad. Tu padre no le llamaría a eso un fracaso.
Algo que había en el tono de su voz me hizo preguntarle:
—¿Y tú, lo considerarías como un fracaso, Maestro?
—Sí; sabiendo lo que sé, diría que habías fracasado.
— ¿Quién me enseñaría el camino?
—Si eliges el bueno seré tu Guía, pero la decisión depende por completo de ti y nadie podrá influir en ti.
Le miré y me gustó su aspecto. Era un hombre corpulento de vivos ojos negros. Un rostro franco con una despejada frente. Sí; podía fiarme de aquel hombre. Aunque sólo tenía siete años, mi vida había sido muy dura y en ella conocí a mucha gente; de modo que podía saber a simple vista si un hombre era bueno o malo.
—Señor —le dije—, querría ser discípulo tuyo y tomar el buen ca ino.
—Y añadí sin poderlo remediar—: ¡Pero de todos modos no me gusta trabajar tanto!
Se rió y su risa era profunda y confortante.
—Lobsang, Lobsang, a ninguno de nosotros le gusta un trabajo tan agotador, pero pocos de nosotros somos lo bastante sinceros para reconocerlo.
—Estuvo buscando algo entre sus papeles y después de leer unas líneas, añadió-: Tendremos que hacerte una pequeña operación en la cabeza para forzar tu clarividencia y luego vamos a acelerar hipnóticamente tus estudios.
Ya verás cuánto adelantas en metafísica y en medicina.
La perspectiva de un aumento de trabajo me sentó muy mal. Pensaba que ya había trabajado bastante en mis primeros siete años y por lo visto a partir de ahora no podría jugar con cometas ni con nada. El lama pareció adivinar mis pensamientos.
—sí, sí, jovencito. Más adelante podrás lanzar cometas, pero serán hombres en vez de cometas lo que tendrás que elevar. Bueno, primero hemos de hacerte un plan de estudios. —Estuvo leyendo otro rato sus papeles —. Veamos: de nueve a una... Sí, eso bastará al principio. Ven aquí todos los días a las nueve de la mañana en vez de asistir a los servicios religiosos y charlaremos de algunos temas interesantes. Empezaremos mañana mismo. ¿Tienes algún recado para tu padre y tu madre? Los veré hoy. ¡Voy a llevarles tu coleta!
Me quedé estupefacto. Cuando un niño era aceptado por una lamasería le cortaban la coleta, le afeitaban la cabeza y enviaban a sus padres la coleta como símbolo de que su hijo había sido admitido. Y ahora el lama Mingyar Dondup la entregaría personalmente a mis padres. Esto significaba que me había aceptado como «hijo espiritual» y que en adelante se encargaría personalmente de mi educación. Este lama era una persona muy importante, un hombre de gran talento y de gran fama en todo el Tíbet.
Comprendí que con un tutor tan excepcional no podía yo fallar.
Aquella mañana, de nuevo en clase, no me fue posible prestar atención.
Pensaba en mil cosas en relación con mi charla con el lama; así que el profesor pudo hartarse de castigarme.
Aunque la severidad de los profesores era tan extremada me consolaba pensando que yo estaba allí para aprender. Por eso me había reencarnado aunque no recordase lo que tenía que volver a aprender. En el Tíbet creemos firmemente en la reencarnación. Creemos que cuando alcanza uno cierta etapa avanzada de evolución puede elegir entre subir a otro plano de existencia o regresar a la Tierra para aprender algo más o para ayudar a los demás hombres. Puede suceder que un sabio tenga cierta misión en esta vida, pero que muera antes de poder completarla. En este caso creemos que puede volver a este mundo para acabar su tarea

siempre que el resultado haya de ser beneficioso para otros. Sólo se pueden averiguar las anteriores encarnaciones de muy pocas personas. El coste y el tiempo que requieren estas investigaciones suelen ser prohibitivos. Cuando se descubre que un individuo tiene determinados signos, como en mi caso, se nos llamaba «Encarnaciones Vivas» y eran sometidos a las más implacables pruebas en su infancia —como me había sucedido a mí—, pero se convertían en el objeto de la reverencia general cuando se hacían mayores. En mi caso se disponían a sacar a la luz, mediante un sistema especial, mis conocimientos ocultos. Era un procedimiento para «alimentar a la fuerza» los poderes ocultos que había en mí. ¿Por qué lo hacían? Eso no podía yo saberlo entonces.

Una lluvia de palos sobre mi espalda me hizo volver a la realidad en plena clase.

—¡Tonto, imbécil! ¿Se te han metido los demonios mentales en ese cráneo de animal? Me doy por vencido. Has tenido la gran suerte de que sea el momento de terminar la clase.

Y, aprovechando el último instante, mi rabioso profesor me dio un tremendo golpe más y se marchó gruñendo.

El chico vecino mío de asiento me dijo:

—No olvides que es nuestro turno en la cocina esta tarde. Espero que tengamos ocasión de llenar nuestras bolsas de tsamp a.

El trabajo de la cocina era muy pesado y los monjes-cocineros nos trataban a los chicos como esclavos. Después de las dos horas de trabajo forzado teníamos que meternos en clase otra vez. A veces nos obligaban a estarnos más tiempo en la cocina y llegábamos tarde a clase, donde nos esperaba el profesor furioso y, sin darnos oportunidad para explicar nuestra tardanza, nos molía a palos.

Mi primer día de trabajo en la cocina fue casi el último. En la puerta nos esperaba un monje muy irritado.

—¡Venid acá, inútiles, vagos! —gritó.—. Los primeros diez de vosotros, que se cuiden de la lumbre.

Yo era el décimo. Bajamos otro tramo de escaleras. El calor era espantoso.

Frente a nosotros teníamos la cegadora luz rojiza de las llamas.

Enormes montones de boñiga de yak estaban preparados para alimentar los hornos.

—Coged esas palas de hierro y procurad que no se apague el fuego si queréis salvar la vida —gritó el monje.

Yo era el más pequeño de mi grupo con mucha diferencia, ya que ninguno de ellos era menor de diecisiete años. Apenas pude levantar la pala; y al esforzarme en echar estiércol en el fuego lo derramé sobre los pies del monje. Con un rugido de rabia me agarró por el cuello y me dio un emp ujón.

Sentí un terrible dolor y el inmediato olor a carne quemada. Me había caído contra una barra que estaba al rojo vivo. Rodé por el suelo, con un alarido, envuelto entre ascuas. La parte superior de mi pierna izquierda se había clavado en la barra. Esta quemó toda la carne que en contró hasta llegar al hueso. Aún tengo, naturalmente, la horrible cicatriz, que todavía me duele de vez en cuando. Esta cicatriz hizo que me identificaran más adelante los japoneses.

Hubo un gran escándalo. Acudieron monjes de todas partes. Yo seguía revolcándome entre las ascuas, pero en seguida me levantaron. Por todo el cuerpo tenía quemaduras superficiales, pero la herida de la pierna era gravísima. Me llevaron rápidamente al lama médico, que se propuso salvarme la pierna. Aquel hierro estaba oxidado y cuando penetró en mi pierna dejó en su interior escamas de orín. El médico tuvo que limpiarme la herida de estos trocitos de orín. Luego la rellenó con una compresa de hierba pulverizada.

Me frotaron el resto del cuerpo con una loción vegetal, que desde luego me alivió mucho el dolor de las quemaduras. La pierna me palpitaba de un modo atroz. Estaba seguro de que jamás volvería a andar. Cuando acabó su cura, el lama llamó a un monje para que me llevase a una pequeña habitación próxima donde me tendieron sobre unos almohadones. Entró un anciano monje y se sentó junto a mí y empezó a musitar rezos. Pensé que tenía gracia que rezaran por mi salud después de haber ocurrido el accidente.

Pero, en fin, decidí firmemente ser bueno, pues mi reciente exp eriencia me había enseñado lo que sentía uno cuando lo atormentaban los diablos del fuego. Recordé un cuadro que había visto en que un diablo pinchaba a una desgraciada víctima en un lugar del cuerpo muy cercano al que yo me había quemado.

Quizá se piense que los monjes eran gente cruel y todo lo con rario de lo que se podía esperar. Pero ¿qué significa “monje”? Entendemos por esta palabra toda persona del sexo masculino que vive en el servicio lamástico, no necesariamente una persona religiosa. En el Tíbet, casi cualquiera puede llegar a ser monje. Es muy frecuente que envíen a un chico a hacerse mo nje sin dejarle ninguna posibilidad de elección. O un hombre puede decidir que se ha pasado demasiado tiempo guardando rebaños y desee contar con un refugio cuando la temperatura está a cuarenta bajo cero. No se hace monje por convicciones religiosas, sino por comodidad. Las lamaserías tienen monjes como criados, labradores, barrenderos, etcétera. En otros países se les llamaría criados o algo equivalente. La mayoría de ellos trabajan de un modo agotador; la vida a cerca de cuatro mil metros puede resultar muy difícil y a menudo estos hombres descargan su irritación contra nosotros los chicos. Para los tibetanos, el término “monje” era sinónimo de hombre. A los miembros del sacerdocio los llamábamos de un modo muy diferente.

Un chela era un niño alumno, novicio, o acólito. Y lo más próximo a lo que en otros países suele conocerse por monje es el trappa. Este es el que más abunda en las lamaserías. Luego llegamos al término del que más se abusa:

el lama. Si los trappas son los soldados rasos, el lama es el oficial. Y a juzgar por lo que dicen y escriben los occidentales sobre nosotros, ¡hay más oficiales que soldados en nuestro ejército! Los lamas son maestros, gurus, como solemos llamarlos. El lama Mingyar Dondup iba a ser mi guru y yo su chela. Por encima de los lamas estaban los abades. No todos ellos se hallaban al frente de lamaserías, sino que muchos trabajaban en

la Administración Superior o viajaban de una lamasería a otra. En algunos casos un lama determinado podía ser de condición superior a un abad; dependía de lo que estuviera haciendo. Los que eran Encarnaciones Vivas, como yo, podían llegar a abades a la edad de catorce años: dependía de que aprobasen el exigente examen a que se les sometía. Estos grupos eran muy severos, pero no crueles; siempre eran justos. Otro ejemplo de "monjes" lo vemos en los "monjes-policías". Su única misión era mantener el orden y no tenían obligación alguna de asistir a las ceremonias religiosas, aunque debían estar presentes para asegurar el orden. Los monjes-policías eran crueles muchas veces y, desde luego, también lo era el servicio doméstico. No pueden ustedes condenar a un obispo porque uno de los ayudantes de su jardinero se haya portado mal. Ni esperar que un subjardinero sea un santo sólo porque trabaja para un obispo.

En la lamasería teníamos una cárcel. No era un sitio agradable ni mucho menos, pero tampoco lo eran los condenados a permanecer en ella. Mi única experiencia de esta cárcel fue cuando tuve que atender a un preso que había enfermado. Estaba yo casi a punto de salir del monasterio cuando me llamaron de la cárcel. En el patio trasero había unos cuantos parapetos circulares de un metro de altura. Las grandes piedras que los formaban eran lo mismo de anchas que de largas. Estaban rematadas horizontalmente por barrotes de piedra del grosor de un muslo. Cubrían una abertura circular, un pozo de casi tres metros de diámetro. Cuatro monjes-policías levantaron la barra del centro y la apartaron. Uno de ellos se inclinó y tiró de una cuerda de pelo de yak a cuyo extremo había un nudo corredizo. Todo aquello me tenía muy escamado. «Ahora, Honorable lama médico —dijo el hombre—, si metes el pie en este lazo corredizo te bajaremos.» Obedecí bastante atemorizado.

«Necesitarás una luz, señor», dijo el monje -policía. Me pasó una antorcha encendida. Aumentó mi preocupación. Tuve que agarrarme a la cuerda, sostener la antorcha y evitar quemarme o que se incendiara la fina cuerda que me sostenía inverosímilmente. Pero conseguí descender a unos diez metros de profundidad a lo largo del muro circular que rezumaba agua hasta el asqueroso suelo de piedra. A la luz de la antorcha vi a un desgraciado de espantoso aspecto acurrucado contra el muro. Me bastó mirarlo para ver que estaba muerto, ya que no le vi aura. Recé por su alma, que estaría vagando entonces por entre los diversos planos de la existencia y cerré sus ojos alocadamente abiertos y vidriados. Grité para que me subieran.

Terminado mi trabajo les tocaba a su vez a los encargados de descuartizar el cuerpo. Pregunté qué crimen había cometido. Y me dijeron que había sido un mendigo vagabundo que llegó al monasterio pidiendo comida y alojamiento y que luego, por la noche, mató a un monje para robarle lo poco que poseía. Lo detuvieron mientras intentaba darse a la fuga y lo hicieron volver al lugar del crimen.

Pero todo esto es una digresión del incidente acaecido en mi primer intento de trabajar en la cocina.

Se me estaban pasando los efectos de las lociones refrescantes y me sentía como si me estuvieran arrancando la piel del cuerpo. Aumentaban las palpitaciones de la pierna y me parecía que me iba a estallar. En mi febril imaginación creí que dentro del boquete abierto en la pierna me habían metido una antorcha encendida. Pasaba el tiempo con una lentitud desesperante.

En el monasterio se oían muchos ruidos, unos desconocidos por mí y otros no. Me recorrían el cuerpo oleadas de horrible dolor. Yacía boca abajo, pero también tenía quemada la parte delantera del cuerpo. Las ascuas me habían hecho muchas quemaduras por todo el cuerpo. De pronto sentí que alguien se sentaba a mi lado. Una voz amable y compasiva, la del lama Mingyar Dondup, me dijo:

—Amiguito, esto es sufrir ya demasiado. Tienes que dormir.

Y sus dedos suaves me recorrían la espina dorsal. Era un roce delicado y constante. Al poco tiempo me había dormido.

Me daba en los ojos un sol pálido. Me desperté guiñando los ojos y en la semiinconsciencia del despertar creí que alguien me estaba apaleando por haber dormido demasiado. Sin recordar en absoluto el accidente, fui a levantarme de un brinco y caí de nuevo sobre los almohadones con un dolor espantoso. ¡Mi pierna! Una voz calmante me aconsejaba:

—Estáte quieto, Lobsang. Hoy será para ti un día de completo reposo.

Volví la cabeza con dificultad y vi con gran asombro que estaba en la habitación del lama y que él se hallaba sentado junto a mí. Al ver mi expresión sonrió.

—¿De qué te asombras? ¿No es lo más natural que dos amigos estén juntos cuando uno de ellos se encuentra enfermo?

—Pero usted es un lama principal, y yo no soy más que un niño— respondí con voz muy débil.

—Lobsang, tú y yo hemos pasado mucho tiempo juntos en vidas anteriores.

Todavía no estás en condiciones de recordarlo; pero yo sí sé que éramos muy amigos en nuestras últimas encarnaciones. En fin, lo importante ahora es que descanses y recuperes tus energías. No te preocupes: vamos a salvarte la pierna.

Pensé en la Rueda de la Existencia y en las palabras de las Escrituras budistas:

«La prosperidad del hombre generoso nunca falla, mientras que el mísero no encuentra alivio. Que el hombre poderoso se muestre generoso con el suplicante y que mire el largo camino de las vidas. Porque las riquezas giran como las ruedas de un carro y unas veces van a parar a unos y otras a otros. El mendigo de hoy es el príncipe de mañana, y el príncipe de hoy puede reencarnar en un mendigo.» Me resultaba evidente, incluso a mis siete años, que el lama encargado de guiarme era un hombre bueno y que sacaría a la luz mis mejores facultades.

Estaba claro que conocía muchísimo de mí, mucho más que yo mismo.

Sentía ya impaciencia por empezar mis estudios con él y decidí ser su mejor discípulo. Me daba cuenta de que existía una gran afinidad entre nosotros y me asombraba cómo el Destino me había llevado hasta él.
Volví la cabeza para mirar por la ventana. Me habían colocado los almohadones sobre una mesa para que pudiera mirar hacia afuera. Me resultaba muy extraño no estar tendido en el suelo, si no a más de un metro de él. Mi infantil imaginación me comparaba a un pájaro en un árbol. Desde allí se veía mucho. A lo lejos, por encima de los tejados más bajos, distinguía la ciudad de Lhasa extendida al sol. Unas casitas disminuidas por la distancia, con sus colores tan delicados; las aguas tortuosas del río Kyi, que fluían por el valle encajonadas entre masas de hierba de un verde intensísimo...
Cerraban el horizonte unas montañas amoratadas rematadas por una franja de reluciente nieve. Las estribaciones más próximas estaban salpicadas por los monasterios de dorados tejados. A la izquierda se elevaba el Potala con su inmensa masa de edificios que formaba como una pequeña montaña. Un poco a nuestra derecha, el bosquecillo de donde emergían templos y colegios. Allí vivía el Oráculo del Estado del Tíbet, personaje muy importante cuya sola tarea consistía en poner en contacto el mundo material con el inmaterial. Abajo, en el patio que se dominaba desde mi ventana, paseaban monjes de todas las categorías. Algunos llevaban unos hábitos de color castaño oscuro: eran los monjes-obreros. Un pequeño grupo de muchachos iban vestidos de blanco: eran monjes estudiantes que habían llegado de una lejana lamasería. Pero también había monjes de rangos más elevados, vestidos con túnicas de rojo vivo o moradas. Estos últimos llevaban a veces estolas doradas para indicar que pertenecían también a la Alta Administración. Algunos llegaban montados en caballos. Los seglares montaban en animales de color, mientras que los sacerdotes sólo podían utilizar los blancos. Todo esto me sacaba de mi problema inmediato, que era ponerme bien y poder andar de nuevo.
A los tres días decidieron que me levantara y procurase andar. Me dolía aún muchísimo la pierna. La tenía muy hinchada y me perjudicaban mucho las escamas de orín que no habían conseguido quitarme. Tuvieron que hacerme unas muletas y con ellas avanzaba dificultosamente. Parecía un pájaro herido. En todo el cuerpo seguían molestándome las quemaduras y ampollas, pero el intenso dolor de la pierna le quitaba importancia a todo lo de más. Me era imposible sentarme. Tenía que echarme del lado derecho o de cara. Naturalmente, no podía asistir a los servicios religiosos ni a las clases, de modo que mi Guía, el lama Mingyar Dondup, me enseñaba todo el tiempo. Estaba muy satisfecho de lo mucho que yo había aprendido en tan pocos años y me dijo...
—Pero ten en cuenta que gran parte de estos conocimientos los recuerdas inconscientemente de tu última encarnación.

CAPÍTULO SEXTO
VIDA EN LA LAMASERÍA.

Pasaron dos semanas y las quemaduras estaban ya mucho mejor. La pierna me molestaba todavía mucho, pero mejoraba poco a poco. Pregunté si podría hacer la misma vida que antes. Me lo permitieron, pero autorizándome para sentarme como buenamente pudiera o tumbarme boca abajo.
Desde luego la invalidez de mi pierna me impedía sentarme en lo que llamamos en el Tíbet la actitud del loto.
Precisamente la tarde en que reanudé mi vida normal —es decir, la que hacía antes del accidente— me tocaba a mí de turno en la cocina. Me encargaron llevar en una pizarra la cuenta del número de sacos de cebada que tostaban. La cebada estaba extendida en un suelo de tierra humeante, calentado por el horno del sótano donde yo me había quemado. Se esparcía la cebada por igual y se cerraba la puerta. Mientras se tostaba esa cantidad corríamos por un pasillo hasta una habitación donde triturábamos la cebada ya tostada. Había un gran recipiente de piedra de forma cónica y de unos dos metros y medio por su parte más ancha. Su superficie interna estaba rayada y picada para contener los granos de cebada, mientras una gran piedra, también en forma cónica, encajaba en el recipiente. Esta piedra se movía por un eje muy gastado ya por los años, en cuyo extremo superior había unos palos horizontales, como los radios de una rueda que no tuviese aro.
La cebada tostada era vertida en el recipiente y entre los monjes y los chicos movíamos los radios del eje para hacer girar la piedra, que pesaba muchas toneladas. Lo más difícil era ponerla en movimiento, pero una vez en marcha no resultaba demasiado difícil. Para hacernos más llevadera la tarea, cantábamos a la vez que pesábamos. ¡Allí me permitían cantar cuanto quisiera! Pero lograr que se pusiera en movimiento la rueda era espantoso.
Todos tenían que echar el resto de sus energías y una vez en marcha debíamos cuidar de que no se detuviera. A medida que por el agujero que había en el fondo salía el grano molido, íbamos echando más cebada tostada por arriba. Llevábamos de nuevo lo molido al suelo de piedra caliente y lo volvíamos a tostar. Esta era la base de la tsampa. Todos nosotros llevábamos una provisión de tsampa para toda la semana o, mejor dicho, tenía mos la cebada tostada y molida. A las horas de comer vertíamos un poco de ella, de nuestras bolsas de cuero, en las escudillas. Le añadíamos té con manteca, hacíamos la masa con los dedos y la comíamos.
Al día siguiente tuve que ayudar a hacer el té. Nos llevaron a otra parte de las cocinas donde había un enorme caldero que habían limpiado con arena y brillaba como metal nuevo. A primera hora del día lo habían llenado a la mitad con agua y ahora estaba hirviendo. Nuestra labor consistía en coger los «ladrillos» de té y deshacerlos y partirlos. Cada «ladrillo» pesaba de catorce a dieci séis libras y había llegado a Lhasa pasando por los puertos montañosos desde China y la India. Los trozos deshechos eran arrojados al agua hirviendo. Un monje

echaba un gran bloque de sal y otro vertía en el caldero una cierta cantidad de soda. Cuando todo esto hervía de nuevo, añadíamos una gran cantidad de manteca clarificada y todo ello seguía hirviendo durante unas horas. Esta mezcla era muy alimenticia y bastaba con la tsampa para alimentar a una persona. Siempre había té caliente y cuando un caldero se iba gastando se preparaba otro. Lo peor de la preparación del té era mantener el fuego. A la boñiga de yak, que empleábamos como combustible en vez de madera, se le daba una forma aplastada. Había una reserva casi inagotable de estiércol. Cuando se echa al fuego produce un humo de un olor horrible que lo ennegrece todo y acaba convirtiendo a la madera en ébano, y los rostros expuestos a este humo durante mucho tiempo acaban también ennegreciéndose.

Si teníamos que ayudar en estas labores no era por escasez de mano de obra, sino para que no hubiera demasiada separación de clases. En el Tíbet creemos que el único enemigo es el hombre a quien no conocemos; basta trabajar junto a un hombre, hablar con él y tratarlo para que deje de ser un enemigo. Es una costumbre arraigada entre nosotros que un día al año renuncien las autoridades a su poder y que cualquier subordinado pueda de cirles todo lo que piensa de ellas: si un Abad ha sido excesivamente duro durante el año se le puede decir ese día, y, si la crítica es justa, el Abad no podrá hacer absolutamente nada para perjudicar al subordinado que ha dicho lo que pensaba. Es un sistema que da muy buenos resultados y del que nunca se abusa. Es una gran arma de justicia contra los poderosos y proporciona a las clases humildes la satisfacción de poder dar su opinión.

Había mucho que estudiar en clase. Nos sentábamos en filas. Cuando el profesor nos explicaba algo o leía o escribía en la pizarra colgada en la pared, se volvía hacia nosotros. Pero cuando trabajábamos estudiando las lecciones, se ponía detrás de nosotros al fondo de la clase y ninguno se atrevía a distraerse por miedo a que el profesor se estuviera fijando en él.

Llevaba un buen palo que no vacilaba en emplear contra cualquier parte de nuestro cuerpo, la primera que se le pusiera al alcance: hombros, brazos, espalda, o... el sitio más indicado.

Estudiábamos muchas matemáticas, porque era ésta una asignatura esencial para la astrología. Nuestra astrología no es ni mucho menos adivinatoria o de arte de magia, sino que se basa en principios científicos. A mí me exigían muchos conocimientos astrológicos porque son necesarios para la medicina. Es mejor aplicar a cada persona el tratamiento que requiere su tipo astrológico en vez de creer que porque un tratamiento ha dado resultado con una persona puede curar también a otra. De las paredes pendían grandes cartas astrológicas y otras donde aparecían pintadas las diferentes clases de hierbas medicinales. Estos cuadros eran cambiados todas las semanas.

Se nos exigía que conociésemos todas las plantas por su aspecto.

Más adelante nos llevaron en excursiones para coger y preparar estas hierbas, pero no nos permitían realizar este trabajo práctico hasta que no conocíamos a primera vista todas las variedades de plantas. Estas exp ediciones en busca de hierbas, que solían realizarse en el otoño, las acogíamos con gran regocijo, ya que representaban un descanso en la rutina de la vida monástica.

A veces nos pasábamos tres meses seguidos en las montañas, junto a las nieves eternas y a una altitud de más de seis mil metros, donde las grandes capas de hielo eran interrump idas por inesperados valles verdes gracias a los manantiales de agua caliente. Esta es una experiencia que seguramente no puede disfrutarse en ninguna otra parte del mundo. En una distancia de cincuenta metros se puede pasar de una temperatura de cuarenta grados Fahrenheit bajo cero a otra de 100 grados Fahrenheit sobre cero.

Esta zona sólo la habían explorado algunos de nuestros monjes.

Nuestra instrucción religiosa era intensiva. Todas las mañanas teníamos que recitar las Leyes y los Pasos del Camino de Enmedio. He aquí las Leyes:

1. Tener fe en los dirigentes de la lamasería y en los de nuestro país.
2. Cumplir con los deberes religiosos y estudiar todo lo humanamente posible.
3. Honrar a nuestros padres.
4. Respetar a los virtuosos.
5. Honrar a los mayores y a los de elevada condición social.
6. Hacer todo lo que se pueda en beneficio de la Patria.
7. Ser honrado y verídico en todo.
8. Preocuparse por los amigos y parientes.
9. Hacer el mejor uso del alimento y de la riqueza.
10. Seguir el ejemplo de los que son buenos.
11. Ser agradecido y corresponder a la amabilidad de los otros.
12. Dar en todas las cosas la medida justa.
13. No ser celoso ni envidioso.
14. No escandalizar.
15. Ser moderado en palabras y actos y no dañar a otros.
16. Soportar el sufrimiento y la desgracia con paciencia y humildad.

Se nos decía constantemente que si todos obedecieran estas Leyes no habría luchas ni desarmonía en el mundo. Nuestro monasterio se distinguía por su austeridad y por el rigor con que se preparaba a los acólitos. Los monjes trasladados de otras lamaserías se cansaban al poco tiempo de tanta severidad y se marchahan en busca de un monasterio menos rígido. A éstos los considerábamos como unos fracasados, mientras que nosotros constituíamos la élite. En muchas otras lamaserías no había servicios religiosos nocturnos: los monjes

se acostaban al anochecer y se levantaban al alba durmiendo tranquilamente todo ese tiempo. Esa vida nos parecía de una comodidad casi afeminada, y aunque a veces protestábamos entre dientes por la dureza de nuestra vida, más habríamos protestado si nos hubieran cambiado el plan de vida. El primer año, sobre todo, fue durísimo. Luego llegó el momento de eliminar a los fracasados. Para resistir las excursiones a las montañas heladas en busca de hierbas había que ser de una extraordinaria fortaleza física. Es natural que nuestros dirigentes decidieran prescindir de los débiles para que no desanimaran a los demás. Durante el primer año no tuvimos ni un momento de asueto: nada de juegos ni distracciones propias de chicos. El tiempo que estábamos despiertos lo ocupaban por completo el estudio y toda clase de trabajos.

Una de las cosas que hoy he de agradecer más es cómo me enseñaron a aprenderme las cosas de memoria. La mayoría de los tibetanos tienen buena memoria, pero los que nos preparábamos para monjes-médicos teníamos que saber los nombres y la descripción exacta de un gran número de hierbas, así como conocer todas las combinaciones que podían hacerse con ellas y la manera de usarlas. También teníamos que saber mucho de astrología y poder recitar de memoria todos los textos sagrados. En el Tíbet se ha desarrollado a través de los siglos un curioso método mnemotécnico.

Imaginábamos que nos hallábamos en una habitación en cuyas paredes se alieneaban miles y miles de cajones. En cada cajón había una etiqueta claramente escrita y las palabras de cada etiqueta podían leerse con toda facilidad desde el lugar donde estábamos. Teníamo s que clasificar todo lo que nos iba diciendo el profesor, y nos habían enseñado a imaginar que abríamos el cajón apropiado y archivábamos en él el dato que acabábamos de oír. Lo importante era que visualizásemos con toda claridad tanto el dato como la exa cta localización del cajón. No se necesita demasiado entrenamiento para entrar —imaginativamente— en esa habitación, abrir el cajón correspondiente, sacar el dato requerido, así como todos los demás que con él se relacionen.

Nuestros profesores daban una gran importancia a la mnemotecnia.

Inesperadamente nos hacían preguntas sólo para probarnos la memoria.

Eran preguntas desconcertantes, sin la menor relación una con otra, para que no pudiésemos seguir una pista. Muchas veces nos pedían que les recitásemos pasajes de los Libros Sagrados y nos interrumpían bruscamente para preguntarnos algo sobre determinada hierba. Olvidarse de algo implicaba un severo castigo. Entre nosotros, el olvido era la más imperdonable de las faltas y se castigaba con tremendas palizas. No se nos daba mucho tiempo para contestar. Por ejemplo, el profesor decía súbitamente: «Muchacho, vas a decirme ahora mismo la quinta línea de la página octava del séptimo volumen del Kan Kan-gyur. Abre el cajón ahora mismo; ¿qué lees?» No responder a los diez segundos era igual que si no se hubiese recordado.

A los diez segundos la paliza era segura y más valía no intentar evitarla porque si, por ejemplo, se daba la respuesta a los quince segundos y se cometía algún error, entonces los palos eran más abundantes y fuertes.

Sin embargo, debo reconocer que este sistema mnemotécnico es formidable.

Téngase en cuenta que no podíamos llevar libros de consulta de un lado para otro. Nuestros libros suelen ser de un metro de longitud y cerca de medio metro de altura con sus enormes hojas de papel muy grueso sueltas y sujetas por dos pesadísimas tapas de madera labrada. Más adelante habría yo de alegrarme de haber adquirido ese dominio de la memoria.

Durante los primeros doce meses no nos permitieron salir del monasterio.

A los que salieron les cerraron la puerta para siempre. Ésta era una de las normas de Chakpori, porque la disciplina era tan rígida que se temía que la menor interrupción le quitase al acólito las ganas de regresar. Confieso que si yo hubiera tenido algún sitio adonde ir no habría resistido a la tentación de escaparme al principio. Pero después del primer año estábamos ya acostumbrados a la implacable disciplina.

El trabajo constante y la prohibición de todo juego servía más que nada para seleccionar a los acólitos. Los débiles no podían resistirlo. Pero los demás, al cabo de unos cuantos meses, habíamos olvidado ya que existían juegos en el mundo. Desde luego, practicábamos ciertos deportes, pero era sólo como un trabajo más y para que nos sirvieran de algo útil más adelante.

Por ejemplo, andábamos en zancos, deporte que yo había practicado cuando vivía en mi casa. Empezamos empleando zancos que nos elevaban por encima de la altura de nuestra cabeza y nos los iban aumentando a medida que adquiríamos mayor soltura. Sobre ellos andábamos por los patios, mirando por las ventanas y alborotando mucho. No utilizábamos ningún palo equilibrador y cuando queríamos estarnos en un mismo sitio nos balanceábamos rítmicamente para conservar el equilibrio. Casi nunca nos caía mos. Luchábamos en grupos, sobre los zancos, en equipos de diez que se alineaban separados por unos treinta metros. Al darse una señal, cada uno de los equipos se lanzaba contra el otro, prorrumpiendo en gritos salvajes para asustar a los demonios del cielo e impedir que intervinieran en la lucha.

Como he dicho, yo estaba entre chicos mucho mayores y fuertes que yo, lo cual me daba una ventaja en la lucha con zancos. Los demás se movían pesadamente, mientras que yo, con mi menor estatura y con zancos más bajos, me colocaba por entre ellos y tiraba de un zanco, empujaba de otro y así iba tumbando varios enemigos.

También usábamos los zancos para cruzar los ríos. Recuerdo una vez que quise cruzar una corriente con unos zancos de dos metros. Era un río profundo ya desde la orilla. Me senté en el borde y metí en el agua las piernas con los zancos puestos. El agua me llegaba hasta las rodillas y en cuanto di unos pasos me llegó a la cintura. Entonces oí unos pasos que corrían.

Un hombre se detuvo en la orilla, me miró y, seguramente, al ver que el agua sólo me llegaba a la cintura, pensó: “No hay profundidad, ya que este niño puede vadearlo tan fácilmente.” Y se metió en el agua con decisión.
Al instante el hombre desapareció por completo. El desgraciado consiguió salir a la superficie y agarrarse a la orilla. Estaba furioso y profería contra mí unas amenazas tan terribles que se me helaba la sangre. Llegué hasta la otra orilla y nunca he corrido con tanta rapidez en zancos.
Uno de los peligros de usar zancos se debía al viento que siempre sopla en el Tíbet. A veces con la excitación de la lucha nos olvidábamos del viento y de la necesidad de protegerse detrás de algún muro. De pronto una ráfaga nos levantaba los hábitos y cegándonos con ellos, nos hacía caer a todos en un revoltijo de brazos, piernas y zancos. Pero muy rara vez se lastimaba alguien. Nuestra práctica del judo nos había enseñado a caer sin causarnos daño. Desde luego, salíamos con arañazos y despellejaduras, pero aquello era una insignificancia para nosotros. Claro está que siempre había alguno de esos que son capaces de tropezar con su sombra y se partía un brazo o una pierna.
Recuerdo a un chico que daba unos fantásticos saltos mortales con los zancos puestos. Yo también aprendí a saltar con zancos, pero la primera vez que lo intenté me di una caída fenomenal. Aquel muchacho se apoyaba en el extremo de los palos, sacaba los pies de los soportes, daba una vuelta completa de campana y volvía a poner los pies en los salientes sin que le cayeran los zancos. Lo hacía una y otra vez y nunca fallaba, y para ello no se detenía ni interrumpía el ritmo de su marcha. Lo hacía, de un modo inverosímil, conforme iba andando. Yo la primera vez que lo intenté, rompí los soportes de los pies, pero es que estaban mal clavados.
Cuando iba a cumplir mi octavo aniversario, me llamó el lama Mingyar Dondup y me dijo que los astrólogos habían predicho que el día siguiente de mi cumpleaños sería el más indicado para “abrirme el Tercer Ojo”. Esta noticia no me atemorizó porque sabía que mi amigo estaría junto a mí y confiaba en él plenamente. Como tantas veces me había dicho, cuando tuviese abierto el Tercer Ojo podría ver a la gente tal como de verdad es. Para nosotros el cuerpo no era más que una cáscara o caparazón animado por la auténtica personalidad de cada cual, el Superser, que toma las riendas cuando uno se duerme o se muere. Creemos que el hombre está colocado en su deleznable cuerpo físico sólo para que aprenda y progrese.
Durante el sueño regresa el hombre a otro plano de existencia. El espíritu se aparta del cuerpo físico y sale flotando en cuanto llega el sueño. El espíritu mantiene su contacto con el cuerpo fisico por medio de un «cordón de plata» que no se rompe hasta el momento de la muerte. Y nuestros ensueños, mientras estamos dormidos, son vivencias que se realizan en el plano espiritual del sueño. Cuando el espíritu regresa al cuerpo, el choque del despertar desquicia la memoria onírica a no ser que esté entrenado especialmente.
Por eso a la gente le parece disparatado el mundo de los ensueños.
Pero me referiré a esto con mayor extensión cuando relate mi propia experiencia en este campo.
El aura que rodea el cuerpo y que cualquier persona, bajo las adecuadas condiciones, puede aprender a ver, no es más que un reflejo de la Fuerza Vital que arde en él. Creemos que esta energía es eléctrica lo mismo que el rayo. En Occidente los hombres de ciencia pueden ya medir y registrar las ondas eléctricas cerebrales. Lo cual deben recordar quienes se burlan de estas cosas y tampoco debe olvidarse la corona solar. Las llamas del disco solar salen de él y cubren una distancia de millones de kilómetros. Corrientemente no vemos esta corona, pero cuando hay un eclipse total es muy fácil de verla. En verdad no importa que la gente lo crea o no. La incredulidad no extinguirá la corona solar. Allí sigue. Y lo mismo sucede con el aura humana. En cuanto se abriese mi Tercer Ojo, podría yo ver esta aura entre otras cosas.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LA APERTURA DEL TERCER OJO.

Llegó mi cumpleaños y me dejaron todo el día libre, sin clases ni deberes religiosos. Por la mañana temprano me dijo el lama Mingyar Dondup:
«Diviértete hoy cuanto quieras, Lobsang. Al oscurecer vendremos a verte.» Lo pasé muy bien tendido al sol, sin ocuparme ni preocuparme por nada. Allá lejos lucían los tejados del Potala. Detrás de mí las aguas azules del Norbu Linga, o Parque de la Joya, me hacían desear una lancha para bogar por ellas. Al Sur un grupo de mercaderes cruzaba el Kyi Chu en el transbordador. ¡Con qué rapidez pasó el día!
Al oscurecer fui a la pequeña habitación donde me habían citado. Poco después oí el murmullo de las suaves botas de fieltro sobre el suelo de piedra y entraron en mi habitación tres lamas del más alto grado. Me pusieron en la cabeza una compresa de hierbas que sujetaron fuertemente con una venda. Allí me dejaron y ya anochecido volvieron los tres. Uno de ellos era el lama Mingyar Dondup. Me quitaron cuidadosamente la venda y la compresa y me limp iaron y secaron la frente. Un lama forzudo se sentó detrás de mí y me apretó la cabeza entre sus rodillas. El segundo lama abrió la caja y sacó un instrumento de reluciente acero, una especie de lezna, pero hueca y con la punta en forma de diminuta sierra. El lama se quedó unos minutos mirando el instrumento y luego lo pasó por la llama de una lámp ara para esterilizarlo. El lama Mingyar me cogió las manos y me dijo:
—Esto es muy doloroso, Lobsang, pero sólo puede hacerse hallándose en tu pleno conocimiento. No durará mucho; de modo que procura estarte lo más quieto que puedas.

Siguieron sacando y preparando instrumentos y una colección de lociones de hierbas. Pensé: «En fin, Lobsang, de todos modos acabarán contigo antes o después. Nada puedes hacer... Como no sea estarte quieto.» El lama que tenía en la mano el instrumento de acero miró a sus compañeros y dijo:
— Empecemos ya, pues el sol acaba de ocultarse.
Aplicó el instrumento al centro de mi frente y empezó a hacer girar el mando. Al principio tuve la sensación de que me estaban pinchando con espinas. Luego me pareció que el tiempo se había detenido. A medida que los pinchos penetraban en la piel y en la carne, no sentía dolor alguno. Sólo me sobresalté cuando el acero tropezó con el hueso. El lama siguió apretando y movió el instrumento levemente para que los dientecillos de acero royeran el hueso frontal. No sentía ningún dolor agudo, sino algo semejante al dolor de cabeza corriente. No hice movimiento alguno. Estando delante de Mingyar Dondup habría preferido morir a moverme o lanzar un gemido.
Aquel hombre tenía fe en mí, y yo en él. Estaba convencido de que cuanto hacía o decía era acertado. Me miraba fijamente con las facciones contraídas.
De pronto hubo un ruidito y el instrumento penetró en el hueso. Inmediatamente detuvo el lama su movimiento y sostuvo con firmeza el instrumento, mientras el lama Mingyar Dondup le pasaba una pequeñísima astilla de madera, muy limpia, que había sido tratada con hierbas y fuego para hacerla tan dura como el acero. Esta cuña, metida en el interior del instrumento fue penetrando por el agujero que me habían abierto en la cabeza. El lama-cirujano se apartó un poco para que el lama Mingyar Dondup pudiera ponerse también frente a mí. Entonces, a una señal de este último, el cirujano fue empujando aún más la cuña con infinitas precauciones. De pronto sentí una extraña sensación como si me hicieran cosquillas en el puente de la nariz; después me pareció oler sutiles aromas que no podía identificar.
También pasó esta impresión y luego me pareció que me estaban empujando o que yo empujaba contra un velo elástico. De pronto se produjo un fogonazo cegador y en aquel mismo instante el lama Mingyar Dondup dijo:
—¡Alto!
Durante un momento sentí un dolor muy intenso que fue disminuyendo y desapareció por completo. En el momento máximo de dolor había visto como una llamarada blanca que luego fue sustituida por espirales de color y glóbulos de humo incandescente. Me quitaron con todo cuidado el instrumento de metal, pero me dejaron dentro el trocito de madera que no me quitarían hasta pasadas dos o tres semanas y hasta entonces tendría que permanecer en aquella habitación en una oscuridad casi absoluta. Nadie podría verme, excepto los tres lamas, que seguirían dándome instrucciones cada día. Hasta que me extrajesen la cuña apenas comería ni bebería. Después de vendarme la cabeza para que no se moviese la cuña, se volvió hacia mí el lama Mingyar Dondup y me dijo:
—Ya eres uno de nosotros, Lobsang. Durante toda tu vida verás a las personas como son y no como pretenden ellas ser.
Fue para mí una extraña experiencia ver a aquellos hombres como envueltos en una llama dorada. Hasta más adelante no supe que sus auras eran doradas a causa de la vida tan pura que llevaban y que las de la mayoría de la gente tenían un aspecto muy diferente.
A medida que este nuevo sentido se me fue desarrollando, gracias al entrenamiento intensivo a que me sometieron los tres lamas, fui observando que hay otras emanaciones que se extienden más allá del aura más íntima.
Con el tiempo pude adivinar el estado de salud de una persona por el color e intensidad de su aura. También pude saber cuándo decían verdad o mentira, según fluctuaran las auras. Pero no sólo el cuerpo humano era el objeto de mi clarividencia. Me dieron un cristal que aún poseo y en cuyo uso he adquirido una gran práctica. Nada hay de magia en las tan conocidas bolas de cristal. Sólo son instrumentos como un microscopio o un telescopio que, gracias a las leyes naturales, nos permiten ver los objetos normalmente invisibles. Ese cristal sólo sirve de foco para el Tercer Ojo y con él se puede penetrar en el inconsciente de una persona o registrar el recuerdo de ciertos hechos. El cristal debe adaptarse al individuo que lo usa. Algunas personas trabajan mejor con un cristal de roca y otros prefieren la bola.
También los hay que usan un recipiente de agua pura o un disco negro. Lo de menos es el instrumento, ya que los principios que actúan son los mismos.
Durante la primera semana permaneció mi habitación en una oscuridad casi completa. A la semana siguiente dejaron entrar un poco de luz y la fueron aumentando cada día un poco más. El decimoséptimo día estaba la habitación completamente iluminada y vinieron los tres lamas para quitarme la cuña de madera. Fue mu y sencillo. La noche antes me habían untado la frente con una loción de hierbas. Por la mañana se presentaron los tres lamas y, como el primer día, uno de ellos me sujetó la cabeza entre las rodillas.
El cirujano agarró con unas fuertes pinzas el extremo saliente de la astilla y me la arrancó de un solo tirón. El lama Mingyar Dondup me rellenó el pequeño agujero que había quedado con una pasta de hierbas y me enseñó el trocito de madera. Se había vuelto tan negra como el ébano mientras estuvo en mi cabeza. El lama-cirujano colocó el pedacito de madera sobre un pequeño brasero junto con incienso de varias clases. Mi iniciación se completaba con aquel humo combinado que subía hacia el techo. Aquella noche sentía como un torbellino dentro de mi cabeza. ¿Cómo vería a Tzu con mi nueva facultad? ¿Cómo se me aparecerían mi padre y mi madre?
Pero estas preguntas no podían tener aún respuesta.

Por la mañana volvieron los lamas y me examinaron cuidadosamente.
Dijeron que podría hacer ya la vida normal, pero que pasaría la mitad del tiempo con el lama Mingyar Dondup, que me enseñaría siguiendo un método intensivo. En las demás horas asistiría a las clases y cumpliría con los deberes religiosos, no ya con una finalidad educativa, sino para que la vida en común me equilibrase. Algo más adelante me enseñarían también por métodos hipnóticos. Por lo pronto, lo que más me interesaba era comer.
Durante los últimos dieciocho días me tuvieron racionado y ahora debía recuperarme.
Cuando salía de la habitación sólo pensaba encontrar algo de comida. Se me acercó una figura envuelta en un humillo azul con brochazos de rojo vivo. Di un grito de espanto y volví a la habitación. Los demás se admiraban de mi expresión de terror.
—¡En el corredor hay un hombre envuelto en fuego! —exclamé. Y el lama Mingyar Dondup se apresuró a asomarse y volvió enseguida sonriente.
—Lobsang, no te asustes. El aura de ese hombre es de un azul humeante porque su personalidad no está aún desarrollada y los ramalazos de color rojo son los impulsos de irritación que no puede contener. De modo que puedes salir con toda tranquilidad en busca de esa comida que estás deseando.
Me encantó hallarme de nuevo entre los chicos amigos. Creía conocerlos perfectamente, pero ahora veía que no los conocía en absoluto. Me bastaba mirarlos para captar enseguida sus verdaderos pensamientos: la simpatía que algunos sentían por mí, la envidia de otros, y la indiferencia de unos cuantos. No se trataba de saberlo todo con sólo ver unos colores; tenían que enseñarme a comprender lo que significaban esos colores.
Mi Guía y yo nos sentábamos en una habitación oculta desde donde podíamos ver a los que entraban por las puertas principales. Por ejemplo, me decía el lama: « esas líneas de color que vibran sobre el corazón del que entra ahora, Ese tono y esa vibración indican que padece una enfermedad del pulmón.
» O bien cuando se acercaba un mercader: «Fíjate en ése. ¿Ves las franjas que se mueven en torno suyo con unos puntitos que aparecen y desaparecen intermitentemente? Cree que podrá engañar a los monjes tontos.
Está pensando que ya lo ha hecho en otra ocasión. ¡A qué mezquindades desciende el hombre por dinero!» Y cuando vimos venir a un monje anciano, me dijo el lama: «Observa a ése con toda atención, Lobsang. Es un santo varón, pero cree en la exactitud literal de nuestras Escrituras; ¿no ves que tiene descolorido el amarillo de su nimbo? Eso indica que todavía no está lo suficientemente desarrollado espiritualmente para razonar por sí mis mo.» Y así me ejercitaba día tras día. Sobre todo practicaba el poder del Tercer Ojo con los enfermos, tanto los del cuerpo como los del alma. Una tarde me dijo el lama: «Tendremos que enseñarte también a cerrar el Tercer Ojo cuando quieras, pues se te hará insoportable estar contemplando a todas horas las debilidades humanas. Pero por ahora, para ejercitarte, has de tenerlo abierto todo el tiempo como los ojos de tu cara.»
Hace muchísimos años, según nuestras leyendas, todos los hombres y mujeres podían usar el Tercer Ojo. En aquellos tiempos los dioses andaban por la tierra y se mezclaban con los hombres. La Humanidad tuvo visiones en que se veía sustituyendo a los dioses e intentando matarlos, pero el Hombre olvidaba que si él podía ver más allá de lo terrenal, los dioses te nían ese sentido mucho más desarrollado que él. Y los dioses, para castigar al Hombre, le cerraron el Tercer Ojo. Sin embargo, a través de los siglos, ha habido siempre unos pocos individuos dotados de esa clarividencia.
Aquellos que la tienen de un modo natural e innato, pueden aumentar su poder mil veces mediante un tratamiento adecuado, como había sucedido conmigo.
El Abad me mandó llamar un día y me dijo: “Hijo mío, disfrutas ya de ese poder que le está negado a la mayoría. Usalo siempre para el bien y nunca con una finalidad egoísta. Cuando viajes por otros países encontrarás a mucha gente que querrá hacerte actuar como un mago de feria. Te dirán:
“Adivina esto, prueba lo otro.” Pero yo te digo, hijo mío, que nunca has de caer en la tentación de lucir tu habilidad ante ellos. Ese talento se te ha dado para ayudar a los demás, no para enriquecerte. Todo aquello que veas por tu clarividencia..., ¡y verás muchas cosas!..., no lo reveles si ha de dañar a otros y perjudicar su camino en esta vida. Por que el hombre, hijo mío, ha de elegir su propia senda y le digas lo que le digas la seguirá. Debes ayudarlo en la enfermedad y el sufrimiento, pero nunca le revelarás lo que pueda alterar su elección de camino.» El Abad, hombre muy sabio, era el médico que atendía al Dalai Lama.
Antes de terminar nuestra entrevista me dijo que dentro de unos cuantos días me mandaría a buscar el Dalai Lama, que deseaba conocerme. Me invitaría a pasar unas semanas en el palacio del Potala acompañado por el lama Mingyar Dondup.

CAPÍTULO OCTAVO.

EL POTALA.

Un lunes por la mañana me dijo el lama Mingyar Dondup que había fijado la fecha de mi visita al Dalai Lama. Sería al final de aquella semana.
—Tenemos que ensayar, Lobsang, hemos de perfeccionarnos hasta el mayor extremo para acercarnos a El.
En un pequeño templo en desuso, cerca de nuestra escuela, había una estatua del Dalai Lama de tamaño natural. Mi Guía y yo fuimos allí e hicimos como si estuviéramos en el Potala recibidos por el Dalai Lama.
—Fíjate en cómo lo hago yo, Lobsang. Has de entrar en la habitación con los ojos bajos, así. Andas hasta este sitio a menos de metro y medio de donde está el Dalai Lama. Sacas tu lengua para saludar, y te arrodillas.

Ahora fíjate bien: pones los brazos así y te inclinas hacia adelante. Volverás a quedar en la misma posición, con la cabeza inclinada, colocarás el pañuelo de seda rodeándole los pies, así. Volverás a quedar en la misma posición, con la cabeza inclinada, para que El pueda ponerte un pañuelo al cuello.
Cuenta hasta diez para que no te apresures indebidamente y luego te levantas y andas hacia atrás hasta el primer almohadón libre.
Mientras el lama hacía todo esto con la facilidad que le daba su práctica, yo le iba imitando. Prosiguió:
—Otra advertencia: antes de que empieces a andar hacia atrás, lanza una rápida mirada que te permita localizar el almohadón desocupado. Es necesario que no tropieces con el almohadón, como sería muy fácil con la excitación de esos momentos. Ahora hazlo todo tú solo para que yo lo vea.
Salí del templo y el la ma dio unas palmadas como señal de que ya podía entrar. Lo hice con excesiva rapidez y el lama me detuvo con un grito:
— ¡Lobsang! ¿Acaso crees que esto es una carrera? Ahora hazlo más despacio y da un ritmo a tus pasos diciéndote en tu interior: Om-ma-ni pad-me-Hum. Y andarás como un joven y digno sacerdote y no como un caballo de carreras en la llanura del Tsang Po.
Lo ensayé otra vez avanzando hacia la estatua con toda calma. Me arrodillé y saqué la lengua para hacer el saludo tibetano. Creo que mis tres reverencias resultaron perfectas; estaba orgulloso de ellas. Pero ¡qué desgracia, había olvidado el pañuelo! Así que hube de salir de nuevo y emp ezar otra vez. Esta vez todo quedó como era debido y coloqué el pañuelo de ceremonia en torno a los pies de la estatua. Retrocedí unos pasos y logré sentarme a la manera del loto, sin tropezar.
—Muy bien —dijo el lama—. Ahora viene la segunda parte. Tendrás que ocultar tu taza de madera en tu manga izquierda. Te servirán té cuando estés sentado. Entonces sacarás la taza de té y la colocarás en equilibrio sobre la manga, en el antebrazo. Si tienes cuidado no se caerá. Ensayemos esto de la taza sin olvidar el pañuelo.
Todas las mañanas de aquella semana estuvimos ensayando para que pudiera hacer los movimientos automáticamente. Al principio la taza salía rodando por el suelo en cuanto me inclinaba, pero no tardé en dominar este ejercicio. El viernes tuve que presentarme al Abad y demostrarle que estaba ya preparado. El Abad dijo que mi habilidad era un buen tributo a las enseñanzas de nuestro hermano Mingyar Dondup.
A la mañana siguiente, la del sábado, descendimos de nuestro monte y nos dirigimos hacia el Potala. Nuestra lamasería formaba parte de la organización del Potala aunque se hallaba en un monte separado. A nuestro monasterio se le conocía con el nombre de Templo de la Medicina o Escuela Médica. Nuestro Abad era el único médico del Dalai Lama, cargo de enorme responsabilidad, pues no sólo tenía que curar cualquier enfermedad, sino hacer que su paciente estuviese siempre bien. Cualesquiera dolores o trastornos, por leves que fueran, se atribuían a la culpa del médico. Y sin embargo, el Abad no podía ir a examinar al Da lai Lama cuando lo creyera conveniente, sino que debía esperar a que lo llamaran, precis amente cuando su paciente estaba enfermo.
Pero aquel sábado no pensaba yo en las dificultades del médico: me bastaba con las mías. Nos abrimos paso por entre la multitud de peregrinos.
Esta gente llegaba de todas las partes del Tíbet para ver la mansión del Más Profundo, como llamamos al Dalai Lama. Si conseguían atisbarlo por un instante, regresaban a sus hogares más contentos que si hubieran recibido el mejor de los regalos y se consideraban de sobra recompensados por las penalidades de su larguísimo y duro viaje. Algunos peregrinos viajaban a pie durante meses enteros para poder hacer esta visita al lugar donde res idía el Más Profundo. Eran labradores, nobles de lejanas provincias, pastores, mercaderes, enfermos que esperaban curarse en Lhasa... Esta multitud atestaba la carretera y formaba un circuito de casi diez kilómetros rodeando los pies del Potala. Unos iban gateando o avanzando de rodillas; otros se ten dían en el suelo, se levantaban, volvían a tenderse y así avanzaban penosamente.
Los enfermos e inválidos se valían de la ayuda de familiares y amigos o andaban con muletas. Por doquier había mercaderes. Unos vendían té caliente con manteca junto al brasero oscilante siempre encendido. Otros vendían alimentos de varias clases. Estaban a la venta amuletos y hechizos “bendecidos por una Sagrada Encarnación”. Unos ancianos vendían horóscopos ya impresos. Más allá, un grupo de gente alegre ofrecía molinillos de plegarias como recuerdo del Potala. También había memorialistas o escribas que escribían una nota certificando que la persona que les pagaba había visitado Lasha y todos los Lugares Sagrados. Naturalmente, no nos entrevistamos con aquella gente. Nuestro objetivo era el Palacio del Potala.
La residencia privada del Dalai Lama se halla en lo más alto del enorme edificio, pues nadie puede vivir en un lugar más elevado que Él.
Una inmensa escalera de piedra sube hasta aquel sitio dando la vuelta a los edificios. Es como una rampa o calle de escaleras. Muchos de los altos funcionarios suben a caballo. Mientras subíamos, nos adelantaron algunos jinetes.
Cuando llegamos a un cierto punto, ya muy arriba, se detuvo el lama Mingyar Dondup y señalando hacia abajo me dijo:
—Allí está tu antiguo hogar, Lobsang. Los criados trabajan muy activamente en el patio.
Miré en aquella dirección y es preferible que silencie lo que sentí.
Mamá se afanaba como siempre en las tareas caseras. También estaba allí Tzu. Decididamente, debo reservarme lo que pensé en aquella ocasión.

El Potala es como una ciudad que se basta a sí misma y edificada sobre un pequeño monte. Allí se realizan todos los asuntos eclesiásticos y seglares del Tíbet. Este edificio, o grupo de edificios, es el vivo corazón del país, el foco de todas las esperanzas y de todos los pensamientos. Dentro de estos muros hay inmensos tesoros, bloques de oro, sacos y más sacos de piedras preciosas y obras de arte de las épocas más antiguas. Los edificios actuales sólo cuentan unos trescientos cincuenta años, pero fueron construidos sobre los cimientos de un antiguo palacio. Por entonces había una fortaleza en la cumbre de la montaña. A gran profundidad de esta pequeña montaña, que es de origen volcánico, hay una enorme cueva de la que salen varios pasadizos y al final de uno de ellos se llega a un lago. Sólo unos cuantos, personas muy privilegiadas, han podido entrar allí o conocen su existencia.

En la soleada mañana, subimos por los interminables escalones. Por todas partes sonaban las carracas de las oraciones, la única forma de rueda que existe en el Tíbet, pues una antigua predicción ha vaticinado que cuando las ruedas entraran en el Tíbet se acabaría nuestra paz. Por fin llegamos a lo más alto, donde unos guardias gigantescos abrieron la puerta de oro cuando vieron al lama Mingyar Dondup, a quien conocían de sobra. Subimos aún más hasta llegar al mismo tejado plano o terraza, donde estaban las tumbas de las pasadas Encarnaciones del Dalai Lama y su residencia privada. Una gran cortina de lana de yak, de color castaño, cubría la entrada.

La apartaron al acercarnos nosotros y entramos en un espacioso vestíbulo guardado por dragones de porcelana verde. Colgaban de la pared muchos y ricos tapices, donde se hallaban representadas escenas religiosas y antiguas leyendas. En unas mesas bajas había objetos que harían la delicia de cualquier coleccionista: estatuillas de varios dioses o diosas de nuestra mitología y valiosísimos adornos de todas clases. Junto a otra puerta, también cubierta por una cortina, se encontraba en un estante el Libro de los Nobles y sentí el deseo de abrirlo y ver allí el nombre de mi familia para tranquilizarme, pues aquel día y en aquel lugar me sentía muy pequeño e insignificante. A los ocho años no tenía ya ilusiones y me preguntaba por qué el Más Alto del país quería verme. Sabía muy bien que aquella vis ita, a petición suya, era insólita y pensaba que de ello sólo podían resultar para mí más trabajos y penalidades.

Un monje vestido con una túnica color rojo-cereza y con una estola de oro, se detuvo a hablar con el lama Mingyar Dondup. A éste parecían conocerlo todos allí y en todas partes a donde fui con él. Escuché estas palabras:

«Su Santidad está muy interesada y desea hablar con él a solas.» Mi Guía se volvió hacia mí y dijo:

—Tienes ya que entrar, Lobsang. Te enseñaré el camino y luego entrarás tú solo, figurándote que estás ensayando como lo hicimos toda esta semana.

Me echó un brazo por los hombros y me llevó hasta otra puerta mu rmurando:

—No debes asustarte. Todo saldrá bien. Entra.

Me dio un empujoncito muy suave y se quedó a la expectativa. Pasé por aquella puerta y allá, al fondo de una larga estancia, se encontraba el Más Profundo, el decimotercero Dalai Lama.

Estaba sentado en un almohadón de seda de color azafrán. Vestía como un lama corriente, pero llevaba en la cabeza un alto sombrero amarillo, con unas orejeras que le llegaban hasta los hombros. Acababa de dejar un libro que estaba leyendo. Inclinando la cabeza, avancé con calma hasta que me situé a metro y medio de los pies del Santo de los Santos y luego me arrodillé e hice tres reverencias. El lama Mingyar Dondup me había entregado el pañuelo de seda al entrar y ahora lo coloqué sobre los pies del más Profundo. Se inclinó hacia mí y me puso su pañuelo sobre las muñecas en vez de ponerlo, como era habitual en estos casos, en torno al cuello. La emoción me quitaba las energías, pero tuve que retroceder hasta el almohadón más próximo. Una ojeada rapidísima me había revelado que estaba muy lejos, junto a la pared. El Dalai Lama habló por primera vez:

—Esos almohadones están demasiado lejos para que llegues a ellos andando hacia atrás. Vuélvete y tráete aquí uno para que podamos hablar.

Así lo hice y volví en seguida con un almohadón. El Dalai Lama me dijo:

—Ponlo aquí, frente a mí, y siéntate.

Le obedecí, y él prosiguió:

—Ahora, jovencito, sabrás que he oído contar cosas muy notables de ti. Eres clarividente de nacimiento y te han aumentado ese poder abriéndote el Tercer Ojo. Tengo los datos de tu última encarnación y también he leído las predicciones de los astrólogos. Al principio pasarás una época muy difícil, pero acabarás triunfando. Viajarás por muchos países extranjeros, países de los que ni siquiera has oído hablar. Verás la destrucción y la muerte y una crueldad que no puedes ni imaginar. El camino será largo y áspero, pero el triunfo llegará al fin como está predicho.

No sé por qué me decía eso, pues ya lo sabía yo; lo sabía en todos sus detalles desde que tenía siete años. Sabía que estudiaría medicina y cirugía en el Tíbet y luego iría a China y volvería a estudiar las mismas materias.

Pero el Más Profundo seguía hablándome: me advertía que nunca debía manifestar mis poderes ocultos ni hablar del yo ni del alma cuando estuviera en el mundo occidental.

—He estado en la India y en la China —dijo el Dalai Lama—, y en esos países se puede hablar de las Grandes Realidades. En cambio, he conocido también muchas personas de Occidente y sus valores no son los nuestros. Es gente que adora el comercio y el oro. Sus hombres de ciencia dicen: «Muéstranos tu alma. Enséñala, que vamos a cogerla, a pesarla, y a probarla con reacciones químicas. Dinos cuál es la estructura

molecular de tu alma. Pruebas, pruebas, necesitamos pruebas.» Eso te dirán, sin saber que su actitud negativa de la suspicacia destruye toda posibilidad de obtener las pruebas que desean. Pero, en fin, ahora tomaremos el té.
Golpeó levemente un gong y dio una orden al lama que se presentó.
En seguida trajeron té y unos alimentos especiales que habían importado de la India. Mientras tomábamos el té y comíamos, me contó el Más Profundo cosas de la India y de China. Insistió en que yo debía estudiar con todas mis fuerzas y dijo que iba a asignarme profesores especiales. No pude contenerme y exclamé:
— ¡Oh, nadie puede saber tanto como mi Maestro, el lama Mingyar Dondup!
El Dalai Lama me miró y luego echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas. Es muy probable que nadie le hubiera hablado como yo. Seguro que ningún otro chico de ocho años se había atrevido a tanto. Por lo visto, le parecía muy bien mi audacia.
—¿De modo que tienes tan buena opinión de Mingyar Dondup? Dime de verdad lo que piensas de él, gallito de pelea.
—Señor —repliqué—, me has dicho que poseo una clarividencia excepcional.
Pues bien, Mingyar Dondup es la mejor persona que he visto en mi vida.
El Dalai Lama volvió a reírse y llamó con un gong.
—Que venga Mingyar -dijo al lama que se presentó.
Entró Mingyar Dondup e hizo las reverencias rituales.
—Trae un almohadón y siéntate, Mingyar -dijo el Dalai Lama—. Este chico que has traído acaba de dar su opinión sobre ti y estoy de completo acuerdo.
El lama Mingyar Dondup se sentó junto a mí, y el Dalai Lama continuó:
—Has aceptado toda la responsabilidad por la educación de Lobsang Rampa. Dirígela como quieras y pídeme las autorizaciones que necesites.
Veré al chico de vez en cuando. —Y volviéndose a mí, me dijo—: Jovencito, has escogido bien. Tu Guía es un viejo amigo mío y un verdadero Maestro de lo Oculto.
No habló mucho más. Luego se levantó, se inclinó levemente para despedirse y salió del Salón. Vi que el lama Mingyar Dondup estaba muy satisfecho de mí y de la buena impresión que había hecho. Me dijo:
—Permaneceremos aquí unos cuantos días y exploraremos algunas de las partes menos conocidas de estos edificios. Hay corredores y habitaciones que no se han abierto en los pasados doscientos años. En ellas aprenderás mucha historia tibetana.
Uno de los lamas —en la residencia del Dalai Lama no había ningún monje de categoría inferior— se acercó y dijo que cada uno de nosotros tenía preparada una habitación en la parte más alta del edificio. Nos llevó a ellas y me quedé admirado de la vista que se abarcaba desde allí. Se veía toda Lhasa y una gran extensión de llanura. El lama habló así:
—Su Santidad ha ordenado que andéis con toda libertad por donde queráis. No se os cerrará ninguna puerta.
El lama Mingyar Dondup me aconsejó que descansara un rato. La cicatriz de mi pierna izquierda me dolía todavía mucho y tenía que andar cojeando un poco. Al principio se temió que me quedase esta cojera. Descansé durante una hora y luego entró mi Guía trayéndome té y comida.
—Es hora de que llenes algunos de tus huecos, Lobsang. Aquí comen bien; mejor será que nos aprovechemos.
Desde luego no necesitaba que me estimularan mucho a comer. Cuando terminamos, mi Guía me llevó a otra habitación situada en el extremo de la terraza. Allí, con gran asombro mío, las ventanas no estaban cubiertas con un tejido translúcido, pero no transparente, sino con una nada que apenas era visible. Con gran precaución toqué aquella visible nada y recibí una fuerte impresión al notar que era casi tan fría y resbaladiza como el hielo.
Luego comprendí lo que era: ¡cristal! Nunca había visto cristal en forma de hoja transparente. Usábamos aquella materia pulverizada en las cuerdas de nuestras cometas, pero se trataba de un vidrio basto a través del cual apenas podían distinguirse las cosas. Además, era de color y éste en cambio parecía agua solidificada.
Pero no iba a parar en esto mi asombro. El lama Mingyar Dondup abrió la ventana de par en par y cogió un tubo de latón que parecía formar parte de una trompeta metida en una funda de cuero. Cogió el tubo y, tirando de él, sacó cuatro piezas, cada una de ellas dentro de la otra. Se rió al ver mi expresión estupefacta y, sacando por fuera de la ventana un extremo del tubo, se acercó el otro a la cara. Creía haber acertado: el lama iba a tocar un instrumento, pero en vez de ponerse en la boca el extremo más estrecho, se lo pegó a un ojo. Estuvo manejando el extraño aparato, alargándolo y acortándolo, hasta que me dijo:
—Mira por aquí, Lobsang mira con el ojo derecho y ten cerrado el izquierdo.
Así lo hice y casi me desmayé de sorpresa. Un hombre a caballo avanzaba por el tubo hacia mí. Me aparté de un salto y miré a mi alrededor, espantado.
Nadie había en la habitación excepto el lama Mingyar Dondup, que se reía con todas sus ganas. Le miré suspicaz creyendo que me había hechizado.
—Su Santidad dijo que eras un Maestro de lo Oculto. Pero no debes burlarte de tu discípulo.
Entonces se rió aún más y me empujó para que volviese a mirar. Venciendo el miedo acerqué el ojo al extremo del tubo y mi Guía lo fue moviendo lentamente para que abarcase una vista diferente. ¡Era un telescopio!
Nunca había visto ninguno. Jamás podré olvidar aquel jinete que avanzaba por el tubo hacia mí. Lo recuerdo con frecuencia cuando algún occidental exclama: ¡Imposible!, al oír afirmar algo referente a las fuerzas ocultas.

Aquello era también «imposible» para mí. El Dalai Lama había traído varios telescopios al regresar de la India y le encantaba mirar el paisaje con ellos. Otra gran novedad fue para mí mirarme en el espejo por primera vez en mi vida. Desde luego, no reconocí la horrible criatura que vi reflejada en él. Era un chico muy pálido, con una ancha cicatriz roja en medio de la frente y una nariz prominente. Como es natural, había visto mi imagen algunas veces vagamente reflejada en el agua; pero en un espejo me produjo una impresión muy desagradable. Desde entonces no me miro en los espejos.

Quizá sabe el lector occidental la idea de que el Tíbet tenía que ser entonces un país muy peculiar si podía pasarse sin cristal, telescopio o espejos; pero la verdad es que la gente no necesitaba nada de esto. Es más, ni siquiera necesitábamos ruedas. Las ruedas se han hecho para la velocidad de una supuesta civilización. Nosotros, los tibetanos, hemos llegado hace mucho tiempo a la conclusión de que el dinamismo de la vida comercial no deja tiempo para las cosas de la mente. Nuestro mundo físico se ha movido siempre con toda calma para que nuestros conocimientos esotéricos pudieran desarrollarse hasta el máximo grado. Durante miles de años dominamos la clarividencia, la telepatía y otras ramas de la metapsíquica. Aunque es completamente cierto que muchos lamas pueden sentarse en la nieve y con la sola fuerza del pensamiento derretir la que los rodea, también es verdad que no nos interesa demostrar estas facultades para que se diviertan los buscadores de sensaciones nuevas. Algunos lamas, que son maestros de lo oculto, practican con el mejor éxito la levitación, pero jamás harán una exhibición de esta facultad para sorprender y entretener a los profanos. Lo primero que el maestro espiritual exige de su discípulo en el Tíbet es que su moralidad permita confiarle tales poderes. De ello se deduce que si el maestro ha de estar seguro de la integridad del discípulo, nunca se podrá abusar de los poderes metafísicos, puesto que solamente los aprenderán las personas dignas de ello. Y no se olvide que estos poderes no son, en modo alguno, cosa de magia, sino el resultado de usar ciertas leyes naturales.

En el Tíbet hay algunos que desarrollan mejor su espíritu en compañía de otras personas, mientras que otros tienen que aislarse. Estos últimos se encierran en las lamaserías más apartadas, donde ocupan una celda totalmente aislada. Es una pequeña habitación construida por lo general en la falda de una montaña. Las paredes son de piedra y de dos metros de grosor para que no dejen penetrar ruido alguno. El eremita se recluye allí por su propia voluntad y se le tapan a la celda todas las ventanas y orificios. No entra luz ni hay mueble alguno, aparte de una caja vacía de piedra. La única comunicación con el exterior es una trampilla, a prueba de todo sonido, por donde se le pasa el alimento una vez al día. Allí permanece el eremita durante tres años, tres meses y tres días. Medita sobre la naturaleza de la Vida y sobre la naturaleza del Hombre. No puede salir de la celda con su cuerpo físico por ningún motivo. Durante el último mes de su permanencia allí, se abre un boquete muy pequeño en el techo para que entre un poco de luz.

Esta abertura se va agrandando cada día con objeto de que los ojos del eremita se vayan acostumbrando de nuevo a la luz, ya que de no hacerse así, le cegaría al salir de nuevo. Es muy frecuente que estos hombres regresen a su celda al cabo de pocas semanas y se queden en ella todo el tiempo que les resta de vida. Y no es una existencia tan estéril y falta de valor como puede suponerse. El hombre es un espíritu, una criatura de otro mu ndo, y cuando pueda librarse de los vínculos de la carne, vagará por el mundo en forma de espíritu y prestará grandes servicios con el pensamiento. En el Tíbet sabemos muy bien que los pensamientos son ondas de energía. La materia no es más que energía condensada. Y el pensamiento, si se le dirige acertadamente y se le condensa en parte, puede conseguir que un objeto se mueva. Otra manera de controlar el pensamiento es mediante la telepatía, con la cual se logra que una persona situada a distancia realice determinada acción. ¿Es tan difícil creer todo esto en un mundo que considera como lo más natural que un hombre consiga, con sólo hablar por un micrófono, guiar un aeroplano para hacerle aterrizar en una densa niebla cuando el piloto no puede ver el suelo en absoluto? Bastaría un poco de entrenamiento y una total falta de escepticismo, para que esto pudiera realizarse por medio de la telepatía, en vez de utilizar una máquina que puede fallar en cualquier momento.

Mi desarrollo esotérico no requirió que me encerrase en una oscuridad absoluta. Se hizo de otra manera que no está al alcance del número bastante grande de monjes que desean hacerse ermitaños. Mi educación iba dirigida a una finalidad específica y por orden directa del Dalai Lama. Además de por medios hipnóticos, mi enseñanza se realizó siguiendo otro método en cuya descripción no puedo entrar en un libro como éste. Baste decir que recibí más iluminación espiritual de la que un ermitaño corriente puede obtener en una vida muy larga. Mi visita al Potala estaba relacionada con las prime ras etapas de esa preparación, pero ya hablaré de eso más adelante.

El telescopio me fascinaba y lo usé mucho para examinar los sitios que conocía tan bien. El lama Mingyar Dondup me explicó en qué consistía aquel aparato hasta hacerme comprender que no se trataba de magia, sino del aprovechamiento científico de las leyes naturales.

Todo me lo explicaba mi Guía y no sólo lo referente al telescopio. En cuanto yo sospechaba que algo tenía que ver con la magia, recibía la adecuada explicación de las leyes relacionadas con aquel fenómeno. Una vez, durante aquellos días de nuestra visita, me llevó el lama Mingyar Dondup a una habitación completamente oscura y me dijo:

—Ahora estáte aquí, Lobsang, y mira la pared blanca que tienes enfrente.

Entonces apagó la llama de la lamparilla que acababa de encender y anduvo manipulando con los postigos de la ventana. Instantáneamente apareció en la pared un cuadro de Lhasa, pero invertido. Grité asombrado al ver hombres, mujeres y yaks andando cabeza abajo. Pero de pronto emp ezaron a temblar las imágenes y todo se

puso al derecho. La explicación del lama sobre «la manera de doblar los rayos luminosos» me dejó más admirado que todo lo demás. ¿Cómo era posible manejar la luz natural? Entonces me demostró cómo se podía hacer aquello. Yo había visto cómo se rompían jarrones con un silbato que no emitía sonido alguno; pero que se pudiera forzar la luz no lo comprendí hasta que trajeron de otra habitación un aparato muy curioso que consistía en una lámpara escondida en una especie de caja. Entonces comprendí cómo se podían dominar los rayos de luz.

Los almacenes del Potala se hallaban atestados de maravillosas estatuas, libros antiguos y bellísimas pinturas murales sobre temas religiosos.

Los poquísimos occidentales que las han visto las consideran indecentes.

Representan un espíritu masculino y otro femenino íntimamente abrazados, pero la intención de estas pinturas no es en absoluto obscena y ni un solo tibetano las considera como tales. Los desnudos abrazos representan el éxtasis que sigue a la unión del Conocimiento y de la Vida perfecta. Debo confesar que me horrorizó la primera vez que vi que los cristianos adoraban a un hombre torturado y clavado en una cruz y que para ellos era éste el símbolo de su religión. Es lamentable que todos queramos juzgar a los demás pueblos según nuestras propias creencias.

Durante varios siglos han llegado al Potala regalos para el Dalai Lama reinante procedentes de muchos países. Casi todos estos regalos se han ido almacenando en grandes salas y lo pasé muy bien mirándolo todo y obteniendo impresiones psicométricas del porqué habían enviado los regalos.

Era un buen ejercicio en el descubrimiento de los motivos. Después de haberle comunicado a mi Guía las impresiones que sacaba directamente de la contemplación del objeto, consultaba él un libro y me relataba la verdadera historia de aquel regalo y lo que había sucedido después. Me sentí muy halagado porque a medida que avanzaba mi práctica, me decía el lama con mayor frecuencia:

—Has acertado, Lobsang, adelantas mucho.

Antes de marcharme del Potala visitamos uno de los túneles subterráneos.

Nos dijeron que podía entrar en uno de ellos y que debía dejar los demás para más adelante. Cogimos unas antorchas encendidas y con grandes precauciones bajamos por unas interminables escaleras y avanzamos luego por unos pasadizos rocosos de suaves paredes. Me dijeron que estos túneles se debían a la acción volcánica y que existían desde innumerables siglos. En los muros aparecían extraños diagramas y dibujos que representaban escenas cuyo sentido no pude comprender. Sólo pensaba en el lago que, según me habían informado, se extendía muchos kilómetros al final de un corredor. Por fin entramos en un túnel que se fue haciendo cada vez más ancho y alto hasta que de pronto desapareció el techo, que se elevaba a una altura a donde no alcanzaba la luz de nuestras antorchas. Avanzamos cien metros más y nos encontramos a la orilla de un lago increíble. Sus aguas estaban en absoluta calma y eran negras, de una negrura que las hacía casi invisibles. Más parecía el fondo de un pozo que un lago. Ni una sola arruga rompía la lis ura de la superficie; ni un solo sonido alteraba aquel imponente silencio. La roca sobre la que estábamos también era negra y brillaba a la luz de las antorchas, pero un poco hacia un lado vimos brillar algo sobre el muro. Avancé hasta allí y vi que en la roca había una ancha franja de oro de unos ocho metros de longitud y cuya altura llegaba de mi cuello a mis rodillas. El calor había empezado a derretirla y separarla de la roca y presentaba grandes goterones como cera de oro de una fantástica bujía. El lama Mingyar Dondup quebró el silencio:

—Este lago sale al río Tsang-po, a sesenta kilómetros de aquí. Hace muchísimos años unos monjes aventureros hicieron una balsa de madera, y remos para impulsarla. Se llevaron una provisión de antorchas y partieron de esta orilla. Remaron durante muchos kilómetros explorando el lago y llegaron a un lugar, aún más amplio que éste, en el que no se veía el final de los muros ni techo alguno. Sin saber dónde dirigirse, remaban y remaban...

Yo escuchaba, figurándomelo todo como si lo estuviese viendo. El lama prosiguió:

—Se habían perdido, pues ya no sabían en qué dirección iban hacia adelante y en cuál hacia atrás. De pronto la balsa osciló con violencia y una ráfaga de viento les apagó las antorchas dejándolos en la más completa oscuridad.

Comprendieron que su frágil embarcación había caído en manos de los Demonios del Agua. La balsa giraba sin cesar y ellos se sentían mareados y con náuseas. Se agarraban a las cuerdas que ataban los maderos.

Con la agitación de la balsa unas pequeñas olas barrían la cubierta y los tenía calados. Aumentó la velocidad del giro y los monjes se sintieron en poder de un despabilado gigante que los había condenado a perecer. No había luz alguna; era una oscuridad tan tenebrosa como jamás la hubo sobre la tierra. Oían ruidos como de arañazos, golpes tremendos y presiones fortísimas. Entonces salieron despedidos de la balsa y cayeron al agua. Algunos de ellos tuvieron tiempo de aspirar un poco de aire. Otros no fueron tan afortunados. Apareció una luz verdosa y vacilante que fue haciéndose más intensa. Una fuerza desconocida retorcía los cuerpos de los mo njes, los empujaba o tiraba de ellos y de pronto salieron a la brillante luz del sol.

Dos de ellos lograron llegar a la orilla, aunque medio ahogados, con el cuerpo molido y sangrantes. De los otros tres no se halló rastro. Durante cuatro horas estuvieron entre la muerte y la vida. Por fin uno de ellos recuperó la suficiente energía para mirar en torno suyo. Estuvo a punto de volverse a desmayar con la impresión recibida: en la lejanía vieron el Potala.

Y por allí cerca había verdes prados en que pastaban unos yaks. Al principio creyeron que habían muerto y que se encontraban en un cielo tibetano.

Luego oyeron pasos cerca de ellos. Era un pastor que se les acercaba. El hombre había encontrado los restos flotantes de la balsa y venía a recogerlos para llevárselos. Por fin, los dos monjes lograron convencer a aquel hombre de que efectivamente eran monjes, ya que las túnicas se les habían caído a pedazos. El pastor accedió a ir en busca de unas literas al Potala.
Desde aquel día se ha hecho muy poco para explorar el lago, pero se sabe que hay unas islas ahí mismo, más allá de donde alcanza la luz de nuestras antorchas. Una de ellas ha sido explorada y lo que se ha encontrado en ella lo sabrás cuando estés iniciado.
Pensé en todo ello deseando haber tenido una balsa a mi disposición para explorar el lago. Mi Guía había estado observando mi expresión. De pronto se rió y dijo:
—Sí, sería muy divertido hacerlo, pero ¿para qué exponer nuestros cuerpos cuando podemos averiguarlo en el plano astral? Dentro de muy pocos años, Lobsang, estarás en condiciones de explorar este lago conmigo y entonces aumentaremos los conocimientos que se tienen hasta ahora de él. Pero, por lo pronto, chico, estudia, estudia mucho.
Nuestras antorchas empezaban a vacilar y me pareció que pronto nos quedaríamos en una total oscuridad dentro del túnel. Mientras nos alejábamos del lago pensé en lo imprudentes que habíamos sido no llevando antorchas de repuesto. Pero en aquel momento el lama Mingyar Dondup se acercó al muro más lejano y estuvo tanteando por su superficie. Por fin, de algún hueco sacó unas antorchas y las encendió en las que ya se nos estaban apagando.
—Las guardamos ahí, Lobsang, para que no se pierda en la oscuridad el que se encuentre en nuestro caso. Ahora, vámonos.
Subimos por los pasadizos en cuesta, deteniéndonos de vez en cuando para recobrar el aliento o mirar los dibujos de los muros. Yo no lo entendía.
Parecían obras de gigantes y eran unas máquinas tan extrañas que sobrepasaban todos mis conocimientos. Miré a mi Guía y vi que los dibujos le eran familiares y que se encontraba en los túneles como en su casa. Yo estaba ya deseando que hiciéramos nuevas visitas a estos subterráneos, pues com prendía que había en ellos algún misterio, y nunca he podido oír hablar de un misterio sin intentar llegar a su fondo. No podía soportar la idea de pasar años y años haciendo cálculos para llegar a una solución si había alguna posibilidad de encontrar directamente la respuesta aunque en esto hubiese un gran peligro. El lama interrumpió mis pensamientos:
— Estás gruñendo para tus adentros como un viejo. En cuanto suba mos unos escalones más, saldremos a la luz del día. Subiremos a la terraza y utilizaremos el telescopio para descubrir el lugar donde aquellos antiguos monjes salieron a la superficie.
Así lo hicimos poco después y me pregunté por qué no podríamos recorrer a caballo los sesenta kilómetros y visitar aquel sitio. Pero el lama Mingyar Dondup me dijo que no había gran cosa que ver allí; desde luego, nada que el telescopio no nos revelase. Por lo visto, la salida del lago estaba por debajo del nivel del río y nada señalaba el sitio, a no ser unos árboles que habían plantado allí por orden de la anterior Encarnación del Dalai Lama.

CAPÍTULO NOVENO

EN LA VALLA DE LA ROSA SILVESTRE.

A la mañana siguiente hicimos con toda calma los preparativos para regresar a Chakpori. Para nosotros la visita al Potala había constituido unas excelentes vacaciones. Antes de marcharnos subí a la terraza para lanzar una última mirada desde aquella altura, con el telescopio, al paisaje que nos rodeaba. Desde allí vi que en una terraza de nuestro monasterio había un pequeño acólito que leía tumbado de espaldas y que de vez en cuando lanzaba piedrecitas a las calvas de los monjes que pasaban por el patio. El telescopio me permitió sorprender la malicia de aquel rostro, mientras se ocultaba para que no lo vieran los intrigados monjes. Me sentí muy molesto al comprender que el Dalai Lama había tenido que verme hacer cosas semejantes.
Y decidí limitar mis pequeñas fechorías a la parte de los edificios que no podían dominarse desde el Potala.
Pero había llegado el momento de nuestra partida. Agradecimos a los lamas el trabajo que se tomaron para hacernos más agradable nuestra breve estancia. Y sobre todo dimos las más expresivas gracias al mayordomo personal del Dalai Lama. Era el encargado de los «alimentos de la India». Debí de resultarle simpático porque me hizo un regalo de despedida que no tardé en comerme. Luego, fortalecidos, descendimos la famosa escalera para emprender el camino que nos llevaría a la Montaña de Hierro. A medio camino oímos gritos y llamadas. Los monjes que pasaban señalaban hacia atrás de nosotros. Nos detuvimos y vimos que llegaba corriendo un monje jadeante que dio un mensaje oral al lama Mingyar Dondup.
—Espérame aquí, Lobsang, no tardaré mucho.
Se volvió y subió de nuevo la escalera. Yo me entretuve admirando el panorama que se divisaba desde allí y contemplando sobre todo mi antiguo hogar. Me volví y casi me caí de espaldas al ver a mi padre que bajaba la escalera a caballo, hacia mí. Nos miramos y se quedó boquiabierto cuando me reconoció. Entonces, hizo como si no me hubiera visto y pasó junto a mí, lo cual me causó una gran pena. Viendo cómo se alejaba le grité: « pero él no se dio por aludido, ni volvió la cabeza. Se me agolparon las lágrimas en los ojos y empecé a temblar.

Temí dar un espectáculo nada menos que en la escalera del Potala. Pero con más dominio de mí mismo del que yo me creía capaz, me estiré y me puse a contemplar el paisaje.
A la media hora llegó el lama Mingyar Dondup bajando por la escalera a caballo y llevando otro de las bridas:
—Vamos, Lobsang, tenemos que ir a toda prisa a Sera. Uno de los abades de allí ha sufrido un grave accidente.
Vi que había una caja grande atada a cada silla y comprendí que era el equipo médico de mi Guía. Galopamos por la carretera de Lingkhor. Dejamos atrás mi antigua casa. Los peregrinos y mendigos se alejaron presurosos para dejarnos paso. No tardamos mucho en llegar a la lamasería de Sera, a cuya puerta nos esperaban unos monjes. Echamos pies a tierra de un salto, llevamos cada uno una caja y un abad nos condujo hacia donde yacía el anciano. Tenía el rostro del color del plomo y su fuerza vital oscilaba en él a punto de apagarse. El lama Mingyar Dondup pidió agua hirviendo, que estaba ya preparada, y echó en ella ciertas hierbas. Mientras yo removía esta infusión, el lama examinó al anciano, que tenía roto el cráneo a consecuencia de una caída. Se le había hundido un trozo de hueso, que ejercía una presión sobre el cerebro. Cuando el líquido estuvo templado humedecimos la cabeza del herido y mi Guía se lavó las manos con un poco de él.
Sacando un afilado cuchillo de su equipo, hizo rápidamente un corte en forma de U hasta llegar al hueso. Las hierbas imp edían que brotara mucha sangre. Luego volvió a mojarle la cabeza con la loción y levantó la capa de carne echándola atrás para que el hueso quedara descubierto. Con toda suavidad fue palpando la parte afectada hasta descubrir hasta dónde se había hundido el cráneo. Había puesto muchos instrumentos en un recipiente lleno de una loción desinfectante. Sacó de él dos varillas de plata aplastadas por un extremo y con dientes en esa parte. Con extraordinario cuidado introdujo el extremo de una de las varillas en la abertura más ancha del hueso y lo sostuvo allí con firmeza mientras fue tirando del hueso roto con la otra varilla. Entonces me dijo que le acercara el recipiente de los instrumentos y cogió de él un diminuto triángulo de plata. Lo manejó con pasmosa destreza y poco después el cráneo había recuperado su nivel normal.
—Esto se soldará —dijo el lama—, y la plata que dejo dentro no causará ningún trastorno porque es un metal inerte.
Volvió a humedecer el cráneo con más loción de hierbas y lo cubrió con el trozo de carne que había dejado vuelto hacia un lado. Hizo un cosido con pelos hervidos de cola de caballo y cubrió la parte donde había operado con una pasta de hierba sujeta con una venda de tela hervida.
La fuerza vital del viejo abad había ido aumentado desde que se le quitó la presión sobre el cerebro. Lo levantamos un poco con almohadones hasta dejarlo en una posición semisentada. Limpié los instrumentos en una nueva loción que preparamos, los sequé con un paño hervido y lo guardé todo cuidadosamente en las dos cajas. Mientras me estaba lavando las manos, el anciano abrió los ojos y sonrió débilmente cuando vio que el lama Mingyar Dondup se inclinaba sobre él:
—Sabía que sólo tú podrías salvarme; por eso mandé el mensaje mental al Pico. Aún no he terminado mi tarea y no podría prescindir del cuerpo.
Mi Guía lo miró con atención y replicó:
—Te repondrás de esto. Unos cuantos días de incomodidad, algún dolor de cabeza y no tardarás mucho en reanudar tu trabajo. Durante algunos días deberás tener alguien a tu lado mientras duermes para que no te deje tenderte del todo. Pero dentro de tres o cuatro días no habrá ningún motivo de preocupación.
Me había acercado a la ventana y observaba la vida que llevaban en aquella lamasería. Resultaba muy interesante las diferentes condiciones en que vivían en otra lamasería. El lama M ingyar Dondup me dijo:
—Lo has hecho muy bien, Lobsang. Trabajaremos siempre juntos.
Ahora quiero enseñarte este monasterio, que es muy diferente al nuestro.
Encargamos a un lama que cuidase del anciano abad y salimos a un corredor. No había tanta limpieza como en Chakpori ni la disciplina parecía tan estricta. Los monjes salían y entraban como querían. Comparados con los nuestros, sus templos estaban mal atendidos y el incienso era más acre.
En los patios jugaban unos grupos de chicos (que en Chakpori habrían estado trabajando sin cesar). Nadie se preocupaba de mover los molinillos de las preces. Faltaba ese orden, limpieza y disciplina que yo creía generales en todas las lamaserías. Me dijo mi Guía:
—Lobsang, ¿te gustaría quedarte aquí y darte buena vida?
—No, de ningún modo; estos monjes me parecen unos salvajes.
Se rió.
—No olvides que hay siete mil monjes aquí dentro, y donde conviven tantas personas, basta una minoría alborotadora para dar mala fama a la mayoría sensata.
—Quizá; pero aunque llamen a esto la Valla de la Rosa Silvestre, no me parece un lugar recomendable.
Me miró sonriendo.
—Creo que te las arreglarás tú solo para imponerles la disciplina a esa gente.
Debo insistir en el hecho de que nuestra lamasería tenía una disciplina más estricta que ninguna otra. En realidad la disciplina de los demás monasterios estaba muy relajada y cuando los monjes eran vagos.., no hacían nada y en paz. Nadie les recriminaba por eso. Sera, o la Valla de la Rosa Silvestre, como se le llamaba, está a cuatro kilómetros y medio del Potala y es una de las lamaserías conocidas por «Los Tres Asientos». Drebung es la mayor de las tres y en ella viven diez mil monjes. Le sigue en importancia Sera, con siete mil quinientos monjes, mientras que Ganden es la menos importante, pues sólo tiene seis mil. Cada una de ellas es como una ciudad completa con sus calles, colegios, templos y todos los edificios que habitualmente forman

una ciudad. Por las calles patrullan los Hombres de Kham. ¡Ahora sin duda las recorren los soldados comunistas! Chakpori era una pequeña comunidad, pero de gran calidad. Este Templo de la Medicina era considerado entonces como la «sede del Conocimiento Médico» y estaba ampliamente representado en la Cámara del Consejo de nuestro Gobierno.
En Chakpori nos enseñaban lo que he llamado «judo». Es la palabra más aproximada que he podido encontrar entre las que conocen los occidentales, pues la descripción tibetana sung-thru kjom-pa tü de-po le-la-po no puede traducirse, ni tampoco nuestra palabra técnica amaree. «Judo» es una forma muy elemental de nuestro sistema. No en todas las lamaserías se enseña esta lucha, pero en Chakpori nos entrenaban en ella para darnos seguridad sobre nosotros mismos y permitirnos dejar a otras personas sin sentido con fines médicos y también para que pudiéramos viajar seguros por los sitios más peligrosos del país, ya que, como lamas médicos, teníamos que viajar mucho.
Como ya he contado, el viejo Tzu había sido un maestro de ese arte.
Quizá fuera el que mejor lo había dominado en el Tíbet; y me enseñó todo lo que sabía. La mayoría de los hombres y de los chicos conocían las llaves y los golpes elementales, pero esto lo sabía yo desde que tenía cuatro años.
Creemos que este arte sólo debe usarse en defensa propia y para lograr el dominio de sí mismo, pero no jactamos de esa fuerza y habilidad. Opinamos que el hombre fuerte puede permitirse el lujo de ser amable, mientras que el docil e inseguro de sí mismo tiene que fanfarronear para darse un poco de seguridad. Empleábamos el judo para privar de sentido a una persona en las operaciones quirúrgicas difíciles y en la extracción de dientes.
No se siente ningún dolor y no hay peligro. Sin que haya podido darse cuenta de nada, el «paciente» pierde el conocimiento y le hacemos recuperar el sentido unos segundos o unas horas después sin que sufra por ello ninguna mala consecuencia. Es muy curioso que cuando una persona se queda inconsciente por este medio y está diciendo una frase, la completa al despertar partiendo de la palabra donde la interrumpió. Por los evidentes peligros que se derivarían de un mal uso de este sistema perfeccionado, así como del hipnotismo instantáneo, sólo se enseñaba a los que demostraban poseer un carácter entero. En los casos en que había peligro de que alguien abusara de los poderes que se le habían concedido, se empleaba contra él el bloqueo hipnótico.
Una lamasería no es sólo un sitio donde viven los hombres de vocación religiosa, sino una ciudad con todas sus comodidades y distracciones.
Teníamos nuestros teatros, en los que asistíamos a representaciones religiosas y tradicionales. Había músicos siempre dispuestos para dar conciertos y demostrar que en ninguna otra comunidad contaban con tan buenos intérpretes de la música tibetana. Los monjes que disponían de dinero podían comprar alimentos, ropa, e incluso artículos de lujo y libros, todo ello en nuestras propias tiendas. Los que deseaban ahorrar depositaban su dinero en lo que equivalía, dentro de una lamasería, a un Banco. Por supuesto, en todas las comunidades religiosas, en cualquier parte del mu ndo, hay una minoría que infringe las reglas. Contra la perniciosa actividad de estos malos monjes empleábamos nuestra propia policía y se les procesaba con toda legalidad. Si se les condenaba, tenían que cumplir su condena en la prisión del monasterio. Por otra parte, teníamos escuelas de varias clases adaptadas a todos los grados de mentalidad. Los muchachos muy inteligentes recibían una eficaz ayuda de su perfeccionamiento, pero en todas las lamaserías, excepto en la de Chakpori, los vagos y torpes podían pasarse la vida dormitando sin que nadie les molestara. Era nuestra firme convicción de que nadie puede influir en la vida de otro y que cualquiera que pierda su oportunidad en este mundo puede recuperar, en su próxima encarnación, el tie mpo que ha perdido en ésta. En Chakpori todo era muy distinto, y si alguien no progresaba tenía que marcharse y buscar refugio en otro monasterio donde la disciplina no fuera tan severa.
Los monjes que enfermaban en nuestra comunidad eran muy bien tratados.
Disponíamos de un hospital en cada lamasería y había suficientes monjes médicos y cirujanos. Los casos más graves eran tratados por especialistas como el lama Mingyar Dondup. Muchas veces, cuando abandoné el Tíbet, me he reído de las historias occidentales sobre una supuesta ignorancia médica tibetana; por ejemplo, esa patraña de que creemos que el corazón del hombre está a la izquierda y el de la mujer a la derecha. Hemos visto el suficiente número de cadáveres, cuya autopsia hemos hecho, para saber de sobra lo que contiene un cuerpo humano. También me ha divertido mucho la creencia occidental de que los tibetanos somos extremadamente sucios y que estamos plagados de enfermedades venéreas. Por lo visto, los que han lanzado esto no han estado nunca en esos sitios de Inglaterra y Norteamérica donde se ofrece a los ciudadanos de la localidad «tratamiento gratis y confidencial». Es cierto que somos sucios: por ejemplo, algunas de nuestras mujeres se ponen cremas y polvos en la cara y tienen que marcar con rojo la posición de los labios para que no se equivoque uno. También se engrasan el cabello para ponerlo brillante o para cambiarlo de color.
Otra de nuestras manifestaciones sucias y antihigiénicas que demuestran que nuestras mujeres son —como han dicho ciertos occidentales— «sucias y depravadas» es que se depilan las cejas e incluso se pintan las uñas.
Pero volvamos a nuestra lamasería: a menudo había visitantes que podían ser mercaderes o monjes. Se les acomodaba en el hotel lamástico. Y pagaban su alojamiento como en un hotel cualquiera. No todos los monjes eran solteros. Algunos creían que la soledad no era propicia para el estado contemplativo. A éstos se les permitía formar parte de la secta especial de los Monjes del Sombrero Rojo, a los que se les permitía contraer matrimonio.

Pero se trataba de una minoría muy reducida. Los Sombreros Amarillos, una secta de célibes, eran los que regían nuestra vida religiosa. En las lamaserías de casados, los monjes y las monjas trabajaban juntos dentro de un orden perfecto, y, claro está, la atmósfera no era tan sombría como en una comunidad exclusivamente masculina.
En algunas lamaserías tenían imprentas donde hacían sus propios libros.
Ge neralmente, también fabricaban el papel. Esta ocupación era muy insana, porque una de las cortezas del árbol que se utilizaban para fabricar el papel era extremadamente peligrosa. Aunque gracias a ello el papel de nuestros libros estaba inmunizado contra la destructora labor de los insectos, también perjudicaba mucho a los monjes. Todos los que trabajaban en la fabricación del papel se quejaban continuamente de fuertes dolores de cabeza y de peores males. En el Tíbet no usábamos los tipos de metal. Todas nuestras páginas son previamente dibujadas en planchas de madera que luego se grababan. Algunas de estas tablas eran de un metro de altura por medio metro de anchura y el grabado de las letras era muy complicado y detallista. Se desechaba cualquier tabla en que se descubriese la menor errata. Las páginas tibetanas no son como las de este libro, más altas que anchas; las nuestras son apaisadas y siempre sin encuadernar. Para sujetarlas se emplean las tapas a que ya me he referido, de madera labrada. Para proceder a la impresión, un monje extendía la tinta sobre la superficie de la tabla grabada, cuidando de que estuviese distribuida por igual. Otro monje cogía una hoja de papel y la extendía rápidamente sobre la tabla, mientras que otro, con un rulo muy pesado, presionaba el papel sobre la tabla. Un cuarto monje levantaba la página así impresa y la pasaba a un aprendiz, que la colocaba a un lado. Se estropeaban muchas páginas y éstas se guardaban para que los aprendices practicasen en ellas. En Chakpori habíamos llegado a grabar tablas de casi dos metros de longitud por metro y pico de altura; eran dibujos especiales del cuerpo humano y de los diferentes órganos. Con ellas se hacían los cuadros o láminas murales que se empleaban en la enseñanza, una vez que las iluminábamos. También teníamos cartas astrológicas.
En ellas basábamos nuestros horóscopos y formaban un cuadrado de unos setenta centímetros de lado. Eran mapas del cielo, tal como éste aparece en el momento en que es concebida o nace una persona. En los espacios en blanco imprimíamos los datos sacados de las tablas matemáticas publicadas por nosotros.
Después de inspeccionar a mi antojo la lamasería de la Valla de la Rosa y de lamentar que la nuestra no fuese de vida tan agradable, volvimos a la habitación donde yacía el abad recién operado. Durante las dos horas de nuestra ausencia, había mejorado muchísimo y estaba ya en condiciones de interesarse por lo que le rodeaba. Sobre todo, escuchaba al lama Mingyar Dondup a quien parecía tener gran afecto. Este le dijo: «Tenemos que mar charnos, pero aquí te dejo unas hierbas en polvo y dejaré instrucciones para que te las administren.» Sacó tres bolsitas de cuero de su caja y las entregó al monje enfermero. Las tres bolsitas significaban la vida para aquel anciano.
En el patio de la entrada nos esperaba un monje que sujetaba por las bridas a dos ponies demasiado retozones. Yo, en cambio, no tenía deseo alguno de cabalgar. Afortunadamente, el lama Mingyar Dondup accedió a que fuésemos a paso lento. La Valla de la Rosa está a tres kilómetros y setecientos metros del punto más próximo de la carretera de Hingkhor. No me gustaba la idea de pasar por delante de mi antigua casa. Mi Guía sorprendió mi pensamiento y me dijo:
—Cruzaremos por la calle de las Tiendas. No hay prisa; mañana es un nuevo día que aún no hemos visto.
Me fascinaban los tenderetes de los mercaderes chinos y sus chillidos en el regateo. En la acera de enfrente había un monumento que simbolizaba la inmortalidad del *yo* y detrás brillaba la fachada de un templo donde entraban muchos monjes del cercano Shede Gompa. Pocos minutos después pasábamos por delante de las casas que se apiñaban bajo la sombra del Yo-kang. Pensé:
«La última vez que estuve aquí era un hombre libre. Ojalá todo fuera un sueño y me despertase ahora mismo.»
Seguimos por la carretera y doblamos a la derecha hacia el Puente de la Turquesa. El lama Mingyar Dondup se volvió hacia mí y me dijo:
—¿Es posible que todavía te resistas a ser monje? Te aseguro que no es una vida tan mala. A fines de esta semana se organizará la excursión anual para buscar hierbas. Pero no quiero que vayas esta vez. Prefiero que te quedes trabajando conmigo para preparar tus exámenes a trappa, cuando tengas doce años. He pensado llevarte más adelante en una expedición especial para buscar unas hierbas muy raras.
Habíamos llegado al final del pueblo del Shü y nos acercábamos al Pargo Kaling, que es la Puerta Occidental del valle de Lhasa. Un mendigo acurrucado contra el muro exclamó:
— ¡Reverendo y santo lama de la Medicina, te suplico que no me cures mis males o no podré ganarme la vida!
Mi Guía se entristeció, y cuando ya habíamos pasado por la Puerta Occidental, me dijo:
—En una pena, Lobsang, que abunden estos mendigos tan inneces arios.
Son ellos los que nos dan mala fama en el extranjero. En la India y en la China, a donde fui acompañando al Precioso Protector, la gente hablaba de los mendigos de Lhasa sin saber que muchos de ellos son ricos. En fin, quizá cuando se cumpla la Profecía del Año del Tigre de Hierro (1950: los comunistas invaden el Tíbet) podrá lograrse que los mendigos trabajen. Ni tú ni yo estaremos entonces aquí, Lobsang. Tú vivirás en tierras extrañas y yo habré regresado ya a los Campos Celestiales.
Me apenó en extremo pensar que algún día me abandonaría mi queridísimo lama. Pero entonces no había llegado a comprender que la vida en esta tierra no es más que una ilusión, una prueba, una escuela. Y entonces no sabía aún cuál puede ser la conducta del hombre para las víctimas de la adversidad. ¡Ahora lo sé!

Doblamos a la izquierda y luego otra vez a la izquierda hasta tomar el camino que nos conducía directamente a la Montaña de Hierro. Nunca me he cansado de admirar los relieves iluminados en la roca que adornan una vertiente de nuestra montaña. Todo el acantilado está cubierto con bajorrelieves y pinturas de deidades, pero ya era muy tarde y no podíamos perder más tiempo. Mientras subíamos la cuesta pensé en los excursionistas que irían en busca de hierbas. Todos los años salían de Chakpori, recogían hierbas, las secaban y las empaquetaban en unas bolsas herméticamente cerradas.
En nuestras montañas se encontraba el gran depósito de los remedios que proporciona la Naturaleza. Muy poca gente había pisado aquellas alturas por donde pasaban, y se veían cosas tan extrañas que servían de tema de conversación para mucho tiempo. Me resigné a no ir aquel año y me prometí es tudiar tanto que pudiera formar parte de la expedición, mucho más interesante, que organizaría el lama Mingyar Dondup, cuando lo creyera conveniente. Los astrólogos habían predicho que saldría de mis exámenes al primer intento, pero también sabía yo que debía estudiar a fondo.
Mi edad mental equivalía a la de un muchacho de dieciocho años, ya que siempre me había relacionado con personas mucho mayores que yo y ahora tenía que estar a la altura de la situación.

CAPÍTULO DÉCIMO.

CREENCIAS TIBETANAS.

Quizá sea interesante que dé aquí algunos detalles sobre nuestras creencias. Nuestra religión es una forma de budismo, pero no existe una palabra que pueda dar una idea exacta en la traducción. La llamamos «la Religión », y a los de nuestra fe les llamamos «los que están dentro». A los de otras creencias los designamos con una palabra que puede significar «los que están fuera» o «los extraños». La palabra más aproximada, ya usada en Occidente, es lamaísmo. Se aparta del budismo en que nuestra religión es de esperanza y de creencia en el futuro. El budismo nos resulta una religión negativa, una religión de la desesperanza.
Muchos sabios han estudiado y comentado de un modo erudito nuestra religión. Muchos de ellos nos han condenado porque les ciega su propia fe y no admiten otros puntos de vista. Algunos han llegado a llamarnos «satánicos ». La mayoría de estos escritores han basado sus opiniones en referencias muy indirectas de los escritos de otros autores. Es posible que unos cuantos hayan estudiado nuestras creencias durante unos cuantos días y se hayan creído competentes para escribir libros sobre el tema e interpretar y difundir lo que ha costado toda una vida a nuestros hombres más sabios llegar a saberlo y comprenderlo.
Imagínense ustedes las enseñanzas de un budista o de un hindú que haya repasado durante un par de horas la Biblia y pretenda explicar los puntos más sutiles del cristianismo. Ninguno de estos autores que han escrito sobre el lamaísmo ha vivido desde niño como monje en una lamasería ni ha estudiado los Libros Sagrados. Estos Libros son secretos; secretos, porque no son asequibles a los que pretenden lograr una salvación rápida y sin esfuerzo.
Los que deseen dominar algunos de nuestros ritos o una forma de autohipnosis, pueden conseguirlo si va a servirles de algo. Pero esa no es la realidad íntima, sino un juego de niños. A algunos les resultará muy consolador que se pueda cometer pecado tras pecado y que luego, si la conciencia les molesta demasiado, baste ofrecer cualquier presente en el templo más cercano para que los dioses, agradecidos, le otorguen un perdón inmediato y total; con lo cual pueden comenzar de nuevo a pecar. Pero la verdad es que existe un Dios, un Ser Supremo. ¿Qué importa cómo le llamemos?
Dios es un hecho.
Los tibetanos que han estudiado las verdaderas enseñanzas de Buda nunca piden misericordia ni favores, sino sólo que el hombre los trate con justicia. Un Ser Supremo esencia de la justicia no puede ser misericordioso con uno y no con otro, ya que esto sería la negación de la justicia. Rezar para obtener misericordia o favores, prometiendo oro o incienso si se logra lo que se desea, supone dar por cierto que la salvación se concede al mejor postor; que Dios anda escaso de dinero y puede ser «comprado».
El hombre puede mostrarse misericordioso con sus prójimos, pero rara vez lo hace; y en cuanto al Ser Supremo sólo puede ser justo. Somos almas inmortales. Nuestra plegaria: «Om manipad-me Hum!» se suele traducir al pie de la letra de este modo: « ¡la Joya del Loto!» Los que hemos avanzado un poco más en nuestra religión sabemos que su verdadero significado es: « el Super-Ser del hombre!» No existe la muerte. Como uno se quita la ropa al terminar la jornada, lo mismo se quita el alma del cuerpo cuando éste se duerme. Así como se desecha un traje cuando se ha gastado, también se desecha el alma al cuerpo cuando está excesivamente usado o se ha roto. Morir no es más que el acto de nacer en otro plano de la existencia. El Ho mbre, o el espíritu del Hombre, es eterno. El cuerpo es sólo la vestidura temporal que cubre el espíritu y es elegido según la tarea que corresponda a cada persona en la tierra. La apariencia externa carece por completo de importancia.
Lo que importa es el alma. Un gran profeta puede presentarse disfrazado de pobre, mientras uno que ha pecado en una vida anterior puede presentarse en su nueva encarnación como un potentado para ver si comete los mismos pecados sin tener la eximente de la pobreza.
La Rueda de la Vida es la expresión que aplicamos al acto de nacer, de vivir en este mundo, morir, volver al estado de espíritu puro y luego nacer de nuevo en diferentes circunstancias y condiciones. Un hombre puede haber sufrido mucho en una vida sin que esto signifique necesariamente que fuese malo en una vida anterior;

puede muy bien habérsele colocado en esa situación para que aprenda con mayor rapidez ciertas cosas. ¡Se aprende mucho más por la experiencia que de oídas! Uno que se suicida puede renacer en otra vida para completar los años que no pudo vivir en una vida anterior, pero esto no implica que todos los que mueren jóvenes, o de niños, sean suicidas. La Rueda de la Vida se aplica a todos, desde los mendigos a los reyes, a los hombres y a las mujeres, a las razas de color y a las blancas. Por supuesto, esto de la Rueda es sólo un símbolo, pero resulta de gran claridad para todos aquellos que no pueden estudiar a fondo el asunto.

No se pueden explicar las creencias tibetanas en un par de párrafos; el Kangyur (o Escrituras tibetanas) se compone de un centenar de libros, y ni siquiera leyéndolos todos ellos se puede conocer a fondo el tema. Hay mu chos libros ocultos en remotas lamaserías, libros que sólo conocen los Iniciados.

Durante muchos siglos, los pueblos de Oriente han conocido las varias fuerzas y leyes ocultas y han sabido que todas ellas se basan en la utilización de energías naturales. En vez de prescindir de estas fuerzas bajo el pretexto de que no pueden ser pesadas ni probadas con reacciones químicas, los hombres de ciencia orientales han procurado siempre dominar esas leyes de la Naturaleza. Por ejemplo, no nos interesa la mecánica de la clarividencia, sino los resultados de esta facultad. Hay gente que pone en duda que se pueda ser clarividente; son como los que han nacido ciegos y opinan que es imposible ver porque ellos no lo han experimentado, porque ellos no pueden comprender cómo es posible ver un objeto que se encuentra a cierta distancia si no hay un contacto inmediato entre ese objeto y los ojos.

La gente tiene auras, perfiles de color que rodean al cuerpo, y ateniéndose a la intensidad de estos colores, quienes dominan ese arte pueden deducir la salud, integridad, y estado general de evolución de esa persona. Este aura es la radiación de la fuerza vital interna, el ego o alma. En torno a la cabeza hay un halo o nimbo que también forma parte de esa fuerza. Con la muerte, la luz se apaga porque el yo abandona al cuerpo y emprende su viaje a la etapa siguiente de la existencia. Se convierte en un fantasma. Al principio se desorienta y vaga por los espacios astrales sin saber adónde dirigirse, seguramente por el deslumbramiento que le produce su brusca separación del cuerpo. Es muy posible que al principio no tenga conciencia de lo que le sucede. Por eso los lamas asisten a los moribundos para informarles de las etapas que han de recorrer. Si se descuida esta información, el espíritu puede sentirse arrastrado de nuevo hacia la Tierra por los deseos de la carne. Los sacerdotes tienen el deber de romper esos vínculos. Con bastante frecuencia atendíamos a un servicio religioso especial: la Orientación de los Espíritus.

La muerte no causa terror a los tibetanos, pues creemos que se puede pasar de esta vida a la siguiente con gran facilidad si se toman ciertas precauciones.

Para ello es necesario seguir ciertos caminos claramente definidos y pensar dentro de ciertas líneas. El servicio a que me he referido se realiza en un templo hallándose presentes unos trescientos monjes. En el centro del templo se sitúan cinco lamas telepáticos sentados en círculo cara a cara. Mientras que los monjes, dirigidos por un abad, salmodian, los lamas procuran mantener el contacto telepático con las almas perdidas. No es posible traducir con exactitud las oraciones tibetanas, pero trataré de aproximarme:

Escuchad las voces de nuestras almas, todos aquellos que vagáis desorientados por la tierra fronteriza. Los vivos y los muertos habitan en mundos distintos; ¿dónde pueden verse sus rostros y oírse sus voces? Quemamos la primera barra de incienso para que un espíritu errante encuentre su camino.

Escuchad las voces de nuestras almas todos aquellos que vagáis desorientados.

Las montañas se elevan hacia el cielo, pero nada se oye. Basta una suave brisa para agitar las aguas y las flores siguen floreciendo. Las aves no emprenden el vuelo al acercarse vosotros, ya que ni os ven ni os sienten. Quemamos una segunda barra de incienso para que otro espíritu errante encuentre su camino.

Escuchad las voces de nuestras almas, todos aquellos que vagáis extraviados.

Éste es el Mundo de la Ilusión. La vida es sueño. Todos los que nacen han de morir. Sólo el Camino de Buda conduce a la vida eterna.

Quemamos una tercera barra de incienso para que otro espíritu errante encuentre su camino.

Escuchad las voces de nuestras almas, todos aquellos que tenéis poder, todos aquellos que habéis sido entronizados y abarcáis en vuestro reino montañas y ríos. Vuestros reinos sólo han durado un instante y las quejas de vuestros pueblos no han cesado. Corren ríos de sangre por la Tierra y los suspiros de los oprimidos barren las hojas de los árboles. Quemamos una cuarta barra de incienso para que los espíritus de los reyes y dictadores encuentren su camino.

Escuchad las voces de nuestras almas todos vosotros; guerreros que habéis herido, matado e invadido, ¿dónde están ahora vuestros ejércitos?

Ruge el suelo y la maleza cubre los campos de batalla. Quemamos la quinta barra de incienso para guiar a los espíritus de los señores de la Guerra que no encuentran su camino.

Escuchad las voces de nuestras almas, todos los que sois artistas y sabios, los que habéis trabajado escribiendo y pintando. En vano habéis esforzado vuestra vista y gastado muchos tinteros. Nada se recuerda de vosotros y vuestras almas han de seguir su camino. La sexta barra de incienso la quemamos para que los espíritus de los escritores y artistas encuentren su camino.

Escuchad las voces de nuestras almas, vosotras, hermosas vírgenes y damas de elevada condición, cuya juventud puede compararse con una fresca mañana de primavera. Después del abrazo de vuestros amantes se rompen vuestros corazones. Llega el otoño y luego el invierno, se marchitan las flores y se secan los árboles y, lo mismo que la belleza, se convierten en esqueletos. Quemamos la séptima barra de incienso para que los espíritus de las vírgenes y de las damas de elevada condición se libren de los vínculos de este mundo.

Escuchad las voces de nuestras almas, vosotros, los mendigos y ladrones y cuantos hayáis cometido crímenes contra vuestros prójimos y no halléis descanso. Vuestra alma vaga por este mundo sin hallar amigos y no encontráis justicia dentro de vosotros. Quemamos la octava barra de incienso por todos los espíritus que han pecado y que ahora van errantes y solitarios.
Escuchad las voces de nuestras almas, prostitutas, mujeres de la noche, y todas aquellas contra las cuales han pecado los otros y que ahora vagáis solas por fantasmales espacios. Quemamos la novena barra de incienso para que estos espíritus encuentren su camino y se liberen de las cadenas de este mundo.
En la penumbra del templo, cargada de humo de incienso, danzan detrás de las imágenes de oro las sombras producidas por la vacilante luz de las lamparillas. La atmósfera se hace aún más densa con la concentración mental de los monjes telepáticos que se esfuerzan en mantener el contacto con los que se han marchado de este mundo y que, sin embargo, siguen ligados a él.
Los monjes de túnicas rojo-oscuro están sentados en dobles filas, cara a cara, entonando la Letanía de los Muertos, y unos tambores ocultos marcan el ritmo monótono del corazón humano. De otra parte del templo, como de un cuerpo humano, llegan los rumores de los diferentes órganos, el murmullo del fluir de los líquidos corporales y la respiración de los pulmones.
A medida que prosigue la ceremonia, cambian los sonidos del cuerpo, se van haciendo más lentos y espaciados, hasta que por fin desaparecen para dejar paso al espíritu que abandona sus vestiduras terrenales. Ese momento se oye materialmente; es como un aletear, un suave estertor y, por último, el silencio total. El silencio que llega con la muerte. Y no hay que estar dotado de facultades metafísicas para percibir en tal silencio la presencia de otros seres que esperan y escuchan. Paulatinamente, a medida que la instrucción telepática continúa, va disminuyendo la tensión. Es que los inquietos espíritus están pasando a la siguiente etapa de su viaje astral.
Creemos firmemente que nacemos una y otra vez. Pero no sólo en esta tierra. Hay millones de mundos y sabemos que la mayoría de ellos están habitados. Por supuesto, es gente muy distinta a los seres humanos que conocemos.
En el Tíbet no hemos creído ni por un momento que el Hombre sea la forma más elevada y más noble de evolución. Creemos que por ahí, en otros mundos, se pueden hallar formas de vida mucho más perfeccionadas, gente incapaz de lanzar bombas atómicas. Yo he visto, en nuestro país, descripciones de extraños artefactos que vuelan por los cielos. Les llamamos los “Carros de los Dioses”. El lama Mingyar Dondup me contó que un grupo de lamas había establecido comunicaciones telepáticas con esos «dioses» y éstos les dijeron que estaban contemplando la Tierra de un modo semejante a como los humanos contemplamos los peligrosos animales salvajes en un parque zoológico.
Se ha escrito mucho sobre la levitación. Se puede lograr, y yo lo he visto muchas veces. Desde luego, se necesita una gran práctica. Pero no tiene objeto perder tiempo en esto cuando existe un medio mucho más seguro y fácil de elevarse sobre la tierra. Me refiero al viaje astral. La mayoría de los lamas lo dominan y cualquier persona que posea la paciencia necesaria podrá disfrutar de las ventajas de este arte tan útil y agradable.
Durante las horas en que estamos despiertos, nuestro Yo se encuentra preso en el cuerpo físico y se necesita un cierto entrenamiento para separarlos.
Cuando dormimos, sólo reposa el cuerpo físico. Mientras, el espíritu se libera de toda traba y suele marcharse al reino de los espíritus lo mismo que un niño regresa a su hogar cuando terminan las clases. El yo y el cuerpo físico mantienen el contacto por medio del Cordón de Plata, que puede estirarse ilimitadamente. El cuerpo permanece con vida mientras ese Cordón de Plata no se rompa. Con la muerte, al nacer el espíritu a una nueva vida, se rompe el Cordón, como se parte el cordón umbilical para separarnos de nuestra madre. Para un bebé, el nacimiento significa la muerte de la vida que llevó en el cuerpo de su madre. Para el espíritu, la muerte significa un nuevo nacimiento a un mundo espiritual más libre. Mientras el Cordón de Plata permanezca intacto, el ego podrá vagar libremente durante el sueño y en el caso de los que se han entrenado especialmente, lo hará de un modo consciente. El vagar del espíritu produce en sueños con las impresiones transmitidas a lo largo del Cordón de Plata. Cuando la mente física las recibe va «racionalizándolas» para adaptarlas a la visión del mundo que tiene el ser humano. En el mundo espiritual no existe el tiempo — es un concepto puramente físico— y por eso hay ensueños larguísimos y muy complicados que ocurren en una fracción de segundo. Probablemente, todos hemos tenido algún sueño en que hemos hablado con alguna persona que se halla muy lejos, quizá más allá del Oceáno. Otras veces se nos habrá dado algún mensaje y al despertar tenemos la fuerte impresión de que debemos recordar algo. Con frecuencia recordamos haber encontrado en sueños algún amigo o parientes distantes y nada tiene de particular que al poco tiempo recibamos noticias directas o indirectas de esa persona. La memoria de los que no están preparados suele deformarse y a ello se debe el aspecto ilógico y disparatado de los sueños y las pesadillas.
En el Tíbet viajamos mucho por medio de la proyección astral —no por levitación—, y se trata de un procedimiento que podemos controlar a voluntad. Hacemos que el yo abandone el cuerpo físico, aunque siga unido a él por el Cordón de Plata. Podemos viajar por donde queramos con la mayor velocidad concebible. La mayoría de nosotros posee la habilidad de realizar esos viajes, pero muchos, después de haberse lanzado, han sentido un gran choque psíquico por falta de entrenamiento. Probablemente todos han tenido la sensación de dormirse y luego, sin razón aparente, despertarse violentamente, como por una fuerte sacudida. Esto se debe a una exteriorización del yo excesivamente rápida, una separación demasiado brusca de los cuerpos fisico y

astral. Esta violenta contracción del Cordón de Plata hace que el cuerpo astral vuelva, como si tirase de él un elástico demasiado distendido, a introducirse de nuevo en su vestidura física. De todos modos, la sensación es mucho peor cuando se regresa después de un viaje. El ser astral está flotando a enorme altura sobre el cuerpo como un globo al extremo de una cuerda. Algo, quizá un ruido externo, hace que el astral se reintegre al cuerpo con excesiva rapidez. Entonces, el cuerpo despierta repentinamente y tenemos la horrible sensación de estar cayendo por un precipicio y de habernos detenido en el mismo momento en que íbamos a estrellarnos.
El viaje astral, perfectamente controlado y sin perder la conciencia, puede ser realizado casi por todos. Necesita práctica, pero sobre todo al principio requiere un absoluto aislamiento para que nadie pueda interrumpirnos.
Esto no es un texto de metafísica, por lo cual no intento dar instrucciones sobre la manera de viajar astralmente; pero hay que insistir en que estos experimentos producen trastornos si no se cuenta con un buen maestro.
No es que haya un peligro, pero se está expuesto a choques psíquicos y trastornos emotivos si dejamos que el cuerpo astral abandone el cuerpo físico o regrese a él inoportunamente. Además, las personas que padecen del corazón nunca deben practicar la proyección astral. Aunque no existe un peligro en la proyección misma, sí lo hay —y muy grande—, tratándose de personas de corazón débil, si una persona entra en la habitación y produce así una sacudida en el Cordón de Plata. El choque puede ser fatal y además sería lamentable porque el ego tendría que nacer de nuevo para terminar aquel trozo de vida que le faltaba por recorrer y así se retrasaría su progreso en una nueva vida.
Los tibetanos creemos que antes de la Caída del Hombre todos podían viajar astralmente, poseer clarividencia, facultad telepática y capacidad de levitación. Nuestra versión de esa caída es que el hombre abusó de los poderes ocultos y los empleó en beneficio propio en vez de aplicarlos al des arrollo de la humanidad. En los primeros días la humanidad se comunicaba por telepatía. Las tribus locales tenían sus propios idiomas, que usaban exclusivamente entre ellos. En cambio el lenguaje telepático era puramente mental y podía ser entendido por todos los que hablasen uno u otro idioma.
Cuando se perdió la facultad telepática por el abuso antes dicho, surgió Babel:
muchas lenguas y todo el mundo sin entenderse.
No tenemos un día del Sabbath propiamente dicho: los nuestros son días santos que corresponden al ocho y quince de cada mes. En esos días se celebran especiales funciones religiosas y en ellos no se trabaja. Me han dicho que nuestras festividades anuales corresponden aproximadamente a las fiestas religiosas cristianas, pero no conozco éstas lo suficiente para opinar.
Nuestras festividades son las siguientes:
En el primer mes del año, que corresponde más o menos a febrero, celebramos, desde el día primero al tercero, el Logsar. A esto se le llamaría en el mundo occidental Año Nuevo. En esa festividad hay servicios religiosos y juegos públicos.
La mayor ceremonia tibetana de todo el año es la que se celebra del cuatro al quince del primer mes. Son los llamados «Días de la Súplica»; en tibetano, Monlam. Esta ceremonia es la más solemne y brillante del año religioso y secular. El día quince de este mismo mes celebramos el Aniversario de la Concepción de Buda. No es ocasión para fiestas populares, sino de solemne acción de gracias. Para completar el mes tenemos el día veintisiete una fiesta, religiosa en parte y en parte mítica. Es la Procesión de la Santa Daga. Con ello terminan las fiestas del primer mes.
El segundo mes (que corresponde aproximadamente a marzo) sólo tenemos la fiesta de la Caza y Expulsión del Demonio de la Mala Suerte, el día veintinueve.
El tercer mes (abril) también escasea en ceremonias públicas. Sólo hay el día quince, el Aniversario de la Revelación.
El día ocho del cuarto mes (mayo por el calendario occidental) celebramos el aniversario de la Renuncia de Buda al Mundo. Según tengo entendido, esta festividad religiosa tiene cierto parecido con la Cuaresma de los cristianos. Durante esos días tenemos que vivir aún con mayor austeridad que habitualmente. El día quince se conmemora el Aniversario de la Muerte de Buda. Lo consideramos como el aniversario de todos aquellos que han abandonado esta vida. También se le llama el «Día de Todas las Almas». Ese es el día en que quemamos el incienso para orientar a los espíritus de los que andan extraviados y con tendencia a ligarse de nuevo a la Tierra. Entiéndase que éstas son únicamente las fiestas más solemnes, porque hay muchas festividades menores y un buen número de ceremonias obligatorias, pero sin suficiente importancia para citarlas aquí.
El día cinco de junio los «lamas médicos» teníamos que asistir a ceremonias especiales en otras lamaserías. Es el Día de Gracias por los Tratamientos de los Monjes Médicos, cuerpo fundado por el propio Buda. En ese día no podíamos cometer en modo alguno ninguna mala acción, pero al día siguiente nos llamaban infaliblemente nuestros superiores para pedirnos cuenta por algo en que se figuraban que habíamos pecado.
El Aniversario del Nacimiento de Buda cae en el día cuatro del sexto mes (o sea, julio). También en esa fecha celebramos la Primera Predicación de la Ley.
El Festival de la Siega es el día ocho del octavo mes (octubre). Por ser el Tíbet un país árido, muy seco, depende nuestra agricultura de los ríos en medida mucho mayor que en otros países. En el Tíbet llueve poco, así que combinamos la Festividad de la Siega con la del Agua, ya que sin el agua de los ríos no habría cosechas.

El día veintidós del noveno mes (noviembre) es el Aniversario del Milagroso Descenso de Buda del Cielo. Al mes siguiente, el décimo, celebramos la Fiesta de las Lámparas, el día 25.
Los últimos acontecimientos religiosos del año tienen lugar del 29 del undécimo mes al 13 del duodécimo (que es el que une a enero y febrero según el calendario occidental). Entonces celebramos la Expulsión del Año Viejo y nos preparamos para entrar en el Nuevo.
Nuestro calendario es muy diferente del de Occidente. Nos atenemos a un ciclo de sesenta años y cada año se indica por doce animales y cinco elementos en diversas combinaciones. He aquí el calendario del ciclo actual, que comenzó en 1927:
1927, Año de la Liebre del Fuego; 1928, Año del Dragón de la Tierra; 1929, Año de la Serpiente de la Tierra; 1930, Año del Caballo de Hierro; 1931, Año del Cordero de Hierro; 1932, Año del Mono del Agua; 1933, Año del Pájaro del Agua; 1934, Año del Perro de la Madera; 1935, Año del Cerdo de la Madera; 1936, Año del Ratón del Fuego 1937, Año del Buey del Fuego; 1938, Año del Tigre de la Tierra; 1939, Año de la Liebre de la Tierra; 1940, Año del Dragón del Hierro; 1941, Año de la Serpiente del Hierro; 1942, Año del Caballo del Agua; 1943, Año del Cordero del Agua; 1944, Año del Mono de la Madera; 1945, Año del Pájaro de la Madera; 1946, Año del Perro del Fuego; 1947, Año del Cerdo del Fuego; 1948, Año del Ratón de la Tierra; 1949, Año del Buey de la Tierra; 1950, Año del Tigre del Hierro; 1951, Año de la Liebre del Hierro; 1952, Año del Dragón del Agua; 1953, Año de la Serpiente del Agua; 1954, Año del Caballo de la Madera; 1955, Año del Cordero de la Madera; 1956, Año del Mono del Fuego; 1957, Año del Pájaro del Fuego; 1958, Año del Perro de la Tierra; 1959, Año del Cerdo de la Tierra; 1960, Año del Ratón del Hierro; 1961, Año del Buey del Hierro; y así sucesivamente.
Una de nuestras creencias es la de que hay gran probabilidad de predecir el futuro. Para nosotros la adivinación —por unos u otros medios— constituye una ciencia exacta. Creemos en la Astrología. Para nosotros las influencias astrológicas no son más que rayos cósmicos que se colorean o se alteran según la naturaleza del cuerpo que los refleja en la Tierra. Todos estarán de acuerdo en que con una cámara fotográfica y buena luz se puede captar la imagen de algo. Si colocamos varios filtros sobre la lente de la cámara —o sobre la luz— podremos conseguir determinados efectos en la fotografía. Podremos lograr efectos ortocromáticos, pancromáticos o infrarrojos (por mencionar sólo tres de los muchos posibles). Lo mismo afectan a las personas las radiaciones cósmicas que actúan sobre su personalidad química y eléctrica.
Buda dice: «La contemplación de las estrellas, la Astrología, la predicción de acontecimientos afortunados o desgraciados por medio de signos, así como vaticinar el bien o el mal, son cosas prohibidas»; pero un Decreto posterior, que figura en uno de nuestros Libros Sagrados, dice así:
“Está permitido usar el poder que la Naturaleza ha dado a unos pocos y por el cual padece el individuo. Ningún poder psíquico podrá ser usado con intención de lucro, por ambición mundana o para demostrar que efectiva mente se tienen esos poderes .» Mi consecución del Tercer ojo había sido dolorosa y lo que hube de padecer perfeccionó el poder que ya traje a este mundo al nacer. Pero en otro capítulo hemos de hablar más de la Apertura del Tercer Ojo. En cambio, aquí mismo me extenderé un poco más sobre astrología y citaré los nombres de tres ingleses eminentes que han visto cómo se ha cumplido una profecía astrológica.
A partir del año 1027 todas las grandes decisiones se han tomado en el Tíbet con ayuda de la astrología. La invasión de mi país en 1904 estaba predicha con mucha anterioridad y con todo detalle. Traduzco del tibetano esta profecía:
«En el Año del Dragón de la Madera. La primera parte del Año protegerá al Dalai Lama después del avance de los bandidos que luchan y riñen. Hay muchos enemigos, turbulencias armadas, y la gente luchará. Al final del Año un locutor con ánimo de conciliación hará que termine la guerra.» Esto fue escrito antes del año 1850 y se refiere al año 1904, que fue el «Año del Dragón de la Madera». El coronel Younghusband mandaba las fuerzas británicas y pudo ver la predicción en Lhasa. Mr. L. A. Waddell, también del Ejército británico, había visto la predicción en 1902. Mr. Charles Bell, que después fue a Lhasa, también la vio. Algunos otros acontecimientos que fueron predichos con toda exactitud: 1910, invasión china del Tíbet; 1911, Revolución china y formación del Gobierno Nacionalista; a fines de 1911, expulsión del Tíbet de los chinos; 1914, guerra entre Inglaterra y Alemania; 1933, en que abandonó esta vida el Dalai Lama; 1935, regreso del Dalai Lama en una nueva encarnación; 1950, «las fuerzas del mal invaden el Tíbet». O sea, los comunistas invadieron el Tíbet en octubre de 1950. Míster Bell, que después fue sir Charles Bell, vio todas estas predicciones en Lhasa. Y en lo que se refiere a mi persona, todo lo que me predijeron se ha convertido en realidad, sobre todo las penalidades.
La ciencia —porque en efecto se trata de una ciencia— de preparar un horóscopo no puede exponerse aquí en unas cuantas páginas de un libro de esta naturaleza. De todos modos procuraré dar una breve idea de ella. Consiste en preparar un mapa de los cielos tal como se hallaban en el momento de la concepción y en el del nacimiento de la persona de que se trate. Hay que saber la hora exacta del nacimiento y traducir ese tiempo a lo que llamamos «tiempo estelar», que es por completo diferente del que se conoce en el mundo. Como la velocidad de la Tierra en su órbita es de diecinueve millas por segundo, se comprenderá que cualquier inexactitud determinará un tremendo error. En el Ecuador, la velocidad de rotación de la Tierra es de unas mil cuarenta millas por hora. El mundo se inclina mientras gira, y el Polo Norte avanza a unas tres mil cien millas por delante del Polo Sur en el otoño, pero en la primavera se invierte esta posición. Así que la longitud del lugar del nacimiento es de importancia vital.
Una vez preparados los mapas, los astrólogos interpretan su significado.
Hay que determinar las relaciones entre todos los planetas y calcular el efecto de esas relaciones en el mapa estudiado. Preparamos una carta de la concepción para conocer las influencias que actúan durante los

primeros momentos de la existencia de una persona. El mapa del nacimiento indica las influencias que actúan en el momento en que el individuo entra en el mundo. Para conocer el futuro preparamos un mapa del tiempo del que se desea saber y lo comparamos con el mapa natal. Alguna gente dice: «Pero ¿podrían ustedes predecir quién va a ganar una determinada carrera de caballos?

» Desde luego que no, porque para hacerlo tendríamos que sacar el horóscopo de todas las personas y de todos los caballos que intervengan en la carrera, incluidos los propietarios de los caballos. Para adivinar el caballo que va a ganar, el mejor método es cerrar los ojos, coger un alfiler y pasarlo por la lista de los caballos participantes hasta clavarlo en uno. Pero podemos vaticinar con toda seguridad si una persona se va a curar de una enfermedad, o si Juan se casará con María y vivirá felizmente con ella, y, en fin, todo lo que se refiera a los individuos. También podemos decir que si Inglaterra y los Estados Unidos no detienen el avance comunista, estallará una guerra en el Año del Dragón de la Madera, que en este ciclo corresponde a 1964. En este caso, a fines de siglo habría grandes fuegos de artificio en este mundo que servirían de distracción a los espectadores de Marte o Venus. Pero para llegar a ese extremo es preciso que los occidentales no les corten a los comunistas su carrera ascendente.

Otro punto que parece chocar a los occidentales es que podamos seguirles la pista a nuestras vidas anteriores. Las personas que no dominan esta materia aseguran que es imposible lograrlo, y en esto se parecen al sordo total que dice: «No oigo ningún sonido, por tanto no existe el sonido.

» Es perfectamente posible trazar el desarrollo de las existencias anteriores, aunque desde luego requiere mucho tiempo y profundos estudios con las cartas astrológicas y realizar muchos cálculos. Una persona puede hallarse en un aeropuerto y preocuparse por los últimos lugares donde ha tocado el avión que llega. Si esta persona es simplemente un espectador podrá suponerlo. En cambio, en la torre de control podrán decirlo con toda exactitud. Y si un espectador ordinario tiene a su disposición una lísta de los datos concernientes al avión podrá decir en qué otros aeropuertos ha aterrizado. Lo mismo podemos hacer nosotros con las vidas pasadas.

Se necesitaría por lo menos un libro completo para explicar con claridad el procedimiento que seguirnos. Pero puede resultar interesante enumerar los puntos que abarca la astrología tibetana. Usamos diecinueve símb olos en las doce Mansiones de la Astrología. Estos símbolos indican:

Personalidad e interés propio; Finanzas, o sea, cómo se puede ganar o perder dinero; Relaciones, viajes cortos, habilidad mental y para escribir; Propiedades y condiciones al final de la vida; Niños, diversiones y especulaciones; Enfermedad, trabajo y animales pequeños; Asociación de negocios, matrimonio, enemigos y pleitos; Herencias y legados; Viajes largos y asuntos psíquicos; Profesión y honores; Amistades y ambiciones; Trastornos, inhibiciones y penas ocultas.

También podemos predecir el tiempo aproximado, o en qué condiciones ocurrirá lo siguiente:

Amor, el tipo de persona y el tiempo del encuentro; Matrimonio, fecha y resultado; Pasión, cuando se trata de temperamentos furiosos; Catástrofe, si ha de ocurrir y cómo ocurrirá; Fatalidad; Muerte, cuándo y cómo; Prisión u otras formas de privación de libertad; Discordia, familiar o en los negocios; Espíritu, etapa de evolución alcanzada.

Aunque practico mucho la astrología, encuentro que la psicometría y la adivinación fijando la vista en un cristal son mucho más rápidas y tan exactas como la otra. ¡Sobre todo, mucho más fácil cuando uno es una calamidad en las matemáticas! La psicometría es el arte de obtener leves impresiones de acontecimientos pasados basándose en un objeto. Todos tienen esta habilidad en cierta medida. Por ejemplo, cuando alguien entra en una antigua iglesia y, bajo la influencia de los siglos que han pasado por allí, dice: «¡qué atmósfera tan serena y tranquilizadora!» Pero esa misma persona visitará el lugar donde se ha cometido un horroroso crimen y exclamará:

«¡vámonos de aquí; no me gusta es te sitio, es demasiado tétrico!» La adivinación por el procedimiento de fijar la vista en el cristal es diferente.

El cristal —como ya he dicho en otro capítulo— no es más que un foco que concentra los rayos del Tercer Ojo de un modo muy semejante a como se proyectan los rayos X sobre una pantalla y nos muestran una imagen fluorescente. No se trata en absoluto de magia, sino sólo de utilizar las leyes naturales.

En el Tíbet tenemos monumentos a las leyes naturales. Nuestros *chortens*, cuyo tamaño va de metro y medio a más de quince metros, son símb olos que podemos comparar a un crucifijo o a un icono. En todo el Tíbet abundan estos monumentos. En Lhasa hay cinco, el más grande de los cuales es el Pargo Kaling, que forma una de las puertas de la ciudad. Los chortens son siempre de la misma forma. La base simboliza los sólidos cimientos de la Tierra. Sobre ella descansa el globo del agua coronado por el Cono de Fuego y que lleva encima el Platillo del Aire y sobre él, como remate, el tembloroso Espíritu (Eter) que espera abandonar este mundo de materialismo.

A cada uno de estos elementos se llega por los Escalones de la Consecución. El conjunto simboliza la creencia fundamental tibetana. Venimos a la tierra al nacer. Durante nuestra vida ascendemos apoyándonos en los Escalones de la Consecución. Pero llega un momento en que nos falta el aliento y entramos en la zona espiritual pura. Luego, después de un intervalo de duración variable (pueden ser siglos), volveremos a nacer para aprender otra lección. La Rueda de la Vida simboliza la interminable ronda de nacimiento-vida-muerte-espíritu-nacimiento-vida, y así sucesivamente.

Muchos escritores que han estudiado las cosas del Tíbet cometen el serio error de dar por cierto que creemos realmente en esos horribles infiernos que a veces están representados en la Rueda. Es posible que algunos

seres extremadamente incultos crean que existe efectivamente ese infierno, pero cualquier persona medianamente culta se reirá si la suponéis capaz de ello.
Creemos que estamos en la Tierra para aprender y que en ella es donde sufrimos todas las torturas que se atribuyen al infierno. El Otro Sitio es para nosotros aquél donde vamos cuando salimos del cuerpo, o sea el sitio en donde encontraremos a otras entidades que también se han liberado del cuerpo. Y no es esto lo que se llama espiritualismo, si no una creencia muy concreta en que durante el sueño o después de la muerte podremos movernos con absoluta libertad por los planos astrales. A los más elevados de estos planos los llamamos «La Tierra de la Luz Dorada». Estamos seguros de que cuando nos encontremos en lo astral (después de la muerte o durante el sueño) podremos encontrar allí a las personas amadas porque estamos en armonía con ellas. Y nunca veremos a las personas por quienes sentimos antipatía, ya que ese estado de desarmonía no puede existir en la Tierra de la Luz Dorada.
Todo eso lo ha probado el tiempo y es una lástima que las dudas y el materialismo occidentales hayan impedido que se realicen las adecuadas investigaciones en esta ciencia. Debería pensarse en las muchas cosas de que se ha reído la humanidad al principio y que luego han resultado una magnífica realidad con el paso del tiempo: el teléfono, la aviación, la radio, la televisión y tantas otras cosas.

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO.

TRAPPA.

Con todo mi juvenil entusiasmo me dedicaba a prepararme para salir bien en los exámenes al primer intento. Al acercarse la fecha de mi duodécimo aniversario fui aflojando paulatinamente en los estudios, pues los exámenes empezaban el día después de mi cumpleaños. En los años anteriores había estudiado intensamente astronomía, anatomía, ética religiosa, los idiomas tibetano y chino, caligrafia, matemáticas e incluso la manera de mezclar bien el incienso. Me había quedado muy poco tiempo para distraerme.
El solo «juego» que pude permitirme fue el judo, y esto porque tenía que examinarme de él como de otra asignatura cualquiera. Unos tres meses antes me había dicho el lama Mingyar Dondup: «No repases tanto, Lobsang, que así se te atasca la memoria. Tienes que estar absolutamente tranquilo, como lo estás ahora, y verás cómo te brota el conocimiento.» Llegó el día. A las seis de la mañana otros quince candidatos y yo nos presentamos en la sala de exámenes. Primero asistimos a un breve servicio religioso para ponernos en el estado de ánimo adecuado, y luego, para asegurarse de que ninguno de nosotros ocultaba nada, fuimos desnudados y registrados y después nos dieron ropa limpia. El presidente del tribunal examinador encaminaba la procesión desde el pequeño templo de la sala de exámenes a las cabinas cerradas. Eran éstas unas cajas de piedra de dos por tres metros y dos y medio de altura. Por delante de las cabinas patrullaban unos monjes-policías. Nos encerraron a cada uno de nosotros en una cabina a la que aplicaron un sello. Cuando estuvimos todos ya encerrados, los monjes nos trajeron con qué escribir y la primera serie de preguntas, pasándonos esto por una trampilla que había en la pared. También nos llevaron té y tsampa. El monje que nos servía nos dijo que podíamos tomar tsampa tres veces al día, y té cuanto quisiéramos. Debíamos desarrollar un tema al día y esto durante seis días y nos aplicaríamos a ello durante la primera luz de la mañana hasta que no se pudiera ver ya, al anochecer. Estos cubículos carecían de techo, así que nuestra iluminación era la de la sala.
Bajo ningún pretexto podíamos salir de nuestras celdas. Cuando la luz empezaba a escasear, aparecía un monje por el ventanuco y nos pedía los ejercicios. Entonces nos podíamos echar a dormir hasta el amanecer. Puedo decir por experiencia que cuando se pasa uno catorce horas escribiendo un ejercicio, puede uno probar de sobra sus conocimientos y sus nervios. El resto del día podíamos pasarlo como quisiéramos. Tres días después, cuando los examinadores hubieron leído y corregido nuestros ejercicios, nos fueron llamando uno a uno. Nos hicieron muchas preguntas basándose sólo en los puntos más débiles que habían encontrado y este interrogatorio ocupaba el resto del día.
A la mañana siguiente tuvimos que ir los dieciséis a la habitación donde nos enseñaban el judo. Este examen era puramente físico y cada uno de nosotros tenía que luchar con otros tres candidatos. Los que perdían eran enseguida eliminados. Todos mis rivales fueron perdiendo y, al final, sólo gracias al entrenamiento a que me había sometido Tzu, fui el único que quedó. Por lo menos, había quedado con la máxima puntuación en judo.
Pudimos descansar al día siguiente de lo mucho que habíamos trabajado, y al otro nos informaron del resultado. Habíamos aprobado cinco.
Con ello alcanzábamos la graduación de trappa o monjes-médicos. El lama Mingyar Dondup, a quien no pude ver durante todo el tiempo que duraron los exámenes, me llamó para que fuese a su habitación. En cuanto entré, me dijo contento:
—Has quedado muy bien, Lobsang. Eres el primero de la lista. El Abad ha enviado un informe especial al Más Profundo. Quería proponerle que te hicieran lama inmediatamente, pero yo le he quitado esta idea de la cabeza.
Al ver mi apenada expresión me explicó: «Es mucho mejor que llegues a lama por el estudio normal y paso a paso. Si te dan ahora ese título, perderás mucha preparación que más adelante puede ser vital para ti. Sin embargo, puedes trasladarte a la habitación junto a la mía, porque es seguro que saldrás bien del examen para lama cuando llegue el tiempo.» Aquello me parecía justo. Todo lo que mi Guía decidía estaba yo dispuesto a

acatarlo como lo mejor. Me emocionaba pensar que mi triunfo era también suyo y que suponía una victoria para él haberme educado tan bien que lograse el primer puesto en todas las asignaturas.
Unos días después llegó a nuestro monasterio un mensajero jadeante, con la lengua fuera y casi a punto de morir — en apariencia—, con un recado del Más Profundo.
Los mensajeros empleaban siempre este talento histriónico para impresionar al destinatario de sus mensajes con la rapidez que habían corrido y el enorme trabajo que les había costado realizar su misión. Pero como el Potala estaba sólo a un kilómetro y medio o poco más, pensé que su representación era excesiva.
El Más Profundo me felicitaba por mi buen éxito en los exámenes y me decía que a partir de entonces se me consideraba como un lama. Tendría que llevar hábitos de lama y disfrutar de todos los derechos y privilegios de esa condición. Estaba de acuerdo con mi Guía en que debería examinarme cuando tuviera dieciséis años, «ya que de ese modo podrás estudiar todo, porque de lo contrario te perderías, y tus conocimientos se enriquecerán mucho más con esos estudios».
Teniendo ya la categoría de lama podría estudiar con mayor libertad sin verme obligado a asistir a las clases. También implicaba mi condición el que cualquier especialista podía enseñarme para que aprendiese con mayor rapidez.
Una de las primeras cosas que tuve que aprender fue el arte de relajarme, sin el cual no es posible emprender un verdadero estudio de la metafísica.
Un día entró el lama Mingyar Dondup en la habitación donde me hallaba estudiando varios libros. Me miró y dijo: «Lobsang, estás en tensión.
No progresarás en el mundo contemplativo si no te relajas. Te enseñaré a hacerlo.» Me dijo que me tendiese para empezar, pues aunque se puede uno relajar sentado, e incluso de pie, es mejor aprender primero a hacerlo tendido.
—Imagínate que te has caído por un precipicio —me dijo mi Guía—.
Imagínate que estás ya destrozado en el suelo con los miembros en la misma posición en que han caído y la boca ligeramente abierta, pues sólo así descansan los músculos de las mejillas.
Procuré ponerme exactamente en la posición que él me pedía.
—Ahora figúrate que tus piernas y brazos han sido invadidos por unos hombrecillos que te obligan a esforzarte porque te están tirando de los músculos. Diles a esos hombrecillos que se vayan de tus pies para que no sientas en ellos movimiento ni tensión alguno. Procura que tu mente explore los pies para asegurarte de que ningún músculo está funcionando.
Hice todo lo posible para imaginarme a aquellos diminutos seres.
Luego pensé en un Tzu muy pequeñito que me tiraba de los dedos de los pies. Para mí fue una gran satisfacción ordenarle que me dejara tranquilo.
El lama prosiguió:
—Luego harás lo mismo con las piernas. Seguramente tienes a toda una tropa trabajándote las pantorrillas, Lobsang. Esta mañana han tenido que esforzarse mucho las pobres mientras saltabas. Ya es hora de que descansen.
Diles que se retiren hacia tu cabeza. ¿Se han ido ya? ¿Estás seguro?
Compruébalo con tu mente. Haz que te dejen en paz los músculos hasta que se queden flojos e inmó viles.
De pronto hizo un movimiento brusco señalándome una pierna.
—Mira, has olvidado a uno en el muslo. Veo a un hombrecillo que te está tirando de un músculo. Echalo, Lobsang, échalo.
Y por fin quedaron mis piernas totalmente relajadas.
—Ahora debes hacer lo mismo con los brazos —prosiguió— empezando con los dedos. Haz que toda esa gentecilla te suba por las muñecas, luego a los codos y después a los hombros. Imagínate que estás ordenándoles a esos hombrecillos que se retiren de todos los puntos de tu brazo.
Cuando lo conseguí y él se convenció de ello, me dijo:
—Ahora vamos con el cuerpo propiamente dicho. Figúrate que tu cuerpo es un monasterio. Piensa en todos los monjes que tienes ahí dentro tirándote de los músculos para obligarte a trabajar. Diles que se vayan. Diles que abandonen la parte baja de tu cuerpo primero y después todo lo demás.
Oblígales a que te suelten todos los músculos de modo que tu cuerpo quede sujeto solamente por la cubierta exterior y que todo lo que contiene se afloje y quede en una posición natural. Entonces podrás decir que has logrado relajarte de un modo absoluto.
Quedó muy satisfecho con mi apariencia, porque dijo:
—Lo más importante para relajarse es quizá la cabeza. Veamos lo que podemos hacer con ella. Veo que tienes a ambos lados de la boca unos músculos en tensión. Afloja los dos lados, Lobsang. No tienes que hablar ni que comer; así que, por favor, no hagas ningún esfuerzo inútil. Y ¿por qué tienes los ojos entornados? No hay ninguna luz tan fuerte como para que te moleste; así que ciérralos con suavidad, dejando caer los párpados como si se cayeran ellos solos, sin tensión alguna. —Se volvió y miró por la ventana abierta—. Ahí está precisamente el que sabe relajarse mejor en el mu ndo:
un gato. Podrías aprender de él. Nadie le supera en eso.
Se tarda mucho en escribir todo esto y parece extraño y difícil cuando se lee, pero la verdad es que basta un poco de práctica para relajar el cuerpo en un segundo. El sistema que he expuesto nunca falla. A todos aquellos que viviendo en la constante inquietud de la civilización occidental se encuentran tensos y

excesivamente fatigados, he de aconsejarles que practiquen ese método, así como el sistema mental que voy a exponer ahora. Para este último me aconsejó el lama Mingyar Dondup que procediese de un modo diferente.
—De nada serviría reposar físicamente si la mente está soliviantada y sin reposo. Mientras yaces ahí relajado fisicamente procura seguir con la mente el rumbo de tus pensamientos, pero sin poner una gran atención ni interesarte demasiado por ellos. Míralos con indiferencia y convéncete de lo triviales que son. Y entonces detén el curso de estos insignificantes pensamientos; prohíbeles terminantemente que sigan circulando. Imagínate un cuadrado negro, un puro vacío, y tus pensamientos que intentan saltar de un lado a otro. Al principio, algunos intentarán saltar hasta al borde del abismo.
Lánzate tras ellos y oblígalos a volver a donde estaban al principio y luego los obligarás a saltar de nuevo sobre ese negro vacío. Pero imagínate como si lo estuvieras viendo y en muy poco tiempo conseguirás ver la negrura sin esfuerzo alguno. A partir de ese momento disfrutarás de un perfecto relajamiento mental y físico.
También esto es más difícil explicarlo que hacerlo. Con poca práctica se logran unos resultados estupendos. La mayoría de la gente no cierra nunca su mente ni sus pensamientos y son como los que pretenden ejercitarse físicamente sin interrupción durante el día y la noche. Una persona que intentase andar sin descanso durante unos cuantos días y noches no tardaría en caerse al suelo; en cambio, nunca damos reposo a la mente.
Todo lo que hacíamos estaba encaminado a ejercitar la mente. Si aprendíamos el judo, era como ejercicio de autodominio. El lama que nos enseñaba este método de lucha podía defenderse de diez ataques a la vez y vencerlos. Sentía una gran afición por el judo y trataba de hacerlo lo más interesante posible.
—Las llaves que estrangulan —solía decir— pueden parecer salvajes y crueles a los occidentales, pero este punto de vista es erróneo. Como ya he dicho, basta tocar ligeramente a una persona en el cuello para dejarla sin conocimiento en una fracción de segundo. La leve presión paraliza el cerebro sin dañarlo.
En el Tíbet, donde no hay anestesia, utilizábamo s con frecuencia esa presión para las operaciones quirúrgicas e incluso para la extracción de dientes difíciles. El paciente no se daba cuenta de nada. También se emplea en las iniciaciones cuando se suelta al ego del cuerpo para que emprenda un viaje astral.
Con este entrenamiento nos inmunizábamos contra las caídas. Una de las finalidades del judo es aprender a caer sin hacerse daño; los chicos acostumbrábamos a saltar desde lo alto de un muro de tres a cuatro metros para divertirnos.
Un día sí y otro no, antes de empezar los ejercicios de judo, teníamos que recitar los Pasos del Camino de Enmedio, piedra angular del budismo.
Puntos de vista rectos: opiniones libres de toda ilusión y de egoísmo.
Rectas aspiraciones: que nos conducen a tener intenciones y opiniones elevadas y dignas.
Palabras rectas: las que usará toda persona amable, considerada y v erídica.
Recta conducta: que nos hace pacíficos, honrados y desprendidos.
Vida recta: para obedecer este mandamiento hay que evitar causar daño a hombres y animales y se dará a estos últimos todos sus derechos como seres.
Esfuerzo recto: hay que tener autodominio y someterse a una preparación constante.
Pensamiento recto: tener los pensamientos adecuados y hacer siempre lo que está bien.
Visiones rectas: placer que se deriva de la meditación sobre las realidades de la vida y sobre el Super- Ser.
Si alguno de nosotros cometía alguna falta contra estos mandamientos, teníamos que yacer cara al suelo a la entrada del templo para que todos los que entrasen pasaran por encima de nuestro cuerpo. Allí había que permanecer desde el alba hasta el anochecer sin moverse en absoluto, sin comer y sin beber. Además, se consideraba como una gran vergüenza.
Ya era lama, y uno de los distinguidos, uno de los superiores. Este título resultaba muy halagüeño, pero era muy difícil mantenerse a la altura de la situación. Antes tenía que obedecer las treinta y dos reglas de la conducta sacerdotal. Una vez nombrado lama, me encontré, horrorizado, que debía obedecer nada menos que doscientas cincuenta y tres reglas. Y en Chakpori el buen lama no quebrantaba ni una sola de ellas. Me parecía que la cabeza acabaría estallándome de tantas cosas como había que aprender en el mundo. Pero resultaba muy agradable sentarse en la terraza y ver cómo llegaba el Dalai Lama al Norbu Linga o Parque de la Joya, que estaba allí abajo, cerca de nuestro monasterio. Tenía que ocultarme mientras contemplaba al Precioso Protector, pues nadie podía mirarle de arriba abajo.
También podía ver, al otro lado de nuestra Montaña de Hierro, dos hermosos parques: el Khati Linga, y al otro lado del río que llaman el Kaling Chu, el Dodpal Linga (significa parque). Más al norte se hallaba la Puerta Occidental, o sea, el Pargo Kaling. Más cerca, casi al pie del Chakpori, se elevaba un monumento que conmemoraba a uno de los héroes de nuestra historia, el Rey Késar, que vivió en los bélicos días que precedieron al budismo y a la paz del Tíbet.
¿Que si trabajábamos? A todas horas, aunque también teníamos alguna distracción, ya que era un placer charlar con hombres como el lama Mingyar Dondup. Para estos hombres sólo tenía un objetivo la vida: la paz y ayudar al prójimo. Otra compensación era poder admirar aquel hermoso valle tan verde y poblado de magníficos árboles. ¡Qué estupendo contemplar cómo fluían las azules aguas que serpenteaban en las montañas, ver los relucientes monumentos religiosos, las pintorescas lamaserías y ermitas colgadas en alturas inverosímiles! Y era un placer mirar con la debida reverencia las doradas cúpulas del Potala tan próximas a nosotros, y los brillantes tejados del Jo-kang, poco más allá, hacia el este. La camaradería de los otros monjes, la rudeza bien intencionada de los monjes menores, el familiar olor a incienso que impregnaba los templos... Todas estas cosas que constituían nuestra vida la hacían digna de vivirse. Desde luego, había que pasar malos

ratos, pero no importaba: en toda comunidad hay gente incomprensiva y de poca fe, pero en Chakpori eran los menos.

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO.

HIERBAS Y COMETAS.

Pasaban las semanas. Había mucho que hacer, que aprender y que proyectar. Ahora me hallaba mucho más ejercitado en las ciencias ocultas.
Estaba sometido a una preparación especial. Un día, a principios de agosto, me dijo mi Guía:
—Este año iremos con los recolectores de hierbas medicinales. Adelantarás mucho en la medicina cuando hayas conocido las diferentes hierbas en su estado natural. ¡Además, te enseñaremos el verdadero arte de las cometas!
Durante dos semanas estuvimos ocupadísimos. Había que confeccionar nuevas bolsas de cuero y limpiar las viejas, preparar tiendas de campaña y someter a un cuidadoso examen a los animales para ver si podrían resistir tan prolongada y dura expedición. Iríamos doscientos monjes. Estableceríamos nuestro campamento base en la antigua lamasería de Tra Yerpa y de allí saldrían todos los días grupos de nosotros en busca de hierba.
Partimos por fin a últimos de agosto entre una estruendosa algazara. Los que se quedaban en el monasterio envidiaban a los que emprendían aquella aventura. Por mi categoría de lama me correspondía montar en un caballo blanco. Unos cuantos de nosotros tomaríamos la delantera con muy poco equipaje, para pasar varios días en Tra Yerpa antes de que llegasen los demás.
Nuestros caballos recorrerían casi treinta kilómetros al día; en cambio, los yaks no podían pasar de quince kilómetros diarios. La caravana que nos seguía llevaba todo el equipaje a lomos de yaks.
Los veintisiete que formábamos la avanzada íbamos muy contentos de poder llegar a la lamasería unos días antes. Era un camino difícil y ya saben ustedes que he sido siempre mal jinete.
Mis proezas de equitación no pasaban de mantenerme en equilibrio sobre la silla mientras el caballo galopaba. Pero era incapaz de ir en pie sobre la silla como hacían los otros. Yo tenía que agarrarme bien, lo cual no resultaba muy bonito, pero así por lo menos iba seguro. Cuando nos acercamos a la lamasería, situada en la falda de una montaña, salieron a recibirnos los monjes. Nos tenían preparadas enormes cantidades de té con manteca, tsampa y verduras. El entusiasmo con que nos recibieron no era completamente desinteresado, pues estaban impacientes por saber noticias de Lhasa, y por ver los regalos que les llevábamos, siguiendo la costumbre.
En el tejado plano del templo había unos braseros con incienso de los que se elevaban densas columnas de humo. Entramos a caballo en el patio con renovadas energías al saber que terminaba nuestro viaje. La mayoría de mis compañeros, que eran lamas mayores, tenían viejos amigos en aquel monasterio.
Todos conocían allí al lama Mingyar Dondup. Lo rodearon en masa y se lo llevaron no sé adónde. Me encontré de pronto solo en el mu ndo, pero al poco tiempo oí que me llamaban:
—Lobsang, Lobsang, ¿dónde estás?
Respondí, y antes de saber lo que me ocurría me encontré rodeado por la multitud de monjes. Aquella masa humana se había abierto para tragarme a mí también. Mi Guía hablaba con un abad anciano que se volvió hacia mí y dijo:
—¿De modo que éste es? Bueno, bueno; ¡qué jovencito!
Como de costumbre, mi principal preocupación era la comida. Sin perder tiempo nos dirigimos todos hacia el refectorio, donde nos sentamos y nos pusimos a comer en silencio como si estuviésemos en Chakpori. No estaba muy claro si Chakpori era una rama de Tra Yerpa, o al contrario.
Desde luego, ambas lamaserías eran de las más antiguas del Tíbet. Tra Yerpa tenía fama de poseer ciertos manuscritos famosísimos sobre medicina herbolaria, manuscritos que podría yo leer y tomar de ellos las notas que necesitara. También tenían un informe de la primera expedición a las mo ntañas de Chang Tang, escrito por los diez hombres que realizaron aquel extraordinario viaje. Pero lo que más me interesó por entonces fue el campo perfectamente llano junto al monasterio, en el que íbamos a lanzar nuestras cometas.
Aquel era un extraño paisaje. Inmensos picos se elevaban de un suelo que subía continuamente. Unas mesetas como jardines en terrazas se extendían desde el pie de los picos como anchísimos escalones que subieran hasta perderse en las alturas. Algunos de los escalones inferiores presentaban una gran riqueza de hierbas medicinales. Una forma de musgo que se encontraba allí tenía un poder de absorción mucho mayor que el sphagnum.
Una pequeña planta con unas bolitas amarillas poseía unas sorprendentes virtudes anestésicas. Los monjes cogían estas hierbas y las ponían a secar.
Yo, por mi condición de lama, podía dirigir estas operaciones; pero para mí el objetivo principal de esta excursión sería recibir las enseñanzas del lama Mingyar Dondup y de los especialistas en herboristería. Pero sólo pensaba en las cometas; y las que allí se lanzaban llevaban hombres dentro. En la lamasería había almacenada mucha madera de abeto que habían traído de algún lejano país, probablemente del Assam. La madera de abeto se consideraba la mejor para la construcción de cometas, ya que resistía grandes golpes sin quebrarse y era ligera y fuerte a la vez.

Nuestra disciplina seguía siendo durante el viaje tan severa como en Chakpori. Teníamos que asistir también allí a los servicios religiosos de medianoche y a todos los demás del día. Bien pensado, esto era lo más sensato, pues si rebajábamos la disciplina nos sería luego muy difícil volvernos a adaptar a ella. Las horas que en Chakpori dedicábamos a las clases las pasábamos allí cogiendo y estudiando hierbas y practicando el arte de lanzar las extraordinarias cometas de Tra Yerpa.
En esta lamasería, debido a la gran altitud en que se hallaba, teníamos aún luz de día, mientras que hacia abajo se cubría todo de sombras moradas y soplaba el viento de la noche agitando la escasa vegetación. El sol se ponía por detrás de las lejanas cumbres y por fin también nosotros quedamos a oscuras. El paisaje, por debajo de nosotros, parecía un lago negro. En ninguna parte brillaba un destello de luz. En todo lo que podía abarcar la mirada no había ni un ser viviente, una vez pasados los límites de la lamasería.
Al ocultarse el sol, el viento de la noche, cumpliendo órdenes de los dioses, barrió todos los rincones de la Tierra. Después de recorrer el valle, se encontró aprisionado por las faldas de las montañas y subió hacia nosotros con un ruido ensordecedor y lúgubre, como una caracola gigantesca que nos llamase a los servicios religiosos. Escuchamos los crujidos misteriosos de las rocas que se movían y contraían al pasar el calor del día. Las estrellas relucían en el tenebroso cielo. Los ancianos decían que las legiones de Késar habían arrojado sus lanzas al Suelo del Cielo obedeciendo una orden de Buda y que las estrellas no eran sino las luces de la Sala celestial que brillaban a través de los agujeros hechos por las puntas de las lanzas.
De pronto oímos un nuevo ruido que dominaba el estruendo del viento.
Eran las trompetas del templo que anunciaban la terminación de otro día. Levantando la vista pude distinguir con dificultad, en la terraza del monasterio, las siluetas de unos monjes cuyas túnicas eran agitadas por el viento. La llamada de sus trompetas significaban que había llegado la hora de acostarse hasta la medianoche. Por los vestíbulos y templos había unos pequeños grupos de monjes que comentaban las cosas de Lhasa y los acontecimientos del mundo. Hablaban del Dalai Lama, la mayor encarnación de todos los Dalais Lamas. Al sonar las trompetas se dispersaron tranquilamente todos. Se marcharon a acostarse. Fueron cesando todos los pequeños ruidos de la lamasería y reinó una atmósfera de absoluta paz. Me eché de espaldas mirando por un ventanuco. Esta noche me interesaba todo demasiado para dormir: las estrellas en el cielo.., y toda mi vida por delante.
¡Sabía tantas cosas que me habían predicho! Pero había muchas más que aún desconocía. Por ejemplo, se había predicho que el Tíbet sería invadido, pero ¿por qué habían de invadirlo? ¿Qué había hecho un país tan amante de la paz como el nuestro, un país que vivía sin ambiciones y cuyo único deseo era desarrollar el espíritu? ¿Qué había hecho para merecer ese castigo?
¿Por qué codiciaban los demás países al nuestro? Sólo deseábamos lo que siempre había sido propio de nosotros. ¿Por qué, pues, querían esos extranjeros conquistarnos y esclavizarnos? Lo único que queríamos era permanecer aislados y seguir tranquilamente nuestro Camino de la Vida. Y se esperaba de mí que fuese entre las gentes que luego habrían de invadirnos, que curase a sus enfermos y atendiese a sus heridos en una guerra que aún no había empezado. Yo sabía perfectamente todo lo que estaba predicho, incluso con muchos detalles, y, sin embargo, debía seguir la pista como un yak, sabiendo todos los sitios donde me debía detener y donde eran malos los pastos, pero sin poderme desviar del camino. Conocía mi punto de destino.
El redoble de los tambores del templo me despertó sobresaltado. Ni siquiera me había dado cuenta de haberme dormido. Busqué la túnica a tientas, con movimientos torpes. ¿Era ya medianoche? No conseguía despertarme del todo. ¡Qué frío hacía en aquel sitio! Debía obedecer ciento cincuenta y tres reglas en mi condición de lama. Por lo pronto ya había quebrantado una de ellas pues me sentía irritado de que me hubiesen despertado tan bruscamente. Salí tambaleándome en busca de mis compañeros, que también estaban como atontados. Y nos dirigimos al templo para salmodiar en el servicio religioso.
Se me ha preguntado: “Y si conocía usted todas las penalidades que habían sido predichas, ¿por qué no las evitó?” La respuesta inmediata es ésta: «Si hubiera podido evitar las predicciones, entonces el simple hecho de librarme de ellas habría de mostrado que eran falsas. Las predicciones son probabilidades: no significan que el hombre carezca de libre albedrío.
Al contrario. Un individuo puede desear ir desde Darjeeling a Washington.
Conoce el punto de partida y el de destino. Si se molesta en consultar un mapa, descubrirá ciertos lugares por los cuales ha de pasar normalmente en su viaje. Desde luego, podría eludir estos sitios, pero no siempre es prudente hacerlo, ya que el viaje puede alargarse con ello o resultar mucho más caro. También puede una persona dirigirse en automóvil desde Londres a Inverness. El buen conductor consultará un mapa de carreteras, pedirá el mejor itinerario a una de las organizaciones automovilísticas. De este modo el conductor evitará los malos caminos y, si no puede librarse de los baches, por lo menos estará preparado y conducirá con mayor cuidado. Lo mismo sucede con las predicciones. Aun sabiendo dónde van a surgir las dificultades, no siempre es conveniente rehuirlas. El camino más fácil no es siempre el mejor. Por ser budista creo en la reencarnación y que venimos a este mundo a aprender. Cuando estamos en la escuela, todo nos parece difícil y amargo. Las lecciones —de historia, de geografía, aritmética o de lo que sea— nos parecen aburridas, innecesarias y sin sentido. Eso, mientras estamos en la escuela. Pero luego es muy posible que añoremos los buenos tiempos en que asistíamos a aquellas clases. Y puede suceder que nos enorgullezcamos tanto de nuestros estudios que llevemos una condecoración escolar o un color distintivo sobre nuestro hábito monacal. Lo mismo sucede con la vida. Es ardua, amarga y las lecciones que nos enseña parecen al principio carecer de sentido. Es como si la vida se propusiera fastidiarnos especialmente a nosotros. Concretamente, a usted. Pero

cuando salimos de la escuela, cuando salimos de esta vida, es muy posible que llevemos con gran orgullo el distintivo simbólico por los padecimientos sufridos.
En lo que a mí respecta, me alegrará mucho poder lucir mi halo. Y téngase en cuenta que a ningún budista le asusta la muerte, pues la considera sencillamente como el abandono de una cáscara o de un traje viejo y sabe que va a renacer en un mu ndo mejor.
En cuanto amaneció, nos preparamos impacientes para iniciar la exploración.
Yo sentía una enorme curiosidad por ver las enormes cometas de que tanto había oído hablar, las cometas que llevaban dentro a un hombre.
Primero nos enseñaron el camino por dentro de la lamasería para subir a la terraza. Una vez arriba, contemplamos el espléndido paisaje, las inmensas cumbres y los espantosos barrancos. A lo lejos distinguí un río amarillento.
Más cerca, otros ríos eran de un azul en que se reflejaba el color del cielo y el agua se rizaba en pequeñas ondas. Por la falda de la montaña bajaban unos arroyuelos de corriente rápida que parecían tener prisa en unirse a otros ríos que en la India se convertirían en el poderoso Brahmaputra para fundirse luego en el sagrado Ganges y desembocar en la bahía de Bengala.
Se levantaba el sol sobre las montañas y desaparecía rápidamente el intenso frío del amanecer. A lo lejos volaba un buitre solitario en busca del desayuno. A mi lado, un respetuoso lama me enseñaba las cosas de mayor interés en el contorno. Y era respetuoso porque sabía que yo era pupilo del amadísimo Mingyar Dondup y sobre todo porque yo tenía el Tercer Ojo y era una Encarnación Probada o trüiku, como le llamamos.
Quizás interese a algunos lectores conocer algunos detalles de cómo se reconoce una encarnación. Los padres de un chico pueden pensar, juzgando por su conducta, que este niño tiene una mente más desarrollada de lo normal, que sabe más cosas de lo habitual en niños de su edad o que parece tener ciertos recuerdos inexplicables. Entonces los padres acuden al abad de una lamasería local y solicitan de él que nombre una comisión que examine al chico. Se hacen horóscopos preliminares sobre la otra vida anterior del niño y se somete a éste a un examen corporal minucioso en busca de ciertos signos. Por ejemplo, quizá tenga algunas pequeñas marcas significativas en las manos, en los omoplatos o en las piernas. Si se descubre alguno de estos signos, se realiza una investigación para saber quién fue esta criatura en su vida anterior. A veces un grupo de lamas logra reconocerlo (como sucedió en mi caso) y entonces se hacen las pesquisas necesarias hasta encontrar algunos objetos que le pertenecieron en su vida anterior.
Estos objetos, junto con otros de idéntica apariencia, son presentados al niño, el cual ha de reconocer sin equivocarse todos los que le pertenecieron.
Esto ha de hacerlo cuando tiene tres años de edad.
Se estima que a los tres años es un chico demasiado joven para que pueda influir en él la descripción que intentasen hacerle sus padres, caso de que éstos pretendieran hacer trampa. Y si el niño es aún más pequeño, mejor.
La verdad es que no importa en absoluto lo que puedan intentar los padres, ya que no se les permite estar presentes durante la elección de los objetos y el niño tiene que señalar unos nueve objetos de entre unos treinta.
Basta que se equivoque en dos para considerar fracasada la prueba. Si el niño triunfa en ella, se le educa a partir de ese momento como Previa Encarnación y se le somete a una educación forzada. Cuando cumple siete años se le leen las predicciones, pues se estima que a esa edad se halla en perfectas condiciones de entenderlo todo. ¡Por experiencia sé muy bien todo lo que comprende a esa edad!
El respetuoso lama que me iba enseñando el paisaje tenía sin duda todo eso en la mente. A la derecha de una cascada había un sitio muy bueno para coger noii-me-tan -gere, cuyo jugo se usa para quitar callosidades y verrugas y para aliviar la hidropesía y la ictericia. Más allá, a la orilla de aquel pequeño lago, encontrába mos poijigorum, una semilla con pinchos caídos y flores rojas que crece bajo el agua. Con sus hojas se curan los dolores reumáticos y se alivia el cólera. En aquella zona sólo se encontraban las hierbas medicinales corrientes. Las plantas más valiosas había que buscarlas en las montañas. Para aquellos que se interesan por la herboricultura doy aquí algunos detalles sobre las principales hierbas de que disponíamos y sus aplicaciones. Como desconozco los nombres ingleses de estas plantas, daré los latinos.
El *allium sativum* es un antiséptico excelente de muy buenos resultados para el asma y otras enfermedades del pecho. Otro antiséptico muy bueno que sólo se usa en pequeñas dosis es el *balsamodendron myrba*. Este se empleaba especialmente para las encías y membranas mucosas. Administrado en uso interno, calma la histeria.
Hay una planta con flores de color crema cuyo jugo aleja a los insectos y garantiza contra sus picaduras. El nombre latino de esta planta es *becconia cordata.* ¡Quizá los insectos conozcan que se llama así y sea este nombre lo que los espanta! También teníamos una planta que usábamos para dilatar las pupilas. La *ephedra sinica* ejerce una acción similar a la atropina y resulta muy útil en los casos de baja presión arterial, además de ser uno de los remedios más eficaces contra el asma. La aplicábamos una vez convertidas en polvo sus raíces y ramas. El cólera, aparte de su gravedad, resulta desagradable tanto para el paciente como para el doctor, a causa del olor que despiden las zonas ulceradas. La planta llamada *ligusticum levisticum* suprime por completo este olor. Y a las señoras les interesará saber que los chinos emplean los pétalos de la *bibiscus rosa sinensis* para ennegrecer tanto las pestañas como el cuero de los zapatos. Empleábamos una loción hecha con las hojas hervidas de esa planta para refrescar el cuerpo febril de los enfermos. El *linnium tigrinum* cura con gran

eficacia la neuralgia causada por los ovarios, mientras que la *flacourtia indica* tiene unas hojas que alivian e incluso suprimen totalmente las demás molestias características de la mujer.
En el grupo *Sumachs Rhus* está la *vernicifera*, de donde sacan los chinos y japoneses la famosa laca china. Empleábamos la *glabra* para curar la diabetes, mientras que la *aromatica* es muy buena para las enfermedades de la piel, las urinarias y la cistitis. Otro astringente muy poderoso, usado con el mejor éxito en las úlceras de la vejiga, se hace con hojas de la *arctestaphylos uva ursi*. Los chinos prefieren la *bignonia grandiflora* de cuyas flores se hace un astringente de uso general. Cuando tuve que actuar en los campos de prisioneros encontré que la *polygonum bistorta* era de grandísima eficacia en los casos de disentería crónica, para los que ya se administraba en el Tíbet.
Las señoras que han practicado el amor con cierta imprudencia suelen emplear el astringente que se saca del *poligonum erectum*. Es un método muy seguro para provocar el aborto. En las quemaduras aplicábamos una "nueva piel". La *siegesbeckia orientalis* es una planta alta de más de un metro cuyas flores son amarillas. Su jugo, aplicado a las heridas y quemaduras, forma una nueva piel de un modo parecido a como sucede con el colodium. En uso interno esta loción produce unos efectos semejantes a los de la manzanilla. Solíamos coagular la sangre de las heridas con el *piper angustifolium.* El reverso de sus hojas en forma de corazón es de efecto seguro como coagulante. Todas ésas son hierbas muy corrientes. En cambio, la mayoría de las demás carecen de nombres latinos, ya que el mundo occidental no las conoce. Si he citado las primeras sólo ha sido para demo strar que tenemos una idea de medicina herborística.
Desde nuestra magnífica atalaya, que dominaba una inmensa extensión, veíamos, iluminados por la brillante luz del sol, los valles y sitios recónditos donde se hallaban todas esas plantas. Más allá podíamos ver cómo se hacía cada vez más desolada la tierra. Me dijeron que el otro lado de la montaña, en cuya falda estaba el monasterio, era una región de gran aridez.
Pude comprobarlo cuando días después me elevé sobre la montaña en una cometa.
A mediodía me llamó el lama Mingyar Dondup y me dijo:
«Ven, Lobsang. Iremos con los demás, que van a visitar el campo de lanzamiento de las cornetas. Hoy vas a pasarlo en grande.» No necesitaba yo que me estirnulara para apresurarme en seguirlo. Ante la puerta principal nos esperaba un grupo de monjes con rojas túnicas. Descendimos la escalinata y pronto estuvimos en el campo de las cometas, formado por una capa de tierra apisonada sobre unas rocas perfectamente planas. Algunas matas bordeaban esta superficie como indicando el peligro de caer al profundo barranco. Por encima de nosotros, en el tejado de la lamasería, las banderas de las plegarias se mantenían tiesas, sostenidas por el viento, y los mástiles crujían de vez en cuando, como venían haciendo durante siglos, sin haberse llegado a quebrar. Nos situamos en el otro borde rocoso del campo, de donde arrancaba una pendiente suave. El fuerte viento nos empujaba y dificultaba la marcha. A unos diez metros de este borde había una hondonada en el suelo. En él rebotaba el viento con fuerza huracanada, proyectando pequeñas piedras y pedazos de liquen como si arrojara flechas.
El viento que barría abajo el valle quedaba encajonado por las rocas y, al no tener otro escape, salía con gran presión por la falda de las rocas, disparándose finalmente por el campo de las cometas con alaridos de alegría al verse libre de nuevo. A veces, durante el peor tiempo —según nos dijeron —, este ruido era como el rugido de una legión de demonios que escapase de las entrañas de la tierra en busca de víctimas. Se producían notas fantásticas, ya que el barranco alteraba la presión del viento.
Pero aquella mañana era constante la corriente del aire. Sin embargo, eran perfectamente verosímiles las historias que nos contaron de niños levantados del suelo por el viento y arrojados a enorme distancia. Era un sitio ideal para lanzar cometas, ya que con una fuerza de viento tan tremenda las cometas se elevan inmediatamente, como pudimos ver enseguida en las pruebas preliminares que se hicieron con algunas de tipo ordinario como las que tenía yo en casa. Me asombraba que una cometa pequeña de juguete pudiera tirar de mi brazo con una fuerza tan grande.
Los monjes especializados en este deporte nos indicaron los peligros que debíamos evitar, ya que había picos con traicioneras corrientes. Nos dijeron también que todo monje volador debía llevar una piedra a la que estuviese atada un khata de seda donde figuraban inscritas las plegarias a los dioses del aire para que bendijera al recién llegado a sus dominios. Esta piedra debía ser arrojada cuando uno alcanzaba una altura suficiente. Entonces los dioses de los vientos podían leer la oración mientras el banderín quedaba desplegado al aire y, enterados de la petición, protegían al monje volador.
Regresamos a la lamasería y reunimos los materiales necesarios para el montaje de las cometas. Todo fue examinado con gran cuidado. Los palos de abeto fueron repasados centímetro por centímetro para asegurarse de que no tenían ningún defecto. Extendimos la seda con que se confeccionaban las cometas sobre un suelo liso y limpio. Los monjes, a gatas, probaban la resistencia de la seda. Una vez bien comprobado el material, se colocó la armazón en la posición adecuada y se empezó a montar la gigantesca corneta.
Tenía forma de caja, con una altura de tres metros y una base cuadrada de dos metros y medio de lado. Cada ala era de unos tres metros de longitud.
En los extremos de las alas se fijaban unos trozos de bambú para protegerlas al despegar y al aterrizar. Para fortalecer el suelo de la cometa se le aplicó un largo patín de bambú curvado hacia arriba como nuestras botas tibetanas. Este palo, del grosor de mi muñeca, tenía por objeto que la seda de la cometa no tocase el suelo. Me intranquilizó ver la cuerda tan fina hecha con pelo de yak. Esta cuerda terminaba en forma de V, cada uno de cuyos brazos quedaba atado a un lado de la gran caja. Dos monjes levantaron la corneta y la colocaron al final

de la pista. Esta operación costó gran trabajo, teniendo que ayudar muchos monjes porque el viento la empujaba hacia atrás.
Para probar la cometa tiramos de la cuerda en vez de usar caballos. El Maestro de Cometas nos vigilaba con gran atención. Cuando dio la señal emprendimos todos una veloz carrera arrastrando la cometa hasta que le cogió de lleno la corriente de aire que salía disparada por la falla de la roca y se elevó de pronto como un enorme pájaro. Los monjes que sostenían la cuerda tenían gran experiencia y fueron soltando cuerda poco a poco.
Mientras los demás la sostenían con firmeza, uno de los monjes, atándose la túnica a la cintura, trepó por la cuerda hasta una altura de tres metros para probarla. Le siguió otro y dejaron sitio para un tercero. El objeto de esta operación era probar la fuerza del aire, que resultó capaz de levantar a dos adultos y un niño, pero no a tres hombres, lo cual no satisfizo al Maestro de Cometas. Hubo que tirar de la cuerda procurando que la corneta fuera arrastrada por las corrientes de aire. Nos apartarnos todos de la zona de despegue, excepto los monjes encargados de sostener la cuerda y dos más que habían de mantener el equilibrio de la cometa cuando aterrizase. Por fin tocó tierra, pero parecía hacerlo a disgusto después de haber gozado de la libertad de los cielos. Con un suave chiiis, se quedó inmóvil cuando los monjes la sujetaron por los dos soportes extremos de las alas.
Siguiendo las instrucciones del Maestro de Cometas estiraron mejor la seda introduciendo pequeñas cuñas en los palos de la armazón. Quitaron las alas y las volvieron a colocar en un ángulo diferente. En la nueva prueba la corneta elevó con facilidad tres hombres mayores y casi pudo además con un niño. El Maestro dijo que ya estaba bien y que podíamos probar la corneta cargándola con una piedra que tuviera el peso de un hombre.
Repetimos la operación otra vez para hacer que la cometa pasara ante la corriente disparada por la falla. La cometa con su gran peso se elevó ágilmente, pero allá arriba empezó a balancearse con la turbulencia del aire.
Me mareaba con sólo pensar que yo pudiera estar tripulando la cometa allá arriba. De nuevo la hicieron bajar y la colocaron en el punto de donde debía despegar. Un lama muy experimentado se acercó a mí y me dijo:
—Ahora subiré yo y luego te tocará a ti. Fíjate bien en lo que hago. — Me señaló el palo que tocaba el suelo y añadió—: Mira cómo pongo el pie en este palo. Una vez montado en la cometa hay que abrazarse pasando hacia atrás los brazos a la barra transversal que queda a nuestra espalda.
Cuando se está allá arriba hay que bajar hasta la uve de la cuerda y sentarse en este travesaño que une los dos brazos. Al aterrizar, cuando ya estés a tres metros del suelo, es mejor que saltes. En fin, ahora volaré yo y tú me observas.
Esta vez habían atado unos caballos a la cuerda. Al dar la señal el lama, lanzaron al galope a los caballos. La cometa se deslizó rápida, fue arrastrada por la corriente y se elevó como disparada. Cuando estaba a unos treinta y cinco metros por encima de nosotros y por lo menos a novecientos metros por encima de las rocas del fondo, el lama volador se deslizó por la cuerda hasta el travesaño de la uve, donde se sentó balanceándose como en un columpio. Se elevaba sin cesar, mientras el grupo de monjes que sostenían la cuerda la iban soltando lentamente. Entonces el lama volador dio un tirón de la cuerda como señal y los de abajo empezaron a recoger. Poco a poco empezó a descender oscilando y retorciéndose como hacen todas las cometas. Por fin, cerca ya del suelo, el lama se soltó, y al caer dio una vuelta de campana y se puso en pie. Después de sacudirse el polvo de la túnica, se volvió a mí y me dijo:
—Ahora te toca a ti, Lobsang. A ver cómo lo haces.
Debo confesar que en aquel momento me desapareció mi afición a las cometas. Pensé que era una estupidez exponerse a aquel peligro. ¡Qué tontería terminar así una carrera tan prometedora como la mía! Pero luego me consolé (aunque no mucho, en verdad sea dicho) al acordarme de las predicciones que se habían hecho acerca de mí. Si moría en aquella ocasión, se habrían equivocado los astrólogos, y la verdad es que nunca se equivocan tanto. Ya estaba colocada de nuevo la cometa en el punto de arranque y mientras la miraba me temblaban las piernas. A decir verdad tenía bastante miedo. Además, cuando dije “estoy dispuesto”, con los brazos ya aferrados por detrás a la barra, no me sonaba la voz muy firme. Nunca he estado más inseguro de mí mismo. El tiempo parecía inmóvil. Sentí que la cuerda se tensaba al iniciar los caballos el galope. Crujió levemente la armazón y de pronto una violenta sacudida estuvo a punto de arrojarme a gran distancia.
Pensé que había llegado mi último instante en la tierra y que de nada me servía preocuparme. Me sentía el estómago revuelto. ¡Mala salida para el mundo astral!, pensé. Abrí los ojos con cautela, pero la impresión recibida me hizo cerrarlos otra vez. Me hallaba a más de treinta metros sobre el suelo.
Nuevas protestas de mi estómago me hicieron temer inminentes trastor nos gástricos; así que volví a abrir los ojos para tomar precauciones para caso de necesidad. La vista era tan espléndida que olvidé el miedo y nunca he vuelto a tenerlo desde ese momento. La cometa oscilaba y no cesaba de ascender. Por encima de la montaña veía la tierra caqui resquebrajada por las heridas del tiempo, que nunca se cicatrizan. Más cerca estaban las mo ntañas con enormes hondonadas abiertas en la roca, medio ocultas algunas de ellas por el liquen. Mucho más allá, la luz del sol poniente se posaba sobre un lago y convertía sus aguas en oro líquido. La facilidad y la gracia con que se movía la cometa me hacía pensar en el juego de los dioses en el cielo, mientras nosotros, los pobres mortales, teníamos que sufrir y afanarnos para mantenernos vivos, aprender nuestras lecciones y marcharnos por último en paz.
Por primera vez miré hacia abajo. Unos puntitos de color castaño rojizo eran los monjes. Aumentaban de tamaño; y era que estaban tirando de la cometa. Unos centenares de metros más abajo, el arroyo del barranco seguía su curso. Por primera vez me había elevado a más de trescientos metros sobre la tierra. Aquel

arroyuelo, al continuar su curso, iría creciendo hasta convertirse en uno de los afluentes que vertían sus aguas en la bahía de Bengala. Los peregrinos beberían sus aguas sagradas, pero yo, por lo pronto, me encontraba por encima de sus mismísimas fuentes y me sentía identificado con los dioses.
La cometa había empezado a agitarse alocadamente; de modo que los monjes tuvieron que tirar con más fuerza aún de la cuerda. Se me había olvidado deslizarme hasta la V de la cuerda. Todo el tiempo me lo había pasado en pie sobre el palo inferior del cajón. Empecé sentándome, después de haber soltado los brazos de la barra, me agarré bien con los brazos y las piernas a la cuerda y me dejé resbalar hasta el palo transversal que cruzaba la parte inferior de la V. En ese momento el suelo quedaba a unos siete metros.
Sin perder más tiempo, me agarré bien a la cuerda, y cuando la cometa estuvo a unos seis metros me dejé caer al suelo. Di una vuelta de campana y me puse en pie.
—Joven —me dijo el Maestro de Cometas—; lo has hecho muy bien.
Afortunadamente recordaste a tiempo que debías sentarte en el travesaño, pues, si no, te habrías partido las dos piernas. Ahora probarán otros y luego volverás a subir.
El siguiente que se elevó en la cometa, un joven monje, lo hizo mejor que yo, pues se instaló en el travesaño con más tiempo. Pero cuando el pobre aterrizó, cayó de bruces; tenía la cara verdosa. Estaba muy mareado. El tercer monje que voló era muy jactancioso, por lo cual se había hecho muy antipático. Había ido en aquella excursión tres años seguidos y se consideraba el mejor aviador. Se elevó quizás a ciento cincuenta metros. En vez de pasar al travesaño, se quedó en la caja, pero con el movimiento de la corneta se resbaló y salió por la parte de la cola, aunque logró agarrarse a tiempo al palo de atrás. Durante unos segundos le vimos manoteando con la mano libre sin lograr asirse. La cometa perdió el equilibrio y él se soltó y cayó a las rocas a novecientos metros de profundidad. Su cuerpo fue rebotando.
Su hábito rojo parecía una nubecilla saltarina.
Este accidente causó algún desconcierto entre nosotros, pero no lo bastante para interrumpir los vuelos. Examinaron la cometa para ver si se había averiado y luego me tocó a mí volver a subir en ella. Esta vez bajé al travesaño en cuanto estuvo la cometa a treinta metros de altura. Desde allí arriba vi como bajaban unos monjes por la falda de la montaña para recuperar el cadáver aplastado contra la roca. Miré hacia arriba y pensé que un hombre que estuviera de pie en la caja de la cometa podría imprimirle determinado rumbo. Recordé el incidente ocurrido cuando yo era más pequeño y fui a parar al tejado de una casa de campo y cómo había podido ganar altura tirando de la cuerda de la cometa. «Tengo que hablar de esto con mi Guía», pensé.
En aquel momento sentí una mareante sensación de caída tan rápida e inesperada que estuve a punto de soltarme. Los monjes tiraban frenéticamente de la cuerda. Era que al atardecer se habían enfriado las rocas, el viento disminuía su fuerza y la corriente que salía disparada por la falla casi se había interrumpido. Cuando salté, a tres metros del suelo, la cometa dio una última sacudida y se vino encima de mí. Yo quedé sentado en el suelo rocoso con la cabeza a través de la seda del fondo de la cometa y tan inmóvil que los otros creyeron que estaba herido. El lama Mingyar Dondup se precipitó hacia mí.
—Si pusiéramos otro palo transversal en el centro de la cometa —dije, por fin— podríamos quedarnos en pie dentro y gobernar el vuelo hacia cierto punto.
El Maestro de Cometas me había oído:
—Sí, jovencito; tienes razón; pero ¿quién va a hacer la prueba?
—Yo mismo —le respondí—, si mi Guía me lo permite.
Otro lama me dijo sonriente:
—Eres lama por derecho propio, Lobsang, y no tienes que pedirle permiso a nadie.
—No lo haría sin perrniso del lama Mingyar Dondup, a quien debo cuanto he aprendido y que siempre me está enseñando nuevas cosas. El lo decidirá.
El Maestro de Cometas dirigió la retirada de la cometa y me llevó con él a su habitación. Allí tenía pequeñas maquetas de varios tipos de cometas.
Una era alargada y tenía forma de pájaro.
—Empujamos la que tenía esta misma forma por encima del precip icio hace muchos años. Iba un hombre dentro. Voló por espacio de unos treinta kilómetros y luego chocó contra una montaña. Desde entonces no hemos vuelto a lanzar ninguna de este tipo. Y esta otra que ves aquí serviría muy bien para lo que deseas. Lleva un apoyo especial, además de la barrera delantera. Tenemos ya hecha una, es decir, su armazón. Está en el almacén, al otro extremo del edificio. No he logrado que nadie se decidiera a montar en ella y yo peso ya demasiado.
En efecto, el Maestro era decididamente obeso. Durante la conversación había entrado el lama Mingyar Dondup, que dijo:
—Esta noche haremos un horóscopo, Lobsang, y veremos lo que dicen las estrellas.
Los tambores nos despertaron para el servicio religioso de medianoche.
Una enorme figura se puso a mi lado surgiendo de entre las nubes de incienso como una gran bola de carne. Era el Maestro de Cometas.
—¿Vas a hacerlo? —murmuró.
—Sí —le respondí—. Podré volar en ella pasado mañana.
—Muy bien; la tendremos preparada.

Allí en el templo, con la luz danzarina de las lamparillas y las sagradas imágenes adosadas a los muros, era difícil acordarse del imprudente monje que se había marchado tan inesperadamente de esta vida. Pero su jactancia hizo que se me ocurriese la idea de dominar el movimiento de la corneta desde dentro.
En el templo, con sus paredes cubiertas con pinturas de asuntos sagrados, de brillante colorido, permanecíamos sentados en la actitud del loto, cada uno de nosotros como una estatua viva de Buda. Por asiento teníamos dos almohadones cuadrados cada uno que nos elevaban a unos treinta centímetros del suelo. Como siempre, formábamos filas dobles cara a cara los de una fila con los de otra. Al comenzar el servicio normal, el Conductor de los Cantos, elegido por sus conocimientos musicales y su voz profunda, cantó los primeros pasajes, al final de cada cual bajaba la voz cada vez más hasta que se le vaciaban de aire los pulmones. Respondíamos con un profundo murmullo, mientras los tambores acentuaban ciertos trozos de estas respuestas. También sonaban de vez en cuando nuestras campanillas de plata. Debíamos poner gran cuidado en articular bien las palabras, pues solía juzgarse la disciplina de una lamasería por la claridad de sus cantos y la perfección de su música. La notación de la música tibetana resulta difícil de entender para un occidental: se escribe con curvas. Dibujamos la elevación y el desceso de la voz con lo que llamamos curva básica. Los que deseen improvisar añaden sus «mejoras» en forma de curvas más pequeñas dentro de las grandes. Al terminar el servicio ordinario, nos permitieron un descanso de diez minutos antes de comenzar el servicio funerario por el monje que se había marchado de este mundo aquel día.
Al darse la señal nos reunimos de nuevo. El Conductor, desde su elevado trono, entonó un pasaje del Bardo Thódol, que es el Libro de los Muertos tibetano.
“Oh, errante espíritu del monje Kuniphel-la, que en el día de hoy salió de este mundo. No vagues entre nosotros, ya que te has marchado. Oh, errante espíritu del monje Kumphel-la, quemamos esta barra de incienso para que encuentres tu camino por las Tierras Pez y llegues fácilmente a la Gran Realidad.» Salmodiamos llamadas al espíritu del monje desaparecido para que escuchase nuestros orientadores consejos. Se mezclaban las agudas voces de nosotros, los muchachos, con los bajos profundos de los monjes mayores.
Los motijes y los lamas, sentados en fila cara a cara, cumplían con el antiquísimo ritual, lleno de símbolos religiosos. Las voces subían y bajaban rítrnicamente:
«Oh, espíritu errante, ven con nosotros para que te guiemos. No ves nuestro rostro ni hueles nuestro incienso; por tanto, estás muerto. Ven para que te guiemos» La orquesta de trompetas de madera, caracolas y timb ales rellenaba nuestras pausas. Llenamos con agua roja una calavera humana invertida para simbolizar la sangre y nos la pasaban a todos para que la tocásemos.
«Tu sangre ha salpicado la tierra, oh monje que sólo eras un fantasma errante. Ven para que te liberemos.» Lanzábamos en dirección a los cuatro puntos cardinales granos de arroz teñidos de un color azafrán brillante.
« dónde vaga el fantasma ¿Por el este? ¿ por el norte? ¿por el oeste o por el sur? Arrojamos el alimento de los dioses a los cuatro rincones de la tierra y tú no lo comes porque estás muerto. Ven, ¡oh, errante espíritu!, para que te liberemos y te guiemos.» El tambor de profundo sonido latía con el ritmo de la propia vida. Parecía un corazón. Otros instrumentos imitaban los diferentes sonidos del cuerpo: el apagado fluir de la sangre por las venas y las arterias, el débil murmullo de la respiración de los pulmones, el casi inaudible gorgotear de los fluidos corporales, de los varios crujidos y sordos ruidos del cuerpo que constituyen la música de la vida humana. Al final la extraña sinfonía terminaba con un golpe seco. De repente se detenían todos los ruidos y murmullos:
era el violento final de una vida. «Oh, monje, que existías y que ahora eres un errante fantasma, nuestros telépatas te guiarán. No tengas miedo.
Preséntanos tu mente desnuda. Escucha nuestras enseñanzas que te pueden liberar. No existe la muerte, errante espíritu, sino sólo la vida interminable.
La muerte es el nacimiento y estamos rezando para abrirte el camino hacia una nueva vida.» Durante varios siglos hemos perfeccionado los tibetanos la ciencia de los sonidos. Conocemos todos los sonidos del cuerpo y podemos reproducirlos con toda claridad. Una vez que se oyen nunca más se olvidan. Es seguro que usted, lector, habrá oído el latir de su corazón y la respiración de sus pulmones resonando en la almohada en el umbral del sueño. En la lamasería del Oráculo del Estado ponen en trance a un médium utilizando alguno de estos sonidos y entonces le habita un espíritu. El jefe de las fuerzas británicas que invadieron Lhasa en 1904, comprobó el poder de estos sonidos y el hecho de que el Oráculo cambiaba de aspecto cuando entraba en trance.
Al terminar el servicio religioso nos apresuramos a acostarnos. Yo tenía mucho sueño; me lo había producido la excitación del vuelo y el cambio de aire. Cuando amaneció, el Maestro me envió un recado diciéndome que estaba trabajando en la cometa dirigible, y me invitaba a reunirme con él. Fui a su taller con mi Guía. En el suelo había unas pilas de madera extranjera y en las paredes varios planos de cometas. El modelo especial que yo iba a probar colgaba de un techo abovedado. Con gran asombro mío, el Maestro tiró de una cuerda y la cometa bajó al suelo. Estaba suspendida por un ingenioso juego de poleas. Me invitó a que subiera en ella. El suelo de la caja tenía un entramado en el que se podía uno quedar muy bien de pie, y un travesaño colocado a la altura de la cintura permitía sostenerse con facilidad.
Examinamos la cometa minuciosamente. Le quitarnos la tela de seda que tenía, pues el Maestro quería recubrirla con seda nueva más resistente.
Las alas laterales no eran rectas como en los demás aparatos, sino curvadas como manos en forma de copa hacia abajo: medían unos tres metros cada una y me dieron la impresión de que serían muy eficaces.

Al día siguiente sacaron el aparato a la pista y los monjes tuvieron que hacer un gran esfuerzo para no dejárselo arrebatar cuando lo pasaron por delante de la corriente de aire que salía de la gran hendidura lateral. Por fin la colocaron en posición, y yo, sintiéndome muy importante, me instalé en el interior de la caja. Esta vez iban a lanzar los monjes la cometa en vez de emplear caballos, como era lo habitual. Dadas las circunstancias excepcionales de la prueba se pensó que los monjes podían dominar mejor el aparato.
Grité: tra-dri, them' -pa (¡Listo, tirad!) Y cuando sentí que la armazón empezaba a temblar, exclamé: na do-a . Sentí una gran sacudida y la cometa se elevó como una flecha. Afortunadamente estaba bien sujeto, pues, si no, hubieran estado llamando aquella noche a mi espíritu errante y la verdad es que no tenía ni el menor interés en abandonar mi cuerpo tan pronto.
Los monjes manejaban hábilmente la cuerda, y la cometa se elevaba con rapidez. Lancé la piedra con la plegaria a los dioses del viento y estuvo a punto de matar a un monje. Sin embargo, fue una ventaja que cayese a sus pies, pues así pudimos aprovechar otra vez el banderín con la oración. Veía al Maestro de Cometas brincando impaciente por verme empezar el exp erimento; así que me decidí y empecé a moverme con cautela. En efecto, en seguida vi que podía variar el rumbo del aparato.
Me confié demasiado. Imprudentemente, avancé hacia el fondo de la caja y la cometa cayó como una piedra. Mis pies resbalaron del barrote donde se apoyaban y me quedé colgado de las manos cuan largo era. Con un gran esfuerzo, mientras la túnica se me arremolinaba en torno a la cabeza, conseguí trepar hasta mi posición anterior. Con esto se interrumpió la caída y la cometa volvió a ascender. Había conseguido quitarme la túnica de la cabeza y así pude ver lo que sucedía. Si no hubiese sido un lama de afeitada cabeza, se me habría puesto el cabello de punta. Me encontraba a menos de sesenta metros del suelo. Después, cuando aterricé, me contaron que había llegado a quince metros tan sólo, antes de que la cometa volviera a elevarse.
Pero antes de aterrizar, cuando contemplaba el dilatado panorama, divisé a una gran distancia algo que me pareció una línea de puntos que se movía. Tardé unos momentos en comprender lo que era. ¡Claro, eran nuestros compañeros, los que habían de llegar unos días después que nosotros y que cruzaban lentamente aquellas tierras desoladas! Los veía como punto, raya, punto, raya. Pensé: «Un hombre, un animal, un hombre...» Avanzaban con gran dificultad, o, por lo menos, así me lo parecía a aquella distancia.
Me causó un gran placer, al aterrizar, informar, a los demás de que den tro de un día o poco más estarían con nosotros nuestros compañeros.
Era maravilloso contemplar el gris azulado de las rocas, el cálido ocre de la tierra y la reluciente superficie de los lagos. Allá abajo, en el barranco, al abrigo de los terribles vientos, el musgo, el liquen y las plantas más diversas formaban como una alfombra que me recordaba la que había en el despacho de mi padre. La cruzaba el arroyo, cuyo rumor era como una canción que me acompañaba por las noches. Y el arroyo me hizo recordar aquel día en que volqué un jarrón de agua en la alfombra de papá. ¡Qué mano tan dura tenía mi padre!
El terreno situado detrás de la lamasería era muy montañoso. Se sucedían los picos en filas cerradas recortándose sus negros perfiles contra el cielo. En el Tíbet tenemos el cielo más claro del mundo y la vista alcanza hasta donde lo permiten las montañas, no existiendo esas neblinas producidas por el calor, que suelen deformar las imágenes. Desde mi atalaya aérea no veía nada que se moviera, a no ser los monjes que tenía debajo y los puntitos y rayas —apenas visibles— de la expedición. ¿Estarían viendo la cometa? Pero ya no pude pensar en estas cosas porque los monjes empezaban a tirar de la cuerda y la cometa daba grandes sacudidas. Tiraban de ella con extraordinario cuidado para no estropear el valioso aparato experimental.
Cuando aterricé, el Maestro de Cometas me miró con gran afecto y me abrazó con tanto entusiasmo que seguramente me hizo crujir los huesos.
Estuvo hablando sin parar con gran alegría. Y era explicable su satisfacción, ya que hasta entonces no había podido probar sus teorías. Estaba demasiado gordo para eso. Cuando se interrumpió para tomar aliento le dije que ningún mérito tenía yo al haberme prestado al experimento, ya que lo había pasado muy bien y que tanta satisfacción me había producido volar como a él comprobar la exactitud de sus teorías.
—Sí, sí, Lobsang. Bastará con que pongamos aquí un nuevo apoyo y cambiar un poco de sitio este travesaño... ¿Y dices que estuvo a punto de volcar cuando pusiste el pie en el barrote del fondo?...
Me preguntaba mil cosas. Quería conocer hasta mis más insignificantes sensaciones. A nadie se permitió ya volar en aquella cometa especial.
Realicé en ella varios vuelos y a consecuencia de cada uno de ellos se introducían nuevas modificaciones en la estructura del aparato. Una gran mejora fue la instalación de una correa para sujetarme.
La llegada de nuestros compañeros interrumpió durante un par de días la experimentación con las cometas. Teníamos que organizar a los recién llegados en grupos de recolectores y empaquetadores. Los monjes que te nían menos práctica iban a recoger sólo tres clases de plantas y fueron enviados a una zona donde abundaban esas plantas. Cada grupo se pasaba fuera del monasterio siete días. Al octavo regresaban con las plantas, que eran extendidas en el limpio suelo de un amplísimo almacén. Unos lamas especializados examinaban una a una las plantas para asegurarse de que no tenían pulgón y que eran de la clase requerida. A algunas plantas les quitaban y secaban los pétalos. Las raíces de otras eran ralladas y almacenadas.
Y las de ciertas clases las trituraban entre unos rulos para sacarles el jugo.
Este era guardado en jarros herméticamente cerrados. Las semillas, las hojas, los tallos, los pétalos y todo lo que constituía cada planta era limpiado y guardado en bolsas de cuero en cuanto estaba lo bastante seco. Cada bolsa llevaba una etiqueta, donde se apuntaba el contenido. El cuello de la bolsa se retorcía para que no entrase aire. Mojaban el cuero en agua y luego lo exponían al sol. Un día después el cuero seco estaba tan

duro como un pedazo de madera. Estas bolsas llegaban a adquirir una dureza tal que para abrir el cuello había que golpearlas como para partir una piedra. En el aire seco del Tíbet las hierbas así guardadas se conservaban en perfecto estado durante muchos años.
Pasados los primeros días repartí mi tiempo entre las hierbas medic inales y las cometas. El viejo Maestro era hombre de gran influencia y me dijo que en vista de las predicciones sobre mi futuro, el conocimiento de los aparatos voladores sería para mí tan útil e importante como dominar la herboricultura. Así, durante tres días a la semana estuve practicando el emocionante deporte de las cometas. Los demás días los pasaba cabalgando de grupo en grupo para aprender lo más posible en el menor tiempo. Muchas veces, cuando me hallaba a gran altura dentro de una cometa, veía, esparcidas por aquel paisaje que me era ya tan familiar, las tiendas de camp aña —hechas con cuero negro de yak— que protegían del sol a mis comp añeros herboristas y les servían para dormir. También veía a los yaks pastando.
Aprovechaban bien el tiempo antes de que al final de la semana los cargasen de hierbas para regresar al monasterio. Muchas de estas plantas son muy conocidas en la mayoría de los países europeos, pero otras no han sido aún «descubiertas» por el mundo occidental y carecen por tanto de nombres latinos. El conocimiento de las hierbas me ha sido de gran utilidad, pero no menos útil me ha resultado mi práctica en el vuelo.
Tuvimos otro accidente: un monje me había estado observando con una gran atención y cuando le tocó volar (en una cometa ordinaria) pensó que podía hacer lo mismo que yo. Notamos que la cometa, ya a gran altura, se movía de un modo extraño. Luego vimos que el monje se agitaba intentando gobernar la posición del aparato. Con una sacudida más violenta que las demás, se volcó de lado. Con un crujido, saltó la armazón hecha astillas y el monje cayó de cabeza. La túnica roja se le había enrollado en la cabeza. Empezaron a caemos encima varios objetos: una escudilla de tsampa, un rosario, una taza de madera y unos amuletos. Ya no iba a necesitar estas cosas. Dando vueltas cayó al barranco. Tardamos mucho en oír el ruido que hizo al estrellarse.
Todo lo bueno se termina demasiado pronto. Trabajábamos mucho, es cierto, pero se nos pasaron los tres meses con gran rapidez. Ésta fue la primera de una serie de visitas a las montañas y a los otros Tra Ye rpa más cercanos a Lhasa. Empaquetamos nuestras pocas cosas, fastidiados por tener que marcharnos, y el Maestro me regaló una preciosa maqueta del aparato volador que yo había utilizado preferentemente. La había construido para mí. Al día siguiente partimos hacia nuestra lamasería. Aunque nos alegrábamos de regresar a la Montaña de Hierro nos apenaba separarnos de nuestros nuevos amigos y de aquella vida tan sana y libre de las montañas.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO.

PRIMERA VISITA A CASA.

Habíamos llegado a tiempo para las ceremonias del Logsar o Año Nuevo. Teníamos que limpiarlo y arreglarlo todo. El decimoquinto día, el Dalai Lama iba a la catedral para asistir a las solemnidades religiosas.
Cuando éstas terminaban salía en procesión dando la vuelta por el Barkhor, la carretera circular que rodeaba el Jo-kang y a la mansión del Consejo, dando la vuelta a la plaza del mercado, circuito que terminaba entre los grandes edificios comerciales. Entonces empezaban las diversiones. Los dioses estaban ya aplacados con las funciones religiosas y la gente podía divertirse a sus anchas. Se hacían gigantescas armazones —de diez a quince metros de altura— que sostenían unas imágenes hechas con manteca de color. Algunas de estas figuras tenían bajorrelieves que representaban diversas escenas de nuestros Libros sagrados. El Dalai Lama daba unas vueltas en torno a ellas para verlas bien. Los monasterios que modelaban las figuras más atractivas se llevaban el título de los mejores escultores en man teca del año. A nosotros los de Chakpori no nos interesaban en absoluto estas carnavaladas. Nos parecían infantiles. Tampoco nos interesaban las carreras de caballos sin jinete que se celebraban en la llanura de Lhasa. En cambio, nos gustaban las figuras gigantescas que representaban a ciertos personajes de nuestras leyendas. El cuerpo de estos gigantes se construía con una ligera armazón de madera a la que se fijaba una enorme cabeza muy realista. Por detrás de cada ojo llevaba encendida una lamparilla cuya luz vacilante producía la impresión de que los ojos se movían. Un monje hercúleo iba montado en altísimos zancos dentro de la armazón y la hacía andar. A estos monjes les solían ocurrir toda clase de accidentes. A veces metían un zanco en un boquete, o se resbalaban, y tampoco era raro que se soltara una de las lámparas y ardiese toda la figura.
Años después me convencieron una vez para que llevase la figura de Buda, dios de la Medicina. Tenía por lo menos ocho metros y medio de altura.
Su flotante ropaje me envolvía los zancos y por allí dentro volaban muchas polillas, ya que la ropa llevaba mucho tiempo almacenada. Mientras avanzaba por la carretera con gran dificultad, el polvo que se desprendía de los enormes pliegues de tela me hacía estornudar continuamente. A cada estornudo me parecía que iba a caerme. Además, al estornudar hacía saltar la manteca derretida de las lámparas y me caía sobre mi cráneo afeitado y dolorido. Hacía allí un calor horrible y un olor mareante. Normalmente la manteca de una lá mpara es sólida, aparte del «charquito» que se forma en torno al pabilo. En aquel calor asfixiante se había derretido toda ella: el pequeño agujero abierto hacia la mitad de la figura no caía a la altura de mis ojos y me era imposible bajar de los zancos o esperar a que abriesen otro. Lo único que podía ver era la parte de atrás del gigante que marchaba delante de mí y por el balanceo que llevaba y los brincos que daba a cada momento comprendí que

el pobre desgraciado que iba dentro lo estaba pasando tan mal como yo. Sin embargo, sabiendo que el Dalai Lama contemplaba el desfile, no había más remedio que continuar sofocado por los enormes pliegues de tela y medio tostado por el sebo derretido. Con el calor y el esfuerzo, es seguro que perdí varios kilos aquel día. Y lo más grande fue que aquella noche me dijo un importante lama:
—Lobsang, tu representación ha sido excelente. ¡Qué gran comediante harías!
Por supuesto no le dije que los movimientos tan cómicos de mi gigante habían sido del todo involuntarios por mi parte. A partir de entonces decidí no volver a llevar en mi vida una de esas figuras.
No mucho tiempo después —unos cinco o seis meses— hubo un repentino y terrible huracán con nubes de polvo y piedrecillas. Me encontraba en aquel momento en la terraza de un almacén recibiendo instrucciones sobre la manera de cubrir un tejado con láminas de oro para que no entrase por él ni una gota de agua. El vendaval me llevó en volandas y me lanzó a otro tejado situado a unos siete metros más abajo. Otra ráfaga me arrastró por la falda de la montaña hasta la carretera de Lingkhor a más de cien metros.
Era un suelo pantanoso y caí de cara al fango. Sentí que se rompía algo y me figuré que sería una rama. Atontado intenté levantarme del fangal, pero sentí un dolor agudísimo cuando quise mover el brazo izquierdo. Logré ponerme de rodillas y luego en pie y avancé a duras penas por la carretera.
Estaba a punto de desmayarme de dolor y no podía pensar con claridad.
Lo único que deseaba era subir a lo alto de la montaña lo antes posible.
Iba dando tumbos casi a ciegas hasta que a medio camino me salieron al encuentro unos monjes que habían bajado para ver qué nos había sucedido a mí y a otro chico, al que también se había llevado el viento. Pero éste cayó sobre las rocas y se mató. Me llevaron en brazos hasta la habitación de mi Guía. Este me examinó rápidamente y me dijo:
—Lobsang, te has roto un brazo y un hueso del cuello. Tenemos que arreglártelos. Te dolerá mucho, pero será porque yo no lo pueda evitar.
Mientras hablaba, y casi antes de que yo pudiera darme cuenta, me entablilló.
Estuve todo el día inmóvil y al siguiente me dijo el lama Mingyar Dondup:
—No podemos dejar que te retrases en los estudios, Lobsang de modo que trabajaremos aquí mismo. Como a todos nosotros, te fastidia un poco aprender cosas nuevas; así que voy a quitarte esa resistencia para el estudio por medio del hipnotismo.
Cerró los postigos, y la habitación quedó a oscuras excepto por la pequeña luz de las lamparillas del altar. Sacó de no sé dónde una cajita, que puso en un estante que había frente a mí. Me pareció ver unas luces muy brillantes, luces de colores, unas rayas de color y luego todo terminó en una silenciosa explosión de luminosidad.
Cuando me desperté debían de haber pasado ya varias horas. El lama abrió la ventana y vi que las moradas sombras de la noche empezaban a cubrir el valle. En el Potala destellaban unas lucecitas y otras se encendían en torno a los edificios, mientras la guardia de noche hacía la ronda. Desde la ventana se abarcaba toda la ciudad, donde empezaba la vida nocturna.
Mi Guía habló por fin:
—Bueno, por fin has vuelto a nosotros. Creíamos que te encontrabas tan bien en el mundo astral que te resistías a volver. Y supongo que, como de costumbre, tendrás mucha hambre.
Al oírselo decir comprendí que, en efecto, estaba hambriento. Me trajeron en seguida de comer y el lama me habló mientras yo comía:
—Según las leyes naturales, tendrías que haber abandonado ese cuerpo, pero tus estrellas han decidido que tienes que vivir para acabar muriendo en la tierra de los Indios Rojos (los Estados Unidos) dentro de muchos años. Ahora nuestros compañeros están celebrando un servicio religioso por el que nos ha abandonado. El viento lo estrelló contra las rocas.
Pensé que los que se marchaban de esta tierra eran los más afortunados.
Mi experiencia en los viajes astrales me había enseñado que se pasaba allí mucho mejor que en este mundo. Pero recordé que no estamos aquí porque nos guste, sino para aprender cosas, lo mismo que no se va a la escuela porque sea divertido, sino para ilustrarse; y qué es la vida en la tierra sino una escuela? Y, por cierto, una escuela muy dura. Me dije: «Aquí estoy con dos huesos rotos y tengo que seguir aprendiendo. ¡Qué se le va a hacer!» Durante dos semanas intensificaron mi enseñanza. Según me dijeron, era para impedirme pensar en los huesos rotos. Al final de la quincena se me habían soldado, pero me sentía rígido y el hombro izquierdo y el brazo me dolían mucho.
Cuando entré en la habitación del lama Mingyar Dondup aquella mañana, le encontré leyendo una carta. Levantó la vista y me dijo:
—Lobsang, tenemos un paquete de hierbas que llevar a tu Honorable Madre. Puedes ir tú mismo mañana por la mañana y quedarte todo el día.
—Estoy seguro de que mi padre no desea verme —repliqué—. Cuando se cruzó conmigo en las escaleras del Potala hizo como si no me viera.
—Es natural. Sabía que acababas de estar con el Dalai Lama, sabía que habías recibido un honor extraordinario y no podía hablarte si yo no estaba contigo, ya que eres mi pupilo por orden del propio Dalai Lama. —Se me quedó mirando muy risueño—: De todos modos, no te preocupes, pues tu padre no estará mañana en casa. Ha ido a Gyangse y tardará unos días aún en regresar.
A primera hora del día siguiente me dijo mi Guía:

—Estás algo pálido, pero vas limpio y bien arreglado y eso le gustará a tu madre. Aquí tienes un pañuelo. No olvides que ya eres un lama y has de obedecer las reglas. Viniste aquí a pie. Hoy irás en uno de nuestros mejores caballos blancos. Monta el mío, que necesita ejercicio.
Me entregó una bolsa de cuero llena de hierbas medicinales. La había envuelto en un pañuelo de seda como muestra de respeto. Me pregunté cómo podría llevarlo limpio y acabé quitando el pañuelo y guardándolo den tro de mi hábito con la intención de volver a liar la bolsa en él cuando estuviera cerca de casa.
Montado en el caballo blanco descendí por la pendiente del monte.
Hacia la mitad de la cuesta se detuvo el caballo y volvió la cabeza para mirarme.
Por lo visto no le gusté, porque dio un gran relincho y arrancó en un furioso galope como si quisiera liberarse de mí lo antes posible. Comprendí su actitud, ya que tampoco él me era simpático.
En el Tíbet los lamas más ortodoxos montan en mulas, por aquello de que son asexuales. Los lamas menos exigentes cabalgan en caballos o en ponies. En cuanto a mí, siempre procuraba ir andando si era posible. Al pie del monte torcimos a la derecha. Suspiré con alivio: el caballo estaba de acuerdo conmigo en que debíamos ir por ese camino, quizá porque siempre se atraviesa la carretera de Lingkhor en la dirección de las manecillas del reloj, por motivos religiosos. De modo que torcimos a la derecha y cruzamos el camino de la ciudad de Drebung, para continuar por el circuito de Lingkhor. Dejamo s atrás el Potala —que me pareció menos atractivo que nuestro Chakpori— y atravesamos la carretera que va a la India, dejando el Kaling-chu a la izquierda y el Templo de la Serpiente a nuestra derecha. A la entrada de mi casa me vieron llegar los criados y se apresuraron a abrir las puertas. Entré directamente en el patio, dándome importancia, con mi caballo y con la esperanza de no caerme de él. Afortunadamente pude apearme con dignidad porque mientras descendí lo sujetó un criado.
Con toda solemnidad el mayordomo y yo intercambiamos nuestros pañuelos rituales.
— ¡ Bendita sea esta casa y todo lo que hay en ella, Honorable lama médico, señor nuestro! —dijo el mayordomo.
—Que la bendición de Buda, el más puro, el que todo lo ve, sea con vosotros y os conserve la salud.
—Honorable señor, la señora de la casa me ordena que os conduzca hasta ella.
Y entramos (como si no pudiera haber ido solo) mientras yo me buscaba por dentro del hábito el pañuelo destinado a envolver la bolsa de cuero.
En el piso de arriba entré en la mejor habitación de mi madre. «Nunca pude penetrar aquí cuando no era más que un hijo», pensé. Y estuve a punto de salir corriendo cuando vi que la habitación estaba llena de mujeres.
Pero antes de que pudiera huir se dirigió mi madre hacia mí; hizo una reverencia y me dijo:
—Honorable señor e hijo, mis amigas han venido para oírte contar el honor que te ha concedido el Precioso Protector.
—Honorable madre: las reglas de mi Orden me prohíben contar lo que el Precioso me ha dicho. El lama Mingyar Dondup me ha encargado traerte esta bolsa con hierbas y ofrecerte el pañuelo del saludo.
—Honorable lama —dijo-, estas señoras vienen desde muy lejos para escuchar de tus labios lo que sucede en la Casa del Más Profundo. ¿Es verdad que lee revistas indias? ¿Y es cierto que tiene un cristal por el que mira y puede ver a través de los muros de nuestras casas?
—Señora —respondí—, sólo soy un pobre lama médico recién llegado de una larga excursión por las montañas. No soy el más indicado para hablar de lo que hace el jefe de todos nosotros. Sólo he venido como mensajero.
Una joven se acercó a mí y me dijo:
—¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Yaso!
A decir verdad, apenas podía reconocerla, pues se había desarrollado mucho y ¡estaba tan cubierta de adornos! Nueve mujeres eran demasiada complicación para mí. A los hombres sabía cómo tratarlos, pero las mujeres me desconcertaban. Me estaban mirando como si yo fuera un jugoso manjar y ellas unos hambrientos lobos de las llanuras. Sólo había una solución sensata: la retirada —Honorable madre, he entregado mi mensaje y debo regresar a mis deberes. He estado enfermo y tengo mucho que hacer.
Hice una inclinación, me volví y me retiré lo más dignamente que pude.
El mayordomo había vuelto a su trabajo y uno de los criados me sacó el caballo.
—Ayúdame a montar y ten cuidado porque hace poco que me partí un brazo y un hueso del hombro y no me puedo manejar solo.
El criado abrió la puerta y emprendí la marcha en el momento en que mi madre salía al balcón y me gritaba algo. El caballo blanco torció a la izquierda para que pudiéramos ir en el sentido de las manecillas del reloj por la carretera circular de Lingkhor. Fui lo más lentamente posible, pues no quería regresar tan pronto.
Una vez de nuevo en nuestra lamasería, me presenté al lama Mingyar Dondup. Me miró fijamente.
—Pero, Lobsang, ¿acaso te han perseguido por la ciudad todos los fantasmas errantes? Traes cara de asustado.
— Imagínate, Maestro. Mi madre tenía allí a todas sus amigas esperando que les contase todo lo que yo supiera del Más Profundo y todo lo que me dijo cuando hable con El. Entonces le dije que las reglas de la Orden me prohibían contarlo. Y me escapé mientras aún era tiempo. ¡Qué horror, tantas mujeres con la vista clavada en mí!
Mi Guía se rió a carcajadas, y cuanto mayor era mi gesto de asombro, más se reía.

—El Dalai Lama quería saber si te habías adaptado de verdad a nuestra vida o si aún echabas de menos tu casa.
La vida lamástica había trastornado mis valores sociales y las mujeres me resultaban ya criaturas extrañas (y aún lo siguen siendo para mí).
—Mi casa es ésta. No, no quiero volver a la Casa de mi Padre. Me produce un grandísimo malestar ver a todas esas mujeres pintadas, con tantas cosas en el cabello y mirándome como un carnicero puede mirar a un cordero. Además, chillan como condenadas; y —bajé la voz hasta un mu rmullo — ¡qué horribles son sus colores astrales! ¡Sus auras son espantosas!
En fin, Honorable lama Guía, no hablemos de esto.
Durante varios días me estuvieron gastando bromas sobre mi visita.
Me decían: «¡ Parece mentira, Lobsang, dejarte asustar por unas cuantas mujeres!» O bien: «Lobsang, tienes que ir a casa de tu Honorable Madre porque da una fiesta y necesita que sus amigas se entretengan.» A la mañana siguiente me dijeron que el Dalai Lama tenía un gran interés en verme de nuevo y había dispuesto que me enviaran a mi casa cuando mi madre d ie ra una de sus numerosas fiestas de sociedad. Nadie obstaculizaba las decisiones del Más Profundo. Todos le queríamos, no sólo como dios en la tierra, sino como el verdadero hombre que era. Desde luego tenía un carácter un poco fuerte, pero también era fuerte el mío y nunca dejaba que sus gustos personales interfiriesen en sus deberes de Estado. Ni se irritaba más de unos minutos seguidos. Era la Cabeza suprema del Estado y de la Iglesia.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO.

USANDO EL TERCER OJO.

Una mañana en que me hallaba con el espíritu en calma, y preguntándome cómo emplearía una media hora que me sobraba antes de la función religiosa siguiente, se me acercó el lama Mingyar Dondup.
—Vamos a pasear un poco, Lobsang. Tengo que encomendarte un pequeño trabajo.
Me alegró poder pasar un rato con mi Guía y estuve listo enseguida.
Cuando salíamos del Templo, un gato nos dio grandes muestras de afecto y no pudimos librarnos de él en un buen rato. Era un gato enorme. En tibetano llamamos al gato shi-mi. Satisfecho por la acogida que le habíamos hecho siguió junto a nosotros hasta la mitad de la pendiente de la Montaña de Hierro. Entonces recordó, seguramente, que había dejado sin vigilancia las joyas y regresó a gran velocidad.
Los gatos de nuestros templos no eran sólo un adorno, sino fieros guardianes de los montones de piedras preciosas que había en torno a las imágenes sagradas. En las casas particulares tibetanas tenían perros guardianes, tremendos mastines capaces de tumbar a un hombre en un momento y destrozarlo; pero estos perros pueden ser dominados con habilidad y es posible alejarlos por diversos medios. En cambio, los gatos, si empezaban a atacar, no había manera de librarse de ellos. Sólo su muerte podía interrumpir el ataque. Eran de la raza que suele llamarse «siamesa». Por el frío del Tíbet, esos gatos son casi negros. En los países cálidos, según me han dicho, los gatos siameses son blancos, pues la temperatura influye en su color.
Tenían los ojos azules y muy largas las patas traseras, dándoles esta característica un extraño andar. Sus colas son largas y como látigos. Y sus voces son impresionantes. No hay en el mundo otros gatos que tengan esa voz. Su volumen y su riqueza de tonos son de una increíble variedad.
Estos gatos, cuando estaban de servicio en el templo, eran unos estupendos vigilantes, siempre alerta y moviéndose continuamente con pasos silenciosos, como misteriosas sombras. Si alguien intentaba llegar hasta los montones de joyas —que no estaban guardadas por ningún otro medio—, un gato saltaba del sitio más inesperado, quizá de lo alto de una imagen, y caía sobre el brazo del ladrón. Si éste no conseguía huir inmediatamente (y para ello tendría que llevarse encima al felino), otro gato le caía en la garganta.
Y téngase en cuenta que estos gatos tienen garras de doble longitud que los gatos corrientes. A los perros se les puede alejar con un palo o envenenar o bien sujetarlos. Pero a nuestros gatos siameses no hay manera de quitárselos de encima. Cuando luchan con los más fieros mastines los ponen en fuga a los pocos minutos. Mientras estaban de servicio, sólo podían acercarse a ellos los que los conocían «personalmente».
Continuando nuestro paseo, seguimos por la carretera hasta doblar a la derecha por el Pargo Kaling. Dejamos atrás el pueblo de Shó. Pasamos por el Puente de la Turquesa y torcimos a la derecha, en el sitio llamado la Casa de Doring. Así llegamos junto a la antigua Misión China. Entonces me dijo el lama Mingyar Dondup:
—Ha llegado una nueva Misión china, como ya te he dicho. Vamos a ver qué clase de gente es ésta.
Mi primera impresión fue muy desfavorable. Aquellos hombres se movían con arrogancia por dentro de la casa deshaciendo su equipaje. Traían armas suficientes para equipar a un pequeño ejército. Por ser yo entonces todavía un niño, podía «investigar» con mucha mayor libertad que los adultos. Con toda tranquilidad me acerqué a una ventana abierta, y así estuve un rato hasta que uno de los chinos se fijó en mí. Lanzó una maldición en chino, expresando serias dudas sobre la honradez de mis antepasados.
En cambio, no parecía dudar de cuál iba a ser mi futuro, porque se dispuso a arrojarme a la cabeza lo primero que encontró a mano. Pero me aparté y el hombre quedó desconcertado. En unos segundos me había perdido de vista.
—Las auras de esa gente son terriblemente rojas.

Durante todo el camino de regreso, el lama Mingyar Dondup fue muy pensativo. Horas después, cuando terminamos de cenar, me dijo:
—He estado meditando acerca de esos chinos. Voy a proponerle al Dalai Lama que empleemos nuestras facultades especiales. ¿Te consideras capaz de observarlos oculto detrás de un biombo?
—Si crees que puedo hacerlo, Maestro, sin duda alguna podré hacerlo.
El día siguiente no pude ver a mi Guía, pero al otro me dio clase por la mañana, como de costumbre; y después del almuerzo me dijo:
—Esta tarde vamos a dar un paseo, Lobsang. Aquí tienes un pañuelo de primera calidad; así que no necesitas de tu clarividencia para saber adónde iremos. Te doy diez minutos para que te prepares y luego ven a reunirte conmigo en mi habitación. Yo antes he de ver al Abad.
Descendimos de nuevo la Montaña de Hierro por aquella senda tan pendiente y escabrosa. Tomamos un atajo y llegamos muy pronto al Norbu Linga. Al Dalai Lama le gustaba mucho este Parque de la Joya y pasaba allí casi todo su tiempo libre. El Potala era un sitio magnífico por fuera, pero en su interior resultaba la atmósfera demasiado cargada con tanto incienso y tanto humo de lamparillas. Durante siglos había estado cayendo la grasa de las lamparillas en el suelo y era frecuente que los solemnes lamas se dieran formidables resbalones que los dejaban en ridículo. Como es natural, el Dalai Lama no quería exponerse a dar tan risible espectáculo y por eso se quedaba en los jardines todo el tiempo que podía.
El Parque de la Joya estaba rodeado por una cerca de piedra de unos tres metros de altura. El parque tiene sólo un siglo. Dentro hay un palacio con torrecillas de oro y consiste en tres edificios donde se realiza el trabajo oficial. El recinto interior, formado por otro muro de piedra, era el jardín privado del Dalai Lama. Se ha dicho que los altos funcionarios no podían penetrar en ese recinto, pero esto no es cierto. Yo he estado allí unas treinta veces y sé lo que digo. Había en el parque un lago artificial con dos islas, en cada una de las cuales se elevaba una casa de verano. El Dalai Lama pasaba mucho tiempo en estas casas y meditaba muchas horas. Dentro del parque había un cuartel donde se alojaban unos quinientos hombres, que constituían la guardia personal del Dalai Lama.
A aquel lugar era adonde me conducía el lama Mingyar Dondup. Era mi primera visita al parque. Cruzamos una puerta muy ornamental que daba entrada al Recinto privado. Una gran variedad de aves picoteaban en el suelo en busca de comida. No se asustaron. Ni uno de estos pájaros salió volando; más bien parecían esperar que nosotros nos desviásemos para no molestarlos. El lago era de lo más plácido y liso, como la superficie de un espejo de metal muy bien pulido. La vereda de piedra estaba recién blanqueada y por ella fuimos hasta la más alejada de las dos islas, donde el Más Profundo parecía sumido en importante meditación. Al acercarnos, levantó la vista y nos sonrió. Nos arrodillamos, pusimos los pañuelos sobre sus pies y nos dijo que nos sentásemos frente a él. Tocó una campanilla para que sirviesen el té, sin el cual no empezará una conversación seria ningún tibetano.
Mientras esperábamos, me habló de las diferentes clases de animales que tenía en el parque y me prometió enseñármelos más tarde.
Por fin llegó el té. En cuanto se alejó el lama que lo había traído, me dijo el Dalai Lama:
—Mi buen amigo Mingyar me dice que no te gustan los colores áuricos de la Delegación china. Dice también que traen muchas armas. Nunca has fallado en las pruebas de clarividencia. Dime, ¿qué opinas de esos hombres?
Aquello me molestaba. No me gustaba contar —excepto a mi Guía— lo que veía en las auras y lo que significaban para mí. Yo tenía la convicción de que si una persona no «veía» por sí misma era que tampoco debía enterarse. Pero ¿cómo podía decirle aquello al Jefe del Estado? Sobre todo si éste no era clarividente.
—Honorable Precioso Protector —dije por fin—, no estoy dotado para leer las auras de los extranjeros. Mi opinión no tendría valor alguno.
De nada me sirvió esta respuesta, pues el Más Profundo me dijo en seguida:
—Como poseedor de talentos muy especiales, perfeccionados por las Artes de nuestros Antiguos, es tu deber decir lo que sepas. Te hemos preparado para ello. De modo que di lo que sepas.
—Honorable Precioso Protector, esos hombres tienen malas intenciones.
El color de sus auras revela que son traidores.
Sólo dije eso. El Dalai Lama pareció satisfecho.
—Bien, me has dicho lo mismo que a Mingyar. Mañana te ocultarás detrás del biombo y observarás mientras están aquí los miembros de la Misión china. Has de tener la absoluta seguridad, comprendes? Escóndete ahora para ver si nadie podría darse cuenta de que estás ahí dentro.
La prueba demostró que se me veía un poco. Los leones chinos fueron movidos levemente y por fin quedé bien oculto.
Entraron unos lamas como si fueran la Delegación china. Trataban de localizarme. Sorprendí los pensamientos de uno de ellos. « si lo descubro me ascenderán! Pero estaba mirando para el lado contrario a donde yo me hallaba. El Dalai Larna, satisfecho, me hizo salir de mi escondite y me dijo que me presentase allí al día siguiente, que era cuando le visitaría la Misión china con el objeto de hacerle firmar un tratado. Mi Guía y yo regresamos a nuestra lamasería.
El día siguiente, hacia las once de la mañana, volvimos al Recinto privado.
El Dalai Lama me sonrió y ordenó que me dieran de comer antes de esconderme. Nos trajeron al lama Mingyar Dondup y a mí unos excelentes manjares, algo que habían importado de la India en latas. No sé lo que era,

pero me encantó variar de mi dieta, siempre igual: tsampa, té y nabos. Bien fortalecido con esta comida, me encontraba dispuesto a soportar varias horas de inmovilidad en mi escondite. Para mí y para cualquier lama la absoluta inmovilidad es algo sin importancia. Para la meditación nos pasábamos horas enteras sin movernos en absoluto. Por ejemplo, era corriente que me pusieran una lámpara en la cabeza y tenía que permanecer inmóvil en la actitud del loto hasta que se apagaba la lámpara por sí sola. Esto podía durar unas doce horas. Así que las tres o cuatro horas que se me pedían ahora nada significaban para mí.
Frente a mí se sentó el Dalai Lama en la actitud del loto, en su trono situado a dos metros del suelo. Tanto él como yo estábamos completamente inmóviles. De pronto sonaron por los pasillos unos gritos soeces y muchas exclamaciones en chino. Después supe que les habían descubierto unos bultos sospechosos debajo de las túnicas y, al registrarlos, les habían sacado muchas armas. Por fin los dejaron entrar. Acompañados por los guardias del Dalai Larna entraron en el Recinto privado. Un alto lama entonaba:
«Orn! Ma-ni pad-me Hum!» Y los chinos en vez de repetir el mismo mantra como ordena la cortesía usaron la forma china: «0-mi-tó-fo» (que significa:
« oh Amida Buda!»). En seguida pensé: En fin, Lobsang, tu tarea es fácil. Esta gente enseña sus verdaderos colores.
Desde mi escondite observaba la oscilación de sus auras, su brillo opalescente y su color rojo sucio. Estaban claros sus pensamientos de odio, que giraban como un torbellino. Se veían unas franjas y estrías de colores desagradables; no las tonalidades puras y claras de los pensamientos elevados, sino las insanas de aquellos cuyas fuerzas vitales se dedican al materialismo y a la maldad. Eran de esas personas de las que se dice: «Sus palabras eran limpias, pero sus pensamientos eran sucios.» También contemplé al Dalai Lama. Sus colores indicaban tristeza. Y estaba triste porque recordaba su visita a China. Todo lo que veía en el Más Profundo me gustaba. Ha sido el mejor gobernante que ha tenido el Tíbet.
Es cierto que tenía mal genio y cuando se irritaba se le ponía el aura de un rojo vivo; pero en nuestra historia quedará como el Dalai Lama que con más devoción ha servido a su país. Desde luego, yo le tenía un gran afecto y sólo había una persona a quien estimase más que a él: el larna Mingyar Dondup, por quien sentía más afecto.
La entrevista no condujo a nada positivo, ya que aquellos hombres no iban como amigos, ni de buena fe. Sólo pensaban en salirse con la suya, sin importarles los medios. Querían territorios, querían dirigir la política del Tíbet y... ¡querían oro!. Esto último era lo que más les atraía desde hacía muchos años. En el Tíbet hay cientos de toneladas de oro, pero lo consideramos como un metal sagrado. Según nuestras creencias, la tierra queda maldita si se saca de ella el oro; de modo que se le deja en los yacimientos.
Sólo se pueden coger algunas pepitas que arrastran los ríos. He visto oro en la región de Chang Tang, a la orilla de rápidas corrientes, lo mismo que se ve arena a la orilla de cualquier río. Esas pepitas —o «arena»— las fundíamos para hacer adornos de los templos. Para nosotros, el oro es metal sagrado para usos también sagrados. Incluso las lamparillas las hacemos de oro. Desgraciadamente, el metal es tan blando que esos objetos se retuercen con mucha facilidad.
El Tíbet tiene una extensión ocho veces mayor que la de las Islas Británicas.
Grandes zonas están aún sin explorar, pero en mis viajes con el lama Mingyar Dondup he visto que tenemos oro, plata y uranio. Nunca hemos permitido que los occidentales exploren nuestro terreno a causa de la vieja leyenda: «A donde va el hombre de Occidente allí hay guerra.» El lector debe recordar cuando lea «trompetas de oro», «platos de oro», «cuerpos cubiertos de oro», que el oro es un metal muy abundante en el Tíbet y que no se considera como un metal precioso, sino sagrado. El Tíbet podría ser uno de los grandes almacenes del mundo si la Humanidad trabajase al unísono para lograr la paz en vez de esforzarse tan inútilmente por conquistar el poder.
Una mañana entró a verme el lama Mingyar Dondup cuando yo copiaba un viejo manuscrito.
—Lobsang, tendrás que dejar eso por ahora. El Precioso ha enviado a buscarnos. Tenemos que ir al Norbu Linga, y los dos juntos, ocultos, hemos de analizar los colores de un extranjero que ha llegado del mundo occidental.
Tenemos que darnos mucha prisa porque el Más Profundo quiere vernos y hablar con nosotros antes. Esta vez no habrá pañuelos ni ceremonias.
Es muy urgente.
Le miré un instante y enseguida me puse en movimiento.
—Sólo el tiemp o de ponerme una túnica limpia, Honorable Maestro.
No tardé en arreglarme. Caminamos a toda prisa y llegamos a las puertas de Norbu Linga o Parque de la Joya. Los guardias se disponían a alejarnos cuando reconocieron al lama Mingyar Dondup. Cambiaron de actitud inmediatamente. Nos llevaron al Jardín Interior, donde se hallaba el Dalai Lama. Me desconcertaba no tener ningún pañuelo que ofrecerle y no sabía cómo acercarme a él. Pero el Más Profundo nos miró sonriente y dijo:
—Siéntate, Mingyar, y tú también, Lobsang. Veo que os habéis dado mucha prisa.
Nos sentamos y esperamos a que El nos dijese lo que deseaba de nosotros.
Estuvo meditando un buen rato, como si ordenase sus pensamientos en determinado orden de batalla. Por fin dijo:
—Hace algún tiempo, el Ejército de los Bárbaros Rojos (los ingleses) invadió nuestra sagrada tierra. Me marché a la India y desde allí emprendí otros largos viajes. En el Año del Perro de Hierro (1910) los chinos nos invadieron como resultado directo de la invasión británica. De nuevo me refugié en la India y allí conocí al

hombre que veremos hoy aquí. Cuento todo esto por ti, Lobsang, ya que Mingyar estaba conmigo. Los ingleses hicieron promesas que no cumplieron. Ahora quiero saber si este hombre habla con una lengua o con dos, si es sincero o hay doblez en él. Tú, Lobsang, no entiendes su idioma y así estarás libre de toda influencia. Desde esa ventana cubierta con una celosía podrás observarlo tranquilamente. Tu presencia no será descubierta. Anotarás tus impresiones sobre los colores astrales del extranjero, como te ha enseñado tu Guía, que tanto te elogia siempre. Indícale dónde ha de ocultarse, Mingyar, ya que Lobsang está más acostumbrado a ti que a mí... Es más, ¡estoy convencido de que consideras a Mingyar Dondup superior al propio Dalai Lama!

Oculto detrás de la celosía, estaba ya cansado de esperar —aunque no fisicamente— y me entretenía mirando al jardín, a los pájaros, a las ramas de los árboles movidas por la brisa... E incluso tomaba de vez en cuando, temiendo que alguien me sorprendiera, algún bocado de la tsampa que llevaba en la túnica. Las nubes navegaban majestuosamente por el cielo y pensaba en lo mucho que me gustaría sentir el balanceo de una de aquellas enormes cometas de Tra Yerpa y oír el silbido del viento rozando la seda y sacudiendo la cuerda. De pronto, me sobresaltó un gran ruido, y por un momento llegué a creer que efectivamente me encontraba en una cometa y que me había quedado dormido y que me había estrellado contra el suelo.

Pero se trataba sencillamente de la puerta del Recinto privado que acababan de abrir. Unos lamas de dorado hábito precedían a un ser de extraordinario aspecto. Hube de contenerme para no soltar una carcajada. Era un hombre alto y delgado, de rostro pálido, cabello blanco y ojos hundidos, con una boca fina y de expresión dura. Pero lo que me impresionaba de él —con una cómica impresión, desde luego— era su absurdo traje. Era un extraño atavío de tela azul y con unas filas de redondelitos brillantes. Por lo visto, algún sastre muy inexperto le había hecho la ropa, pues el cuello le quedaba tan ancho que tenía que cruzárselo por delante. Además a los lados llevaba como unos parches que supuse serían remiendos simbólicos semejantes a los que nosotros llevábamos para imitar la humilde vestimenta de Buda. Los bolsillos occidentales nada significaban para mí en aquella época, ni las solapas, ni las demás características de los trajes de Occidente.

En el Tíbet, todos los que no necesitan realizar trabajos manuales llevan unas largas mangas que les ocultan las manos. Aquel hombre tenía unas mangas ridículamente cortas que sólo le llegaban a la muñeca. «Sin embargo, no puede ser un labrador —me dije—, pues sus manos son demasiado suaves. Quizá no sepa cómo debe vestir un hombre de elevada condición.

Pero lo más chocante era que la túnica de aquel individuo terminaba donde sus piernas se unían al tronco. Aquello lo atribuía pobreza. El desgraciado no podría permitirse utilizar más tela. Y los pantalones, ceñidos disparatadamente a las piernas y demasiado largos, tenían los extremos inferiores doblados. « molesto y avergonzado se debe de sentir al presentarse así ante el Más Profundo! Supongo que alguien de su misma estatura le prestará algún traje decente.» Y entonces le miré los pies. Llevaba en ellos unas cosas negras brillantes, como si estuvieran cubiertas de hielo. No eran botas de fieltro como las usadas por nosotros. De todo lo que había visto hasta entonces en mi vida me había asombrado tanto como aquel calzado.

Casi automáticamente fui anotando los colores que veía y la interpretación que iba dándoles. A ratos el hombre hablaba en tibetano, bastante bien para ser un extranjero, pero en seguida volvía a expresarse en su idioma, una notable serie de sonidos que yo no había oído en mi vida. Cuando volví a ver al Dalai Lama, aquella misma tarde, me explicó que este galimatías se llamaba inglés.

El extranjero me asombró al meter la mano en uno de esos parches laterales de su corta túnica y sacar de él un trozo de tela blanca. Cuando aún no me había repuesto de la impresión de verle ejecutar este irrespetuoso movimiento delante del Dalai Lama, me sobresaltó con algo aún más extraordinario:

se llevó el trapo blanco a la nariz y a la boca e hizo un ruido como de trompetilla. Pensé: “Este debe de ser un saludo que los occidentales reservan para el Dalai Lama.” Terminado el curioso saludo, el extranjero volvió a guardarse el trapo cuidadosamente en el mismo parche lateral.

Luego metió la mano en otros parches semejantes que llevaba en diversos sitios y sacó unos papeles de una clase que nunca había visto yo: blanco, fino, y brillante, no como el nuestro, que era basto, grueso y rugoso. «¿cómo podrán escribir en eso? —me pregunté yo—. ¿Cómo podrán raspar con fuerza sin romperlo?» Entonces, el extranjero sacó del interior de su media túnica un palito de madera pintada con algo en el centro que parecía hollín.

Apoyó este instrumento en el papel y empezó a moverlo. Supuse que no sabía escribir, que imitaba con la nariz el sonido de una trompetilla, que ni siquiera podía sentarse como las demás personas... Para colmo, no se estaba quieto y hacía un movimiento extrañísimo cruzando y descruzando las piernas. Hubo un momento en que llegué a horrorizarme. El hombre le vantó la punta de uno de sus pies de modo que apuntaba con ella al Dalai Lama, terrible insulto que no se perdonaría a un tibetano. Pero debió de darse cuenta, porque se apresuró a descruzar las piernas.

A pesar de esta serie de faltas de respeto, el Dalai Lama trataba a este individuo con toda consideración. Con gran estupefacción mía, el propio Dalai Lama se sentó en otra de aquellas sillas y dejó colgar las piernas hasta el suelo. El visitante tenía un nombre rarísimo. Se llamaba Instrumento Musical Femenino’ (ahora le llamaría C. A. Bell). Sus colores áuricos me indicaron que su Salud era muy precaria, probablemente debido a que vivía en un clima que no le sentaba bien. Deduje que el hombre quería sinceramente ayudarnos, pero sus colores revelaban también que temía incurrir en el enojo de su Gobierno y que éste tomase contra él alguna medida que afectara al importe de la pensión que había de pagarle durante los años que le restasen de vida cuando dejase de trabajar. Vi que deseaba tomar una actitud, pero que su Gobierno no se lo permitía, de manera que

se veía obligado a decir una cosa y esperar que la cosa contraria —lo que él había intentado hacer aceptar a su Gobierno— resultase con el tiempo la más acertada.
Luego vi que sabíamos muchas cosas sobre este míster Bell: la fecha de su nacimiento, y muchos momentos cumbres de su carrera, lo cual nos serviría para montar su horóscopo. Los astrólogos descubrieron que Bell había vivido en el Tíbet en encarnaciones anteriores y que durante su vida anterior había expresado su deseo de reencarnar en el Occidente con la esperanza de contribuir a un entendimiento entre Oriente y Occidente. Hace poco tiempo me dijeron que ha contado esto mismo en un libro que ha escrito.
Hemos llegado a la conclusión de que si este hombre hubiera podido influir en su Gobierno en el sentido que él quería, no habría llegado a producirse la invasión comunista de mi país. Sin embargo, las predicciones habían dicho que esta invasión se produciría, y las predicciones nunca se equivocan.
Según parece, el Gobierno inglés estaba muy alarmado porque sospechaba que el Tíbet había celebrado tratados con Rusia. Esto no es digno de los ingleses. Gran Bretaña no quería llegar a ningún acuerdo con el Tíbet y, por otra parte, quería impedir que el Tíbet se hiciera otros amigos. Todo el mundo podía firmar tratados de amistad, comerciales, o de mutua defensa, menos nosotros; y ante la sospecha de que hubiésemos llegado a hacerlo, Gran Bretaña se proponía invadirnos o estrangulamos, lo mismo daba. Este Mr. Bell, que nos conocía bien, estaba convencido de que no nos interesaba alia rnos con ningún país. Sólo deseábamos que nos dejasen solos, que nos dejasen vivir la vida a nuestro modo. Los extranjeros no nos habían traído sino pérdidas, trastornos y penalidades.
Al Más Profundo le agradaron las observaciones y comentarios que le hice, siguiendo mis anotaciones, cuando el extranjero se hubo marchado.
¡Pero aquello sólo sirvió para que el Dalai Lama se convenciera de la necesidad de hacerme trabajar más!
—Sí, sí, Lobsang —exclamó—, hemos de hacerte trabajar mucho más. Así estarás mejor preparado cuando viajes por los países extranjeros.
Te aplicaremos más tratamiento hipnótico para que almacenes todos los conocimientos que nosotros poseemos ahora.
—Tocó la campanilla y acudió uno de sus lamas-ayudantes—. ¡Que venga Mingyar Dondup inmediatamente!
Unos minutos después se presentó mi Guía. Venía con toda calma. Por nada del mundo se apresuraba aquel hombre. Y el Dalai Lama, que lo trataba como un amigo íntimo, no le dio prisa. Mi Guía se sentó junto a mí, frente al Precioso. Llegó a toda prisa un ayudante con té y «cosas de la India ». Cuando nos hubimos sentado, el Dalai Lama dijo:
—Mingyar, has acertado; este muchacho tiene talento. Pero aún se puede perfeccionar más y debe desarrollarse. Toma todas las medidas que estimes convenientes para que esté preparado lo mejor y más pronto posible.
Emplea todos los recursos de que disponemos, ya que, como se nos ha advertido tantas veces, vendrán malos tiempos para nuestro país y debemos disponer de alguien que esté en condiciones de compilar el Archivo de las Antiguas Artes.
Así, tuve que aprovechar aún más el tiempo. A veces, me sacaban de mis estudios para que interpretase los colores de alguna persona: un abad de alguna lejana lamasería, algún dirigente político de una provincia no menos distante... Fui uno de los más asiduos visitantes del Potala y del Norbu Linga. En el primero me permitían usar a mi antojo los telescopios que tanto me distraían, sobre todo uno de enorme tamaño montado sobre un gran trípode, un telescopio astronómico. Me pasaba muchas horas de la noche contemplando las estrellas y la Luna...
El lama Mingyar Dondup y yo íbamos con frecuencia a la ciudad de Lhasa para observar a los visitantes. La gran clarividencia de mi Guía, su amplio conocimiento de las gentes y su gran sabiduría, le permitían comprobar y ampliar mis interpretaciones. Era de apasionante interés detenerse ante el puesto de un mercader y escuchar cómo alababa el hombre sus mercancías y comparar estos pregones con sus pensamientos, que para nosotros estaban tan claros como sus palabras. Además, mi memoria se desarrolló mucho. Durante muchas horas escuchaba los pasajes que me leían y luego los repetía al pie de la letra. Para facilitar este aprendizaje me hacían caer en trance hipnótico mientras me leían trozos de las más viejas escrituras.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO.

EL NORTE SECRETO... Y LOS YETIS.

Por aquella época fuimos a las montañas de Chang Tang. En este libro sólo dispongo de espacio para una breve descripción de esa región. Para contar aquella expedición con la extensión que merece serían necesarios varios libros. El Dalai Lama había bendecido uno por uno a los quince miembros de la expedición y todos partimos entusiasmados, montados en mulas; las mulas llegan a donde no llegan los caballos. Avanzamos lentamente por el Ten gri Tso y seguimos hacia los inmensos lagos de Zilling Nor y mucho más hacia el norte. Poco a poco escalamos la cordillera de Tangla y llegamos por fin a un territorio absolutamente inexplorado. Es difícil decir el tiempo que tardamos, ya que el tiempo nada significaba para nosotros. No teníamos por qué apresurarnos; reservábamos nuestras energías para lo que luego había de venir.
Aquella región, cada vez era más elevada, me recordaba el paisaje lunar que solía mirar por el telescopio del Potala: interminables cadenas de montañas y barrancos de una profundidad insondable. Aquí el paisaje era

igual: montañas ligadas unas a otras, inacabablemente, y precipicios sin fondo. Avanzábamos por este «paisaje lunar» y a cada momento se nos hacía más difícil la marcha, hasta que las mulas no pudieron continuar. El aire rarificado las agotaba; les era imposible subir por los rocosos puertos por donde nosotros gateábamos penosamente gracias a las cuerdas de pelo de yak. Dejamos las mulas en el sitio más abrigado que pudimos encontrar y con ellas se quedaron los cinco miembros más débiles de la expedición.
Les protegía de las terribles ráfagas de viento una roca saliente que se elevaba a gran altura y a cuya base había una caverna que el tiempo con su erosión había abierto en la parte más blanda de la roca. Desde allí arrancaba una vereda que bajaba en precipitada pendiente hasta un valle donde crecían, aunque esparcidos y escasos, algunos pastos con que podrían alimentarse las mulas. Por aquella meseta corría un riachuelo que luego caía en catarata por otro precipicio que comenzaba al borde del valle. Y caía a centenares de metros de profundidad, tanto, que se dejaba de oír hasta el ruido de su caída.
Allí descansamos dos días. Nos dolía la espalda del peso de nuestra impedimenta y parecía como si nos fuesen a estallar los pulmones por falta de aire. Después de aquel descanso, proseguimos la ascensión cruzando hondonadas y barrancos. Para pasar sobre algunos de éstos teníamos que arrojar ganchos que se clavaban en el hielo y a los que habíamos atado cuerdas con la esperanza de que no se soltaran. El que pasaba a la otra parte del precipicio ayudaba a los demás. A veces no podíamos clavar los ganchos y entonces uno de nosotros se ataba la cuerda a la cintura y oscilaba como un péndulo para pasar al otro lado y tender desde allí la cuerda. Esto lo hacíamos por turno, pues era una tarea muy difícil y peligrosa. Un monje murió. Se había elevado mucho por nuestra parte del precipicio y al dejarse balancear calculó mal el impulso y se estrelló contra el muro de enfrente con terrible fuerza, dejándose pedazos de la cara y del cerebro en las dentadas rocas. Rescatamos el cuerpo tirando de la cuerda, y le hicimos un funeral.
No podíamos enterrar el cadáver porque sólo había por allí rocas; de modo que le dejamos expuesto al viento, a la lluvia y a las aves. El monje a quien tocaba el turno estaba muy nervioso y le sustituí yo. Tenía la convicción de que, con las predicciones que se habían hecho sobre mi porvenir, nada podría sucederme y mi fe quedó recompensada. A pesar de la predicción, me balanceé con mucha precaución y alcancé el borde del otro lado con la mayor suavidad posible. El corazón me latía como si fuera a estallar y por fin conseguí mi objetivo. Mis compañeros me siguieron uno por uno.
En lo alto del precipicio descansamos un poco y nos hicimos té, aunque a semejante altitud no podía calentarnos el té. Algo menos cansados, volvimos a cargarnos con nuestros bultos y proseguimos hacia el corazón de esta terrible región. Pronto llegamos a una capa de hielo —quizás un glaciar— y nuestro avance se hizo aún más penoso. Carecíamos de botas claveteadas, de hachas para el hielo, así como de lo demás que suele constituir el equipo de un montañero; nuestro equipo consistía sólo de unas botas corrientes de fieltro, cuyas suelas estaban atadas con pelo de yak para que agarrasen mejor, y las cuerdas y ganchos imprescindibles.
Conviene saber que en la mitología tibetana hay un infierno frío. El calor es una bendición para nosotros, de modo que como símbolo de mayor castigo hubo que hacer que el infierno fuera frío. ¡Esta excursión por las montañas me demostraba lo que puede ser el frío!
Después de tres días de este avance tan dificultoso por la helada superficie, temblando con el viento gélido y deseando no haber visto nunca aquel lugar, nos condujo el glaciar en pendiente hasta un paso entre dos filas de gigantescas rocas. Descendíamos sin cesar, a tropezones y resbalando, hasta una profundidad incalculable. Por fin, varios kilómetros más allá, doblamos una arista montañosa y nos encontramos de pronto con una densa neblina blanca. Al principio no sabíamos si era nieve o una nube, porque se presentaba con una compacta blancura. Al acercarnos vimos que era efectivamente niebla que se deshilachaba.
El lama Mingyar Dondup, el único de nosotros que había estado antes allí, sonrió satisfecho y dijo:
—Os veo muy mohínos, pero debéis alegraros porque vais a tener una sorpresa muy agradable.
Nada veíamos que pudiera ser agradable: niebla, frío insoportable, hielo bajo nuestros pies y un cielo congelado cubriéndolo todo. Y unas rocas con colmillos como los de la boca de un lobo, rocas que nos causaban magulladuras y arañazos. ¿A qué placer podía referirse mi Guía?
Avanzábamos envueltos en la niebla y casi arrastrando los pies sin saber adónde íbamos. Nos apretábamos los hábitos para darnos una ilusión de calor y jadeábamos y temblábamos de frío. De pronto nos detuvimos todos, petrificados de asombro y terror. La niebla estaba caliente, y el suelo también.
Los que venían detrás tropezaron con nosotros. Algo tranquilizados, dentro de nuestra estupefacción, por la risa del lama Mingyar Dondup, reanudamos a ciegas la marcha para alcanzar al que iba en vanguardia y que avanzaba dando golpes en el suelo con su bastón como un ciego. Empezamos a tropezar en piedras y nuestras botas resbalaban en un suelo de guijarros.
¿Piedras? ¿Guijarros? Entonces, ¿dónde estaba el hielo? De repente se aclaró la niebla y nos en contramos con... en fin, miré a mi alrededor creyendo que me había muerto de frío y que había ido a parar a los Campos Celestiales. Me froté los ojos con las manos, ya calientes, me pellizqué y di con los nudillos contra una piedra para ver si seguía siendo carne y no sólo espíritu. Miré en torno mío con más calma y vi que mis ocho comp añeros estaban allí. ¿Sería posible que todos nos hallásemos ya en el cielo? En tal caso tendría que estar con nosotros el décimo miembro de la expedición que se había matado contra la roca. O, por el contrario, ¿éramos todos nosotros dignos de disfrutar de aquel paraíso?
Treinta latidos antes estábamos temblando de frío al otro lado de la cortina de niebla. Ahora, treinta latidos después —por el reloj de nuestro corazón— estábamos a punto de desmayarnos de calor. Del suelo brotaban

nubecillas de vapor y la atmósfera vibraba a causa de éste. Junto a nosotros corría un arroyuelo de agua casi hirviendo. Nos rodeaba una hierba intensamente verde. Nunca he visto un verdor semejante. Unas plantas de anchas hojas nos llegaban a la altura de la rodilla. Estábamos deslumbrados y atemorizados. Indudablemente, aquello era cosa de magia. Entonces, el lama Mingyar Dondup nos dijo:
—Si la primera vez que yo lo vi puse la cara que tenéis ahora vosotros, ¡vaya aspecto que tendría! Parece como si creyerais que los dioses del hielo os están gastando una broma pesada.
Estábamos inmovilizados por el asombro y el temor, y mi Guía nos dijo:
—Saltemos sobre el arroyo y con mucho cuidado de no caernos dentro porque el agua está hirviendo. Pocos kilómetros más allá llegaremos a un sitio magnífico donde podremos descansar.
Como siempre, tenía razón. A poco más de cuatro kilómetros nos tumbamos en el suelo cubierto de musgo, no sin antes quitarnos las túnicas, pues no podíamos resistir el calor. Había allí árboles que nunca había visto y que probablemente nunca volveré a ver. Por todas partes crecían flores de vivo colorido. Unas espléndidas enredaderas subían por los troncos de los árboles y colgaban de sus altas ramas. Un poco a la derecha del delicioso lugar en que reposábamos había un pequeño lago cuyas ondas y círculos indicaban la vida que encerraba en sus aguas. Aún no habíamos podido reaccionar contra la impresión recibida y seguíamos convencidos de que estábamos ya fuera de la Tierra. Lo que no sabíamos es si era el frío lo que nos había matado o la primera oleada de calor que recibíamos.
El follaje era de una exuberancia increíble. Ahora que he viajado mucho puedo calificarla de vegetación tropical, pero vimos varias clases de aves que ni siquiera ahora sé cuáles son. Era un terreno volcánico en el que abundaban los manantiales de agua caliente y percibíamos olores sulfurosos.
Mi Guía nos dijo que sólo existían dos lugares como aquél en las mo ntañas tibetanas.
Nos explicó que el calor subterráneo y las corrientes de agua hirviente fundían el hielo, y que las altísimas murallas rocosas aprisionaban el aire caliente. La densa niebla blanca que habíamos cruzado era como la frontera de la zona fría y la caliente. También nos dijo que había visto esqueletos de animales gigantescos, animales que en vida debieron de tener unos diez metros de altura. Más adelante pude yo ver esos esqueletos.
Allí fue donde por primera vez vi un yeti. Estaba yo inclinado cogiendo hierbas medicinales cuando algo me hizo levantar la cabeza. A unos nueve metros de mí se hallaba el extraño ser del que tanto había oído hablar. Los padres tibetanos suelen asustar a sus niños cuando son traviesos, diciéndoles: «Si no eres bueno, te llevará un yeti.» Por fin, pensé, unyeti iba a llevarme con él. Y, la verdad, no me hacía gracia. Nos quedamos mirándonos fijamente, inmovilizados por el miedo, durante un tiempo que me pareció eterno. Me estaba señalando con una mano mientras emitía un curioso maullido. Me pareció notar que le faltaban los lóbulos frontales y que la frente la tenía aplastada a partir de las mismas cejas, muy pobladas e hirsutas. También la barbilla le retrocedía y tenía los dientes muy anchos y salientes. Sin embargo, la capacidad de su cráneo, con excepción de la frente, resultaba muy parecida a la del hombre moderno. Sus manos eran grandes, y también sus pies. Era patizambo y con los brazos mucho más largos de lo normal. Observé que el yeti andaba con la parte exterior de los pies, como los seres humanos. Los monos y animales semejantes no andan con las palmas de las manos y los pies.
Seguramente debí de hacer algún movimiento brusco, quizás un brinco, cuando pude reaccionar, porque el yeti chilló de pronto, se volvió y se alejó dando saltos. Me pareció que daba los saltos con una sola pierna. Mi reacción fue también salir corriendo... en la dirección opuesta, claro está.
Luego, cuando pude pensar con calma sobre aquel encuentro, llegué a la conclusión de que había batido el récord tibetano de sprint para altitudes su periores a siete mil metros. Luego vimos varios yetis a lo lejos. Se apresuraron a esconderse en cuanto nos divisaron y nosotros, por supuesto, no los perseguimos. El lama Mingyar Dondup nos dijo que estos yetis eran precedentes de la raza humana que habían tomado un camino diferente en la evolución y que sólo podían vivir en los sitios más recónditos. Con gran frecuencia hemos oído historias de yetis que han abandonado estas regiones para hacer incursiones cerca de los sitios habitados. Se habla también de yetis machos que han raptado a mujeres solitarias. Quizá sea éste el procedimiento que siguen para perpetuar su especie. Algunas monjas tibetanas nos lo han confirmado. Concretamente recuerdo que en un monasterio de monjas nos dijeron que una de ellas fue raptada por un yeti una noche en que se había alejado. Sin embargo, no es de mi competencia escribir sobre estas cosas. Sólo puedo decir que he visto yetis y crías de yetis, y también esqueletos de estos seres casi fabulosos.
Algunas personas han puesto en duda lo que he contado sobre los yetis.
Incluso se han escrito libros sobre ellos; pero sus autores reconocen que no han visto ni uno. Yo, en cambio, los he visto. Hace años se reían de Marconi cuando aseguró que iba a enviar un mensaje por radio a través del Atlántico. Los sabios occidentales dictaminaron solemnemente que el hombre no podría viajar a más de setenta y cinco kilómetros por hora, ya que pasada esa velocidad morirían por la presión del aire; y cuando se decía que existían unos peces que eran «fósiles vivientes», se consideraba esto una patraña. Ahora los hombres de ciencia los han visto, los han capturado y disecado. Y si el hombre occidental se sale con la suya, nuestros pobres yetis serán también capturados, disecados, conservados en alcohol.
Creemos que los yetis se han refugiado en estas zonas montañosas y que en el resto del mundo se ha extinguido su especie. Cuando se ve uno de ellos por primera vez produce una impresión de terror. La segunda vez se siente compasión por estas criaturas de una época antiquísima que están condenados a desaparecer por las exigencias de la vida moderna.

Estoy dispuesto, cuando expulsen a los comunistas del Tíbet, a acompañar a una expedición de escépticos y enseñarles nuestros yetis. Merecerá la pena ver las caras que ponen estos hombres tan civilizados cuando se enfrenten con algo tan ajeno a su experiencia materialista. Podrán llevar reservas de oxígeno y todo el equipo técnico moderno. A mí me bastará con mi viejo hábito monacal. Las cámaras fotográficas y cinematográficas probarán la verdad. En aquellos días no contábamos en el Tíbet con máquinas fotográficas.
Nuestras antiguas leyendas dicen que hace muchos siglos había en el Tíbet playas bañadas por los mares. Y es indudable que se pueden encontrar fósiles de peces y de otras criaturas marinas sólo con excavar un poco.
Los chinos tienen una creencia semejante. Las tablas de Yü, que se hallaban en el pico de Kou-lou del monte Haing, en la provincia de Hu-pei, dicen que El Gran Yü descansó en aquel sitio (en el año 2278 antes de J.C.), después de su formidable trabajo de desecación de las «Aguas del Diluvio », que en aquel tiempo sumergieron a toda China, excepto a las montañas más altas. Creo que la piedra oriental la quitaron de allí, pero hay imitaciones en Wu-ch'ang Su, cerca de Hanpow. También hay una copia en el Templo de Yu -lin, cerca de Shao hsing Fue, en Chekiang. Según nuestras creencias, el Tíbet era entonces un territorio bajo junto al mar y por razones que no hemos llegado a saber hubo unos horribles terremotos, como resultado de los cuales quedaron sumergidos muchos terrenos, mientras otros se elevaron en forma de montañas.
Las montañas de Chang Tang eran ricas en fósiles y en ellas abundaban las pruebas de que toda esta zona había sido costa. Había conchas gigantes de vivos colores, curiosas esponjas de piedra y corales. También era fácil encontrar oro. Las pepitas de oro abundaban tanto como los guijarros.
Los manantiales que brotaban de las profundidades de la tierra salían a todas las temperaturas, desde la ebullición hasta estar casi heladas. Es una tie rra de contrastes fantásticos.
Nos rodeaba una atmósfera caliente y húmeda, cuya existencia en el Tíbet ni siquiera podíamos sospechar. A unos metros, con sólo cruzar el telón de niebla, hacía un frío tan intenso como para cristalizar a un cuerpo humano. Crecían por allí las más raras hierbas medicinales y para encontrarlas habíamos hecho este viaje. También había una gran variedad de frutas que nunca habíamos visto. Las probamos y nos agradaron tanto que comimos más de lo prudente. Esto tuvimos que pagarlo. Durante la noche y todo el día siguiente estuvimos demasiado ocupados, para poder coger hierbas. No estaban nuestros estómagos acostumbrados a tan jugosos alimentos.
Por supuesto, no volvimos a comer ni una sola fruta más.
Nos llevamos todas las hierbas y plantas que pudimos y emprendimos el regreso a través de la niebla. La impresión de frío repentina al otro lado del telón de niebla fue terrible. Es muy probable que todos nosotros sintiéramos el impulso de volver y quedarnos a vivir en el cálido paraíso que acabábamos de abandonar. Uno de nuestros lamas sucumbió con el frío.
Pocas horas después de pasar el telón de niebla cayó al suelo sin sentido, y aunque hicimos todo lo posible por reanimarlo se marchó a los Campos Celestiales aquella misma noche. Se durmió y no despertó ya. Nos repartimos su carga entre los demás a pesar de que íbamos cargados hasta el máximo.
De nuevo recorrimos, ahora en sentido inverso, el camino que tan penosamente trajimos. El calor del oculto valle nos había quitado las pocas fuerzas que nos quedaban y además apenas teníamos ya alimentos. Durante los dos días que tardamos en llegar a donde habíamos dejado las mulas, no comimos en absoluto. Ni siquiera nos quedaba té.
Cuando todavía teníamos que recorrer unos kilómetros, perdimos a otro compañero, víctima del frío, el hambre y el terrible esfuerzo de la marcha. Y cuando por fin llegamos al campamento base, sólo encontramos cuatro monjes esperándonos que corrieron hacia nosotros en cuanto nos vieron para ayudarnos a caminar un poco más cómodamente durante los últimos metros. Sólo eran cuatro. Al quinto se lo había llevado una ráfaga de viento y lo había estrellado contra el fondo del cañón. Poniéndome boca abajo mientras me sostenían por los pies para que no resbalase en la nieve, pude verle allá abajo como una mancha roja. Pero no era sólo el color rojo de su hábito, sino rojo-sangre.
Los tres días siguientes los dedicamos a descansar y recobrar una parte de las energías perdidas. No era sólo el cansancio y el agotamiento lo que nos impedía movernos, sino el espantoso viento que rugía entre las rocas y que lanzaba como proyectiles montones de guijarros metiéndolos en nuestra cueva entre nubes de polvo. El agua del arroyo volaba pulverizada por el viento. Durante la noche la tempestad ululaba en torno a nosotros como una legión de rabiosos demonios que buscasen nuestra carne. De algún sitio cercano nos llegó un ruido como de arrastre, que terminó en un terrible golpe sordo que hizo temblar la tierra. Era un inmenso pedazo de montaña que había sido arrancado por el viento y el agua produciendo un corrimiento de tierras. A primera hora de la mañana del segundo día, antes de que la luz del alba hubiese llegado al valle y cuando estábamos todavía en la luminosidad que precede en las alturas al amanecer, se desprendieron otras enormes rocas del pico en cuya base nos encontrábamos. Las sentimos llegar y nos acurrucamos en el fondo de la cueva, empequeñeciéndonos lo más posible. El alud cayó con un estruendo pavoroso, como si todos los diablos se precipitaran sobre nosotros con sus carros de batalla. Todo tembló en torno nuestro y durante un buen rato siguió cayendo una lluvia de piedras. Desde el fondo del cañón, mucho tiempo después, nos llegó el eco y la vibración de las rocas que caían al fondo. Así quedó enterrado nuestro compañero.
El tiempo empeoraba. Decidimos la marcha para el amanecer del día siguiente, antes de que fuera demasiado tarde. Cargamos nuestro equipo sobre las mulas, revisándolo todo cuidadosamente y examinando a los animales, por si se habían herido con el cataclismo. Al amanecer, el tiempo se había calmado un poco. Partimos muy animados con el incentivo de volver al monasterio. Habíamos salido quince y regresábamos

once. Avanzábamos con gran lentitud; estábamos muy fatigados y teníamos los pies llenos de ampollas. El tiempo nada significaba para nosotros. Sentíamos mucha hambre, pues nos habíamos pues to todos a media ración.
Por fin divisamos los lagos y con alegría vimos que una caravana de yaks pastaba por allí cerca. Los mercaderes nos dieron la bienvenida, nos proporcionaron comida y té e hicieron todo lo posible por aliviar nuestro cansancio. Estábamos llenos de magulladuras y arañazos, nos colgaba la ropa en andrajos y nos sangraban los pies al estallar las grandes ampollas.
Pero por lo menos algunos de nosotros habíamos conseguido regresar de las alturas de Chang Tang. Era la segunda vez que mi Guía había estado allí. Quizá sea el único hombre del mundo que haya hecho dos viajes semejantes.
Los mercaderes nos cuidaron bien. Sentados en torno a las fogatas y rodeados por las tinieblas movían la cabeza asombrados mientras escuchaban nuestras aventuras. Y nosotros lo pasábamos muy bien escuchando sus relatos de viajes a la India y de sus encuentros con otros mercaderes del Hindu-Kush. Lamentábamos tener que separarnos de aquellos hombres y deseábamos que fueran en nuestra misma dirección. Pero habían estado en Lhasa recientemente, y nosotros, en cambio, teníamos que ir hacia allá; de modo que por la mañana nos separamos deseándonos mutuamente buen viaje y felicidad.
Muchos monjes no conversan con los mercaderes, pero el lama Mingyar Dondup sostenía que todos los hombres son hermanos; la raza, el color o las creencias nada importan. Lo único que cuenta son las intenciones y las acciones de los hombres.
Con renovadas fuerzas, emprendimos el regreso. El paisaje se iba haciendo más verde y fértil y por fin llegamos a la vista del deslumbrante oro del Potala y de nuestra lamasería de Chakpori, que estaba un poco más elevada que el Pico. Las mulas son animales muy sensatos; las nuestras tenían prisa por regresar a su pueblo —Shó— y nos resultaba muy difícil contenerlas. ¡Cualquiera habría dicho que eran ellas las que habían subido al Chang Tang y no nosotros!
Ascendimos por el pedregroso camino de la Montaña de Hierro con la natural alegría de haber vuelto de Chambala, como llamamos al helado Norte.
Empezó la ronda de recepciones, pero primero teníamos que ver al Más Profundo. Su reacción fue muy significativa:
—Habéis hecho —nos dijo— lo que yo habría querido hacer. Habéis visto lo que yo deseo ver por encima de todo. Soy omnipotente y, sin embargo, me tiene prisionero mi pueblo. A mayor poder, menor libertad; a mayor categoría, mayor servidumbre. Podéis creerme; todo lo daría por ver lo que vosotros habéis visto.
Al lama Mingyar Dondup, como jefe de la expedición, le fue concedido el Pañuelo de Honor con los rojos nudos triples. A mí, por ser el mie mbro más joven, me correspondió la misma distinción.
Durante varias semanas estuvimos visitando las otras lamaserías para dar conferencias, distribuir hierbas raras y darme a mí la oportunidad de conocer otros distritos. Primero tuvimos que visitar «Las Tres Sedes», o sea Drebung, Sera y Ganden. Desde allí nos alejamos mucho, hasta Dorjetahag y Samye, a ambas orillas del río Tsangpo, a unos sesenta kilómetros.
También visitamos la lamasería de Samden, entre los lagos Dü-me y Ya mdok, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Era un alivio seguir el curso de nuestro propio río, el Kyi Chu. En verdad era éste un nombre muy adecuado: el Río de la Felicidad.
Mi educación proseguía sin cesar mientras cabalgábamos, cuando nos deteníamos y durante los descansos. Se acercaban mis exámenes para el título de lama. Por eso no tardamos en regresar a Chakpori para que no me distrajese demasiado.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO.

LAMA.

Se intensificaba considerablemente mi adiestramiento en los viajes astrales, en que el espíritu, o ego, abandona el cuerpo y permanece unido a la vida de la Tierra sólo por el Cordón de Plata. A mucha gente le cuesta trabajo creer que podemos viajar de este modo. La verdad es que todos lo hacen cuando duermen. En Occidente casi siempre es involuntario; en Oriente los lamas lo hacen con plena conciencia. Así conservan un recuerdo pleno de lo que han hecho, lo que han visto y dónde han estado. En Occidente se ha perdido este arte y por eso cuando se despiertan creen que han tenido lo que ellos llaman un «sueño».
Todos los países han poseído un conocimiento de estos viajes astrales.
Por ejemplo, en Inglaterra se atribuyen a las brujas, que pueden volar. Pero las escobas no son necesarias excepto como medio de racionalizar lo que la gente no quiere creer. En los Estados Unidos se dice que los espíritus de los hombres rojos (indios) vuelan. En todas partes existe un conocimiento apagado de estas cosas. A mí me enseñaron a viajar astralmente y cualquiera puede aprenderlo.
Otro arte de fácil dominio es la telepatía, pero no la que suele explotarse como espectáculo. Afortunadamente, se empieza a reconocer la eficacia de la telepatía. El hipnotismo es otra de las artes orientales. Yo he realizado operaciones quirúrgicas en pacientes hipnotizados; por ejemplo, amputarles una pierna, y otras de la misma importancia. El paciente no sufre nada y se despierta en mejores condiciones que cuando le someten a la anestesia. Ahora, según me dicen, se utiliza el hipnotismo en cierta medida en Inglaterra.

La invisibilidad es asunto mucho más complicado y hay que alegrarse de que sólo esté al alcance de una minoría muy reducida. Teóricamente es muy fácil, pero en la práctica presenta dificultades casi insuperables. Sólo tienen ustedes que pensar en lo que atrae nuestra atención un ruido, un movimiento repentino, un color vivo... Lo que nos hace fijarnos en una persona son los ruidos que produce y sus movimientos rápidos. En cambio, una persona inmóvil pasa fácilmente inadvertida o, por lo menos, nos resulta familiar. Cuando el cartero llega a una casa, es fácil oír decir que nadie ha estado allí. Y sin embargo, no ha sido un hombre invisible el que ha traído las cartas, y es frecuente pasar junto a personas en las cuales, por la fuerza de la costumbre de verlas, no nos fijamos. En cambio, siempre vemos a un policía, porque casi todos tenemos una conciencia culpable. Para lograr el estado de invisibilidad hay que suspender toda acción y también interru mpir nuestras ondas cerebrales. Si dejamos que el cerebro funcione (piense), otra persona que se encuentre cerca adquiere inmediata conciencia telepática de la presencia de aquel individuo; es decir, lo ve, y entonces se hace imposible el estado de invisibilidad. En el Tíbet hay hombres que pueden hacerse invisibles a voluntad porque pueden interrumpir sus ondas cerebrales.

Pero insisto en que debe considerarse afortunado que sean tan pocos.

La levitación se puede lograr, pero es un sistema de viajar poco recomendable, ya que requiere un gran esfuerzo. El verdadero adepto utiliza el viaje astral, que es muy sencillo con tal que se tenga un buen profesor. Yo lo tenía y pude (y aún puedo) viajar astralmente. En cambio, no he conseguido nunca hacerme invisible, a pesar de lo mucho que me he esforzado para ello. Habría sido magnífico poderme esfumar cuando hubiera querido hacer algo desagradable, pero esto me estaba negado.

Tampoco —como ya he dicho— he poseído nunca talento musical. Mi canto sacaba de quicio a mi maestro de música, pero esto no era nada comparado con la conmoción que causé cuando intenté tocar los címbalos creyendo que cualquiera podía usarlos y, por desgracia, cogí en medio de ellos la cabeza de un pobre monje. Me advirtieron secamente que me dedicase sólo a la clarividencia y a la medicina.

Practicábamos mucho lo que el mundo occidental conoce por yoga.

Desde luego es una gran ciencia que puede perfeccionar a un ser humano hasta un extremo casi inverosímil. Mi opinión es que los occidentales no pueden cultivar el yoga sin introducir en él considerables modificaciones.

Hemos conocido esa ciencia desde hace muchos siglos y nos enseñaron las posturas más adecuadas desde la infancia. Nuestros miembros, el esqueleto y los músculos están adiestrados para el yoga. En cambio, los occidentales, sobre todo si son personas de edad madura, pueden lastimarse seriamente si intentan adoptar esas posturas. Eso no es más que mi opinión como tibetano, pero debo insistir en que no es aconsejable la práctica de esos ejercicios si no se modifican bastante. Además, se necesita un profesor nativo de extraordinarias facultades y que conozca perfectamente la anatomía masculina y la femenina para evitar daños corporales. Y no sólo pueden perjudicar gravemente las forzadas posturas que adoptamos, sino también los ejercicios respiratorios.

El secreto principal de los fenómenos tibetanos que tanto asombran al mundo radica en una cierta manera de respirar. Ahora bien, si no se aprende a hacerlo bajo las enseñanzas de un sabio y experimentado profesor, esos ejercicios respiratorios pueden resultar muy perjudiciales e incluso mortales. Muchos viajeros han escrito sobre los lamas corredores que pueden influir en el peso de su cuerpo (y no me refiero a la levitación) y correr a gran velocidad durante horas y horas casi sin tocar la tierra. Se necesita mucha práctica y el corredor tiene que hallarse en estado de semitrance. La mejor hora es ya anochecido, cuando hay estrellas que mirar, y el terreno debe ser monótono, sin nada que rompa ese estado sonambúlico. En efecto, el hombre que corre así puede ser comparado a un sonámbulo. Sólo tiene en la mente su destino manteniéndolo constantemente ante el Tercer Ojo y va recitando sin cesar el mantra adecuado. Correrá durante horas y horas y llegará a su punto de destino sin cansancio alguno. Este sistema posee una sola ventaja sobre el del viaje astral. En este último se mueve uno en el campo del espíritu y no puede llevarse consigo objetos materiales. El arjopa, como llamamos al corredor, puede, en cambio, llevar su carga normal, pero tiene desventajas respecto al que viaja en el plano astral.

La respiración adecuada permite a los adeptos tibetanos sentarse desnudos sobre hielo a cinco mil metros o más de altitud y mantenerse con un calor tal que el hielo se derrite y el adepto suda copiosamente.

Una breve digresión: el otro día dije que había hecho esto yo mismo cerca de seis mil metros sobre el nivel del mar. La persona que me escuchaba me preguntó con toda seriedad: ¿con marea baja o con marea alta?

¡Ha intentado usted alguna vez levantar un objeto pesado teniendo los pulmones vacíos de aire? Inténtelo y verá que le resulta casi imposible. Entonces respire lo más profundamente que pueda, contenga el aliento y podrá levantar el pesado objeto con facilidad. Y si se encuentra usted irritado o asustado, respire también profundamente aspirando la mayor cantidad de aire que pueda y contenga la respiración durante diez segundos. Luego espire ese aire lentamente. Repita esto por lo menos tres veces y verá que le va disminuyendo la velocidad de los latidos y que llega a calmarse por completo. Todo esto puede probarlo cualquiera sin perjuicio alguno para su salud. Mi conocimiento del dominio de la respiración me ayudó a resistir las torturas japonesas y las demás torturas que hube de padecer como prisionero de los comunistas, y les aseguro que los japoneses, aun en sus peores momentos, son unos gentlemen comparados con los comunistas. Por mi desgracia he conocido a unos y a otros en sus peores facetas.

Había llegado la hora de examinarme para el grado de lama, aunque, como ya saben ustedes, me habían concedido ese título años antes. Se trataba, pues, de una confirmación. Pero antes tenía que ser bendecido por el Dalai Lama. Todos los años bendice a todos los monjes del Tíbet individualmente.

El Más Profundo toca a la mayoría con una borla atada al extremo de un bastón. A aquellos a quienes favorece de un modo especial, o que son de mayor categoría, los toca en la cabeza con una de sus manos. A los predilectos los bendice colocándoles las dos manos sobre la cabeza. A mí por primera vez me impuso las manos sobre el cráneo y me dijo en voz baja:
—Lo estás haciendo muy bien, muchacho; pórtate aún mejor en tus exámenes. Justifica la fe puesta en ti.
Tres días antes de mi decimosext o cumpleaños me presenté a los resultados de los exámenes. Con gran alegría —y la expresé ruidosamente— supe que era de nuevo el primero de la lista. Me alegraba por dos motivos:
porque el lama Mingyar Dondup quedaba como el mejor profesor y porque sabía que el Dalai Lama estaría muy satisfecho con mi maestro y conmigo.
Unos días después, cuando el lama Mingyar Dondup me estaba ilustrando en su habitación, se abrió la puerta bruscamente y un mensajero jadeante, con la lengua fuera y los ojos desencajados, se precipitó hacia nosotros.
Traía en la mano el tradicional bastón de los mensajes.
—Del Más Profundo —dijo casi sin aliento— al Honorable lama médico Martes Lobsang Rampa. —Y sacando de su túnica la carta envuelta en el pañuelo de seda ritual, añadió—: Con la mayor velocidad, Honorable señor, he corrido hacia aquí.
Entregado su mensaje, nos volvió la espalda y partió como una flecha, aún más rápido que viniera. ¡Pero esta vez iba en busca de chang!
No me atrevía a abrir el mensaje. Desde luego, estaba dirigido a mí; pero ¿qué contenía? ¿Más estudios? ¿Más trabajo? Era muy grande y de un aspecto terriblemente oficial. Mientras no lo abriese no podría saber qué contenía y por tanto no se me podía culpar de que no hiciese lo que allí se me ordenaba. Esto pensé en un principio, pero cuando oí que mi Guía, sentado detrás de mí, se estaba riendo, le entregué la carta con el pañuelo. La abrió (es decir, le quitó el envoltorio) y sacó dos hojas dobladas que extendió con parsimonia y leyó con deliberada lentitud para poner aún más a prueba mi paciencia. Por último, cuando vio que yo estaba a punto de estallar en mi impaciencia por saber de una vez lo peor, me dijo:
—Muy bien; puedes respirar de nuevo. Tenemos que ir al Potala para ver al Dalai Lama inmediatamente. Y te advierto, Lobsang, que aquí se insiste en que debemos darnos la mayor prisa y se especifica que debo acompañarte.
Tocó el gong, y al ayudante que entró le dio instrucciones para que ensillaran en seguida nuestros dos caballos blancos. Nos cambiamos de hábito en unos instantes y elegimos nuestros dos mejores pañuelos de seda.
Fuimos juntos a ver al Abad y le dijimos que debíamos ir al Potala llamados por el Más Profundo.
—Al Pico, ¡eh! Ayer estaba él en el Norbu Linga. Pero, en fin, ya dirá la carta a dónde tenéis que ir. Debe de tratarse de algún asunto oficial.
En el patio esperaban unos monjes —mozos de cuadra— con nuestros caballos. Cabalgamos pendiente abajo y poco después subimos por la cuesta del Potala. Para aquella distancia no me recía la pena ir a caballo a no ser por la ventaja de que así podíamos subir más cómodos por las enormes escalinatas hasta lo más alto del edificio. Nos esperaban a la entrada de la terraza, y en cuanto descabalgamos se llevaron nuestros caballos y nos condujeron con rapidez a las habitaciones particulares del Dalai Lama. Entré solo e hice los actos de ritual.
....Siéntate, Lobsang —me dijo él..-. Estoy muy contento contigo. Y también estoy muy contento con Mingyar por la parte que ha tenido en tu triunfo. He leído todos tus ejercicios escritos.
Temblé al oír esto. Uno de mis muchos defectos, según me han dicho, es que tengo un inoportuno sentido del humor y de vez en cuando tuve la malhadada idea de ponerlo en práctica al contestar las preguntas de los exámenes, porque hay preguntas que verdaderamente se prestan a tomarlas a broma. El Dalai Lama leyó mis pensamientos y se rió de buena gana, diciéndome:
—En efecto, tu sentido del humor no es siempre oportuno, pero... —E hizo una larga pausa durante la cual temí lo peor, para terminar añadiendo-:
...me ha divertido mucho todo lo que dices.
Pasé dos horas con él. Al terminar la primera hora de la entrevista, el Dalai Lama hizo llamar a mi Guía y le dio instrucciones sobre mi futura preparación. Tendría que prepararme para la Ceremonia de la Muerte Pequeña.
Debía visitar —con el lama Mingyar Dondup— otras lamaserías y estudiaría con los Descuartizadores de los Muertos. Como eran de baja casta, lo mismo que su trabajo, el Dalai Lama me dio una autorización escrita para que conservase mi elevada condición social, a pesar de mi trato con ellos. En ese documento ordenaba a los Descuartizadores del Cuerpo que me prestasen «toda la ayuda necesaria para que los secretos de los cuerpos le sean revelados al honorable lama médico y que pueda descubrir la razón fisica por la que el cuerpo queda desechado. También podrá disponer de cualquier cuerpo o parte de él que necesite para sus estudios. ¡Ya ven ustedes de qué se trataba!
Antes de seguir contando lo referente a la eliminación de los cadáveres quizá sea conveniente escribir algo más sobre los puntos de vista tibetanos sobre la muerte. Nuestra actitud en esto es completamente distinta de la de los pueblos occidentales. Para nosotros un cuerpo no es más que una cáscara o caparazón, mero material envolvente del espíritu inmortal. Para nosotros un cadáver vale menos que un traje viejo y gastado. En el caso de que una persona muera normalmente, es decir, no a consecuencia de un acto violento inesperado —accidente o no—, consideramos que se produce el siguiente proceso: el cuerpo está ya defectuoso, estropeado, enfermo y se ha hecho tan incómodo para el espíritu que ya éste no puede aprender más.

Así, ha llegado la hora de desechar esa cubierta, ese cuerpo. Paulatinamente se va retirando el espíritu y se exterioriza fuera de la carne. La forma del espíritu es exactamente del mismo perfil que su versión material y puede ser vista con toda claridad por una persona clarividente. En el momento de la muerte el Cordón que une el cuerpo físico con el espiritual se debilita y acaba partiéndose. Entonces el espíritu se suelta y se va a la deriva. Esto es lo que llamamos muerte. Pero a la vez se produce un nacimiento a una nueva vida, pues el Cordón es semejante al cordón umbilical que debe ser cortado para lanzar a una criatura recién nacida a una existencia propia. En el momento de la muerte se extingue en la cabeza el brillo o relumbre de la fuerza vital. Este relumbre puede ser visto también por un clarividente. Decimos que el cuerpo tarda en morir tres días. Se requiere ese tiempo para que cese toda actividad física y el espíritu, alma, ego, o yo, se libere por completo de su envoltura carnal. Creemos que existe un doble etéreo formado durante la vida del cuerpo. Este doble puede convertirse en un fantasma.

Probablemente todos ustedes habrán mirado fijamente a una luz intensa y al volver la cabeza han seguido viendo la misma luz durante un rato.

Estimamos que la vida es eléctrica, un campo de fuerzas, y el doble etéreo que permanece después de la muerte es semejante a la luz que vemos después de mirar a un foco real; o sea, en términos eléctricos es como un fuerte campo magnético residual.

Si el cuerpo tiene poderosas razones para adherirse a la vida, entonces se intensifica el doble etéreo hasta formar lo que se conoce corrientemente por un fantasma y vagará por los sitios que le son familiares. Por ejemplo, un avaro puede tener tal apego a sus sacos de dinero que todo su ser esté concentrado en ello. Lo más probable es que muera pensando con terror en lo que irá a ser de su dinero y, de este modo, en el momento de su muerte se fortalece su «personalidad etérea». El feliz heredero de los sacos de dinero se sentirá muy inquieto durante las noches. Dirá que «el viejo Fulano de Tal está rondando su dinero». Y tiene razón: es muy probable que el fantasma de Fulano de Tal esté furioso por que sus manos (espirituales) no puedan apoderarse de ese dinero.

Hay tres cuerpos básicos: el cuerpo carnal, en el cual aprende el espíritu las arduas lecciones de la vida; el cuerpo etéreo o magnético, que nos vamos haciendo cada uno de nosotros con nuestras ambiciones y nuestras pasiones de toda clase; y, por último, un tercer cuerpo, el puramente espiritual, el «alma inmortal». Tal es nuestra creencia lamaísta y no, necesariamente, la creencia budista ortodoxa. Una persona que muere tiene que pasar por tres etapas: hay que eliminar su cuerpo físico, tiene que disolver se su doble etéreo y su espíritu ha de ser ayudado para que encuentre el camino que le conducirá al mundo del espíritu. En el Tíbet auxiliamos al hombre con miras a su muerte antes de que ésta ocurra. El adepto no necesita estos auxilios, pero el hombre o mujer ordinarios —o sea los trappa— han de ser guiados en todas esas etapas. Puede resultar interesante la descripción de todo esto.

Un día, el Honorable Maestro de la Muerte me mandó llamar y me dijo:

—Ha llegado la hora de que estudies los métodos prácticos para liberar el alma, Lobsang. Me acompañarás.

Anduvimos por largos pasillos, descendimos por resbaladizos escalones y por fin llegamos a donde se alojaban los trappas. Allí, en un «hospital », un anciano monje estaba a punto de emprender el camino que todos debemos tomar antes o después. Había tenido un ataque y estaba muy débil.

Le faltaban las fuerzas casi por completo y en seguida vi que se le desvanecían sus colores áuricos. Había que mantenerlo consciente a toda costa hasta que le faltase por completo la vida. El lama que me acompañaba tomó entre las suyas las manos del monje y le habló cariñosamente —Te acercas, anciano, al momento en que te librarás de las penalidades de la carne. Sigue mis consejos para que puedas escoger el mejor camino, el camino más fácil. Tus pies se enfrían. Tu vi da se va escapando y se acerca el momento en que nada quede de ella en tu cuerpo. Piensa con calma, anciano, y te convencerás de que nada hay que temer. Tu vida va saliendo de tus piernas y tu vista se apaga. Y el frío trepa por tu cuerpo, siguiendo la estela que deja tu vida al marcharse. Serénate en estos últimos instantes, anciano, pues nada has de temer porque se te vaya la vida hacia la Mayor Realidad. Las sombras de la noche eterna te empañan la vista y la respiración te falla por momentos. Se acerca el instante en que tu espíritu se verá definitivamente libre para disfrutar de los placeres del otro mundo. Serénate, anciano; ha llegado el momento de tu liberación.

Mientras hablaba, el lama iba acariciando la cabeza del moribundo desde la nuca a la coronilla siguiendo un sistema que, según está bien probado, libera el espíritu sin dolor. Prosiguió hablándole en voz suave y convincente explicándole los obstáculos que encontraría en su camino y la manera de evitarlos. Le describió con toda exactitud su camino, el camino que ha sido «cartografiado» por los lamas telepáticos que han pasado al Otro Lado y que han seguido comunicándose desde allí por telepatía con sus antiguos compañeros.

—Se te apaga la vista, anciano, y te falla la respiración. Se te enfría el cuerpo y ya no oyen tus oídos los ruidos de esta vida. Serénate, anciano, y marcha en paz, porque ya está aquí la Muerte contigo. Sigue el camino que te hemos indicado y gozarás de paz y alegría.

Seguía acariciando la cabeza del anciano mientras el aura de éste se extinguía del todo. De pronto el lama emitió un sonido explosivo que forma parte de un antiquísimo ritual. Ese ruido inesperado y violento, libera del todo el espíritu, que se debilita para soltarse definitivamente del cuerpo.

La fuerza vital se había concentrado por encima del cuerpo en una móvil masa en forma de nube y se retorcía confusamente hasta formar como una esquemática reproducción del cuerpo, al que aún se hallaba sujeto por el Cordón de Plata. Poco a poco se fue adelgazando y deshilachando el Cordón y, como cuando se rompe el cordón umbilical, el anciano nació a su nueva vida. Lentamente, como una nube que se eleva en el cielo o

como el humo del incienso en el templo, se fue alejando aquella forma espiritual. El lama siguió dando instrucciones, por medio de la telepatía, para guiar al espíritu en la primera etapa de su viaje.
—Estás muerto, nada tienes ya que hacer aquí, todos tus vínculos con la carne han sido cortados. Estás en el Bardo. Sigue tu camino y nosotros seguiremos el nuestro. Continúa por la senda que te hemos indicado.
Abandona por completo este Mundo de la Ilusión y penetra en la Mayor Realidad. Has muerto. Sigue tu camino.
Las nubecillas de incienso calmaban todas las inquietudes de aquella atmósfera con sus suaves vibraciones. A lo lejos se oían tambores con sus apagados redobles. En lo alto de la terraza de la lamasería una trompeta de bajos tonos enviaba al campo su sereno mensaje funerario. Y por los corredores nos llegaban los sonidos normales de esta vida, el suave roce de las botas de fieltro, los mugidos de algún yak, ruido de conversaciones... Pero en esta pequeña habitación había un silencio total, el silencio de la muerte, sólo interrumpido por el murmullo de las instrucciones telepáticas que el lama seguía enviando. Otra muerte, otro anciano que había emprendido la eterna rueda de las existencias, quizás aprovechando lo que había aprendido en esta vida, pero obligado a proseguir hasta que alcanzase la budeidad mediante un larguísimo esfuerzo.
Sentamos al cadáver en la correcta posición del loto y enviamos a buscar a los que preparan los restos mortales, y también llamamos a otros lamas para que continuasen comunicándose telepáticamente con el espíritu que acababa de marcharse. Durante tres días continuó esto, turnándose los lamas. En la mañana del cuarto día llegó uno del Ragyab. Venía de la Colonia de los Descuartizadores de los Muertos, situada donde la carretera de Lingkhor entronca con el Dechhen Dzong. Con su llegada los lamas dieron por terminadas sus instrucciones telepáticas y el Descuartizador se hizo cargo del cadáver. Le hizo adoptar la forma de un círculo y lo envolvió con un paño blanco. Balanceándolo suavemente se cargó el bulto a las espaldas y se marchó. Fuera tenía un yak. Sin vacilar colocó el cadáver sobre los lomos del animal y emprendió con él la marcha. En el lugar donde eliminaba a los cuerpos el Transportador entregaría su carga a los Descuartizadores.
El «lugar» era una desolada extensión de terreno en la que sobresalían enormes «jorobas» y en la que había una gran losa de piedra. En las cuatro esquinas de la losa había unos agujeros abiertos en la piedra y en ellos, clavados, unos postes. Otra losa de piedra tenía también agujeros, pero sólo hasta la mitad del grosor de la piedra.
El cadáver era colocado sobre la losa. Se le quitaba el sudario. Las piernas y los brazos quedaban atados a los cuatro postes. Entonces el jefe de los Descuartizadores sacaba un gran cuchillo y hacía en el cuerpo largos cortes para luego poder «pelar» la carne en largas tiras. Después cortaba los brazos y las piernas para separarlas del tronco. Finalmente, cortaba la cabeza y la abría.
En cuanto veían llegar al yak con su fúnebre carga, los buitres descendían de las alturas y se posaban en las rocas para esperar pacientemente.
Parecían espectadores en un teatro al aire 1ibre. Estos pajarracos observan una estricta ordenación social, y el menor intento por alguno de ellos, más audaz, de adelantarse a los dirigentes, producía una especie de motín para castigar al transgresor.
Después de realizar las operaciones que he descrito, el Descuartizador abría el tronco del cadáver. Metiendo en él las manos extraía el corazón, a cuya vista el jefe de los buitres caía en picado, como uno de esos modernos aviones que luego había yo de conocer, y se llevaba el corazón que le ofrecía el Descuartizador en sus manos abiertas. El buitre que le seguía en categoría descendía a recoger el hígado y se retiraba con él a una roca para co mérselo. Los riñones, los intestinos eran repartidos entre los buitres dirigentes.
Luego se cortaban en trozos pequeños las tiras de carne para dárs elas a los buitres del «pueblo». A uno de los pajarracos le tocaba medio cerebro y un ojo, a otro la restante mitad del cerebro y otro ojo, y a cada uno de ellos algún pedazo. En poquísimo tiempo —es increíble el poco tiempo que bastaba— habían sido devorados todos los órganos y la carne toda, no quedando sobre la losa más que los huesos pelados. Entonces se machacaban éstos con pesadas mazas hasta pulverizarlos. ¡A los buitres les gusta mucho ese polvo!
Estos Descuartizadores eran gente de extraordinaria habilidad. Les enorgullecía su oficio y sólo por pura afición examinaban todos los órganos para averiguar la causa de la muerte. Una larga experiencia les permitían hacer esto con notable precisión. En realidad, no había un motivo serio que justificase este interés, pero constituía para ellos una tradición indagar la enfermedad por la cual «abandonaba el espíritu su vehículo». Por supuesto, si una persona había sido envenenada —intencionada o accidentalmente— se descubría infaliblemente. El tiempo que pasé estudiando con ellos me fue de gran provecho en mi carrera. Tardé muy poco en aprender a disecar cadáveres. El jefe de los Descuartizadores se colocaba a mi lado y me iba indicando todo lo que merecía mi atención. Por ejemplo, me decía: «Este hombre, mi Honorable Lama, ha muerto de una obstrucción circulatoria.
Vamos a cortarle esta arteria... Aquí está, es un coágulo que impedía pasar a la sangre.» O bien: «Esta mujer, mi Honorable Lama, según me parece a primera vista, debe de haber muerto de alguna deficiencia en una glándula.
Veamos.» El hombre hacía varios cortes con su cuchillo en la carne de la mujer y por fin encontraba la confirmación de sus primeras impresiones.
Para ellos era una satisfacción poderme enseñar cuanto sabían. Estaban enterados de que yo practicaba con ellos por orden directa del Más Profundo. Si yo no estaba allí y recibían un cadáver que presentaba un interés especial desde el punto de vista médico, me avisaban y no lo «desmenuzaban » hasta que yo llegara.

Pude examinar centenares de cadáveres y nada tiene de extraño que dominase luego la cirugía. El cuerpo humano me resultaba tan conocido por dentro como por fuera. Este procedimiento es infinitamente más eficaz que el habitual en las Facultades de Medicina occidentales, donde varios estudiantes han de distribuirse un cadáver en las salas de disección. Estoy plenamente convencido de que aprendí más ciencia médica — sobre todo más práctica— con los Descuartizadores que, más tarde, en una escuela médica equipada con todos los últimos adelantos.

En el Tíbet los cadáveres no pueden ser enterrados. Costaría muchís imo trabajo a causa de lo muy rocoso que es nuestro suelo y de la fina capa de tierra que lo cubre. Tampoco es factible la cremación, por motivos económicos. Escasea la leña, y para quemar un cuerpo humano tendríamos que encargarnos del transporte a lomos de yaks y a través de altísimas montañas.

Costaría un dineral. Tampoco podemos utilizar el procedimiento de arrojar los cadáveres al agua, ya que la corrupción de éstos infectaría el agua de los ríos que han de beber los vivos. De manera que sólo nos queda un medio: hacerlos desaparecer por el aire gracias a la colaboración de los buitres, que se comen, no solamente la carne, sino también los huesos convenientemente pulverizados Nuestro sistema se diferencia del occidental sólo en dos cosas los occidentales entierran a sus muertos y dejan que se los coman los gusanos en vez de los buitres; y en segundo lugar, en Occidente se entierra, a la vez que el cuerpo humano, la posibilidad de conocer la causa de la muerte. Nadie puede estar seguro de que los certificados de defunción que extienden los médicos expresen la verdadera causa de la muerte. En cambio, nuestros Descuartizadores tienen siempre buen cuidado de cerciorarse de qué ha muerto una persona.

Todos los ciudadanos del Tíbet «desaparecen» del modo que he explicado, excepto los lamas de más elevada categoría que son Encarnaciones Anteriores. A éstos se les embalsama y se les coloca en un ataúd con tapa de cristal para exhibirlos luego en un templo, o bien se les embalsama y se les recubre de oro. Esté último procedimiento es de un gran interés. Yo intervine muchas veces en esas operaciones. Ciertos norteamericanos que han leído mis notas sobre este asunto no pueden creer que empleásemos de verdad oro; dicen que «ni siquiera los norteamericanos, con toda su técnica, podrían hacerlo». Desde luego, reconozco que no era nuestra especialidad la producción en masa, sino que trabajábamos como artesanos. No podíamos fabricar ni un solo reloj que valiese un dólar. En cambio, éramos capaces de recubrir de oro un cadáver.

Una tarde me llamaron de parte del Abad, que me habló así:

—Una Encarnación Anterior está a punto de abandonar su cuerpo. Está en la Valla de la Rosa. Quiero que vayas para que puedas presenciar su Conservación en lo Sagrado.

Así que de nuevo tuve que sufrir las incomodidades de un viaje a caballo hasta Sera. En esta lamasería me llevaron enseguida a la habitación del anciano abad. Sus colores áuricos estaban a punto de extinguirse y sólo tardó una hora en convertirse en espíritu puro. Por ser abad y un sabio notable, no era necesario enseñarle el camino que había que emprender por el Bardo. Tampoco era preciso que esperásemos los tres días de siempre. Dejamos al cadáver sentado en la actitud del loto durante aquella noche mientras los lamas lo velaban.

En cuanto amaneció, desfilamos en procesión por el centro de la lamasería hasta el templo. Desde allí, por una pequeña puerta, entramos en unos pasadizos secretos que conducían a unos sótanos. Delante de mí dos lamas llevaban el cadáver en una litera. Aún conservaba la posición del loto. Los monjes que nos seguían entonaban unas salmodias y cuando se callaban agitaban unas campanillas de plata. Ibamos vestidos con nues tros hábitos rojos y, encima, unas estolas amarillas. Nuestras sombras danzaban, ampliadas y deformadas por la luz de las lamparillas y las antorchas a lo largo de los muros. Por fin, llegamos ante una puerta de piedra, sellada, que estaba a unos ciento setenta metros de profundidad. Habíamos descendido continuamente por una sucesión de secretos corredores. Entramos en aquella sala, cuya temperatura era casi glacial. Los monjes depositaron el cadáver cuidadosamente en el suelo. Lo dejaron en la misma actitud del loto que tenía y se marcharon todos menos tres lamas, que se quedaron con el cadáver y conmigo. Centenares de lamparillas iluminaban brillantemente aquel lugar.

Era una luminosidad amarillenta. Desnudamos al cadáver y lo lavamos con todo cuidado. Por los orificios normales del cuerpo fuimos sacando los órganos del cuerpo y guardándolos en jarrones, que luego cerramos y sellamos.

Lavamos y secamos todo el interior y luego vertimos en él una laca de fabricación especial. Con ello se formaba en el interior del cuerpo una dura costra que mantenía su aspecto exterior como en vida. Después rellenamos el vacío corporal con ciertas materias, poniendo mucha atención en que no se alterase la forma. Vertimos aún más laca hasta saturar el relleno, que así se solidificó. Pintamos con laca la superficie exterior del cuerpo y la dejamos secar. Sobre esta endurecida superficie aplicamos una Solución mediante la cual pudiesen quitarse más adelante, sin arrancar la piel, las finas hojas de seda transparente que pegábamos sobre ella. Una vez hecho el vendaje de seda, lo recubrimos con otra capa de laca (de una clase diferente) y el cadáver quedó listo para la fase siguiente de la preparación. Primero lo dejamos secar durante un día y una noche. Cuando volvimos a la habitación, estaba ya bien seco y duro, en la actitud del loto. Lo llevamos procesionalmente a otra habitación situada más abajo, que era un horno construido de tal manera que las llamas y el calor circulaban por fuera de sus muros y mantenían la estancia a una temperatura elevada e igual.

El suelo estaba cubierto con una gruesa capa de polvo especial y en el centro de ella colocamos al cadáver. Abajo, los monjes se disponían ya a encender el fuego. Luego fuimos llenando la habitación, desde el techo al suelo, con una sal especial de cierto distrito del Tíbet y con una mezcla de hierbas y minerales. Quedamos en

el pasillo y cerramos y sellamos la puerta de la habitación con el sello de la lamasería. Dimos la orden de encender el horno. Durante una semana estuvo encendido, alimentado con ramas, manteca y boñiga de yak. Corrientes de aire caliente recorrían la Cámara de Embalsamar. Al final del séptimo día no se añadió ya más combustible. Las llamas se fueron extinguiendo. Los gruesos muros de piedra crujían y gemían al irse enfriando. Por fin, estuvo el corredor lo bastante enfriado para que pudiésemos entrar. Pero había que esperar otros tres días hasta que la habitación se hubiera enfriado. Así, once días después de haberla sellado, rompimos el sello y empezamos a quitar la masa de sal, hierbas y minerales que habíamos metido allí. Esta labor nos llevó un par de días. Por fin, quedó vacía, excepto el cuerpo, que permanecía sentado en la posición del loto.

Lo levantamos con el mayor cuidado y lo llevamos a la habitación de arriba donde había sido embalsamado y donde podríamos examinarlo mejor a la luz de las lamparillas.

Fuimos arrancándole suavemente el vendaje de seda hasta que quedó la piel al descubierto. Había sido un trabajo perfecto. Aparte de que la piel era mu cho más oscura, parecía el cuerpo de un hombre dormido que en cualquier momento podía despertarse. Conservaba la misma forma que un hombre vivo y no tenía arrugas. De nuevo aplicamos una capa de laca al cuerpo desnudo y luego les tocó su turno a los orfebres. Eran artífices de perfecta habilidad, capaces de cubrir la carne muerta con oro. Realizaban su labor lentamente, aplicando una capa tras otra de un oro fino y blando.

Fuera del Tíbet el oro vale una fortuna, pero nosotros lo consideramos sólo como un metal sagrado. Por ser incorruptible, el oro simboliza el estado espiritual definitivo del hombre.

Los monjes orfebres trabajaban con un cuidado exquisito, atentos a los más pequeños detalles. Cuando terminaron habían conseguido una estatua de oro exactamente igual a un ser humano y en la que aparecían hasta los más ínfimos detalles de la piel, de las coyunturas, etc... Trasladamos el cuerpo, que ahora pesaba mucho con el oro, al Salón de las Encarnaciones y lo colocamos en un trono de oro, como las demás figuras que allí se encuentran desde hace muchos siglos sentadas en fila como jueces solemnes que contemplan con ojos semicerrados las debilidades de la actual generación.

Allí hablábamos en un susurro y andábamos de puntillas, como para no despertar a estos muertos vivientes. Me atraía muy especialmente uno de los cuerpos. No sé qué extraño poder me tenía inmovilizado ante él, completamente fascinado. Parecía estarme mirando sonriéndose con una expresión omnisciente. Me sacó de aquel trance alguien que me tocó levemente en el brazo. Me sobresalté y casi me desmayé de terror.

—Ese eres tú, Lobsang, en tu Encarnación Anterior. Creíamos que te reconocerías.

Muy conmovidos, salimos ambos. Sellaron la puerta.

A partir de entonces tuve libre acceso al Salón de las Encarnaciones y pude estudiar con toda calma las muchas figuras allí reunidas. Iba solo y me sentaba a meditar ante ellas. Cada una tenía escrita su historia, que yo estudiaba con el mayor interés. Allí encontré toda la historia de mi Guía el lama Mingyar Dondup en sus encarnaciones anteriores y un resumen de sus facultades y méritos, así como los honores que se le habían conferido y cómo había abandonado este mundo en cada encarnación.

También estaba mi historia y, como es natural, la estudié con toda mi atención. Había noventa y ocho figuras de oro. Era una cámara abierta en la roca y su puerta estaba muy bien oculta. Tenía ante mí la historia del Tíbet.

O, por lo menos, eso me figuraba yo. En realidad, la historia primitiva no la reconocería hasta más adelante.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO.

ÚLTIMA INICIACIÓN.

Después de haber asistido en varias lamaserías a una media docena de embalsamamientos, me envió a buscar el Abad de Chakpon.

—Amigo mío —me dijo—, por orden directa del Dalai Lama serás iniciado como abad. Como has solicitado, te seguirán llamando «lama», como Mingyar Dondup. Me limito a transmitirte el mensaje del Más Profundo.

Así, en mi calidad de Encarnación Reconocida, tenía de nuevo el status conque abandoné la Tierra unos seiscientos años antes. La Rueda de la Vida había dado una vuelta completa.

Poco después entró en mi habitación un lama anciano y me dijo que debía someterme a la Ceremonia de la Muerte Pequeña.

—Porque sabrás, hijo mío —añadió—, que hasta que hayas pasado por la Puerta de la Muerte y hayas regresado, no podrás saber de verdad que no hay muerte. Tus estudios en el viaje astral te han llevado muy lejos, pero esa nueva experiencia te hará conocer zonas mucho más distantes, más allá de toda conexión con esta vida y penetrarás en el pasado de nuestro país.

El adiestramiento preparatorio era muy difícil y largo. Durante tres meses administraron rigurosamente mi vida. Unos platos especiales hechos con hierbas de sabor horrible fueron añadidos a mi menú diario. Me insistían en que fijase sólo mis pensamientos en lo puro y santo. ¡Como si hubiera mucho donde elegir en una lamasería! Incluso la tsampa y el té me eran racionados. Una austeridad rígida, una disciplina aún más estricta y muchas horas de meditación; ésta fue mi vida durante aquellos meses.

Por fin, al cabo de ese tiempo, decidieron los astrólogos que había llegado la hora, pues todos los presagios eran favorables. Pasé veinticuatro horas ayunando hasta que me sentí tan vacío como el tambor de un templo.

Luego me condujeron por los pasadizos secretos que hay debajo del Potala.
Descendíamos sin cesar, alumbrados por las antorchas que llevaban los otros, pues yo no podía tener nada en mis manos. Eran los mismos corredores interminables por donde había pasado ya. Por fin llegamos al final y nos encontramos frente a un muro de roca. Entonces giró una entrada secreta y se nos abrió otro pasadizo aún más oscuro y estrecho que olía a aire viciado, incienso y especias. Varios metros más allá nos vimos detenidos por una enorme puerta cubierta de oro que se fue abriendo lentamente, mientras parecía protestar con unos crujidos, que producían repetidos ecos a una gran distancia. Apagaron las antorchas y encendieron las lámparas. Entramos entonces en un templo oculto en un gran espacio abierto en las rocas por la acción volcánica hacía muchísimo tiempo. Estos pasadizos habían conducido en tiempos lava derretida. Ahora unos diminutos seres humanos pasaban por allí creyendo que eran dioses. En fin, me dije que debía concentrarme en la tarea que me esperaba, ya que estaba en el Templo de la Sabiduría Secreta.
Me conducían tres abades. El resto del séquito lamástico había desaparecido en la oscuridad, como se disuelven los recuerdos de un sueño.
Los tres abades, de una edad mu y avanzada, estaban ya como disecados por los años y veían alegremente que se les acercaba la hora de ser llamados a los Campos Celestiales. Aquellos tres ancianos, que eran probablemente los metafísicos más grandes de todo el mundo, estaban dispuestos a iniciarme en los últimos misterios. Cada uno de ellos llevaba en la mano derecha una lámpara y en la izquierda una gruesa barra de incienso encendida.
Hacía un frío muy intenso, un extraño frío que no parecía de este mu ndo.
El silencio era profundo y los débiles sonidos que se percibían sólo servían para acentuar aún más ese ominoso silencio. Nuestras botas de fieltro no dejaban huellas; parecíamos fantasmas deslizándonos. Las túnicas de brocado de color de azafrán de los abades producían un leve roce. Horrorizado, sentía cosquillas y sacudidas. Me relucían las manos como si me hubieran añadido una nueva aura. Vi que los abades también relucían. Y que la extremada sequedad de aquella atmósfera y la fricción de nuestras telas habían engendrado una carga estática de electricidad. Un abad me entregó una varilla de oro y murmuró:
—Ten esta varilla en la mano izquierda y pásala por la pared conforme vayas andando. Así no sentirás molestia alguna.
Seguí sus instrucciones, pero recibí una descarga de electricidad que casi me hizo dar un salto. Poco después ya no sentí ninguna molestia.
Una tras otra se fueron encendiendo las lamparillas. Era como si se encendiesen solas, pues no vi que nadie lo hiciera. Al aumentar la temblona luz amarillenta, vi unas gigantescas figuras cubiertas de oro, algunas de ellas medio enterradas en montones de piedras preciosas. Un Buda emergía de las tinieblas tan enorme que la luz no le llegaba más arriba de la cintura.
También fueron apareciendo otras formas confusamente: imágenes de diablos, representaciones de los deseos y de las pruebas que ha de sufrir el hombre antes de lograr convertirse en sí mismo.
Nos acercamos a un muro sobre el cual aparecía pintada una Rueda de la Vida de cerca de cinco metros de diámetro. La vacilante luz la hacía parecer como si girase y también daban vueltas mis sentidos al ver aquello.
Seguimos avanzando hasta que creí inevitable que tropezásemos con la pared de roca. El Abad que me conducía desapareció y lo que me parecía una oscura pared era en realidad una puerta oculta. Por allí se entraba a un camino que descendía continuamente: un empinado y estrecho camino, muy tortuoso, cuya oscuridad se intensificaba aún más por contraste con la débil luz de las lámparas que llevaban los abades. Seguíamos caminando a tropezones y resbalábamos con frecuencia. El aire era casi irrespirable y yo tenía la impresión de que todo el peso de la tierra presionaba sobre nosotros. Era como si estuviésemos penetrando en el corazón del mundo. Después de doblar un último recodo del tortuoso pasadizo, se abrió ante nuestros ojos una caverna de roca veteada de oro. Una capa de roca, una capa de oro, una capa de roca, y así sucesivamente. A enorme altura brillaba el oro como estrellas en una noche tenebrosa y la tenue luz de nuestras lámparas producía allá arriba vivos reflejos.
En el centro de la caverna había una casa negra y brillante, como hecha de ébano pulimentado. Por sus paredes se veían extraños símbolos y diagramas como los que yo había visto en los muros del túnel del lago. Nos dirigimos hacia la casa y penetramos por una puerta muy alta y ancha. Den tro había tres ataúdes de piedra negra con curiosas inscripciones y grabados.
No tenían tapas. Miré dentro y al ver su contenido contuve la respiración y estuve a punto de desmayarme.
—Míralos, hijo mío —exclamó el Abad que nos dirigía—. Eran dioses de nuestro país en los tiempos anteriores a la «llegada de las montañas».
Recorrieron el Tíbet cuando los mares bañaban nuestras costas y cuando en el cielo había estrellas diferentes. Míralos, hijo mío, porque solamente los iniciados han podido verlos.
Volví a mirar, fascinado. Tres figuras de oro desnudas yacían ante nosotros:
dos hombres y una mujer. En el oro estaban reproducidos con absoluta fidelidad todos los detalles del cuerpo humano. Pero ¡qué tamaño! La mujer tendría unos tres metros de longitud allí tendida, y el mayor de los dos hombres no tendría menos de cuatro metros y medio. Eran de cabezas grandes y algo cónicas por arriba, de mandíbulas estrechas y con una boca pequeña y de labios finos, de nariz larga y fina, ojos rectos —no oblicuos, como los de los orientales— y muy hundidos. En nada parecían estar muertos. Eran como seres humanos que durmiesen. Nos movíamos con muchísimo cuidado y hablábamos en voz extremadamente baja, temiendo despertarlos.

Vi a un lado la tapa de uno de los ataúdes; en ella aparecía grabado un mapa del firmamento, pero las estrellas tenían un aspecto rarísimo. Mis estudios de astrología me habían familiarizado con el aspecto del cielo nocturno y lo que estaba viendo era completamente distinto.
El decano de los abades se volvió hacia mí y me explicó:
—Estás a punto de convertirte en Iniciado y con ello podrás ver el Pasado y el Futuro. Pero tendrás que hacer un gran esfuerzo final. A muchos les ha costado la vida y otros muchos han tenido que abandonar la tarea.
Pero nadie puede salir de aquí vivo si no triunfa. ¿Estás preparado? Y ¿deseas verdaderamente someterte a la gran prueba final?
Dije que estaba dispuesto y con gran deseo de hacerlo. Entonces me condujeron a una losa de piedra situada entre dos de los sepulcros. Obedeciendo sus indicaciones me senté en la actitud del loto con las piernas cruzadas, el torso erguido y las palmas de las manos hacia arriba.
Encendieron cuatro barras de incienso, una por cada sepulcro y la cuarta para mi losa. Los abades tomaron cada uno una lámpara y se marcharon en fila. Al cerrarse la pesada puerta negra me quedé solo con los tres dioses antiquísimos. Pasaba el tiempo mientras yo meditaba sentado en mi losa de piedra. La lámpara que me habían dejado chisporroteaba y acabó apagándose. Durante unos momentos siguió rojizo el pabilo y sentí un olor de tela quemada, y luego también este punto luminoso se apagó.
Me tumbé de espaldas en mi losa e hice los ejercicios especiales de respiración que me habían enseñado durante tantos años. Las tinieblas y el silencio eran oprimentes. Bien se puede decir que era el silencio de la tumba.
De pronto se puso mi cuerpo rígido, cataléptico. Los miembros se me fueron durmiendo y los invadió poco a poco un frío helado. Tenía la sensación de estarme muriendo. Sí, muriéndome en aquella tumba de hacía tantos siglos. A más de ciento treinta metros bajo la superficie. Sentí una violenta sacudida en el interior de mi cuerpo y la impresión inaudita de un extraño roce y crujidos como si estuvieran desdoblando y desenrollando cuero muy viejo. Paulatinamente fue llenándose la tumba de una luminosidad azul pálida como la de la luz de la Luna en un alto desfiladero. Sentí como un balanceo, un movimiento de elevación y descenso. Por unos instantes pude imaginarme que me hallaba volando una vez más en una cometa o tirando de ella desde abajo y que subía y bajaba por la fuerza del aire. Entonces comprendí que efectivamente estaba flotando por encima de mi cuerpo carnal. Y precisamente cuando pude darme cuenta de lo que me ocurría, empecé a moverme inconfundiblemente: ascendía como una nubecilla de humo. Por encima de mí veía una deslumbrante claridad, algo así como una taza de oro iluminada por dentro. De mi cintura colgaba un cordón de Plata azulada que latía y relucía lleno de vitalidad.
Miré hacia abajo y vi mi cuerpo tendido. Yacía como un cadáver más.
Aparte del tamaño y del oro, poca diferencia había entre mi cuerpo y los de los tres dioses que tenía junto a mí. Era una experiencia absorbente. Pensé en las mezquinas preocupaciones de la humanidad actual y me pregunté cómo podrían explicarse los materialistas la presencia de estas inmensas figuras.
Pero de pronto me di cuenta de que algo obstaculizaba mis pensamientos.
Tenía la sensación de no estar ya solo. Me llegaban trozos de conversación y fragmentos de pensamientos ajenos. Por mi visión mental empezaban a pasar como fulgurantes ramalazos ciertas imágenes. A gran distancia, alguien parecía estar tocando una enorme campana de profundos tonos.
Este sonido se fue acercando rápidamente hasta que por fin fue como si estallara dentro de mi cabeza y vi gotitas de luz de colores y ráfagas de matices desconocidos hasta entonces para mí. Mi cuerpo astral era arrastrado de un lado para otro como una hoja por un vendaval. Sentí unas punzadas de dolor como si me pincharan con hierro al rojo vivo. Me sentía solo, abandonado, una insignificante partícula de un implacable universo. Descendió hacia mí una densa capa de niebla y con ella me envolvió una calma que no era de este mundo.
Poco a poco se desvanecieron las tinieblas que me envolvían. No sé de dónde me llegaba el rugir del mar y el silbante ruido de los guijarros al ser arrastrados por las olas. Aspiraba el aire salino y percibía perfectamente el olor penetrante de las algas. Era una escena familiar: me tumbé boca arriba sobre la cálida arena y estuve contemplando las copas de las palmeras. Pero algo había en mí que seguía recordándome que nunca había visto el mar y que ni siquiera había oído nunca hablar de las palmeras.. De un cercano bosquecillo me llegaban unas voces rientes, voces cada vez más fuertes, porque eran las de un feliz grupo de personas muy bronceadas por el sol que se me acercaban. ¡Gigantes! ¡Todos ellos eran gigantes! Miré hacia abajo y vi que también yo era un gigante. Las impresiones se acumulaban en mi campo de percepción astral: hace innumerables siglos la Tierra giraba más cerca del Sol y en la dirección contraria a la de ahora. Los días eran más breves y más cálidos. Surgieron formidables civilizaciones y los hombres sabían más que ahora. De los espacios celestiales llegó un planeta errante, que chocó con la Tierra. Y la Tierra salió de su órbita y empezó a girar en la dirección contraria. Se levantaron los vientos que agitaron las aguas, las cuales inundaron la Tierra y hubo diluvios universales. Espantosos terremotos sacudieron el mundo. Unos paises se sumergieron y otros emergieron. Las tierras cálidas y agradables que constituían el Tíbet perdieron sus magníficas playas y se elevaron, como disparadas, a un promedio de tres mil metros sobre el nivel del mar. Y sobre este territorio crecieron inmensas montañas que escupían ardiente lava. En las zonas más altas siguió floreciendo la fauna y la flora de aquel mundo desaparecido, pero éste es un tema que sobrepasa los límites de un libro, y una parte de mi «iniciación astral» es demasiado secreta y sagrada para que me atreva a publicarla.
Poco tiempo después sentí que las visiones se iban oscureciendo y borrando.

Gradualmente fui perdiendo la consciencia astral y la física. Más tarde experimenté la desagradable sensación del frío, pero se trataba ya de un frío normal, de un frío de este mundo, el que puede sentirse cuando se lleva mucho tiempo tendido sobre una losa bajo la helada oscuridad de una bóveda. En mi cerebro oía estos pensamientos:
—Sí, ya ha vuelto a nosotros. ¡Vamos en seguida!
Pasaron unos minutos y vi que se iluminaba débilmente la tumba.
Eran las lámparas de los tres viejísimos abades.
—Te has portado muy bien, hijo mío —me dijo el que los dirigía—.
Te has pasado aquí tres días. Ahora ya lo sabes todo. Has muerto y has vivido.
Con gran dificultad me incorporé y logré por fin ponerme en pie. Me tambaleaba de debilidad y hambre. Salimos de esta cámara funeraria que nunca habría de olvidar y respiramos por fin el aire más puro de los otros pasadizos. Sentía un hambre extremada, y entre ella y las portentosas exp eriencias que había vivido, estaba a punto de desmayarme. Pero tardé poco en comer y beber hasta hartarme y aquella noche cuando me acosté tuve la convicción de que pronto debería abandonar el Tíbet y marchar a países extranjeros como estaba predicho. A los países que se me figuraban entonces tan extraños. ¡Ahora puedo decir que eran y son mucho más extraños de lo que pude imaginar!

CAPÍTULO DECIMOCTAVO.

¡ADIÓS, TIBET!

Pocos días después, cuando mi Guía y yo estábamos sentados en la orilla del Río de la Felicidad, se acercaba un jinete a todo galope. En cuanto miró en nuestra dirección y reconoció al lama Mingyar Dondup se detuvo tan bruscamente que levantó una nube de polvo.
—Tengo un mensaje del Más Profundo para el lama Lobsang Rampa —dijo en cuanto hubo descabalgado junto a nosotros.
Y sacó de dentro de la túnica el largo rollo envuelto en el pañuelo de seda ritual. Me lo entregó arrodillándose tres veces ante mí, volvió a mo ntar en su caballo y se alejó al galope.
Ahora estaba mucho más seguro de mí mismo. Lo ocurrido en los subterráneos del Potala me había dado una gran seguridad. Abrí el mensaje y lo leí antes de pasárselo a mi Guía y amigo el lama Mingyar Dondup:
—Tengo que ver al más Profundo esta mañana en el Parque de la Joya.
También tú tienes que venir, Maestro.
—No es corriente que se adivinen las decisiones de nuestro Precioso Protector, pero creo, Lobsang, que pronto tendrás que marcharte a China.
En cuanto a mí, como ya te he dicho, regresaré muy pronto a los Campos Celestiales. Aprovechemos, pues, este día lo mejor que podamos, ya que tan poco tiempo nos queda para estar juntos.
Por la mañana recorrí la familiar senda hasta el Parque de la Joya. Me acompañaba el lama Mingyar Dondup. Ambos íbamos pensando lo mismo:
que ésta sería quizá la última vez que camináse mos juntos. Este pensamiento debía de conocérseme en la cara, pues, cuando vi yo solo al Dalai Lama, dijo:
—La partida, los momentos de tomar nuevas sendas, son siempre penosos.
Aquí en este pabellón me paso muchas horas meditando, preguntándome si haría bien en quedarme o en marcharme cuando nuestro país sea invadido. Cualquiera de estas dos decisiones causaría dolor a algunos.
Nuestro camino está ahí, inexorable, ante nosotros, Lobsang, y para ninguno resultará fácil. La familia, los amigos, nuestro país, todo ello ha de ser abandonado, y ya sabes que la Senda que hemos de tomar supone muchas penalidades, torturas, incomprensiones, falta de fe... En fin, todo esto es muy desagradable. Las costumbres de los extranjeros son muy extrañas y desconcertantes. Como ya te he dicho en otra ocas ión, sólo creen en lo que ven por sus propios ojos. Sí, sólo creen en lo que pueden someter a prueba en sus cámaras de la Ciencia. Sin embargo, la mayor de todas las ciencias, la ciencia del Super-Ser, ésa la desconocen por completo. Pero ésta es tu senda, la que has escogido antes de venir a esta vida. Lo he preparado todo para que puedas marcharte a China dentro de cinco días.
¡Cinco días! Había contado con cinco semanas. Mientras mi Guía y yo subíamos por la empinada cuesta de nuestra Montaña de Hierro no hablamos en absoluto. Cuando estábamos ya dentro del Templo, me dijo el lama Mingyar Dondup:
—Tendrás que visitar a tus padres, Lobsang. Enviaré a un mensajero.
¿Mis padres? El lama Mingyar Dondup había sido para mí más que un padre y que una madre. Y pronto saldría de este mundo. Desde luego, antes de que yo regresara al Tíbet, al cabo de unos cuantos años. Lo único que podría ver de él para entonces sería su estatua, su cuerpo embalsamado y cubierto de oro en el Salón de las Encarnaciones, como una túnica vieja y desechada.
Estos cinco días tuve muchísimo que hacer. Del Museo del Potala me trajeron ropa occidental para que me la probase. No es que fuera a llevarla en China, ya que allí sería más adecuada mi vestimenta de lama, pero convenía que mis compañeros viesen cómo me quedaba. ¡Qué traje! Aquellos espantosos tubos de tela me apretaban las piernas y no me atrevía a doblarlas.

Comprendí entonces por qué no podían sentarse los occidentales en la actitud del loto: su ropa tan estrecha se lo impedía. Desde luego, pensé que había arruinado toda mi vida futura por tener que llevar aquellos tubos de tela. Me pusieron una especie de sudario blanco y me ataron en torno al cuello una horrible tira de no sé qué tejido, y haciéndome un nudo corredizo, me lo apretaron como si fueran a estrangularme. Encima me pusieron una absurda prenda con parches y agujeros. En aquellos parches era donde los occidentales guardaban las cosas en vez de llevarlas en el interior de la túnica, como es lo normal. Pero lo peor no había llegado aún. Me pusieron en los pies unos gruesos y pesados guantes y me los ataron fuertemente con unos cordones negros que terminaban en unos remates metálicos. Los mendigos que se arrastran de rodillas por la carretera de Lingkhor apoyándose en las manos llevan a veces en éstas unos guantes parecidos, pero eran lo bastante sensatos como para no ponerse en los pies sino buenas botas de fieltro tibetanas. Creí que aquel instrumento de tortura me destrozaría los pies y que no podría ir a China. En la cabeza me colocaron una taza grande invertida con un borde todo alrededor y me dijeron que estaba vestido como un caballero occidental disfrutando de sus ocios. Claro que tendrían ocio, pues ¡cómo iban a trabajar vestidos de semejante manera!

Al tercer día visité a mis padres. Fui solo, y a pie, lo mismo que había salido por primera vez de mi casa en dirección al monasterio. Pero esta vez era lama y abad. Mi padre y mi madre me esperaban en casa como a un huésped excepcionalmente distinguido. En la tarde de aquel día entré con mi padre en su despacho y firmé y anoté mi rango en el Libro de la Familia.

Luego regresé también a pie a la lamasería que durante tanto tiempo había sido mi verdadero hogar.

Los dos días restantes transcurrieron pronto. En la tarde del último día tuve otra entrevista con el Dalai Lama para despedirme de él y recibir su bendición. Me apenó mucho abandonarle. La próxima vez que lo viera —ambos lo sabíamos muy bien— sólo quedaría de él su cuerpo embalsamado.

Ya no estaría allí su espíritu.

Al amanecer del día siguiente emprendimos el viaje. Me marchaba tan a disgusto que iba mucho más lentamente de lo que debía. Otra vez me encontraba sin hogar, camino de lugares extraños y teniéndolo que aprender todo de nuevo. Cuando llegamos al desfiladero nos volvimos desde aquella altura para contemplar un buen rato y por última vez la ciudad santa de Lhasa.

Por encima del Potala volaba una cometa solitaria.

FIN

* * *

Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red
Revisión y Edición Electrónica de Hernán.
Rosario - Argentina
09 de Marzo 2003 – 12:21